





La emoción de leer historias apasionantes

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
E-pack Bianca, n.º 430 - enero 2026

I.S.B.N.: 979-13-7017-269-5

Índice

Créditos

Romance en Amalfi
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

Siete días en el paraíso
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Sin resistencia al deseo
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…


BIANCA™
HARLEQUIN
ANNIE WEST
ROMANCE EN AMALFI

Portadilla

BIANCA™

ANNIE WEST

ROMANCE EN AMALFI



Capítulo 1

Lista?

Stella miró a su padre a los ojos buscando su apoyo, pero Alfredo Barbieri rara vez dejaba traslucir ninguna emoción.

¿Qué se esperaba Stella? ¿Que le diera las gracias efusivamente? ¿Un afectuoso abrazo? Su padre no se comportaba así.

Sin embargo, ese día necesitaba algo de él. Fue a decir algo, pero él se volvió hacia la puerta.

–Yo… –No estaba segura de lo que iba a decir, pero dio igual, porque él tiró de ella, que estaba agarrada de su brazo, y puso la mano sobre la suya.

–Veo que has entrado en razón. Al fin y al cabo, eres miembro de la familia Barbieri.

Stella sabía que eso, para él, suponía un gran elogio.

Pero una vocecita interna le susurró: «No eres miembro de la familia Barbieri y nunca lo serás.

Aún no es tarde para echarse atrás».

¿Y hacer qué? ¿Qué otro futuro la esperaba?

El fantástico futuro con el que había soñado era eso, pura fantasía. Y dolor.

Sabía que la felicidad no llegaba porque se desease, sino a base de esfuerzo y aceptación de la realidad.

De todos modos, al entrar en el antiguo edificio de piedra, la asaltaron las dudas. Parpadeó al contemplar la catedral abarrotada de invitados. Muchos rostros se volvieron a mirarla con curiosidad.

Notó que su padre sacaba pecho mientras avanzaban y murmuraba saludos a los conocidos. ¿A cuántos conocía ella? ¿A dos o tres? No tenía ni idea de quién era toda aquella gente.

Pero no así su padre, que había hecho la lista de invitados a la ceremonia junto a la madre de Eduardo.

Stella miró al hombre que la esperaba al final de la nave. Eduardo Morosi estaba guapo con su traje hecho a medida y una sonrisa que quedaría bien en todas las fotos.

Alfredo Barbieri se había volcado en la boda de su hija. Stella creía que había dejado a todas las floristerías de Sicilia sin flores.

Respiró lentamente por la boca intentando tranquilizarse y evitar el empalagoso olor dulzón a flores que llenaba la catedral.

Sin resultado. El corazón siguió latiéndole desbocado y el olor a azucenas le revolvió el estómago.

Su característico olor la hizo retroceder al día en que, a los diez años, se hallaba al lado del ataúd de su madre. Aquel perfume, para ella, significaba pérdida y dolor, no un nuevo comienzo ni un paso hacia un brillante futuro. Esbozó una sonrisa forzada, por si alguien podía adivinarle la expresión del rostro a través del velo.

Delante de ella iban seis niñas vestidas de rosa. No era su color preferido, pero la señora Morosi se había empeñado en que fueran así.

Eduardo y ella estaban de acuerdo en que la ceremonia de aquel día se celebraba más por sus padres que por ellos. Pronto acabaría, y ella se tranquilizaría.

Ahora, cuanto más se acercaba al altar, menos relajada se sentía.

La agobiaba el vestido de maga larga, con la cola y el velo. Aunque se lo habían hecho a medida, le apretaba en la cintura y en el pecho, impidiéndole respirar bien. Llevaba el cabello recogido muy tirante, y pronto le daría dolor de cabeza.

Tenía un nudo en el estómago. Eran los nervios. Todas las novias estaban nerviosas el día de su boda.

Aunque aquella no era una boda normal ni la que ella esperaba, pero le proporcionaría lo que ansiaba desde hacía tiempo. Eduardo y ella se respetaban. Con él formaría una familia de verdad, algo que echaba de menos desde la muerte de su madre.

Y profesionalmente tendría la oportunidad que se merecía tras años de duro trabajo, lealtad y excepcionales logros.

Su padre se lo habría prometido, y ahora debería cumplir su palabra. Y se lo había prometido públicamente, por lo que no podría echarse atrás.

Stella fijó la mirada en su futuro esposo. Otra cosa que Eduardo y ella compartían y fortalecería su unión era la sinceridad. Ambos habían sido totalmente sinceros.

Durante mucho tiempo, Stella se había relacionado con personas que no cumplían su palabra, que mentían.

Comenzó a temblarle la mano izquierda, donde llevaba el ramo. Estaba cansada de mentiras y medias verdades, de que la subestimaran o la engañaran.

Vio a sus hermanastros, que tenían una expresión seria, y cuyos bien alimentados cuerpos vestidos con trajes a medida proclamaban su riqueza. Ninguno la miró a los ojos, lo cual no la sorprendió. Sus esposas la contemplaron como si estuvieran calculando el coste del vestido de novia.

Casi sintió alivio al llegar donde estaba Eduardo y dejar el ramo.

Él le sonrió y ella se dijo que todo saldría bien. Así que, cuando él la agarró de la mano, no se estremeció ni comparó su contacto con el de otro. Se la apretó y miró al sacerdote.

Aunque llevaba años viviendo allí y dominaba el italiano, ese día no intentó seguir las palabras del cura. Lo único importante eran los votos. Se concentró en mantenerse erguida y controlar la respiración.

Por eso tardó en darse cuenta.

Solo cuando el sacerdote miró hacia la entrada y frunció el ceño y Eduardo se volvió, se percató de que la ceremonia no se desarrollaba como debía.

De repente, se hizo un profundo silencio. Después comenzó a oírse un rumor de fondo que fue creciendo.

Ella notó que alguien se acercaba.

El corazón le dio un vuelco. Pero ya no era una estúpida ingenua que imaginaba cosas imposibles.

Quienquiera que fuera el responsable de la interrupción no podía ser…

–¿Qué haces aquí? –preguntó su padre en tono agresivo–. Esto es una ceremonia familiar y privada.

–Muy familiar no, desde luego. Has invitado a la mitad de la isla –contestó una voz profunda.

Stella se quedó petrificada. El corazón se le detuvo y dejó de respirar. No podía ser…

Por fin, respiró hondo y se llevó al mano al pecho.

Miró a Eduardo a los ojos. Vio que expresaban preocupación y sorpresa. ¿Y qué vio él en los de ella?

Tenía que ser furia. No podía ser otra cosa, a pesar de la terrible mezcla de emociones que experimentaba.

¡Qué descaro el de aquel intruso! ¡Qué desvergüenza!

Se agarró la falda y se volvió. El corazón se le aceleró al ver al hombre que avanzaba por la nave y se detenía a unos pasos de ella.

Entre la multitud vestida de punta en blanco, el hombre sobresalía por llevar unos vaqueros gastados, una camiseta negra y una chaqueta de cuero. Como si interrumpir una ceremonia de boda no fuera bastante, su aspecto informal suponía un insulto añadido.

Stella se negó a mirar su largo cuerpo y a detenerse en la fuerza de su torso y en la belleza de sus rasgos. Se fijó en sus ojos. No había visto nada tan frío en su vida. Eran como trozos de hielo.

De un hielo que, no obstante, tenía el poder de quemar.

¿Cómo era posible que aquella fría mirada pareciera tan furiosa?

¡Como si él tuviera algo por lo que estar furioso!

–Ah, la novia vestida de blanco. Qué predecible.

En otra época, su desprecio la hubiera herido. Tal vez lo hiciera más tarde. En aquel momento, tuvo la sensación de verlo a distancia, como si los separase un muro de cristal.

–No eres bienvenido, Valenti –dijo el padre avanzando hacia él con los puños cerrados. Los hermanastros de Stella se levantaron y se pusieron detrás de él.

Giancarlo Valenti los ignoró. Ni siquiera pestañeó.

Stella abrió la boca, pero fue Eduardo quien habló.

–Te pido que te marches. Si quieres trasmitir tus buenos deseos a mi esposa y a mí, espera fuera.

–Aún no es tu esposa.

El padre de Stella comenzó a hablar en tono amenazante, pero Stella lo hizo por encima de él.

–No sé qué haces aquí, pero…

–¿De verdad que no lo sabes?

Él esbozó una sonrisa de desprecio y ella odió reconocer que ni siquiera ese desprecio le restaba atractivo. Pero ser guapo no implicaba ser buena persona. Valenti debería ser feo y deforme para ajustarse a como era en su interior.

Alzó la barbilla y entrecerró los ojos. Si fuera capaz, la fuerza de su odio lo reduciría a cenizas.

–No, no sé por qué estás aquí –dijo en voz alta y clara.

De repente, se quedó sin energía, como un globo desinflado. Aquello era demasiado. Los meses anteriores habían sido espantosos. Se veía sin fuerzas, las piernas no la sostenían.

Se irguió.

–Adiós, señor Valenti.

Se volvió hacia el altar, pero él respondió en voz alta, de modo que todos lo oyeran.

–No vas a librarte de mí tan fácilmente He venido a detener esta farsa.

Stella se volvió hacia él, mientras los invitados comenzaban a alborotarse. Su padre lo agarró de la chaqueta con una mano mientras que, con la otra, intentó darle un puñetazo. Eduardo lo detuvo asiéndole el brazo.

Giancarlo Valenti no se movió y siguió mirando a Stella.

Eduardo susurró a su padre:

–¿Quieres empeorar las cosas?

Los hermanastros agarraron al padre de los brazos y lo echaron hacia atrás.

Eduardo, imperturbable, negó con la cabeza y murmuró a Stella:

–Vamos a hablar en privado.

Se volvió hacia el sorprendido sacerdote.

–¿Hay algún lugar donde podamos hablar, padre?

–Ya es tarde para eso. No puedes casarte con ella. Es mía.

Stella se preguntó a qué jugaba. Aquello no tenía sentido.

No se dio cuenta de que se había movido hasta estar frente a él, con la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–¿Quién te crees que eres? No pertenezco a nadie. No soy un objeto.

Aunque su padre la utilizaba así, como un bien intercambiable.

–Fuera de aquí –dijo en tono amenazador–. No eres bienvenido.

–Me voy –dijo él con los ojos brillantes–. Pero te vienes conmigo.

La agarró del codo y ella sintió el calor de su mano en la fría piel.

Todo el mundo comenzó a gritar a la vez protestando, amenazando o maldiciendo. Los hombres rodearon al intruso, pero él no se arredró y dijo en voz alta y clara:

–¿Crees que voy a permitir que te cases con otro cuando vas a tener un hijo mío?

Si hubiera lanzado una bomba a la multitud, el impacto no habría sido mayor. Rostros horrorizados se volvieron hacia ella. Su padre, rojo como un tomate, estaba irreconocible, con el rostro contraído de sorpresa y desprecio.

Stella negó con la cabeza. Era imposible que aquello estuviera sucediendo.

Desesperada, miró a Eduardo, pero Giancarlo Valenti tiró de ella hacia sí.

–¿Hay aquí alguien que quiera interponerse entre un hombre y su hijo?

Todos permanecieron inmóviles y algunos incluso retrocedieron. Valenti dio media vuelta y casi la arrastró por la nave.

Se movía tan deprisa que ella tuvo que esforzarse para seguir pisando el suelo al tiempo que intentaba soltarse de su mano. Cuando salieron de la catedral, consiguió darle un codazo y una patada en la espinilla tratando de liberarse.

Pero en cuestión de segundos llegaron hasta donde se hallaba un coche negro con cristales tintados. Un hombre de gafas negras les abrió la puerta.

Stella intentó dar otra patada a su secuestrador. Le clavó el tacón en el empeine. Él la soltó.

Ella retrocedió jadeando, casi sin creer que la hubiera liberado.

–¿Qué hacemos, Stella? ¿Hablamos en privado o prefieres dar explicaciones a la multitud?

Detrás de ellos se alzaba un rugido de voces escandalizadas que se iba aproximando.

Stella, desesperada, respiró hondo mientras contemplaba su expresión arrogante y su sonrisa cómplice.

–Eres despreciable. No sabía lo que era odiar a alguien hasta que te conocí.

Tragó saliva. Nunca había escupido a nadie y estuvo tentada de hacerlo, pero se negó a rebajarse de ese modo. Se agarró la pesada falda y se sentó en el asiento trasero de la limusina.

Capítulo 2

Catorce semanas antes

–¿Así que quieres más autonomía, Stella? –Alfredo Barbieri se recostó en la silla del escritorio, con los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos bajo la barbilla–. Pero no solo autonomía. Lo que quieres es que te encargue la dirección de un hotel.

Le dirigió la mirada que siempre utilizaba para someter a los demás. Stella llevaba años sabiendo que daba resultado, incluso con altos ejecutivos.

Y llevaba años haciendo lo imposible por complacer al hombre al que había conocido a los diez años. Al principio la habían motivado la pena, la gratitud y el deseo de formar parte de una familia. Pero a medida que pasaban los años se dio cuenta de que era más sencillo evitar el mal genio de su padre, no causar problemas, trabajar mucho y esforzarse en adaptarse a su nueva familia fingiendo que no notaba cuando la excluían deliberadamente.

Pero no era lo mismo adaptarse que dejarse pisotear. Había llegado la hora de hacerse valer.

–Es un hotelito, papá. Y sabes que estoy preparada.

Llevaba trabajando a media jornada en los hoteles de su padre desde los catorce años. Al acabar la escuela, comenzó a trabajar a jornada completa al mismo tiempo que estudiaba Económicas.

–Tú mismo me has dicho que mi rendimiento es excelente, que…

–Sí, sí, ya lo sé.

Claro que lo sabía. Había construido un imperio comercial ignorando los pequeños detalles y exigiendo lo mejor de todos, especialmente de la familia.

–Soy mayor que cuando a Enzo y Rocco les ofreciste dirigir un hotel.

Su padre apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia delante.

–¿Y crees que por eso te mereces que te entregue uno?

Sus hermanastros estarían en desacuerdo. Desde el primer momento fingieron que ella no formaba parte de la familia. Era hija ilegítima, de madre extranjera. Llegó de Australia cuando ellos tenían más de veinte años. Que el padre llevara años viudo antes de concebir a Stella en una corta aventura no suavizó el desagrado de tener a una desconocida en la familia.

–Sí, me lo merezco, y lo sabes.

Ser hija de Alfredo Barbieri era un arma de doble filo. Ella conocía el negocio como la palma de la mano. Estaba más que cualificada tanto por sus estudios como por su experiencia. Y, a la vez, por ser hija del jefe debía trabajar más que otros para demostrar su valía.

Su padre no había escatimado en gastos: le había regalado un coche y la llevaba a comer a los mejores restaurantes, porque eso aumentaba el prestigio de la familia, pero seguía pagándole una miseria, como si, a sus veinticinco años, ella siguiera limpiando cuartos de baño en vez de elaborar campañas publicitarias para hoteles recién reformados.

–Estás muy segura de ti misma.

–Sé lo que valgo, y tú también.

Él se limitó a enarcar las cejas. Stella llevaba tiempo preparándose para aquella entrevista, por lo no iba a consentir que la intimidara y la hiciera callar, a pesar de los nervios que tenía agarrados al estómago.

–Otros también valoran mi trabajo. He recibido ofertas de otros hoteles.

Su padre dio un manotazo en la mesa.

–¡Nadie de la familia Barbieri va a trabajar en una empresa rival! No lo permitiré. ¿Es esa tu lealtad a la familia, después de todo lo que he hecho por ti?

«Pero no soy miembro de la familia, ¿verdad?».

Había intentado adaptarse, pero solía sentirse una intrusa. «Mongrela», la llamaban sus hermanastros. Y aunque su padre elogiara la familia, no era un hombre cariñoso. Ella estaba segura de

que el afecto podía demostrarse de distintas maneras, pero se preguntaba si su padre verdaderamente la quería. Su madre sí le había demostrado su amor. Alfredo era el polo opuesto.

–Sabes que te soy leal. Si no, estaría trabajando en Roma o…

–¿Quién ha intentado separarte de nosotros? No habrá sido Valenti, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. No sabía el origen de la enemistad entre su padre y Giancarlo Valenti, pero oír su nombre lo ponía de mal humor.

–No lo conozco. Solo te pido lo que le has dado a mis hermanos.

–Así que volvemos a los mismo. Esperas un regalo porque eres de la familia –dijo su padre sonriendo.

Stella se puso tensa temiendo haber dado un paso en falso. Conocía aquella sonrisa. Su padre la utilizaba para poner al otro a la defensiva y superarlo en astucia.

–Quiero que me des la oportunidad de demostrar lo que valgo.

Su trabajo era mejor que el de Enzo y Rocco, a pesar de la diferencia de edad, pero su padre se negaba a reconocerlo.

–¿Quieres decir una oportunidad para ti y para la empresa, porque estás comprometida con Barbieri Enterprises?

–Por supuesto que estoy comprometida.

Él se recostó en la silla, con los ojos brillantes, y siguió sonriendo.

–Muy bien. Has trabajado mucho, Stella, no creas que no lo he notado. Y ahora tienes la oportunidad de demostrar tu lealtad a la empresa y la familia.

La inquietud se apoderó de Stella.

–¿Te refieres al hotel de Taormina?

Con dinero y perspectiva, el recién adquirido hotel podía convertirse en una joya. Y ella quería ser quien lo consiguiera. Sería el trampolín hacia la dirección de la empresa y hacia el futuro por el que tanto había trabajado. Pero su instinto, producto de quince años de relación con Alfredo Barbieri, le indicaba que este se guardaba un as en la manga.

–El hotel es tuyo, así como el presupuesto que necesitas para reformarlo, pero con una condición.

Stella sospechaba, desde el momento de entrar en el despacho, que su padre tramaba algo, pero se dijo que eran imaginaciones suyas, a causa de lo nerviosa que estaba. Debería haber sabido que tendría que superar más obstáculos que sus hermanos. Siempre había sido así.

–¿Qué condición?

–Que te cases, que unas nuestra familia a la de los Morosi. Eduardo Morosi es el heredero de un imperio bancario. Es rico, aristócrata y busca esposa. Piensa en lo que podríamos hacer si tenemos acceso al dinero y los contactos de la familia.

–Nosotros tenemos dinero y contactos –afirmó ella con voz ronca.

–¡No seas ingenua! Hay cosas de las que nunca se tiene bastante. Llevo tiempo negociando con la familia y estamos a punto de llegar a un acuerdo sobre importantes proyectos. Estoy hablando de mucho dinero y proyectos a largo plazo. Es evidente que, si eso se respalda con una relación familiar, todo sería más fácil. Al fin y al cabo, es más sencillo confiar en la familia.

Stella tomó aire. Sus hermanastros se habían casado con mujeres bien relacionadas, pero las habían elegido ellos. ¿Se lo habían permitido porque eran hombres o porque eran verdaderos miembros de la familia Barbier?

–¿Y si no me caso? ¿Acaso la familia Morosi no se fía de ti lo suficiente para negociar de otro modo?

Si fuera así, ella no la culparía. Su padre tenía la habilidad de salirse con la suya a expensas de los demás.

–Entonces, ¿te niegas?

–Es indudable que Eduardo Morosi puede buscarse esposa él mismo. A no ser que le pase algo.

–No le pasa nada. Deberías estarme agradecida por haberme esforzado en buscarte esposo. Cualquier mujer se sentiría orgullosa de casarse con él y orgullosa de ayudar a su familia.

Stella quiso decirle que ya la había ayudado, que llevaba años cobrando una miseria y que no se había quejado. Era responsable de cambios en la empresa que habían aumentado significativamente los beneficios.

–¿No dices nada, Stella?

–Quiero trabajar para la empresa, no que me vendas como si fuera un objeto.

Su padre la miró a los ojos durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

–Siempre he intentado hacer lo mejor para ti. Te he cuidado y te he proporcionado un hogar. No pensaba que eras una desagradecida.

–¡No lo soy! Solo quiero…

–Así es la generación actual. Solo se trata de lo que tú quieres, no de lo que puedes hacer por quienes te han cuidado y criado y te han ofrecido una excelente educación. Supongo que no debería sorprenderme, porque llegaste cuando la familia ya estaba formada. Puede que no entiendas lo que significa una familia y que nos apoyemos por el bien de todos.

¡La estaba haciendo parecer una egoísta! ¿De verdad esperaba que se casara con un desconocido para mejorar el balance de la empresa?

Sabía que su padre era un hombre de negocios sin escrúpulos, pero jamás se hubiera imaginado que le pediría algo así. Estuvo a punto de decirle que solo se casaría por amor, porque tenía un elevado concepto de sí misma, pero reflexionó.

–¿Cuánto duraría el matrimonio?

–Sería permanente, desde luego. Necesitamos una relación sólida. Pero no te preocupes, podrás dirigir el hotel, al menos hasta que tengáis un hijo. Después habrá que considerar…

Stella se levantó de un salto. Sentía náuseas. Se llevó la mano a la boca y se alejó del escritorio. No sabía qué la horrorizaba más: la sugerencia de que se entregara a un desconocido por el bien de la empresa o su propia ingenuidad.

Las numerosas veces que su padre la había acompañado a un restaurante o a la ópera y había elogiado su aspecto y presumido de ella ante sus conocidos… Creía que estaba orgulloso de ella, pero ¿la había estado mostrando, como un granjero presume de una yegua de cría, con el propósito de lograr un acuerdo con alguien para…?

–¡Stella, vuelve ahora mismo!

Ella no le hizo caso y salió tambaleándose de la habitación, tapándose la boca.

–Siento molestarlo, señor Valenti, pero ha sucedido algo poco habitual, y creo que debe saberlo.

Gio solo contrataba a los mejores, así que, si el director de su nuevo hotel en Roma le decía que necesitaba saberlo, lo escucharía.

–Dime.

–Acaba de registrarse en el hotel una joven que dice llamarse Stella White. No tiene reserva. –No quedaban habitaciones hasta seis meses después, debido a las buenas referencias que daban los clientes–. Pero alguien ha cambiado las fechas de su viaje, por lo que tenemos una habitación disponible.

Gio esperó. El nombre de la mujer no le resultaba conocido.

–Ha hablado en inglés, y en recepción creyeron que era extranjera, pero yo estaba en el vestíbulo y la he reconocido. No me lo creía, así que he vuelto al despacho y lo he comprobado. Esa mujer no es quien dice ser.

–¿No?

–No. No se apellida White, sino Barbieri. Es Stella Barbieri, la hija de Alfredo Barbieri.

La media sonrisa que había esbozado Gio desapareció. Esperaba que se tratara de un miembro de la realeza o de un famosa estrella de incógnito. Se le hizo un nudo en el estómago y notó un sabor rancio en la boca.

Al cabo de tantos años, el apellido Barbieri le seguía provocando esa reacción. Aunque se enorgullecía de haber superado el pasado, todas las heridas no habían cicatrizado. Algunas le durarían toda la vida.

–¿La conoces?

–La vi en Sicilia, hace un año. Entraba en un restaurante con su familia. Se pararon porque el padre quería hablar con alguien. Alfredo Barbieri no pasa desapercibido.

–Tal vez no fuera su hija.

–Es lo que pensé. Recuerdo que ese día un colega me habló bien de su trabajo en la empresa familiar. Pero como fue hace un año, he pensado que me fallaba la memoria, así que lo he comprobado en Internet, y es ella.

–La pregunta es por qué se ha registrado en uno de mis hoteles con un nombre falso y fingiendo ser extranjera.

–Exactamente. He pensado que debía saberlo. Su padre es conocido por ser un hombre duro, sin escrúpulos y…

–Y crees que no le importaría mandar a su hija a un hotel de la competencia a espiar.

–Puede que haya otra explicación. Pero he oído cosas sobre Alfredo Barbieri…

Que probablemente eran ciertas. Gio lo sabía muy bien.

–Has hecho bien en llamarme.

A Barbieri no le importaría rebajarse a hacer espionaje industrial o a sabotear su empresa.

Gio había intentado dejar atrás el pasado, pero Barbieri era de esas personas que alimentaban el odio toda la vida y hacían daño incluso a gente inocente.

Era probable que Barbieri tuviera un dosier sobre él y sus intereses financieros, por lo que la seguridad era prioritaria para Gio. Se mantenía informado sobre él, pero solo como miembro de la competencia, sin rebajarse a espiarlo, lo cual no implicaba que fuera a quedarse sentado y a convertirse en objetivo de sus sucias artimañas.

–Estoy volviendo de Venecia. Llegaré a última hora de la tarde. –Su *suite* en el hotel siempre estaba lista para cuando decidía ir a Roma–. Quiero ver a Stella White. Comunica a los empleados que iré de incógnito. No quiero que me llamen por mi nombre.

Si sus sospechas eran ciertas, daría lo mismo, porque Stella Barbieri ya sabría quién era. Su padre la habría puesto al corriente.

¿Y si no lo reconocía? Eso implicaría su inocencia y que era una coincidencia que hubiera elegido alojarse en el hotel del mayor competidor de su padre.

Gio no creía en las coincidencias. Si se trataba de Barbieri, la inocencia era imposible.

Gio observó a la mujer que cruzaba el vestíbulo hablando por teléfono y se detenía frunciendo el ceño.

Era ella, Stella Barbieri. Había buscado información en Internet, y no había duda.

Gio debería estar contento por haber descubierto el ardid de Barbieri, pero no se sentía satisfecho. Incluso en aquel momento, se negaba a creer que aquella mujer fuera la hija de Barbieri. ¿Tal vez porque tenía grandes ojos castaños y parecía vulnerable, aunque probablemente estuviera fingiendo?

Hacía poco que él había trasladado la oficina central a un edificio detrás del hotel, con el que se comunicaba por un pasillo. Era su centro de operaciones en Europa y Norteamérica. ¿Era ese el objetivo, en vez del hotel? ¿O ambos?

¿Qué plan tenía Stella Barbieri? ¿Persuadir a los empleados para que le proporcionaran información confidencial?

Era evidente que ella lo intentaría con un hombre. Estaba muy atractiva con sus vaqueros blancos y su camisa amarilla. Además, parecía… inocente.

Gio frunció los labios. ¡Inocente!

Tenía que estar fingiendo. En las fotos que había visto de ella llevaba ropa de diseño: vestidos muy femeninos, trajes de chaqueta y zapatos de tacón que atraían la atención hacia sus seductoras piernas.

Ella volvió a detenerse, esa vez cerca de un gran tiesto con plantas. Estaba muy *sexy* con sandalias y cola de caballo.

A Gio se le disparó la adrenalina, pero también lo invadió una oleada de furia.

A su familia le había salido muy caro conocer a Alfredo Barbieri. Había llegado la hora de cambiar las tornas. Aunque había decidido no malgastar la vida buscando venganza, Barbieri había ido demasiado lejos al mandar a su hija a su territorio.

Se acercó a ella. Pero, de repente, un niño salió corriendo del ascensor, chocó con ella, le agarró el bolso y cayó al suelo.

–¡Mamá! –gimió.

Gio sorteó el contenido del bolso, que se había abierto y desparramado, y se agachó al lado del niño. Stella ya lo había hecho y le murmuraba que iba a buscar a su madre inmediatamente.

Alzó la cabeza y Gio y ella se miraron a los ojos. Y todo se detuvo: el llanto del niño, el sonido de pasos apresurados en el vestíbulo… A él incluso se le paró el pulso.

Después, la ilusión se hizo trizas. Era la hija de su enemigo. Gio se volvió hacia el ascensor y vio que una mujer se apresuraba hacia ellos empujando un cochecito.

–Ya viene tu madre –murmuró.

Miró a Stella Barbieri y vio que parecía aliviada, pero vio algo más, que le indicó que aquello sería más fácil de lo que creía: interés femenino.

Gio esbozó una sonrisa.

Capítulo 3

Mejor ahora?

Aquel hombre tenía una sonrisa espectacular, incluso al dirigirla a un niño de tres años. Stella notó su impacto cálido y tentador. El niño asintió y sonrió al hombre.

La madre del niño, que al principio iba a regañarlo, acabo prometiéndole un helado. Stella observó que la mujer se derretía ante la sonrisa y la mirada del hombre, y se dijo que no debía imitarla, sobre todo porque se había excitado al mirarlo a los ojos.

Era la primera vez que le pasaba. Tenía que deberse a lo increíblemente guapo que era. Y a su propio estado emocional: las veinticuatro horas anteriores habían sido horribles.

Tras marcharse del despacho de su padre, se fue directamente a casa y preparó una bolsa de viaje. Debía irse. Su padre no la había seguido, por supuesto, ya que esperaba que ella lo obedeciera. Ninguno de los hijos de Alfredo lo había desafiado nunca.

¡Pero esperar que se casara con un desconocido…!

–¿Está usted bien? ¿Se ha hecho daño?

No solo era guapo, sino que tenía una voz preciosa.

–No, estoy bien.

Recogió el monedero y el resto de los objetos que llevaba en el bolso. Él la ayudó y le dio la barra de labios. Ella contuvo la respiración cuando notó sus dedos en la palma de la mano. Y sintió un cosquilleo que le subía por el brazo y le descendía hasta el estómago.

–Gracias.

Agarró el bolso, atónita ante la excitación que aquel hombre le provocaba. Contempló la longitud de sus piernas, su anchura de hombros y aspiró su masculino aroma. Si no tenía cuidado, lo

acabaría devorando con los ojos, como había hecho la madre del niño.

La idea era tan absurda, ya que hacía tiempo que se había inmunizado contra los hombres guapos y encantadores, que de repente se sintió mucho mejor, más ella misma y menos preocupada por los mensajes que acababa de recibir.

Se incorporó y él la imitó. Estaba tan cerca que ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–No se le olvide esto.

Ella miró el cuadernito que tenía en la mano, en el que se leía, en letra plateadas, «Nautilus», el hotel de su padre en que había trabajado el año anterior.

–Gracias –agarró el cuaderno, pero él no lo soltó.

–He oído hablar de ese hotel. Está en Sicilia, ¿verdad?

–Sí, en la playa.

–¿Se lo pasó bien allí? –preguntó él, que aún seguía sosteniendo el cuaderno.

Ella levantó la vista. No solo lo hacían atractivo sus rasgos, sino la combinación de la piel morena, los ojos grises y el brillante cabello castaño. ¿Era actor? Era evidente que estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran. Primero, la madre; después, ella. Retrocedió apresuradamente y el cuaderno cayó al suelo.

–¡Qué torpe! Disculpe. –Gio lo recogió y se lo entregó con una sonrisa.

–No, ha sido culpa mía. Gracias.

–Entonces, ¿no disfrutó de su estancia en el Nautilus?

Ella se dio cuenta de que no se lo preguntaba por mera curiosidad. Lo observó detenidamente y pensó que intentaba obtener información, como tantos otros que creían que la hija de Alfredo Barbieri era más guapa que inteligente.

Claro que los elogios que había recibido de su padre en público solían ser más por su aspecto que por su visión empresarial. No era de extrañar que se la considerara una hija de familia adinerada que vivía de la fortuna familiar.

–Es un hotel precioso situado en un lugar espectacular –dijo mientras metía el cuaderno en el bolso–. Es muy recomendable el restaurante de marisco.

–Parece un anuncio. No tendrá acciones, ¿verdad?

Ella alzó bruscamente la cabeza. No, no tenía acciones. Debería, pero su padre se estaba retrasando a la hora de darle lo que le correspondía, a diferencia de lo sucedido con sus hermanos.

Y ahora le exigía que se casara, incluso antes de dejar que dirigiera un hotel.

–Es broma –dijo él.

¿Por qué le resultaba a ella tan difícil aceptar que aquel desconocido le sonreía sin doblez? ¿Acaso se debía a que nunca esperaba que los demás fueran sinceros, ya que su padre, sus hermanastros e incluso las esposas de estos siempre ocultaban lo que pensaban bajo una cortés expresión de interés? ¡Qué cansada estaba de soportarlo!

–Perdone, estaba distraída.

–Espero que por nada malo.

Ella negó con la cabeza, sorprendida ante el urgente deseo de desahogarse con un desconocido.

–De todos modos, creo que hay que ponerle remedio. Probablemente se halla en estado de *shock* tras el choque. Por suerte, conozco el mejor tratamiento: la luz solar y un helado. Y la mejor heladería de Roma se encuentra cruzando la plaza. ¿Qué le parece? ¿Tiene diez minutos?

Era encantador y se mantenía a una distancia prudente, como si no quisiera agobiarla.

Stella no solía confiar en desconocidos. Mucho se le acercaban debido a su familia, interesados en sus contactos o en su supuesta riqueza, no en ella personalmente. Pero ¿no se había ido a Roma para romper con ese mundo?

Si su padre se salía con la suya, nunca podría hacer nada tan impulsivo como tomarse un helado con un hombre guapo. No recordaba la última vez que había obrado por impulso, salvo el día anterior, en que había dicho en el despacho que se tomaba una

semana de permiso. Probablemente había sido la primera vez que obraba impulsivamente.

–Su sugerencia me parece perfecta –afirmó sonriendo.

–Muy bien. –Él le indicó la puerta–. Hace un día estupendo y, hoy, aún no me he tomado un helado.

Ella contempló su delgada figura mientras se dirigían a la puerta. Llevaba unos chinos y un polo, de cuyo cuello colgaban una gafas de sol de diseño. Parecía atlético y en forma.

–No tiene aspecto de comer dulces todos los días.

–Me lo tomo como un cumplido –dijo él riéndose–. Pero ¿qué es la vida, si no nos damos algún capricho? Hay que disfrutar cuando se puede. Nunca se sabe qué nos espera.

Un empleado les abrió la puerta y salieron. Era primavera, pero ese día parecía verano.

«Porque has huido de tu verdadera vida y finges que esto son unas vacaciones, en vez de la oportunidad de determinar tu futuro».

De repente, se detuvo.

–¿Cómo sabía que hablo inglés y se ha dirigido a mí en ese idioma? –¿La había estado observando? ¿Su encuentro era planeado en vez de accidental?

–Habló en inglés al consolar al niño.

–Claro. –El niño había gritado en inglés y ella le había contestado en la misma lengua.

–¿Habla italiano?

–Sí –estaba orgullosa de ser bilingüe–, pero no bien.

Era una mentira piadosa, pero se sentía extrañamente libre al hablar en su lengua materna. Ahora solo la utilizaba con los turistas. Estar lejos de la casa familiar y hablar en la lengua que su padre le prohibía hablar, para que perfeccionara el italiano, hacía que se sintiera bien.

Al registrarse en el hotel empleó el inglés y dio su apellido legal, no el de su padre, que utilizaba por conveniencia, pero al que no tenía derecho.

–¿Quiere practicar el italiano?

–Prefiero oírle a usted hablar en inglés.

Él rio y el día le pareció a Stella aún más luminoso.

–¿Nos tuteamos? ¿Cómo te llamas?

–Stella. –Se percató de que él esperaba el nombre completo, pero no se lo dio. Le gustaba el anonimato.

Si se corría la voz de dónde estaba, su padre mandaría a alguien a buscarla, y ella necesitaba estar sola. Por eso había elegido un hotel propiedad de Giancarlo Valenti. Esperaba que su padre creyera que, dado el odio que sentía por los Valenti, nadie de su familia se atrevería a hospedarse allí.

–Es un bonito nombre. Significa estrella.

–Sí. Mi madre me solía decir que era su estrellita. Y tú, ¿cómo te llamas?

–Gio.

–Encantada de conocerte, Gio. ¿Eres de Roma? –Podía estar comiendo en el hotel, no alojado.

–No –contestó él sonriendo–, pero vengo a menudo. –Le hizo un gesto para que cruzaran la plaza–. ¿Y tú? Sé que no eres de aquí.

–No, soy australiana, de Melbourne.

–¿Y has dejado el invierno australiano por la primavera romana? Es una buena estación para estar aquí, antes de que lleguen el calor y los turistas. Supongo que en Melbourne hace frío.

La había pillado por sorpresa al suponer que había llegado directamente de Australia, pero era más fácil dejar que lo creyera que explicarle la verdadera situación.

–Los inviernos son fríos. El viento viene de la Antártida.

Ella lo observó de reojo y vio que él seguía mirándola. Pero le sonrió y a ella se le aceleró el pulso. Era un hombre tremendamente carismático.

–No solo en invierno –dijo él–. Estuve allí una primavera y te juro que tuvimos las cuatro estaciones del año en un solo día.

–¿Has estado allí?

Su comentario la había puesto nostálgica. Ya no añoraba Melbourne como lo había hecho esos terrible días en que tuvo que enfrentarse a la pérdida de su madre y de todo lo que conocía.

–Un par de veces, pero hace tiempo que no voy.

–Deberías ir en verano, en enero, cuando se celebra el Abierto de Australia, cerca del centro de la ciudad. –Su madre la había llevado

una vez.

–¿Juegas al tenis?

–Llevo mucho tiempo sin jugar. –Su madre jugaba y la había enseñado. Pero no había una pista de tenis cerca de casa de su padre, y él no vio la necesidad de llevarla en coche simplemente para golpear una pelota.

–¿Y tú?

–Juego de vez en cuando. Recordaré tu consejo la próxima vez que vaya a Australia. Ya hemos llegado.

Stella miró la heladería mientras ponía el pie en la calzada para cruzar la calle. Él la agarró del codo echándola hacia atrás, porque venía un coche. Ella tropezó y se apoyó en él.

–Hay que mirar antes de cruzar –dijo él.

Ella lo miró y volvió a sentir la extraña excitación que había experimentado en el hotel. Y le pareció que Gio era alguien a quien conocía o había conocido en otra vida. Era como si hubiera una conexión oculta entre ellos.

Negó con la cabeza. Aquellas fantasías eran absurdas, impropias de ella, que era una persona práctica, sensata y trabajadora. Aunque en la infancia creyera en la magia y los cuentos de hadas, la magia había desaparecido de su vida al morir su madre.

–Gracias –dijo ella–. Lo recordaré.

Bromeó diciendo que estaba pensando en el helado y no había visto el coche, pero se sentía agitada. Y no por haber estado a punto de ser atropellada. ¿Tendría que ver con su acompañante?

Cruzaron sin tocarse, lo que la alegró porque, cuando la había agarrado, sintió lo mismo que en el hotel al recoger él lo que llevaba en el bolso y dárselo. No recordaba que el contacto con otra persona le hubiera producido semejante sensación.

«Pero tampoco antes habías huido de tu casa».

Se sintió aliviada. Era evidente que todo le resultaba raro ese día. No era de extrañar que se imaginara cosas.

–¿Estás bien, Stella?

–Sí.

–Solo un poco distraída –dijo él repitiendo lo que ella le había dicho antes.

Ella lo miró sorprendida. Parecía tranquilo y sonreía levemente. Pero su mirada era inescrutable.

Stella esperó. A lo largo de los años había aprendido a darse cuenta de cuándo los demás intentaban utilizarla para sus propios fines, pero ahora no había señales de alarma.

Deseaba hacer algo que no fuera complicado, como disfrutar del sol y de un helado, así como de la sonrisa de un hombre encantador que no sabía quién era ella y que no pretendía obtener nada.

–Ya no –dijo ella sonriendo de oreja a oreja–. Hoy voy a vivir el momento. ¿Qué sabor elijo?

–¿Por qué limitarte a uno solo? Puedes escoger dos o tres.

Ella soltó una carcajada. No se le había ocurrido que podía darse un capricho, como tomarse un helado de distintos sabores.

–Me gusta mucho tu forma de pensar, Gio.

Capítulo 4

Gio observó a Stella inclinada en la barandilla del puente de Sant'Angelo, contemplando el río. Su risa era como el repique de una campana. Él frunció los labios al notar la excitación en la entrepierna y el deseo apoderándose de él.

Quería más que esa risa de aquella mujer, que alternaba las sonrisas con momentos de perplejidad, como si algo la preocupara.

«Claro que algo la preocupa. Está actuando, finge ser inocente para que bajes la guardia. Probablemente se estará preguntado si te has creído su falsa identidad».

De todo modos, lo atraía de forma inexplicable.

Gio despertaba el interés femenino desde la adolescencia. Se parecía a su padre y, además, era rico. Pero ninguna otra mujer había empleado aquel modo tan curioso de tratar de seducirlo. Cabría pensar que tenía otros problemas, más allá del intento de engañarlo.

Estaba absorta en las balsas, los cascos y los chalecos salvavidas de quienes remaban en ellas. Dos estuvieron a punto de caerse y ella lanzó una carcajada.

–No debería reírme. Yo no lo haría mejor.

Gio dejo de mirar el río para fijarse en las nalgas de Stella. Apartó rápidamente la vista, pero ella no se había dado cuenta. Seguía mirando el río sin prestarle atención.

Él había conocido a mujeres que parecían no darse cuenta de su presencia, cuando, en realidad, espiaban cada una de sus reacciones. Era parte del juego de avances y retrocesos que acababa

desembocando en la intimidad. Le gustaba ese flirteo, pero últimamente lo cansaba.

Stella era más hábil o jugaba a otra cosa más complicada. Era la primera vez que una mujer pretendía someter su empresa a espionaje industrial. Las demás lo deseaban a él y su fortuna.

Stella Barbieri era distinta.

Se oyó que alguien caía al agua desde una balsa. La gente que había en la orilla soltó una carcajada, pero Stella la reprimió, como si se avergonzara de la desgracia ajena. Y él deseó que no lo hubiera hecho. Le gustaba su sonido. Y le intrigaba que, cada vez que ella se reía, había un destello de sorpresa en sus oscuros ojos, como si la diversión la sobresaltara, como si no debiera sentirse contenta o no estuviera acostumbrada a estarlo.

Gio quería saber cuál de las dos cosas era verdad, porque, aunque ella se encontrara allí por una razón solapada, esa reacción era real y daba pistas de la mujer que había debajo de la máscara.

La primera vez que la notó fue cuando ella se rio al decirle que podía elegir más de un sabor de helado; la segunda cuando, al pasar por el Coliseo, dos hombres vestidos de antiguos soldados romanos se sacaban fotos con los turistas a cambio de dinero. Al sonreír a la cámara, un niño se acercó por detrás y le levantó la túnica a uno de ellos para ver qué llevaba debajo.

La mirada del supuesto soldado y el regocijo del niño habían sido impagables. Pero lo mejor fue la carcajada de Stella, tan atractiva y *sexy* que él quiso abrazarla y probar esa risa con la lengua.

La idea lo dejó atónito. Ella era el enemigo. Su padre había destruido a su familia. Alfredo Barbieri estuvo años planeando vengarse del padre de Gio, porque este había tenido la temeridad de arrebatarle a la mujer que Alfredo Barbieri deseaba para sí mismo, a pesar de que ella no lo deseaba.

Ahora, el malvado mandaba a su hija a espiarlo. No había otra explicación para que ella se hubiera alojado en el hotel bajo un nombre falso. Era una declaración de guerra.

Gio sabía que la mejor forma de vengarse del hombre al que odiaba con todo su ser era aventajarlo. Su padre había sido incapaz de seguir adelante después de la tragedia, lo que lo había

destrozado y había destruido la relación con su hijo. Pero Gio era más fuerte. Su padre le había enseñado, sin querer, los beneficios, mejor dicho, la necesidad del distanciamiento emocional, una lección que Gio se había tomado en serio.

Volvió al presente y observó al hombre que se esforzaba en subir a pulso a la balsa y casi la vuelca.

–Sería más fácil que nadara hasta la orilla y se subiera allí.

–La guía se lo está indicando por gestos –dijo Stella–, pero él no le hace caso. Hay personas a las que no les gusta que las aconsejen, aunque quien lo haga sepa más que ellos.

–¿Lo dices por experiencia?

–Es algo que todos experimentamos.

–Pero tu tono indica que para ti es un problema.

–Nada que no pueda manejar. –Lo miró antes de volver a mirar el río–. A veces me cansa tener que demostrar lo que valgo una y otra vez. En el trabajo, si hago una propuesta, tengo que esforzarme más que ningún otro para que se tome en consideración, incluso siendo la experta.

–¿Sabes por qué? –Gio sabía que a las mujeres se las solía infravalorar en el trabajo.

–Claro que lo sé: soy más joven y no encajo en el molde.

–¿Y el molde sería masculino? ¿En qué trabajas?

–Si no te importa, preferiría no hablar de eso y disfrutar del día.

Por supuesto que no iba a hablar de eso con él. Pero su descontento parecía real, lo que lo intrigó.

¿Al espiarlo mejoraría su posición en la empresa familiar? Había comprobado que trabajaba para Barbieri. ¿Iba a espiar la empresa rival más importante de su padre para que este le diera su beneplácito? ¿O el plan era idea del propio Barbieri?

Ella daba la impresión de ser abierta y sincera. Pero ¿acaso no pretendía hacerle creer que era inocente? Las circunstancias así lo indicaban, pero Gio se resistía a creerlo.

«Es cuestión de ego. Quieres que sus sonrisas sean reales, que sean para ti, sin tener nada que ver con los negocios ni tu antigua venganza».

Lo que sentía cuando estaba con ella era pura atracción. Stella lo conducía a un nivel profundo, casi inconsciente.

«Tal vez por eso la ha mandado su padre. Tal vez el malvado anciano haya adivinado el efecto que te produciría».

Gio se apoyó en la barandilla y se acercó un poco más a Stella; no mucho, pero lo suficiente para aspirar su aroma a jardín primaveral. ¿Acaso el olor de una espía no debía ser claramente seductor? A no ser que su propósito no fuera seducirlo para sonsacarle información.

Se sintió decepcionado.

«Pero no hay nada que te impida seducirla».

Sería interesante ver hasta dónde llegaría para obtener la información que buscaba.

Volvió la cabeza para mirarla. Ella se dio cuenta, se irguió y retrocedió. Al mismo tiempo, un ciclista dio un brusco viraje para evitar a un grupo de peatones y se precipitó hacia ella. Gio la agarró del antebrazo para evitar que retrocediera más, y el ciclista pasó a su lado a toda velocidad.

Él notó que se sobresaltaba y contenía la respiración, pero no dejó de mirarlo a los ojos. El corazón de Gio palpitó con fuerza. Era un hombre que sabía apreciar a una mujer bonita, sobre todo cuando lo miraba deslumbrada.

Se dio cuenta de que la seguía agarrando del brazo y que le había colocado la otra mano en la cadera para atraerla hacia sí. Ella tragó saliva y entreabrió los labios.

¿Como si sintiera la misma atracción que él? Su ojos, que lo miraban abiertos como platos, denotaban sorpresa e inexperiencia.

«No me lo creo, señorita Barbieri. Eres tan virgen e inocente como yo».

¿Lo tomaba por tonto? Lentamente apartó las manos y esbozó una feroz sonrisa. Despreciaba a los mentirosos. Lo molestó darse cuenta de las veces que se había olvidado de que ella era precisamente eso.

«Está actuando, idiota. No dejes que te engañe».

–Deberíamos volver al hotel –dijo con voz dura.

–Creo que sí –afirmó ella bajando la vista. Después la levantó y sonrió, pero la sonrisa no tenía la alegría de antes ni le brillaban los

ojos–. Ya te he robado mucho tiempo. Me lo he pasado estupendamente recorriendo la ciudad con alguien que la conoce bien. Gracias.

–Yo también me he divertido. Vamos, te acompaño de vuelta al hotel.

–Gracias, pero no hace falta. Hoy no tengo que ir a ningún sitio, así que voy a seguir paseando.

Él se quedó sorprendido: iba a dejar que se marchara, cuando él pensaba que se le pegaría como una lapa.

El juego de Stella era a largo plazo, se dijo. ¿Acaso había notado que lo atraía y había decidido esperar el momento oportuno y hacerse la encontradiza con él en el hotel más tarde? ¿Tan segura estaba de él?

Podía enfrentarse a ella y exigirle respuestas, pero prefirió esperar a que ella le revelara lo que quería.

–¿Tienes todo el día libre? No lo sabía. Yo tenía una reunión esta tarde, pero se ha anulado. –Lo había hecho él pensando que Stella Barbieri era más importante–. Si quieres que te acompañe…

–¿Tienes la tarde libre? –preguntó ella esbozando una sonrisa radiante–. Creía que tenías algo que hacer.

–No recuerdo haberte dicho eso.

–He supuesto que, si estabas en Roma por placer… –Se encogió de hombros y apartó la vista.

–Si estaba aquí por placer, ¿qué?

–Que si estabas de vacaciones, estarías con alguien –contestó ella volviendo a mirarlo a los ojos.

Ahí estaba de nuevo el indudable interés femenino. Lo invadió una oleada de satisfacción, aunque, por supuesto, no quería que ella se interesara por él, pero aquello implicaba que estaba cambiando de táctica, lo que a él lo aproximaba más a descubrir lo que tramaba.

Stella era el motivo por el que había vuelto a Roma. Se trataba de un viaje de negocios.

Sin embargo, sorprendentemente, le gustaba su compañía.

–Estoy solo, así que, ¿qué hacemos, Stella?

Stella no recordaba otro día igual.

¿Cuánto hacía que no se relajaba totalmente y disfrutaba de la compañía de otra persona, sin preocuparse del tiempo ni de las expectativas ajenas?

Aquella tarde había sido especial, un desafío deliberado al increíble ultimátum de su padre.

Se sentía más ligera, más libre, tal vez porque había desafiado a su padre al negarse a contestar los numerosos mensajes que le habían enviado los distintos miembros de la familia.

O tal vez se debiera al cóctel con alcohol que se había tomado cuando se sentaron en una terraza. También había bebido vino en la cena en un restaurante famoso por su deliciosa comida y tranquilo ambiente, muy distinto de los lujosos restaurantes a los que acudía con su familia.

Gio no sentía la necesidad de ser visto en lugares exclusivos. Por su aspecto y por cómo iba vestido, era evidente que tenía dinero. Sin embargo, se había pasado horas recorriendo la ciudad con ella y tomando helados.

Stella no dejaba de pensar en él.

«¡Deja de engañarte! Sabes perfectamente por qué hoy ha sido especial».

Miró de reojo a Gio, que andaba a su lado. Incluso en silencio, su presencia la hacía sentirse segura y acompañada. Y ella no se explicaba la excitación que experimentaba y el hecho de que registrara cada uno de los movimientos de él, como si el cerebro se le hubiera convertido en un radar. Había algo en él que la removía por dentro.

Ni siquiera sabía su apellido. ¿Formaba eso parte de su atractivo? Estaban disfrutando de su mutua compañía sin expectativas, sin apellidos ni detalles personales, sin hablar de temas serios.

–¿Todo bien, Stella?

–Claro, ¿por qué lo preguntas?

–Porque has suspirado profundamente.

A ella se le aceleró el pulso, aunque Gio no podía saber que estaba pensando en él.

–¿Ah, sí? No me he dado cuenta. Pensaba en el día tan agradable que hemos pasado. –Vio que llegaban al hotel–. Gracias, Gio.

–No tienes que agradecerme nada. Yo también me lo he pasado muy bien. Me he divertido mucho más que si hubiera ido a la reunión. Gracias, Stella. Eres una buena compañía.

Ella quiso añadir algo, pero se detuvo. ¿Qué sentido tenía? Aunque ninguno de los dos lo había dicho, ella sabía que aquel día era algo único. Gio no le había vuelto a preguntar cómo se apellidaba. Si quisiera volver a verla, la habría presionado para obtener detalles, para saber cuánto se quedaría en Roma o su número de móvil.

Ella deseaba volver a verlo, pero tenía muchas cosas que solucionar en su vida. Además, era orgullosa y no iba a ir detrás de un hombre que le había demostrado, muy cortésmente, que no tenía intención de volver a verla.

«Reconoce que no lo atraes».

–Ya hemos llegado. Buenas noches –dijo ella.

–Te acompaño a tu habitación.

Ella se volvió, sorprendida y excitada. Él la miró a los ojos mientras llegaban a la entrada del hotel.

–Después tengo que hacer unas llamadas, pero me han educado para acompañar a una mujer hasta la puerta.

A ella se le heló la sonrisa mientras intentaba no parecer decepcionada.

«¿Habrías invitado a un desconocido a tu habitación?».

Pero Gio no le parecía un desconocido. Era el perfecto compañero.

«Te atrae. Te quedas sin respiración si, accidentalmente, te roza con la mano. Llevas la mitad del día pensando qué sentirías si esa mano te explorara el cuerpo».

–¿Stella?

–Claro, eres muy amable.

El elegante vestíbulo estaba tranquilo. Pronto llegaron a la segunda planta.

–Es aquí –dijo ella intentando parecer despreocupada. Él asintió y la siguió.

Aunque Stella sabía que solo iba a acompañarla a la puerta, su cuerpo no había recibido el mensaje. El corazón se le había desbocado y notaba un cosquilleo en la piel. Una cosa era pasear con Gio en la calle, pero en el pasillo le pareció algo íntimo. Volvió a aspirar su masculino aroma.

«Para, para».

–Mi habitación es la última –murmuró. Llegaron al final del pasillo y no supo si alegrarse o sentirse decepcionada.

Buscó la tarjeta de acceso, la sacó y sonrió.

–Gracias de nuevo, Gio.

La expresión de él la dejó sin respiración. ¿Parecía decepcionado? La invadió una oleada de excitación. Tal vez la atracción no fuera unilateral.

«Aunque no lo sea, solo hace unas horas que lo conoces».

En condiciones normales, no lo invitaría a entrar. Pero ese día no era normal, sino mucho mejor gracias a él.

Apretó la tarjeta con tanta fuerza que casi se corta la circulación, lo cual le devolvió la sensatez. Aquello estaba fuera de lugar. Aunque la atracción que sentía fuera verdad y más intensa que nada de lo que había sentido en su vida, no podía fiarse de su juicio. ¿Y si su reacción se debía a que estaba desesperada por encontrar consuelo tras las duras exigencias de su padre?

Nunca se había sentido tan atraída por un hombre ni experimentado aquella sensación entre los muslos con una de sus miradas.

–Ya te he dicho que no tienes nada que agradecerme. Me lo he pasado muy bien.

¿Se había acercado más a ella? Se le aceleró la respiración. Ningún hombre la había mirado con tanta intensidad, como si quisiera saberlo todo de ella o grabársela en la memoria. Su mirada le produjo un cosquilleo. Le recorrió el rostro y se detuvo en los labios, que ella entreabrió, y luego en los ojos.

Stella se sobresaltó y el corazón se le desbocó mientras esperaba y deseaba que Gio se le acercara más. Él volvió a mirarle la boca y ella se lamió el labio inferior. Y casi sintió su boca en la suya.

–Será mejor que me vaya a hacer esas llamadas. Buenas noches, Stella.

Él se marchó sin mirar atrás. Ella lo comprobó porque se quedó inmóvil hasta que desapareció.

Capítulo 5

En el restaurante del hotel se escuchaba el ruido de fondo de la conversación de los huéspedes mientras desayunaban. Stella se hallaba sentada sola al lado de una ventana y miraba la plaza. Llevaba unos vaqueros azules, una camisa blanca y el cabello recogido en una cola de caballo.

Gio sabía que, si estuviera más cerca de ella, vería los cabellos pelirrojos y dorados que resaltaban sobre el color castaño. El día anterior había deseado tocárselo para comprobar si era tan suave como parecía. Y también había querido besarla para descubrir si sus labios eran tan dulces como se imaginaba.

No era una mujer débil. Aunque no supiera que Barbieri la había enviado a su hotel, se habría dado cuenta. Demostraba seguridad en sí misma y una prudencia que indicaba que no tenía un pelo de tonta.

El tonto era él. La noche anterior había querido darle lo que ella le pedía con los ojos y los labios. Estuvo a punto de besarla, a pesar de saber que ella estaba actuando. Pero su deseo era real y se había apoderado de él hasta tal punto que el sentido común no podía aplacarlo. Se sintió muy satisfecho al decepcionarla y marcharse.

Sin embargo, no había podido dejar de pensar en ella toda la noche. Cuando por fin pudo dormirse, soñó con ella. En su sueño descubría todo lo que le ofrecía su cuerpo y su capacidad de complacerlo.

–Lleva ahí mucho tiempo –le murmuró el director del hotel–. Hace siglos que ha acabado de desayunar.

–Está esperando algo o a alguien –afirmó Gio.

A él, evidentemente. La idea le gustó. Estaba deseando volver a verla.

–Es probable. O puede que esté recogiendo información. Ha sido muy amable con los empleados. Gio observó que sonreía a un camarero que se había detenido a preguntarle si deseaba algo. Él recordó el impacto que le había causado su sonrisa y lo molestó que utilizara la misma sonrisa con el camarero.

–No te preocupes –dijo el director–. El personal es discreto y no dirá nada que no deba.

–¿Has hablado con los empleados?

–Solo para saber qué les ha preguntado. Nada fuera de lo normal. Se ha mostrado muy simpática y ha elogiado su buen servicio.

El camarero se alejó de la mesa de Stella. El director le hizo una seña y se acercó a ellos.

–¿Qué te ha dicho la señorita que está al lado de la ventana, de espaldas a nosotros?

–Poca cosa: que hace buen día y me ha preguntado qué sitios puede ir a ver en Roma y si me gusta vivir aquí. Está impresionada por el buen servicio y porque el personal parece contento. Me ha preguntado si es un buen sitio para trabajar y por qué.

–Gracias, Roberto, eso es todo –dijo el director. Cuando el camarero se dirigió a otra mesa, añadió–: Le ha preguntado lo mismo a otros empleados.

–No ha venido hasta aquí para saber por qué nuestro personal está motivado.

–Hay algo que debes ver. ¿Tienes tiempo ahora?

Gio asintió y fueron al despacho del director, que se sentó al ordenador. Tras hallar lo que buscaba, se levantó y le cedió el sitio a Gio.

–Los de seguridad me han avisado.

En la pantalla se veían imágenes tomadas por las cámaras de seguridad de las distintas plantas, de madrugada. Stella aparecía al final de un pasillo en pantalones de yoga y camiseta y el pelo recogido en un moño. Gio sintió una opresión en el pecho. La ropa se le ajustaba al atractivo cuerpo.

Si ella se hubiera presentado en su habitación con ese aspecto la noche anterior, él, sin pararse a pensar, la hubiera tomado en sus brazos. Al darse cuenta de lo que pensaba, frunció el ceño.

Stella desapareció de la pantalla y apareció en otra subiendo las escaleras. Después apareció en otro pasillo y en otro más.

–¿Qué hace?

Ella andaba deprisa, sin mirar lo que la rodeaba.

–Un momento. –El director señaló otra pantalla–. Mira.

Stella apareció en la cuarta planta. A Gio se le aceleró el pulso, porque sabía a dónde se dirigía. Ella se detuvo ante la puerta que conducía al pasadizo que unía el hotel con la oficina central de la empresa.

Gio lanzó un juramento en voz baja cuando ella intentó abrir la puerta, que estaba cerrada con llave. Contempló el teclado de seguridad durante unos segundos y dio media vuelta.

–¿Dónde va? –preguntó Gio.

–Va al final del pasillo y da la vuelta. Hace lo mismo en la siguiente planta y, después, se dirige al gimnasio.

En este se la veía en la cinta de andar. Gio hizo avanzar la grabación. Cuarenta minutos después, Stella dejaba la cinta para realizar estiramientos.

A Gio le dio la sensación de ser un voyerista al estar contemplando imágenes íntimas de ella, que se hallaba sudada y acalorada. Lo senos se le elevaban y descendían a causa del esfuerzo.

Era hermosa, incluso estaba más atractiva ahora, así, sin maquillaje. La observa doblándose y girándose y se la imaginó en la cama. Y sintió desdén por sí mismo y su atracción por aquella mujer manipuladora. Aunque fuera una espía, Gio se sintió culpable por estar observándola y por su reacción ante ella.

–¿Qué ha hecho después?

–Nada. Ha ido a la habitación y no ha salido hasta que ha bajado a desayunar. Desde entonces está en el restaurante.

–Excelente trabajo, gracias.

Dio al director instrucciones para aumentar las medidas de seguridad y se levantó. Era hora de enfrentarse a la señorita Barbieri.

Stella dejó el móvil en la mesa. Gio se le acercó por detrás y miró la pantalla con la esperanza de ver algo útil, pero estaba en blanco.

–Buenos días, ¿está ocupada esta silla?

Ella volvió la cabeza y sonrió como si estuviera contenta de verlo.

«Claro que lo está. Eres su objetivo».

–¡Gio! No esperaba verte.

Gio sonrió intentando disimular la tensión de la mandíbula.

Llegó un camarero y él le pidió un café.

–¿No desayunas? Te lo recomiendo. La comida es muy buena.

–Solo quiero café.

No tenía el estómago para comer por culpa de ella, que se debió de dar cuenta de que le pasaba algo y se quedó mirándolo.

–¿No has dormido bien? –preguntó solícita, lo cual lo molestó.

–Tenía cosas que hacer. ¿Y tú?

–Debería, tras la larga caminata que dimos. Pero me ha costado dormirme.

–Es normal, si hay algo que te preocupa. ¿Algo del trabajo?

–Estoy de vacaciones, pero me cuesta desconectar.

–¿Por eso estabas distraída ayer? ¿Por el trabajo?

Ella miró por la ventana.

–En parte y también por problemas familiares.

Gio hizo una mueca de comprensión. En el caso de ella, el trabajo y la familia estaban relacionados, ya que trabajaba para su padre.

El camarero llegó con el café y Gio le dio las gracias. Tomó un sorbo deleitándose en el sabor.

–¿Qué haces cuando no consigues dormir, Stella? ¿Tienes algún remedio?

Ella volvió la cabeza sonriendo. Y, a pesar de lo que sabía sobre ella, a Gio le resultó difícil aceptar que fuera una espía. La calidez de sus mirada y su abierta expresión parecían indicar que no tenía nada que ocultar.

–Cuando no puedo dormir, hago ejercicio.

Gio la recordó en las imágenes de las cámaras de seguridad y se imaginó la clase de ejercicio que le gustaría por las noches, en la cama de él. El cuerpo le reaccionó automáticamente, excitado.

¡Maldita fuera! Sabía quién y qué era ella, pero eso no eliminaba su deseo. Sentado a la mesa, tan cerca de ella, aspirando su aroma, se percató de que su cuerpo y su mente estaban enfrentados. La mente le indicaba que debía desenmascararla; el cuerpo la deseaba.

–¿Estás bien, Gio?

Ella se inclinó, como si estuviera preocupada, hacia él, que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sonreír.

–Sí. Cuéntame más, ¿qué clase de ejercicio haces?

–A veces, me pongo una linterna frontal y me voy a correr.

–¿Por la noche? No es seguro.

–Depende de dónde esté. No lo haría en un gran ciudad como Roma.

–Entonces, ¿qué haces cuando no puedes correr por la ciudad?

–Anoche, como no podía correr por la calle, anduve por el hotel y subí escaleras.

–¿Y por qué no has utilizado la cinta de andar? El hotel tiene un gimnasio bien equipado.

–Es lo que he hecho. Pero correr sin moverse del sitio no es lo mismo que correr haciéndolo. Correr o andar al aire libre me despeja la mente.

Gio se recostó en la silla y examinó a aquella mujer de ojos claros e inocente expresión. Ella lo había hecho bien el reconocer que estaba recorriendo el hotel cuando todos dormían, lo cual le proporcionaba una coartada en el caso de que el personal de seguridad le hiciera preguntas.

El día anterior había habido momentos en que Gio creyó que no sabía quién era ella. Tras el descubrimiento de aquella mañana, no estaba dispuesto a esperar a que ella hiciera algo. Quería acelerar el proceso, que ella le revelara sus intenciones y hacerle pagar por ellas.

–Lo intentaré la próxima vez que no pueda dormir. Ahora voy a salir a despejarme un poco. ¿Qué te parece, Stella? ¿Quieres acompañarme de nuevo?

–Sí, Gio, gracias –dijo ella, con los ojos brillantes y claramente impaciente.

«No me lo agradezca, señorita Barbieri. Voy a encargarme de que reciba su merecido».

Stella apoyó las manos en la barandilla y contempló la vista de Roma.

–Eres una persona notable.

Gio se volvió hacia ella.

–¿Qué he hecho para merecerme semejante calificativo?

Su profunda voz la envolvió casi como un abrazo. Pero él estaba distinto ese día, a veces divertido y encantador; otras, distante.

Stella señaló la espléndida vista con un gesto de la cabeza. Abajo se veían antiguas ruinas; más allá, altos edificios con jardín en la azotea y las cúpulas de iglesias romanas. La mayor parte de los turistas se habían quedado abajo, en el antiguo foro.

–No conozco a nadie que se dedique a pasear entre ruinas históricas, incluso aunque haya una vista como esta.

–¿A nadie? ¿No hay alguien en tu familia que lo haga?

–Desde luego que no –contestó ella riéndose–. A ninguno le interesa la historia. –El único entretenimiento de Enzo era ir en el coche a toda velocidad o ver carreras de coches. A Rocco le gustaba la buena comida, el buen vino y el juego–. Una vez le propuse a mi padre visitar un antiguo castillo, y me dijo que solo le interesaban los edificios nuevos y modernos.

–De todos modos, ¿fuisteis a verlo?

–Él no tenía tiempo. No debería habérselo propuesto.

Fue durante sus primeros años en Italia, antes de aprender lo que su padre aceptaba y lo que no. Su único interés eran sus hoteles y los de la competencia.

–Pues me alegra que me hayas hecho ese cumplido, aunque te confieso que es la primera vez que subo aquí.

–¿No eres aficionado a la historia?

–No, aunque me parece fascinante ver dónde vivían los emperadores.

–¿Qué te interesa?

–Él ejercicio, como a ti. Navegar en yate, el esquí acuático, el esquí. Pero, últimamente, solo me dedico a trabajar.

Volvieron sobre sus pasos por el sendero de la colina.

–¿En qué trabajas?

No se lo había preguntado antes. Habían evitado hablar de temas laborales. Pero era hora de volver al hotel y probablemente sería la última vez que vería a Gio. Al pensarlo se sintió extraña y absurdamente vacía. Estaba en Roma para tomar la decisión más importante de su vida, la que dictaría su futuro. Despedirse de un desconocido con el que se había cruzado por casualidad debería ser sencillo.

Sin embargo, el corto tiempo pasado con él había hecho que se diera cuenta, más que nunca, de la frecuencia con la que se conformaba con ser una segundona. ¿Era eso lo que deseaba para sí misma? Y si no era así, ¿cuál era la alternativa?

–Invierto en propiedades. Ten cuidado, que aquí el camino es irregular. –Justo al decirlo, la sandalia de ella se introdujo en una grieta de la piedra. Perdió el equilibrio, y se hubiera caído de no haberla agarrado él.

Stella soltó el aire al tiempo que apoyaba las manos en la camisa de Gio. Debajo de ella notó sus músculos. Tragó saliva y aspiró su masculino aroma. Y sintió un cosquilleo en todo el cuerpo.

Cerró los ojos y respiró hondo. Se dijo que estaba recuperando la calma para poder seguir, al tiempo que imprimía en la memoria la sensación de tocar a Gio. Abrió los ojos.

–Gracias.

–Stella.

Nadie antes había pronunciado así su nombre. Casi más que oírlo, lo notó vibrar en el pecho de él. Echó la cabeza hacia atrás, fascinada, al ver que él movía la boca. Y se preguntó si tendría los labios duros o suaves.

–Yo… –Se calló cuando ella miró a los ojos. Había en ellos sorpresa y una invitación.

Ella tragó saliva. Tenía la boca seca y se humedeció el labio inferior con la lengua. Los ojos de él centellearon y ella se estremeció y se agarró a su camisa para mantener el equilibrio.

–Quiero besarte, Stella.

«Sí, por favor».

–Muy bien.

Él inclinó la cabeza muy despacio. Ella vio que sus ojos se le acercaban cada vez más, notó su aliento en la boca. Cerró los ojos y, cuando los labios de él tocaron los suyos, suspiró y se agarró a sus hombros.

Desde ese primer instante hubo magia, como la que ella esperaba cuando era adolescente y que había desaparecido porque los chicos la consideraban forastera y, por tanto, una chica fácil. Y después, porque los hombres la buscaban por la fortuna de la familia, no por sí misma.

Gio la acarició suavemente con la boca y la embrujó al deslizar la lengua sobre la de ella. La abrazó por la cintura con una mano y con la otra le sujetó la cabeza, como si ella fuera algo precioso. Y el beso se convirtió en algo más que el encuentro de sus bocas.

Y ella deseó más. Aquello era perfecto, y le pareció que llevaba toda la vida esperando ese momento, a ese hombre.

Hechizada, se entregó a él. Pero no se limitó a recibir, sino que también exigió, apretándose contra su cuerpo y haciendo el beso más profundo. Su deseo aumentó cuando la musculatura de él le aplastó los senos y el vientre.

Ella le introdujo la mano en el cabello y le agarró la cabeza como si temiera que fuera a dejar de besarla. Él separó las piernas y la atrajo hacia sí. Ella sabía que podía romper el abrazo y separarse de él. Pero no quiso hacerlo. Deseaba más. Por eso, le pareció muy bien que él la apretara con más fuerza contra sí y notar su dura erección contra el vientre

El pulso se le aceleró y se esforzó en tomar aire sin querer separar la boca de la de él ni un solo instante. Al final, fue él quien lo hizo agarrándola de los brazos.

Stella notó dolor en los pulmones al inspirar, observó el brillo de los ojos de Gio y volvió a la realidad, física y mentalmente. Él respiró hondo, lo que a ella le indicó que también se había dejado llevar. ¿Como ella?

Él le miró los enrojecidos labios y ella deseó sentir de nuevo su boca. Quiso besarlo hasta que gimiera de placer y la agarrara con sus fuertes manos y le diera algo más que un beso.

–¿Estás bien?

–¿Por qué no iba a estarlo? –Ella frunció el ceño. ¿Acaso insinuaba que besarse había sido un error? Era indudable que él había sentido lo mismo que ella, pero lo cierto era que se había llevado muchas decepciones. Una mujer tenía que besar muchas ranas antes de hallar a su príncipe. Ella no buscaba un príncipe, sino a alguien auténtico. Lo que habían compartido lo parecía, pero al mirar a Gio a los ojos se preguntó si estaba equivocada.

–No te disculpes por haberme besado –dijo ella soltándose de sus manos

–No iba a hacerlo. ¿Debería?

–No, me ha gustado.

–Muy bien –dijo él sonriendo–. A mí también, pero había que parar.

Ella siguió la dirección de su mirada, oyó voces que se aproximaban y vio un grupo de gente que se dirigía hacia ellos. ¿Por eso él se había detenido? Se sintió aliviada.

–Bajemos a la ciudad –dijo él tomándola de la mano.

Al notar el contacto de sus dedos, a ella se le aceleró el corazón. No buscaba una aventura, pues lo único que le faltaba era complicar aún más su complicada situación. Pero le dio igual. Sus problemas habían desaparecido y todo parecía estar bien.

Sabía que era una ilusión y que era temporal. Pero se daría un respiro.

–Sí, vamos.

Capítulo 6

Gio y Stella apenas hablaron mientras bajaban. Él no entendía lo que acababa de suceder, pero el beso lo había noqueado no por dolor, sino por placer. Había besado y hecho el amor a muchas mujeres, pero no recordaba haberse sentido así, deshecho y triunfante a la vez, como si besar a Stella lo hubiera vuelto invencible. Se sentía fuerte y dispuesto a enfrentarse a lo que fuera.

No recordaba otro beso que le hubiera gustado hasta el punto de olvidarse de todo, salvo de la generosa boca de ella y de su cuerpo.

«El cuerpo de Stella Barbieri. ¿Recuerdas que es tu enemiga?».

Hizo una mueca, pero no le soltó la mano. Claro que lo recordaba. Pero había visto la excitación en sus ojos en el momento de atraerla hacia sí y supo que lo deseaba. Y él la deseaba.

Era la primera vez que se había dejado llevar por un beso, que le había hecho olvidar que ella era una espía. Sintió una opresión en el pecho al recordar a qué había ido ella allí: a ayudar a Alfredo Barbieri, el hombre que había destruido a su familia.

Pensó en su madre y en su hermana, que habían muerto hacía tiempo por culpa de Barbieri. Y en su padre, que las sobrevivió varios años, aunque el alma se le murió el día en que ellas lo hicieron. Y había seguido viviendo desesperado por vengarse de Barbieri y hacerle pagar lo que había hecho, ya que el sistema legal no lo había conseguido.

Y allí estaba su hijo, con la hija de Barbieri, deseándola. Se dijo que todo era una artimaña para acercarse a ella y que confiara en él. Pero no le gustaban las mentiras convenientes. No la había besado por eso ni tampoco eso explicaba el júbilo y la emoción que experimentaba por llevarla agarrada de la mano.

Pero no se fiaba de esos nuevos e intensos sentimientos, porque sabía lo destructivos que podían ser. A su padre lo habían aislado de todos, incluyendo su hijo.

–Estás muy serio, Gio. ¿Va todo bien?

«Nada va bien».

Estaba acostumbrado a estar al mando de sí mismo y de su vida. Debería estar trabajando.

–Pensaba en el beso.

–Ah. –Ella apartó la mirada, pero él se percató de que se había sonrojado. Pero no podía ser. ¿O se debía a que a ella el beso le había supuesto más de lo que esperaba?

–No lo había planeado.

–No, ha sido algo impulsivo.

–Pero ha sido más de lo que me esperaba.

Ella volvió bruscamente la cabeza para mirarlo. Parecía muy joven, tenía los ojos brillantes y parecía inocente. Pero él sabía que tenía veintitantos años y no se creía que, siendo hija de Alfredo Barbieri, hubiera conservado la inocencia mucho tiempo.

–Así es.

Tal vez Gio pudiera utilizar la verdad en beneficio propio. Reconocer que lo atraía la animaría. Si estaba segura de él, posiblemente bajaría la guardia. Él aún no sabía si buscaba secretos comerciales o la oportunidad de cometer un sabotaje.

Fuera lo que fuese, se juró que no lo conseguiría.

–¿Tienes hambre? Conozco un sitio excelente cerca de aquí.

–Me parece…

Stella se detuvo en seco al doblar la esquina, con la boca abierta. Inmediatamente, dio media vuelta y se escondió detrás de él. Gio miró la calle para averiguar qué la había asustado. Vio a una hombre corpulento, de pelo rizado, traje marrón y un enorme reloj de oro que centelleaba al sol. No parecía contento. Le resultó vagamente familiar.

Gio se dio la vuelta y echo a Stella el brazo por los hombros.

–¿Puedo hacer algo?

–No, nada. Casi estamos en el hotel, ¿verdad?

Él asintió y pensó que el hombre debía de haber salido de allí. ¿Era alguien a quien ella iba a ver? ¿O alguien a quien no quería ver?

Ella temblaba, y la abrazó. Aunque fuera su enemiga, le disgustaba verla tan abatida.

Fue entonces cuando recordó dónde había visto a aquel hombre. El día anterior, al buscar información sobre ella, había visto fotos de la familia. El hombre era uno de sus hermanos, mucho mayor que ella.

–Alguien te ha asustado, ¿verdad?

–No es nada. Me he dado cuenta de que… –Negó con la cabeza y se separó de su abrazo. Aparte de lo pálida que estaba y de mirar por encima del hombro de él, parecía haber recuperado el dominio de sí misma.

Gio estaba indeciso. ¿Era aquello otra artimaña, un intento de que la compadeciera?

Pero su angustia era verdadera.

–Dime qué te pasa. Tal vez pueda ayudarte.

–Gracias, pero estoy bien –afirmó ella con una sonrisa poco convincente–. He cambiado de planes. No puedo seguir en Roma.

–¿De quién tienes miedo?

–¿No tengo miedo! Solo… necesito tiempo.

–Dime quién era ese hombre, el del reloj de oro.

Su respuesta lo sorprendió.

–Es mi hermano. No va a hacerme nada, pero no quiero verlo.

Gio se esperaba una complicada mentira.

–Ya te he dicho que me preocupaban ciertos problemas familiares, No me esperaba verlo aquí, eso es todo. Tengo que marcharme antes de lo previsto. Me ha encantado estar contigo.

–¿Dónde vas? –Ella abrió la boca, pero no dijo nada–. No lo has pensado, ¿verdad?

–No, pero lo haré mientras hago el equipaje.

–Permíteme ofrecerte una solución. Alguien que conozco tiene una villa junto al mar, en la costa sur. Voy a ir allí unos días a recargar las baterías. –No era lo que planeaba, pero le pareció la solución

perfecta–. Si deseas tranquilidad e intimidad, es un sitio ideal. Las medidas de seguridad son insuperables. Y solo estaré yo.

Observó en el rostro de ella una serie de emociones: sorpresa, duda, excitación…

–Gracias, pero no voy a imponerle a tu amigo…

–No le importará ni estará allí. A tu hermano le resultará más difícil localizarte en una casa privada que en un hotel.

Daría lo que fuera por saber por qué ella huía de su familia. Pero cada cosa a su tiempo. Cuando estuvieran a solas, la convencería para que le revelara sus secretos.

Stella frunció el ceño mientras reflexionaba.

–Claro que apenas me conoces –dijo él.

–No es eso. Es cierto que apenas nos conocemos, pero confío en ti.

Tal vez aquello fuera parte de su plan y su reacción ante su hermano fuera fingida. Pero si lo que intentaba era seducirlo para obtener información, él no se negaría.

Stella se encogió de hombros echando de menos el brazo de Gio alrededor de ellos. El miedo que había experimentado al ver a Rocco disminuyó cuando Gio la tocó.

Estaba acostumbrada a defenderse sola. No recordaba la última vez que la habían abrazado para consolarla.

–Eres un caballero. Me has tratado con respeto y me has escuchado sin avasallarme. Anoche me dejaste en la puerta de la habitación, sin pensar que, porque habíamos estado un rato juntos, te estaba ofreciendo algo más. –Al ver su expresión de sorpresa, ella rio–. Hay hombres que lo hacen.

–Pero te he besado.

–Nos hemos besado. Fue algo mutuo. No se trata de confianza, sino de…

–¿De qué?

–Soluciono mis problemas sola, prefiero no estar en deuda con nadie y no tomo decisiones impulsivamente. Soy metódica y hago planes.

Sin embargo, hacía dos días había obrado de forma espontánea. No había tenido más opción que alejarse de su padre para decidir qué hacer sobre su insostenible situación.

–Eso es admirable. Pero a veces hay que saltar y dejarse llevar por el instinto. Te ofrezco un lugar seguro para que hagas planes y soluciones tus problemas.

Ante su mirada, a ella le dio la impresión de que veía en su interior la niña insegura que fue. Pero era imposible, porque Gio no la conocía. Miró la calle. Rocco se había ido. Echó a andar y él se colocó a su lado, entre ella y la carretera. Lo hacía siempre que paseaba con una mujer. Sus padres le habían enseñado costumbres pasadas de moda. A ella le resultaba encantador. Le gustaba tener la sensación de que él velaba por su seguridad.

–¿Stella?

–Gracias por tu generoso ofrecimiento. Me lo pensaré.

¿Podía aceptar lo que le proponía Gio? No le quedaba más remedio. Tenía pensado marcharse de Roma. ¿Era una coincidencia que Rocco estuviera cerca del hotel? ¿O la había encontrado?

Era absurdo que la presencia de su hermanastro la desconcertara. Él no le haría daño. Pero podía obligarla a subir al coche a la fuerza para volver a Sicilia, con su padre. No estaba preparada para eso. Necesitaba tiempo y espacio.

«Una villa con buenas medidas de seguridad. Y sola con Gio».

Le parecía perfecto. Los dos días que había pasado con él habían sido maravillosos.

¿Acaso su suerte había cambiado?

En aquellos momentos, cualquier cosa era mejor que estar sola dando vueltas a imposibles opciones: casarse con un hombre al que no conocía u olvidarse de su carrera en la empresa de su padre, porque, si no lo obedecía, no le daría una segunda oportunidad.

No la asustaba dejar la empresa, pero la familia era lo único que tenía desde la muerte de su madre. Se había esforzado mucho para que la aceptaran. ¿Estaba dispuesta a lanzarlo por la borda?

No estaba enamorada. Su experiencia con los hombres no hacía que esperara estarlo, aunque seguía imaginándose que pasaría la vida con alguien que la quisiera. ¿Seguía siendo la niña que creía en

la magia y los finales felices? Le parecía imposible, pero era lo que indicaba la aversión que sentía ante una boda concertada.

«Gio no va a proporcionarte un final feliz, pero es evidente que puede darte a probar la magia».

Lo miró de reojo. Al contemplarlo de perfil se le aceleró el pulso. Él volvió la cabeza y le sonrió.

Estar con él era lo más parecido a vivir una aventura, por primera vez en su vida. ¿Estaba lista?

«No lo conoces. Ni siquiera sabes su apellido».

«Pero sé cómo es: compasivo, preocupado e incluso protector. Y me hace sentir…».

En cuanto al apellido, podía buscarlo. Pero parte del placer que le proporcionaba su presencia, del encantamiento, se debía a que eran dos desconocidos que disfrutaban del momento, sin expectativas a largo plazo. Ser ella misma, ser una persona anónima, hacía que se sintiera increíblemente libre. ¿Le pasaba a él lo mismo?

Estaba exagerando. Que él la hubiera besado no implicaba que deseara algo más.

«A veces hay que saltar y dejarse llevar por el instinto».

Ella lo había hecho al irse a Roma. ¿Se atrevería a confiar de nuevo en su instinto? ¿No debería ser más prudente?

«Mira dónde te ha llevado la prudencia. ¿ Te han agradecido los años de trabajo, planificación e impresionantes resultados?

Toda la familia se beneficiaba de su trabajo, pero, en vez de elogiarla, se limitaban a aceptarlo a regañadientes y, casi siempre, felicitaban a otro cuando los resultados superaban las expectativas.

Stella estaba harta de la mujer en que se había convertido, siempre discutiendo consigo misma y anticipándose a los argumentos que podrían plantear su padre y sus hermanos para ofrecerles otros más razonables, conformándose con ser una segundona. Hasta que se había enfrentado a su padre y a su plan de casarla.

Casi habían llegado al hotel. Se volvió hacia Gio, que la miró fijamente sin decir nada, esperando a que le dijera qué había decidido.

Él no sabía lo extraño que eso le resultaba. En el trabajo tenía autoridad y era responsable de importantes proyectos, pero era su padre quien tomaba las decisiones. Gio la respetaba lo bastante para dejar que decidiera.

Si su padre se salía con la suya, eso no volvería a suceder. Se vería atada a un desconocido, a nuevas responsabilidades, además de las antiguas. Estaría atrapada.

–¿En la costa sur?

–En la costa amalfitana. La villa es muy privada. Tiene su propia playa, protegida por acantilados a ambos lados.

La costa amalfitana. Stella había visto fotos y había estado a punto de ir el año anterior a visitar esa zona, famosa por su belleza, sus pueblos en escarpadas colinas, sus viñas y sus espectaculares puestas de sol. Pero no pudo irse de vacaciones porque su padre la necesitaba. Una vez más.

«A veces hay que saltar».

–Me encantaría acompañarte. Gracias, Gio.

Capítulo 7

Stella no había visto nada tan hermoso en su vida. El crepúsculo bañaba el cielo y el mar en tonos rosados, anaranjados y malvas. El promontorio entre la villa y la ciudad estaba cubierto de sombras cobrizas y violetas.

Desde el banco que había en la terraza, veía la playa privada de la villa. Suspiró y se recostó en los cojines.

–Esto es el paraíso.

–Me alegro de que te guste. Mi amigo está orgulloso de este lugar.

Gio había entrado sigilosamente en la terraza. Llevaba unos pantalones blancos y una camisa negra abierta en el cuello. Estaba muy atractivo. Ella le miró los musculosos brazos. Sostenía una bandeja. Después, le observó los pies. Nunca había pensado que unos pies descalzos pudieran resultar sexys, pero…

Stella se sofocó al notar calor en los senos, la garganta y las mejillas. Se dijo que se debía a que él la había oído hablando sola, no a que…

«No te engañes. Llevas todo el día deseando su compañía y, ahora que está aquí, te has excitado».

A veces detestaba la parte analítica de su cerebro, que insistía en que se enfrentara a los hechos.

–Creí que seguías trabajando –dijo sonriendo.

Habían llegado la noche anterior. Estaba agotada, y se retiró inmediatamente a su hermosa *suite*. Pero se pasó la noche soñando con Gio besándola, acariciándola y proporcionándole tanto placer que se despertó con el pulso acelerado y sintiendo un vacío en la pelvis.

Sin embargo, él se mantenía a distancia, y ella no sabía sin sentirse aliviada o desilusionada.

«Qué mentirosa. Estás decepcionada».

Ese día, él lo había pasado en el interior de la villa trabajando. Habían desayunado juntos, pero ella había estado sola el resto del día.

–Acabo de terminar la última reunión por videoconferencia.

Dejó la bandeja y le mostró una botella de vino.

–También hay agua con gas o zumo.

–Prefiero vino, gracias. Es un lujo relajarse viendo la puesta de sol.

Volvió a mirar el paisaje, como si la vista de Gio no le resultara más cautivadora.

Él le tendió una copa de vino blanco. Pero ella no se fijó en la copa, sino en su mano y su antebrazo. Y recordó esa mano en su cabeza y la mezcla de fuerza y ternura que había derribado todos los muros defensivos con los que se protegía.

«¿Ahora tienes debilidad por la manos, además de por los pies desnudos? ¡Cálmate!».

Agarró la copa, la levantó en un silencioso brindis y dio un sorbo.

–Está delicioso.

Gio alzó la copa, a su vez, y bebió. Stella observó el movimiento de los músculos de su garganta. Quiso acariciársela. Él la miró a los ojos y a ella se le detuvo el corazón, tal era el poder que tenía sobre ella.

Gio no le sonrió. Estaba serio. ¿Se daba cuenta de lo que ella sentía? Era tan nuevo que aún no estaba preparada para hablar de ello.

–¿Tienes muchas reuniones? He oído tu voz un par de veces, dentro de la villa.

–Tengo intereses en distintos lugares –dijo él sentándose–. Como no puedo estar en todas partes, las reuniones por Internet son esenciales.

–Dices que trabajas con propiedades, ¿residenciales o comerciales?

–Comerciales.

Él no añadió nada más, y ella buscó un tema de conversación adecuado. Por primera vez, notó que la camaradería entre ambos se

tensaba.

«Quieres más que camaradería, por eso estás tensa. Antes no te importaba el silencio».

–¿Estás ocupado administrando esas propiedades o comprando más?

Stella observó que la expresión de él cambiaba.

–Ambas cosas. Quiero adquirir una nueva propiedad, pero tengo que inspeccionarla. No compro nada que no haya visto primero.

–Lo entiendo. A veces, uno ve cosas que otros no ven, por muy expertos que sean.

–¿Tú también inviertes en propiedades?

–¡Ojalá! Me encantaría tener dinero para comprarme una casa. Un día lo haré.

–¿Cómo será?

–Aún no lo he pensado –contestó ella riéndose–. Estará en un lugar bonito y tendrá buenas vistas. Me gustaría comprar un hotelito. Trabajo en ese campo y un día tendré mi propia empresa.

Gio emitió un sonido de sorpresa y frunció el ceño. Ella enarcó las cejas a modo de pregunta.

–No habías hablado de hoteles.

–No hemos hablado de cosas rutinarias, como el trabajo –contestó ella sorprendida.

–¿Rutinarias? ¿Es que no te gusta tu trabajo?

–Plantea problemas, aunque estoy segura de que cualquier empleo los tiene, como el de invertir en bienes inmuebles. Pero, en general, mi trabajo me satisface.

–¿Por eso tienes un cuaderno del Nautilus? ¿Trabajas allí?

Ella lo miró a los ojos, contenta de que recordara ese pequeño detalle.

–Sí, pero no de cara la público.

–Y si lo comparas con el hotel en que hemos estado en Roma, ¿qué te parece?

–Los dos son hoteles de lujo, con unas instalaciones y un servicio excelentes, pero se centran en cosas distintas. El Nautilus, en el mar, así que tiene un club de vela, una playa privada y se pueden practicar deportes acuáticos. Es más relajado. El hotel de Roma…

Stella hizo una pausa al recordar su discreto lujo.

–Continúa.

–Todo es de calidad superior, como en el Nautilus, pero hay algo en ella que no es que resulte intimidante, pero que hace que la percibas, sobre todo por el personal. Es excelente y parece comprometido y agradable.

–Eso es muy elogioso.

–Así es. No es habitual encontrar lujo y calidez al mismo tiempo, con un servicio eficaz y amable en vez de obsequioso, ¿no crees?

–Lo has resumido muy bien –contestó él asintiendo–. Sabes de lo que hablas.

–Llevo trabajando en hoteles desde los catorce años. He hecho de todo, desde hacer camas a lavar platos y trabajar en la recepción.

–Empezaste muy joven.

–Es una empresa familiar, así que tuve la oportunidad de hacerlo.

–De todos modos, a los catorce años, los adolescentes tienen otras prioridades, a no ser que haya necesidades económicas.

A Stella le encantó que Gio mostrara tanto interés y curiosidad por ella. Era una sensación embriagadora.

–No las teníamos, pero para mí significaba mucho formar parte de algo que había creado mi padre y que dirigía la familia.

–¿Te gusta trabajar con tu familia?

–Hay buenos momentos. –Se encogió de hombros ante la escrutadora mirada de él–. Soy la más joven y a veces interfieren en mi trabajo, aunque soy muy competente.

Ella había supuesto que tras demostrar su valía de forma repetida la dejarían asumir toda la responsabilidad. Pero, aunque confiaban en ella a la hora de trabajar duro y hallar ideas innovadoras, los hombres de la familia la miraban por encima del hombro. Su padre anulaba sus instrucciones y sus hermanos buscaban fallos, aunque no existieran. En cuanto a que reconocieran sus éxitos…

–Puede que tengan problemas para delegar. –El tono de Gio era relajado, como si el comportamiento de su familia le pareciera razonable. Claro que ella no le había contado todo.

Stella siempre se enfrentaba al mismo problema con la familia, no porque no trabajara bien, sino porque no estaban dispuestos a

renunciar a su autoridad.

«Sigues y seguirás siendo una intrusa. ¿Puedes siquiera fiarte de que tu padre cumplirá su palabra si aceptas una boda de conveniencia?».

–Preferiría no hablar de mi familia. Háblame de la tuya.

Gio no sonrió, sino que se le endureció la expresión.

–No hay mucho que contar. Mis parientes más cercanos son primos lejanos. Me gusta su compañía, pero no trabajamos juntos.

–¿Tus parientes más cercanos? –No era su intención repetir sus palabras. Lo había hecho involuntariamente. Así que él no tenía padres ni hermanos. Se sintió identificada.

–Lo siento.

–Sucedió hace mucho tiempo.

Ella, que había perdido a un ser querido, percibió lo que ocultaban sus palabras. Le puso la mano sobre el puño cerrado y notó su tensión. Él enarcó las cejas ante su gesto de consuelo.

–Mi madre murió cuando yo tenía diez años. Hace mucho tiempo, pero el dolor nunca desaparece del todo.

–Yo tenía cinco cuando murió la mía, Y tienes razón, el dolor sigue ahí. Pero he seguido adelante. Prefiero no hablar del pasado.

–Lo entiendo. –Stella retiró la mano–. Así que dejemos de hablar de la familia.

–¿De qué hablamos? –preguntó él esbozando una media sonrisa–. ¿Del tiempo o de algo importante como dónde quieres cenar, aquí o en un restaurante?

Un restaurante le pareció más seguro. Estar a solas con Gio le resultaba demasiado íntimo. No temía que él traspasara los límites, sino hacerlo ella. A su lado, se sentía más viva.

¿Sabía Gio lo que ella sentía? No tenía mucha experiencia con los hombres, lo que, en el pasado, le había supuesto una desventaja. Pero al mirarlo a los ojos, que la interrogaban, solo observó buen humor. No tenía intenciones ocultas. La sinceridad era una de las cosas que admiraba de él.

–Cenemos aquí. La cocina está bien surtida.

–Era lo que estaba pensando. Después de haber trabajado tanto, quiero relajarme. Tal vez vaya a bañarme.

–Hazlo. Mientras tanto, prepararé la cena.

–¿También sabes cocinar?

–¿Además de trabajar? Hay que comer. Además, me gusta cocinar.

Hacerlo con su madre le encantaba. Al ama de llaves de su padre no le gustaba verla en la cocina, pero ella se las arregló para incrementar su habilidad como cocinera.

–Me parece muy bien.

Gio agarró la botella de vino y señaló la copa de ella. Stella no se había percatado de que estaba vacía. Asintió y él les sirvió a ambos.

–Pero con una condición: vamos a preparar la cena juntos. No me relajaré pensando que estás trabajando en la cocina. No hay prisa. Podemos ver el atardecer y bañarnos en la piscina.

Stella miró la enorme piscina, que parecía suspendida sobre el mar. Al imaginarse en el agua con él, la excitación le recorrió las venas como si fueran burbujas.

–Me parece bien. Aún no me he metido en la piscina.

Lo ojos de él brillaron como si se hubiera dado cuenta de su entusiasmo y supiera el verdadero motivo. Pero, después, se llevó la copa a los labios y ella se dio cuenta de que solo había visto uno de los últimos rayos de sol iluminándoselos.

Stella no quería que el día acabara. Vieron la puesta de sol y la salida de las estrellas. Aunque había un pueblo cerca, le pareció que eran los únicos habitantes del mundo.

Hablaron tranquilamente, como habían hecho en Roma, como viejos amigos. A ella le encantaba el sonido de su risa y su forma de escuchar lo que ella le contaba, sin intentar monopolizar la conversación.

Se bañaron en la piscina y fue tan íntimo como ella preveía. Ya fuera porque era de noche, por la compañía o por el vino, sentía la presencia de él visceralmente. Se le endurecieron los pezones, como si tuviera frío, se le puso la carne de gallina y en el vientre experimentó un deseo de algo más que el agua que desplazaba Gio al nadar acariciándole el cuerpo.

No podía permanecer impasible ante su cuerpo desnudo, salvo por el bañador. Era evidente que dedicaba mucho tiempo a hacer ejercicio.

Ahora, después de la cena, sentados en la pérgola, Stella se sentía feliz.

–¿Por qué sonríes, Stella? –Su voz le recorrió la piel bajo el pareo que se había puesto encima del bikini.

–Pensaba en lo contenta que estoy de estar aquí. No solo es un lugar hermoso, sino privado. Es como haber escapado del tiempo.

A pesar de la tranquilidad que experimentaba, no había podido resolver sus problemas; se pasaba el tiempo soñando despierta con su acompañante.

En Roma la había besado y ella había notado su deseo. ¿Qué lo retenía ahora? Deseaba saber qué pensaba.

–Parece que llevas mucho tiempo sin darte un respiro.

Ella se encogió de hombros. Ginevra, su amiga del colegio, le decía que era adicta al trabajo y que no dedicaba tiempo a sí misma.

–Puede que tengas razón.

–¿Cuánto hace que no te tomas unas vacaciones? Me parece que esto no lo son, sino una oportunidad de reorganizarte.

Stella se dijo que Gio la entendía, incluso en cosas que no le había explicado. No estaba acostumbrada a que la gente se dedicara a conocerla. Era inquietante y emocionante a la vez.

–No me acuerdo. –Desde que había empezado a trabajar, todos sus viajes estaban relacionados con el trabajo.

–Ya sabes lo que se dice de la persona que solo trabaja y no tiene tiempo libre.

–¿Me estás llamando aburrida?

–Ni mucho menos. –Se inclinó hacia ella. Nunca había conocido a una mujer tan interesante.

Sin embargo, no parecía complacido, ya que lo había dicho frunciendo el ceño.

«Puede que prefiera a las mujeres que no sean "interesantes" y le digan lo que desean sin pensárselo dos veces».

Se lo imaginó con hermosas y elegantes mujeres que flirteaban con facilidad y bromeaban con gracia, y que no dudarían en declarar

su interés por un hombre. Ella no era así. Siempre pensaba antes de actuar. Las escasas veces que había creído haber despertado el interés de un hombre resultó que no era ella, la persona, lo que le interesaba.

¿Por eso había reflexionado sobre la monstruosa propuesta de su padre de casarse con un desconocido para progresar en su profesión y consolidar su lugar en la familia? ¿Tan acostumbrada estaba a que su padre le controlara la vida?

Stella se levantó de un salto con el pulso acelerado, pero al mirar a Gio se tranquilizó. Sabía lo que quería, lo sabía desde el principio. Había desperdiciado varios días diciéndose que no debería hacer lo que sus sentimientos le indicaban.

Rodeó la mesa y Gio se giró en el asiento para mirarle el rostro. Ella lo deseaba con todo su ser.

Se detuvo cuando le rozó las rodillas con las piernas y se colocó entre las de él. Y sintió en su interior algo puro y poderoso.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos. Lo suyos brillaban con un fervor que parecía reflejar el deseo de ella. De repente, le pareció fácil ser impulsiva.

–Me atraes, Gio. Te deseo.

Él la agarró de las caderas y se la sentó en el regazo.

–Por fin –dijo él. Su aliento rozó los labios de ella–. No te haces una idea de cuánto llevo esperando esto.

Stella le puso las manos en las clavículas, por debajo de la camisa, haciendo que se le saltaran dos botones. Tenía la piel caliente y suave.

–No tenías que haber esperado. Podrías haber tomado la iniciativa.

–Tenía que estar totalmente seguro de lo que deseabas. Debía ser elección tuya.

Sentada en su regazo, Stella notó el sólido peso de su erección en la cadera. Le pareció muy grande, pero, en vez de ponerse nerviosa, se removió contra ella. Lo besó en el cuello y fue ascendiendo hasta la oreja, que mordisqueó. Su deseo aumentó al ver que a él se le cortaba la respiración y se removía bajo ella.

–Hablemos claro, Gio: ¿nos acostamos ahora mismo?

Capítulo 8

Stella no estaba preparada para la emoción que le produjo que Gio la tomara en brazos y subiera la escalera. No la embelesaban los hombres guapos ni deseaba que la hicieran perder la cabeza. Eso era lo que creía.

Comenzó a respirar agitadamente, mientras él no parecía afectado por su peso al subir la escalera. Pero ella sí lo afectaba. Tenía los músculos y la mandíbula tensos y los ojos le ardían. Y ella se deleitó en ese fuego de deseo que crepitaba entre ambos. En su vida había estado más segura de nada. En brazos de él se sentía fuerte y enérgica, y deseable como nunca.

Llegaron al primer piso y él recorrió el pasillo sosteniéndola con suavidad, como si fuera algo precioso, aunque su firme mandíbula lo hacía parecer un hombre que tomaba lo que deseaba y lo defendía a muerte.

Stella lo abrazó por el cuello, deleitándose en su fuerza y en su deseo de ella.

Entraron en un dormitorio iluminado únicamente por la luz de la luna que entraba por las ventanas. Él la dejó en la cama. Como ella lo tenía agarrado del cuello, él no pudo enderezarse.

–Solo voy a quitarme la camisa, *cara mia*.

El cariñoso apelativo la traspasó como ninguno de los extravagantes cumplidos que a veces recibía.

Stella lo soltó para que se quitara la camisa. Contempló los músculos de su torso y sus brazos, y se le secó la boca. Era un hombre magnífico, con el cuerpo de una atleta. Y, esa noche, era suyo.

Él le desató el pareo. Ella se lo quitó y se desató la parte superior del bikini, que tiró al suelo mientras él le contemplaba los senos.

Él comenzó a hablar con voz ronca, en parte elogiándola y en parte maldiciendo. Extendió la mano hacia ella, pero la detuvo justo encima de uno de sus senos. No la tocó, aunque ella habría jurado que había sentido la mano en el pezón. Notó que le ardía la pelvis. Quería más. Arqueó la espalda buscando el contacto, pero Gio negó con la cabeza y retiró la mano.

Ella observó que abría un cajón.

–¿Gio?

–Un momento.

Stella vio que sacaba algo, cuyo envoltorio rasgó con los dientes. Estaba tan absorta que no había pensado en protegerse. ¿Quién era aquella desconocida mujer que se arriesgaba de esa manera, impulsada por su sentimientos?

Él se quitó el bañador y se puso el preservativo sin dejar de devorarla con los ojos. Y ella se dijo que no era imposible morir de excitación. No entendía la necesidad irresistible de tener sexo, pero supo que moriría si en aquel momento sucediera algo que les impidiera tenerlo.

–Te deseo, Gio.

Le tendió los brazos y él se colocó encima de ella. Pensó que estaba lista. Lo estaba, ansiaba unirse a él. De todos modos, se dedicó a maravillarse ante las nuevas sensaciones que experimentaba. El increíble cuerpo de Gio era caliente y suave al tacto. Él la miró a los ojos sosteniéndose sobre los codos. Le abrió las piernas y se colocó entre ellas.

Stella notó vagamente que el corazón se le aceleraba. Le acarició los hombros y levantó la cabeza para besarlo en las clavículas al tiempo que notaba su erección deslizándosele por el vientre. Después, Gio fue descendiendo por su cuerpo besándole los senos hasta que ella dijo su nombre. Y siguió descendiendo, besándola más abajo del ombligo.

–¡No!

Él se detuvo inmediatamente, a cuatro patas. Cuando se miraron a los ojos, ella notó su sorpresa.

Stella venció la tentación de agarrarle la cabeza y situársela donde sabía que le proporcionaría un maravilloso placer. Una sola caricia de

su mano o su boca la conduciría al éxtasis.

–¿Has cambiado de idea?

–No, pero quiero que la primera vez sea los dos juntos.

Ella observó qué él comenzaba a comprender. Fue como si una tormenta cubriera el sol. Y a ella le encantaban las tormentas.

–¿Estás segura? –preguntó él sonriendo.

–Sí. –Era lo que deseaba, pero los dos a la vez.

Notó su erección entre los muslos. Contuvo la respiración, cuando notó el miembro en el centro de su feminidad. Se miraron a los ojos y la penetró lentamente. Y todo cambió.

Ella lanzó un grito ahogado, se le agarró a los hombros y comenzó a jadear. Él murmuró algo que ella no entendió, y la agarró suavemente mientras la penetraba hasta el fondo. Stella soltó el aire y le acarició los hombros y los brazos.

Era la experiencia más increíble de su vida. Se movió para ir al encuentro de Gio hasta que lentamente hallaron un ritmo de avance y retroceso. Ella se aferró a él notando que la tensión había alcanzado un punto que iba a hacer que estallara.

–Yo…

No dijo nada más. Ya era tarde. La ola iba a romperse. Acarició la mandíbula de Gio y su boca con el pulgar. La invadió una intensa oleada de placer. Era un gozo tan incandescente que le pareció que se había aproximado volando al sol.

Él le puso la mano en la espalda para atraerla hacia sí y ella notó que el cuerpo de él se convulsionaba al alcanzar el clímax.

Se aferraron el uno al otro y compartieron un éxtasis que a ella le hizo perder la noción del espacio y el tiempo.

Mucho después se percató de que estaban tumbados de lado. Ella tenía la rodilla sobre la cadera de él y él el muslo entre las piernas de ella. Él la abrazaba y ella tenía la cabeza apoyada en su hombro. Se sintió inmensamente feliz.

Cerró los ojos y sonrió. No quería moverse de allí.

Se hallaban sentados en un pequeño restaurante del pueblo. A pesar de que hacía buen tiempo, la temporada turística no estaba en su apogeo. Stella contemplaba las vistas y Gio la miraba a ella.

Le había vuelto el mundo del revés. Cada vez que creía entenderla, ella volvía a sorprenderlo.

Estaba casi seguro de que carecía de experiencia sexual. Su expresión maravillada al tener sexo y la estrechez con la que él se había encontrado le hacían sospechar…

No, no podía ser virgen, pero, ahora, creer que era una espía le suponía un problema. ¿Dónde estaba la verdad? ¿Acaso el sexo le había nublado el entendimiento?

Habían ido allí porque ella quería conocer la zona. Pero él, en vez de bajar del coche al apagar el motor, la abrazó. Ella era como una droga en la que recaía una y otra vez. Al salir del coche, ella estaba despeinada y llevaba la falda arrugada.

¿Qué le hacía aquella mujer?

El camarero llegó con los cafés. Stella le dio las gracias y comentó la belleza del paisaje. El joven no apartaba la vista de ella y pronto comenzaron a charlar. Gio se removió en la silla, y el camarero se marchó a toda prisa.

–Me habías dicho que no hablabas bien italiano –le dijo él en esa lengua–, pero lo haces con fluidez. No has tenido problemas para entender el acento local.

Stella cayó en la cuenta de que había hablado en italiano con el camarero. En lugar de parecer culpable, como si él la hubiera pillado en una mentira, se encogió de hombros

–¿Por qué me lo dijiste, si no era verdad?

–No es para tanto. Me gusta hablar contigo en inglés. En Roma me di cuenta de hasta qué punto echaba de menos el inglés. De todos modos, no todos dirían que hablo el italiano con fluidez. Mi familia afirma que tengo mucho acento. Mi hermano Rocco pone los ojos en blanco ante mi pronunciación.

A Gio le pareció extraño. Su italiano era precioso, con un ligero acento. Le encantaba escucharla.

–Cuando llegué a Italia, solo hablaba inglés. –Dio un sorbo de café–. Me costó aprender italiano. Mi hermano cree que podría

hacerlo mejor, pero ya no hace tantas muecas como antes al oírme. Su esposa se lo impide.

–Es evidente que ella te tiene cariño.

Stella lo miró, sorprendida, y sonrió.

–No, en absoluto, pero tiene ideas muy claras sobre lo que debe ser el comportamiento adecuado y la imagen pública. Que Rocco actúe como un adolescente perjudica la imagen de ambos.

Intrigado, Gio la observó. No había rencor en sus palabras, sino una mera exposición de los hechos. ¿Qué relación tenía con su familia? ¿Era posible que la presencia de ella en el hotel de Roma no se debiera a un plan de Barbieri para obtener información? ¿Que ella no supiera quién era él? Pero se había registrado en el hotel con nombre falso, además de haber intentado entrar, de madrugada, en la sede central de la empresa.

–Estás muy serio –dijo ella–. Lamento haberte engañado. Ha sido un estupidez. Cuando nos conocimos me sentía mal, y me atrajo ser simplemente una turista de habla inglesa.

–Lo entiendo.

Lo tentaba creerla. A decir verdad, él también había encontrado una libertad inesperada en el hecho de ser Gio, no Giancarlo Valenti. Lo que había comenzado como una farsa se había convertido en otra cosa. Cuanto más tiempo pasaba con Stella, más la creía, o quería creerla.

Estaba tan atractiva con el cabello recogido en una cola de caballo y una camisa naranja atada debajo de los senos que lo dejaba sin respiración. Si le sacaba una foto con el móvil, con la costa amalfitana de fondo, tendría una imagen que vendería cualquier producto. Podría abrir otro hotel con el reclamo de ella. Los huéspedes acudirían en masa para verla.

Sin embargo, no deseaba compartir a Stella, ni siquiera su imagen, sino guardarla para sí, a pesar de sus sospechas sobre ella.

Sintió un escalofrío en la nuca al recordar la obsesión de su padre con su esposa y el interminable dolor que esa inquebrantable devoción le había supuesto. ¿Había empezado así?

Ella lo miró con los labios entreabiertos, expectante.

Se estableció una corriente de deseo entre ambos y, de repente, él sintió un inmenso alivio. Solo se trataba de sexo.

–Gio, yo…

Él le tomó el rostro entre las manos y se inclinó hacia ella. Unieron las bocas, lo que hizo que disminuyera la tensión que lo atenazaba. Suspiró cuando ella se le acercó más, le puso una mano en la mejilla y con la otra le agarró la camisa. El deseo estalló en su interior.

Deslizó una mano por el muslo de ella y el corazón se le aceleró por el tacto sedoso de su piel y…

Se produjo un ruido estridente. Stella se sobresaltó y se echó hacia atrás. Gio se volvió y vio a un grupo de rap que acaba de llegar al otro extremo de la terraza. La música se detuvo al sonarle el móvil a uno de los componentes. El resto miró a Stella y Gio con curiosidad.

–Vámonos –dijo él tomándola de la mano.

–Creí que no me lo ibas a pedir nunca.

–Sé que quieres visitar la zona.

–El paisaje puede esperar. Quiero verte a ti –susurró ella–. Desnudo.

Más tarde, Gio agradeció que no hubiera habido controles de velocidad en el trayecto de vuelta a la villa. Y pasaron días sin volver a salir de ella.

Capítulo 9

Gio se inclinó hacia delante, con las caderas entre los muslos de Stella. Para ella, cada nueva embestida era perfecta y aumentaba la espiral de placer.

Cada vez creía que sería distinto, que el asombro desaparecería. Por el contrario, el encantamiento se intensificaba, así como el placer y el deseo.

Enlazó los tobillos en la espalda de él, disfrutando del deslizamiento de su carne por la suya y la potencia de su parte más masculina.

Era un cliché, pero pensó que juntos creaban algo mayor y más profundo que ambos por separado, que lo que había entre ellos superaba lo puramente físico.

Él le susurró al oído palabras que aumentaron su excitación. Cuando le chupó los senos, el éxtasis casi la hizo caerse de la cama. Lo agarró de los hombros y lo arañó al intentar abrazarlo con más fuerza.

–Déjate ir, Stella.

Estaba perdiendo el control. Se miraron a los ojos.

–Te alcanzaré, *cara mia*. Confía en mí.

Ella trató de contenerse, con la esperanza de alcanzar el clímax juntos. Pero era imposible. Se entregó a la convulsiones de placer apoyando la cabeza en el cuello de él y apretando los labios contra su piel.

Gio gritó. Ella notó que se le tensaban los tendones del cuello y se percató de que lo había mordido. Él la embistió a la desesperada, lo que hizo que el orgasmo de ella aumentara. La sensación de él derramándose en su interior frenéticamente incrementó aún más el éxtasis.

Después, cuando pudo volver a pensar, se dijo que, aunque Gio era un experto amante, el máximo gozo procedía de experimentar también el placer de él.

–Stella. –Él se tumbó de espaldas arrastrándola consigo, por lo que se quedó tumbada sobre su jadeante pecho–. ¿Qué me haces?

–¿No te gusta?

A pesar de sus impecables modales, su pasión y generosidad, a Gio le gustaba estar al mando en lo referente al sexo. A ella le parecía bien; de hecho, la excitaba. Pero aún se hallaba buscando su camino en aquella intensa relación física. Él tenía mucha más experiencia, y ella se movía por intuición.

–¿Que si me gusta? Gustarme me gusta un helado o una canción. Esto supera con mucho el hecho de gustarme.

Sus palabras fueron un bálsamo que le confirmaron sus propios sentimientos.

Él la agarró de las nalgas y flirteó con sus muslos, con los dedos. Aunque se sentía saciada, Stella notó una leve excitación. Él elevó la pelvis, pero ella estaba sin fuerzas y tuvo que disimular un bostezo. Llevaban haciendo el amor desde el amanecer y el sol estaba muy alto. El día anterior apena habían salido de la cama.

–Tienes que descansar –afirmó él con expresión tierna y preocupada. Se apartó de ella y, al ver que iba a protestar, le puso el dedo en los labios–. Quédate aquí mientras me ducho. Después traeré el desayuno.

–Gracias, me parece perfecto que desayunemos juntos.

Gio la besó con una ternura tan irresistible como lo era su pasión. Stella había experimentado ambas a lo largo de la semana que llevaban allí. ¿Era de extrañar que sus sentimientos hacia él eclipsaran todo lo demás?

Él se levantó, la tapó con la sábana y se fue al cuarto de baño. Ella contempló el juego de los músculos de la espalda, el movimiento de brazos y piernas al andar, la firmeza de las redondas nalgas y la fuerza de las piernas.

Y volvió a desearlo por su cuerpo, evidentemente, y por su forma sublime de hacer el amor, pero por mucho más. Anhelaba su

compañía. Era extraño sentirse tan a gusto con otra persona, tan aceptada. Y tan feliz.

Sabía que aquella no era su verdadera vida y que pronto tendría que tomar una importante decisión. Pero estar con Gio había hecho que conociera algo maravilloso, le había demostrado que la felicidad no dependía de la aprobación de otro, sobre todo cuando ese otro era un padre que mostraba afecto solo cuando se hacía lo que él quería.

Mientras seguía tumbada en la cama oyendo el ruido del agua de la ducha se planteó una nueva posibilidad. Tal vez pudiera encontrar un amor sin condiciones. Gio le había mostrado cómo era la vida con alguien que no tenía intenciones ocultas y que la apreciaba por ser quien era.

Sonrió. Gio y ella no se habían dicho el apellido ni contado detalles de su vida diaria. Lo habían hecho porque, al principio, ella no había querido hablar mucho de sí misma, pero ahora le resultaba un divertimento compartido. Eran amantes que fingían ser dos desconocidos, cuando, en realidad, se entendían perfectamente.

Lo conocía y confiaba en él de un modo que le daba esperanza para el futuro. Pero recordó que ninguno de los dos había hablado del porvenir. Aquel interludio acabaría pronto, lo cual la apenaba.

Sin embargo, el mundo la esperaba para que lo explorara. No tenía que aceptar una boda de conveniencia ni atarse a nadie para obtener aprobación. Le diría a su padre que no se casaría.

Lo convencería de que le diera la oportunidad profesional por la que tanto había trabajado. Y si no lo conseguía, dejaría la empresa familiar y emprendería su propio camino. Estaba decidida.

La invadió una sensación de bienestar. Todo saldría bien.

Dejó de oír el agua de la ducha y se imaginó a Gio secándose y, después, llevándole el desayuno y haciéndole el amor. Hacía que se sintiera como una diosa.

Habían hablado y él había aceptado que ella no quisiera entrar en detalles sobre la vida de ambos, pero ahora no era necesario seguir evitándolo. Quería compartirlo todo con él, no solo su cuerpo, sino también su pasado y sus problemas. Y quería saberlo todo de él.

Tal vez, la conexión entre ambos se intensificase. Tal vez aquello fuera el comienzo de una relación que se fortalecería con el tiempo. Se le aceleró el pulso. Lo que sentía por Gio ya era muy intenso, y era capaz de imaginarse que construían algo juntos, una maravillosa posibilidad que la hizo sonreír mientras se quedaba dormida.

–¿Gio?

Stella recorrió las habitaciones del piso inferior, sin hallar a su amante. El corazón le dio un vuelco al pensarlo: «amante».

No recordaba haber sonreído nunca tanto como lo había hecho en los días anteriores. ¿Y cuándo había sido la última vez que se había reído tan libremente y tan a menudo? ¿Cuándo se había sentido tan apreciada?

Llegó a la cocina y dejó la bandeja que había bajado del dormitorio. Era media tarde, se acababa de despertar y de devorar el desayuno que Gio le había dejado preparado. ¿Cuántas horas hacía de eso? Estaba agradecida por que la hubiera dejado dormir, aunque prefería que la hubiera despertado para estar juntos.

Gio no estaba en la casa. Al final lo vio, desde la terraza, nadando en el mar con el ritmo y la fuerza de un nadador profesional. Y ella pensó que, a él, teniendo tanta energía, le encantaría nadar en el mar. Sin embargo, no se había quejado por tener que hacerlo con ella en la piscina.

Siempre anteponía las necesidades de ella a las suyas. No había razón alguna para que le hubiera ofrecido aquel escondite a una desconocida. Era una prueba de que ella le importaba y que también había notado la compenetración entre ambos.

Él le pedía con frecuencia que le hablara de ella, pero ella cambiaba de tema porque no quería hablar de su familia ni de la situación en que se hallaba, lo cual la hacía sentirse cada vez más culpable, como si le estuviera mintiendo por omisión.

«Que desee saber más de tu vida es significativo. Le interesa algo más que el sexo».

Tal vez él quisiera algo más de la relación. Su interés y su ternura eran reales.

Nunca se había sentido tan especial.

Además de la excitación y satisfacción sexuales, había comprensión y atención, confianza y compañerismo, ternura y consideración, y ella no estaba dispuesta a renunciar a eso.

Razón de más para hablar con él ese día, contarle su vida y sus planes y ver si cabía la posibilidad de que la relación progresara. No dejaba de fantasear con que esta se fortalecía, con sentimientos que iban más allá del deseo. Evitaba poner nombre a lo que sentía, pero era demasiado intenso para ignorarlo.

Fue a por el bañador y la toalla. Alguien llamó a la consola de seguridad. En la cámara de la verja se veía a un hombre con un paquete.

–Traigo un paquete para…

–Un momento, ahora salgo. –No quería dejar entrar a un desconocido. ¿Y si su hermano había vuelto a localizarla?

–Necesito una firma –dijo el hombre mientras le entregaba en paquete por entre los barrotes.

Stella firmó de manera ilegible y el mensajero volvió al coche. Ella suspiró. Su familia no la había encontrado. Incluso aunque la localizaran, ¿qué podía hacer? Ahora, gracias a Gio, estaba dispuesta a enfrentarse a ella y a no ceder.

Mientras volvía al interior, miró el sobre y vio que se había rasgado al pasarlo entre los barrotes. Se detuvo en seco. Dio media vuelta para decirle al mensajero que se había equivocado, pero no había error posible. Era ella la que lo había cometido.

El sobre iba dirigido al señor Giancarlo Valenti, en Villa Rosa, que era el nombre que aparecía en la placa de la puerta. Por si fuera poco, el sobre rasgado dejaba entrever un apellido: *Barbieri*.

El mundo se detuvo. Stella supo que todo iba a cambiar: el bienestar que sentía y sus esperanzas sobre quien la había llevado allí y en el que confiaba. Se le cayó el sobre de las manos, pero no se movió mientras miraba fijamente el nombre del sobre: *Giancarlo Valenti*.

El hombre al que su padre odiaba porque competía con él y porque su prestigio y beneficios eran mayores. Pero el odio iba más allá: era personal.

«Giancarlo, Gio. Es imposible».

Sin embargo, él había estado alojado en el hotel insignia de Valenti y conocía bien al director y a los empleados. Ella debería haberse preguntado a qué respondía la abreviatura de su nombre. Y si se lo hubiera preguntado, ¿le habría dicho la verdad?

Claro que no. La había manipulado con tanta habilidad que le pareció que era ella la que tomaba las decisiones. Notó un dolor en el pecho y lanzó un grito ahogado. Recogió el sobre y entró en la vivienda.

Inconscientemente, se dirigió a la cocina, donde el día anterior había cocinado con Gio y habían hecho el amor apasionadamente. Él la había sentado en el borde de la isla y la había conducido al éxtasis con la boca y las manos, para unirse a ella al final y volver a alcanzarlo juntos.

Pero él no había hecho el amor. Solo era sexo para él. Aún peor: empleaba el sexo como una herramienta, porque Giancarlo Valenti la estaba utilizando.

Aquello no podía ser una coincidencia. Estaba dispuesta a averiguarlo. Abrió el sobre y vertió el contenido en la encimera. Había numerosas fotos de ella sola, con su familia, fotos de su padre e incluso de su amiga Ginevra.

Se apoyó en la encimera con las manos intentando calmarse para no vomitar el desayuno. También había informes económicos de Barbieri Holdings, detalles de las deudas de su hermano, mayores de lo que ella creía. Y un informe sobre ella, desde la fecha y lugar de nacimiento hasta la escuela a la que había acudido, así como la fecha de la muerte de su madre.

Se quedó sin respiración mientras seguía leyendo: su traslado a Italia, sus intereses, amigos, trabajo, los detalles de su vuelo a Roma la semana anterior, la lista de los hombres con los que había salido últimamente e incluso algunos de los eventos a los que habían acudido.

Stella había oído que algunas personas, después de un robo, se sentían como si las hubieran violado. Ahora lo entendía. Era un sentimiento indescriptible. Habían violado su vida e intimidad para que Gio las examinara, porque era hija de Alfredo Barbieri. Daba

igual que no tuviera nada que ocultar. Era su vida privada y él había pagado a alguien para que la profanara.

Una carta que acompañaba toda aquella información explicaba que los investigadores habían hecho un trabajo concienzudo en el tiempo que les habían fijado y que podrían elaborar un dosier más amplio si les daban más tiempo.

A cada palabra que leía, una capa de hielo fue extendiéndose por su cuerpo hasta dejarla congelada.

Gio, en quien confiaba y que tanto significaba para ella, intentaba desenterrar… ¿el qué? ¿Secretos, puntos flacos?

Soltó un carcajada parecida a un sollozo. Él ya sabía que sentía debilidad por sus ojos, su amabilidad y su pasión, que la había llevado a desear lo imposible. ¡Y pensar que había rechazado la exigencia de su padre de que aceptara una boda de conveniencia porque quería esperar a enamorarse! Lo había empezado a hacer de Gio al permitir que su estúpido corazón le dominara la mente.

No volvería a fiarse de un hombre ni de su propio juicio sobre el sexo opuesto. Llevaban mucho tiempo utilizándola y cortejándola por la fortuna y el poder de su padre. Ahora la había utilizado su enemigo.

Arrastró el brazo violentamente por la encimera para tirarlo todo al suelo. Quiso destruirlo, pero los investigadores mandarían una copia y, probablemente, ya habrían enviado toda la información por Internet.

¿Por qué Gio se había hecho su amigo y la había seducido? Había representado el papel de perfecto acompañante consiguiendo que ella bajara las defensas hasta que…

Gio no sabía lo que sentía por él. ¿O sí?

Se avergonzó al pensar en la leve esperanza que había comenzado a albergar en tan poco tiempo. Se felicitaba por haber encontrado un amigo, un amante que representaba todo aquello con lo que soñaba. Le parecía que la relación iba mucho más allá de la mera sexualidad.

La peor mentira era su interés por ella. Él se había dado cuenta de su dependencia emocional y la había utilizado como arma.

«Has sido tú quien se la has entregado, con tu ingenuidad».

Jamás lo perdonaría ni se perdonaría a sí misma. Desde aquel momento, se había acabado la debilidad emocional, las fantasías románticas y los hombres.

Ocho minutos después, llevando consigo lo esencial, abrió la verja de seguridad para montarse en el taxi que había pedido. No miró atrás.

Capítulo 10

En la actualidad

Gio subió al asiento de atrás y cerró la puerta de un portazo. La limusina arrancó y aceleró a toda prisa. Gio observó de reojo la multitud que salía de la catedral y los seguía. Dos hombres se dirigieron al coche nupcial. Gio los ignoró y miró a Stella. Era mejor centrarse en ella que en lo que sentía, en la furia que no desaparecía. Tardó en dominarse.

Había visto que un exceso de emociones había destruido a su padre. Mientras, Alfredo Barbieri urdía una venganza que solo podría tomarse con él, con Gio, ya que su padre había muerto.

Al ver el daño que aquellos hombres se habían infligido, hacía tiempo que él había decidido que en su vida no habría lugar para sentimiento intensos.

«Y aquí estás, a causa de esta mujer».

Ella se levantó el velo. Con aquel vestido, parecía más pequeña de lo que la recordaba. Y le pareció que tenía el rostro más delgado.

Pero no era una delicada flor. Ella tensó la mandíbula al esforzarse en colocarse los pliegues del vestido maldiciendo en voz baja. La tela se rasgó.

Bruscamente, alzó la vista y lo miró. Y fue como recibir un puñetazo en el estómago. Aquello ojos castaños que lo habían mirado con aprobación e incluso adoración ahora lo contemplaban como si fuera una rata saliendo de una alcantarilla. El cuchillo de un carnicero era más suave que aquella mirada.

Gio estaba furioso consigo y con ella. Aún no se creía hasta dónde había llegado. Pero, por debajo de la ira, se sentía satisfecho: Stella estaba con él.

Le había despertado un instinto primario cuya existencia desconocía. Al verla al final de la nave de la catedral, al lado de su guapo prometido, casi había sentido deseos de matarlo.

–¿Qué estás haciendo? –le espetó ella–. No te molestes en contestarme, ya lo sé. Intentas provocar todo el daño y la humillación posibles en mí y en mi familia. Es usted un verdadero bicho, señor Valenti.

Nadie le había hablado con tanto desdén. Como si hubiera sido él quien había estado fingiendo.

–Tenemos que hablar.

Ella soltó una larga carcajada que acabó sonando discordante y revelando angustia. Gio observó que le temblaba la barbilla y que se llevaba la mano a la boca.

Tendió la mano hacia ella, que la rechazó de un manotazo.

–No me toques. No vuelvas a tocarme.

–Has cambiado de opinión, *cara*. Antes no te saciabas de mis caricias.

La pasión de ella había sido muy convincente, como si se dejara llevar por su deseo de él. Y aunque sabía quién era, él había llegado a creer que no podía ser una espía de Barbieri.

–Eres despreciable. Pero dime: ¿cómo lo has sabido?

–¿Lo de la boda? No era un secreto. Has invitado a todo el mundo importante, a todos los marqueses y princesas, políticos y multimillonarios.

–No me digas más, ¿te ha molestado que no te invitara?

Gio negó con la cabeza. Aún no se había recuperado de la inquietud de llegar a Sicilia demasiado tarde. Cuando Stella lo abandonó, ordenó que lo informasen diariamente de todos sus movimientos, pero anuló la orden unas semanas después, porque se percató de que no quería que lo pusieran al día de lo que ella hacía en Sicilia: cenar con Eduardo Morosi, sonreírle, como se veía en la foto que le habían mandado, al salir de un restaurante, apoyados el uno en el otro, como si compartieran un tierno momento.

Sin embargo, el día anterior, su secretaria le había mencionado la boda. Gio se puso en marcha inmediatamente. Estaba en una remota isla malasia por motivos laborales. En una hora se hallaba en

un hidroavión con destino a Kuala Lumpur. Después tomó un vuelo nocturno a Italia y llegó a Sicilia con el tiempo justo. Si lo hubiera hecho minutos después…

–Una boda así tarda en prepararse meses, años incluso. No ha sido una decisión de última hora –dijo él con desprecio.

Ella no se arredró. Sacó pecho y los miró enarcando las cejas, desafiándolo a continuar.

–Así que, ¿qué era yo, Stella? ¿La última aventura? ¿Algo de emoción antes de unirte a tu estirado marido?¿O un intento de complacer a tu padre metiéndote en la cama de su enemigo?

En ese momento, Gio observó que ella reaccionaba. Lo miró con los ojos muy abiertos. Palideció y cerró los puños.

–¡Eres despreciable!

Gio sonrió como si se estuviera divirtiendo, en vez de estar nervioso y agotado.

–Ya me lo has dicho al subirnos al coche. ¿Es lo único que se te ocurre?

–¿No te gusta que me repita? Mala suerte. Sigo queriendo saber cómo lo supiste.

Él frunció el ceño. La boda era de dominio público, aunque él se hubiera enterado en el último momento.

–Media Italia lo sabe.

–No me refiero a la boda, sino al embarazo. ¿Cómo lo has sabido?

Gio tardó unos segundos en asimilar sus palabras, sin creerse lo que acababa de oír.

¡No podía ser cierto! Debía de tratarse de otra treta.

–¿Me estás diciendo que de verdad hay un bebé?

Ella lo miró con los ojos como platos y la boca abierta. Parecía tan estupefacta como él.

–Pero en la iglesia has dicho… Has desafiado a que alguien se interpusiera entre tu hijo y tú.

Su hijo.

Una extraña sensación recorrió el pecho y el vientre de Gio, que comenzó a respirar con dificultad. ¿Un bebé? Habían tenido mucho sexo, insaciablemente. Se quedó sin preservativos y tuvo que

comprar más, porque era escrupuloso en lo que se refería a la protección.

Le miró el vestido. Era imposible verle la forma del cuerpo entre tantos pliegues. Hacía meses que ella se había ido. ¿Debería notársele el embarazo? No lo sabía.

Se le hizo un nudo en el estómago.

«No está embarazada. Intenta confundirte. Es miembro de la familia Barbieri, por lo que la han educado para odiarte y hacer lo posible por causarte la ruina. Inventarse un embarazo es un truco para desanimarte».

Aun sabiéndolo, no pudo marcharse ni dejar que ella se fuera. Todavía no. Maldijo en silencio el poder que tenía sobre él.

–¿Un hijo? –Negó con la cabeza–. Es imposible. Lo he dicho para sacarte de allí.

Llevaba meses sin poder concentrarse. Perdía la paciencia con rapidez y su estado de ánimo le resultaba extraño. Era un hombre que estaba seguro de sí mismo, pero últimamente esa seguridad lo había abandonado, aunque solo hasta que se enteró de que Stella se casaba. Inmediatamente supo qué debía hacer. Nunca había estado tan seguro de nada como de que debía impedir aquella boda.

–¿Así que lo que has dicho era mentira? ¿No sabías que estaba embarazada? ¿Has entrado y me has dejado en ridículo para divertirte? –Ella se llevó la mano a la garganta, un gesto de vulnerabilidad que para él fue como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho–. ¿Quién te has creído que eres? Pensaba que te conocía un poco, pero hacer eso… Debes de odiarme, a mí y a mi familia.

No solo había furia e indignación en su voz y en sus ojos, sino también dolor. Parecían tan reales que él sintió náuseas.

–De todos modos, no querías casarte con él.

Ella se sonrojó, pero volvió a palidecer. Abrió la boca y la cerró, como si no pudiera hablar. Su silencio hizo dudar a Gio. Y se sintió culpable. No podía ser que ella quisiera casarse con Morosi. No se lo creía.

–Pues, entonces, ya está, puesto que sabes lo que quiero sin preguntármelo. Tienes una notable capacidad de percepción.

Gio apretó los dientes. Odiaba su sarcasmo y el hecho de seguir necesitándola. Ella se cruzó de brazos con fuerza. Debería estar ridícula con aquel vestido tan recargado y emperifollado. Pero, incluso disfrazada de merengue, seguía siendo muy *sexy*. Después de todo lo sucedido, él seguía sin ser inmune a ella.

«¡Inmune! En la villa casi te convenciste de que era inocente y querías que siguiera a tu lado».

Hasta que el informe de los investigadores la espantó e hizo que se fuera. Si no tenía nada que ocultar, debería haberse quedado y hablar con él. Pero había huido a escondidas, como una espía enviada por su padre.

–No esperarás que me crea que querías casarte con Morosi. No pensabas en él cuando éramos inseparables. ¿Cuántas veces gritaste mi nombre al llegar al orgasmo? Me rogabas que te acariciara. ¿Hubo algún sitio en la villa donde no tuviéramos sexo? No intentes fingir que ya eras la fiel prometida de Morosi. Si el dosier no hubiera llegado, seguirías en mi cama.

Y estarían disfrutando de cada momento. De ahí procedía la ira de Gio. Habían compartido algo que lo conmovió y que hizo que se preguntara si su propósito de evitar relaciones profundas era erróneo. No estaba preparado para que ella se fuera, y estaba convencido de que ella tampoco.

Stella y él tenían un asunto pendiente.

El coche llegó a un aeródromo privado y cruzó la verja de seguridad. Minutos después se oyó la bocina de varios coches. Gio se volvió y vio que la verja les impedía el paso. Uno de ellos era el coche nupcial.

La limusina se detuvo. Se bajaron y Stella miró a su alrededor, incrédula.

–¿Estás de broma?

–¿Te da miedo volar?

–No me has dicho nada de un helicóptero, sino que teníamos que hablar.

Al otro lado de la verja se oyeron gritos y golpes en los barrotes.

–Necesitamos tranquilidad para hablar, que no tendremos en ningún sitio donde tu familia pueda interrumpirnos. –Miró hacia la

verja. Su padre, sus hermanos y algunos invitados vociferaban. Vio que el novio no estaba con ellos.

Se volvió hacia Stella. Parecía frágil y cansada, a pesar de su agresiva expresión.

–Puedes elegir: ven conmigo para solucionar esto o quédate y habla con tu familia.

Sin decir nada ni mirarlo, Stella se dirigió al helicóptero arrastrando la cola del vestido por el polvoriento suelo. Gio intentó ayudarla, pero ella lo rechazó.

–Te he dicho que no vuelvas a tocarme.

Al final, el chófer la ayudó a subir. Gio se sintió como lo hizo el día en que lo abandonó: rechazado, abandonado y furioso.

Al final, Stella se alegró de que viajaran en helicóptero, donde no se podía hablar. Así que se dedicó a contemplar las vistas. Creyó que aterrizarían en un lugar cercano, en otra ciudad siciliana o, conociendo a Gio, en un lujoso refugio privado. Ya se había enterado de que la villa de Amalfi no era de un amigo, sino suya. Otra mentira.

Se sobresaltó al ver que el helicóptero abandonaba la isla. ¿Dónde la llevaba Gio? Creía que a la villa, pero el helicóptero no se dirigía al este.

Pensó en la reacción de Gio ante la posibilidad de que estuviera embarazada. No se lo creía, a pesar de que lo había proclamado a los cuatro vientos para avergonzarla, lo cual a ella le causaba repugnancia, pero, a la vez, su reacción ante él no era totalmente negativa, lo que la horrorizaba.

Se había sentido furiosa en la catedral, pero también le encantó que hubiera aparecido para llevársela con él.

A pesar de que sabía que la había engañado, había descubierto algo sobre sí misma: la existencia de sentimientos que no podían eliminarse fácilmente, a pesar del dolor de la traición.

En el corto tiempo que habían estado juntos, se había enamorado de Gio, tal vez como resultado de los años anhelando que su familia la quisiera, a lo que esta se negaba.

Se tapó la boca, avergonzada de que le temblaran los labios. No había derramado ni una lágrima por Gio , y no iba a empezar en

aquel momento.

En la villa se había enamorado de él. Ahora, eso le serviría para defenderse, porque la otra cara del amor era el odio, y odiaba a Gio con todo su ser. Pasara lo que pasase, él no podría hacerle más daño.

Pensó que no se dormiría debido al rugido del helicóptero, pero cerró los ojos. Al abrirlos contempló una montañas y un lago.

–¿Dónde estamos?

–En el lago Como. Tengo una villa ahí.

Por supuesto. Reprimió un estremecimiento de ansiedad al darse cuenta de lo lejos que estaba de su casa; se hallaba a merced de él.

–Podíamos haber hablado en Sicilia.

–¿Para que apareciera tu familia? Aquí nadie nos interrumpirá.

Stella tragó saliva. Cuando hubieran hablado, él haría que la llevaran donde quisiera ir. Ojalá supiera dónde. No se hallaba preparada para enfrentarse a su familia. Ya pensaría en algo. No estaba prisionera. Había decidido ir hasta allí por voluntad propia.

Sin embargo, se dijo que huir con él, sin el móvil ni dinero, había sido una decisión estúpida.

«¡Deberías haberte quedado y casado con Eduardo!».

Ya era tarde para lamentarse. El helicóptero aterrizó en un helipuerto cerca de una hermosa villa, al lado del lago, con su propio muelle y rodeada de bellos jardines.

«Ha llegado el momento de afrontar las consecuencias».

Haría lo que fuera para proteger al bebé. Si era necesario, mentiría y diría que era de Eduardo. No dejaría que Gio se enterara de que era suyo.

Capítulo 11

Gio recorría el amplio salón tan agitado como cuando había visto a Stella ante el altar para casarse con otro hombre. Debería dominar las emociones. Era su especialidad, pero ese día era puro sentimiento. No sabía qué hacer consigo mismo ni como controlar sus contradictorios impulsos.

Oyó un ruido y se volvió. Stella estaba en el umbral, sin velo y con el cabello recogido de un modo que le realzaba el rostro.

O tal vez era lo que a él le parecía, debido a su deseo incontrolable de ella, que tenía la barbilla levantada y un duro brillo en los ojos. Era evidente que había utilizado el tiempo que había estado en el cuarto de baño para reforzar las defensas.

Él le señaló las cómodas sillas, así como los refrescos que el ama de llaves había llevado.

–Entra y siéntate.

Ella cruzó la habitación con el porte de una duquesa. Él admiró su estilo. Salvo por las señales de fatiga alrededor de los ojos, parecía indomable. No era de extrañar que empezara a tener fama en la profesión. Los hallazgos de los investigadores eran impresionantes.

«No ha venido para una entrevista de empleo».

–Hay una cosa que debemos aclarar –dijo él sentándose frente a ella.

–¿Solo una? –preguntó ella frunciendo el ceño.

–¿Por qué finges estar embarazada?

–Da igual. Has hecho bien en no creértelo. Preferiría que habláramos de por qué me has puesto en ridículo en la boda. ¿Qué quieres? –Bebió un poco de agua y evitó mirarlo a los ojos.

¿Acaso ocultaba algo? A Gio se le hizo un nudo en el estómago.

–Stella. –Ella volvió a mirarlo–. ¿Estás embarazada?

–No me habrás traído hasta aquí para hablar de algo que consideras imposible.

Su reticencia parecía una afirmación. A Gio se le aceleró el corazón.

–¿Es mío?

–En Sicilia no pensabas que estuviera embarazada. Nada ha cambiado desde entonces.

Lo había hecho. Él le miró las manos, que, inconscientemente, había apoyado en el vientre. Solo se esforzaba en desafiarlo con la mirada.

–Sé que estás embarazada. –Estaba totalmente convencido.

Observó que ella se había dado cuenta de que se había delatado. Su lenguaje corporal indicaba que se sentía amenazada.

–Conmigo estás a salvo –le aseguró él con voz ronca, mientras lo invadían la esperanza y el terror a la vez–. ¿Es mío?

«Un hijo, una familia. ¿Cuántos años hace que no la tienes? ¿Cuántos que no quieres a nadie ni nadie te quiere?».

Una familia implicaba amor, pero también pérdida y angustia. Desde que había alcanzado la edad adulta, casi agradecía por estar solo. Había sido testigo del dolor de su padre, cuando el amor se transformó en duelo por la pérdida de su esposa y su hija.

Gio también se había quedado destrozado. Pero, poco a poco, se percató de que la vida seguía, paso a paso, aunque su padre no continuó adelante, sino que se quedó atrapado en la pena.

Después de comprobar lo que el amor y la pérdida supusieron para su padre, Gio había evitado tener relaciones profundas. Era un hombre solitario.

Ahora, la posibilidad de que Stella fuera a tener un hijo suyo le produjo un sentimiento trascendental e indescriptible.

La risa de ella lo distrajo de sus pensamientos.

–Tiene gracia, viniendo de ti. «Conmigo estás a salvo» –repitió sus palabras con desprecio–. No pensarás que voy a creérmelo.

–Sin embargo, aquí estás. Has venido por propia voluntad. Querías estar conmigo.

Ella se levantó de un salto y comenzó a recorrer el salón agarrándose la falda del vestido, sin preocuparse de que la cola se

enganchara en algún mueble cuando daba la vuelta para dirigirse en dirección contraria.

Estaba furiosa, magnífica, y él la deseaba. Lo volvía loco no poder librarse de aquella atracción. Lo había embrujado en Roma y cada hora en su compañía había intensificado el hechizo. Ella se reiría si le dijera que casi la había secuestrado porque no soportaba la idea de que se entregara a otro hombre, lo cual no tenía sentido, ya que él no pensaba casarse con nadie, y menos con la hija de Barbieri. Lo que necesitaba era olvidarse de ella para que dejara de perseguirlo.

–Quiero una prueba de paternidad –dijo acercándose a ella, lo que hizo que se detuviera.

–¡Vete al diablo!

–Tengo derecho a saber si el hijo es mío.

Al decirlo, se percató de que no podía aceptar que fuera hijo de otro. ¡Qué contradicción! La idea de tener un hijo lo dejaba destrozado, pero no quería que fuera de otro.

Nunca había estado celoso de otro hombre hasta que vio las fotos de Eduardo Morosi en el informe de los investigadores. Era guapo y agradable. La idea de que hubiera dejado embarazada a Stella le envenenaba la sangre.

–Si estuviera embarazada, sería asunto mío, no tuyo.

–A no ser que yo sea el padre.

–Puedes estar seguro de que, si tengo un hijo, nunca te pediré ayuda. Lo criaré sola.

Él apretó los dientes al ver que ella seguía negándose a reconocer su embarazo.

–No puedes dejarme con la duda.

–¿Ah, no? ¿Por qué? Me has mentido y me has utilizado. No te debo nada.

–¿Que te he utilizado? Me parece que ha sido lo contrario.

Estaba muy cerca de ella. Quería acariciarla y estrecharla en sus brazos. Se situó enfrente de ella, tan cerca que casi le rozó los senos con el torso. Ella se quedó sin respiración y se humedeció los labios antes de repetir:

–No te debo nada, eres mi enemigo.

–¿Eso justifica tu conducta? ¿Primero mentirme y después huir?

–¿Mi conducta? No finjas que es culpa mía. Me has secuestrado en mi boda. Nos has puesto en ridículo, a Eduardo y a mí, delante de cientos de personas.

Él le agarró una mano y se la llevó al pecho. Notó que ella ahogaba un suspiro.

–No tenías que venir conmigo. Podías haber negado que estabas embarazada y haberte quedado con tu prometido. Ante una señal tuya, la multitud me hubiera destrozado, en vez de dejar que te llevara conmigo. No lo deseas a él, sino a mí. –Notó que la mano de ella temblaba.

–No sabes nada de mí.

–Esto lo sé.

Se inclinó hacia su cuello y se lo mordisqueó. Ella gimió levemente, pero con el mismo deseo que él sentía. La lamió y la abrazó por la cintura. Y ella, en vez de apartarlo, ladeó la cabeza para facilitarle que la besara, al tiempo que lo agarraba de los brazos. Por fin, sus cuerpos se tocaron y en el interior de él se declaró un incendio.

Comenzó a quitarle las horquillas del cabello. Notar su suavidad en las manos aumentó su excitación. Ella lo miró con los ojos brillantes como gemas.

–Te desprecio.

–Y yo no me fio de ti, pero me deseas.

–Eres un engreído –afirmó ella, pero sin apartarse de su mano, que le acariciaba la nuca, ni librarse de su abrazo.

–Y tú no haces más que protestar, pero no me creo lo que dices.

–¿Acaso me adivinas el pensamiento?

–No, pero adivino lo que desea tu cuerpo. Esto es lo que deseas, ¿verdad? –Movió las caderas hacia delante y la sensación de apretar su erección contra el cuerpo de ella, a pesar del vestido, fue fantástica.

–¡Qué arrogante eres! –dijo Stella mirándolo con los ojos tan enfebrecidos como los de él.

Gio no supo cuál de los dos se movió primero, pero de repente unieron sus bocas. No fue un beso delicado, sino parecido al

desplazamiento de placas tectónicas haciendo chocar dos continentes.

Las lenguas se enredaron y los dientes se arañaron.

Gio intentó dominarse, ir más despacio y conseguir que ella reconociera que estaba embarazada. Pero su deseo de ella y la convicción de que estaba embarazada de él se fusionaron con la percepción de que ella estaba tan desesperada como él. Y se sintió perdido.

La agarró de las nalgas, la levantó y la apretó contra sí. Ella gimió de satisfacción cuando su pelvis se apretó contra la erección de él.

Gio se acercó al piano, donde la sentó.

–Ayúdame –dijo con la boca pegada a la de ella, que, sin dejar de besarlo, abrió las piernas y las enlazó a sus caderas. Entre los dos consiguieron subirle la falda. Él le acarició los muslos mientras ella le desabrochaba el cinturón.

Gio apretó su erección contra la palma de la mano de ella mientras le desabrochaba la cremallera de los pantalones, cada vez más excitado. La agarró de las manos y se las puso en los hombros. Ella apartó la boca de la suya protestando.

–Quiero estar dentro de ti cuando alcancemos el clímax.

A ella se le dilataron las pupilas y él pensó que nunca había visto nada más *sexy*. Entre ellos se produjo un momento de comprensión y aceptación. Segundos después, él rasgó el encaje de sus braguitas y la penetró.

Se movieron a la vez y Gio se asombró al ver lo fácilmente que iban a llegar juntos al orgasmo. Deslumbrado, registró el intenso deseo, la resbaladiza fricción y el estrecho abrazo. Pero la realidad iba más allá. Era algo tan profundo que lo sentía en el corazón, en la sangre y en el cerebro.

Oyó que ella suspiraba profundamente y entonces se produjo lo inevitable y el deseo de moverse eclipsó lo demás. Se retiró para embestirla con fuerza y ella fue a su encuentro. Él sintió un escalofrío y volvió a retirarse y a embestirla y ella se aferró a él

atrayéndolo hacia sí. Y él la estrechó en sus brazos mientras el éxtasis hacía que el mundo desapareciera.

Capítulo 12

Stella estaba apoyada en la barandilla de la terraza de su habitación viendo salir el sol sobre el lago, iluminando el magnífico jardín de la villa. En otro momento, a ella le habría parecido una escena deliciosa. Ahora se sentía avergonzada recordando lo sucedido.

¿Cómo se había comportado así? ¿Dónde estaba su orgullo?

No había actuado con sensatez, como una mujer que iba a tener un hijo. Se había dejado llevar por los sentimientos. Cuando estaba con Gio, se olvidaba de lo que debía hacer y considerar. Llevaba toda la noche dando vueltas reviviendo el enfrentamiento inicial y el loco deseo que los había unido.

Porque era una locura que su cuerpo deseara a un hombre que tan mal la había tratado. Quería odiarlo. Lo odiaba. ¿Por qué no se había quedado embarazada de un hombre decente, en vez de uno que era un manipulador?

A pesar de ello, sus sentimientos hacia su futuro hijo seguían siendo los mismos. Desde el momento en que supo que estaba embarazada, tras la sorpresa inicial, sintió el instinto maternal de cuidar y querer al bebé. El vínculo con su madre había sido indestructible y deseaba que el suyo con su hijo fuera igual. Se enfrentaría a todo y a todos para que su hijo fuera feliz y estuviera a salvo de manipuladores como el padre de ella o el del niño.

Pero la asustaba no haber conseguido dejar de desear a Gio. Al pensar en lo sucedido al llegar allí, el cuerpo volvió a traicionarla y se excitó recordando cómo la embestía con una desesperación semejante a la suya.

Negó con la cabeza y entró al dormitorio, que estaba magníficamente decorado y tenía una buena cerradura en la puerta,

aunque no la fuera a necesitar. Gio no la había seguido cuando ella lo había dejado ni había llamado a la puerta durante la noche. Probablemente se estaría riendo de lo fácilmente que la había engañado y de lo débil que ella era.

Entró en el vestidor. Estaba lleno de ropa, con prendas que había dejado en la villa de Amalfi y otras nuevas, todas de su talla, además de zapatos y lencería. ¿Era una demostración del poder de Gio que se hubiera preparado para su llegada cuando ella no pensaba volver a verlo? Rebuscó entre las perchas. Las prendas que había dejado en Amalfi le recordaban intensos momentos con él.

Miró el amasijo de satén y encaje que había en un rincón. Al llegar el día anterior a la habitación, ansiaba quitarse el vestido de novia, que llevaba puesto cuando Gio la había poseído.

«¡Deja de mentirte! Tú lo poseíste tanto como él a ti. Lo invitaste, lo provocaste y te deleitaste con las consecuencias».

Había recuperado la cordura al llegar a la habitación y se despreció a sí misma.

«El problema es que no te asusta él. Eres tú de quien debes preocuparte».

Agarró un vestido largo de color rojo que le dejaba los hombros al descubierto. Se llevó la mano al vientre de forma protectora. Había sido débil con Gio, pero eso se había acabado. Se jugaba mucho.

Se enfrentaría a él y seguiría con su vida. Tenía un futuro por delante, en el que Gio Valenti no estaba incluido.

Stella estaba sentada bajo una pérgola desayunando cuando oyó que Gio se acercaba. Se quedó sin respiración, pero agarró el vaso de zumo y dio un sorbo. Él se sentó enfrente. El cabello despeinado y la barba incipiente le recordaron las mañanas en que se despertaba desnuda a su lado, así como lo sucedido el día anterior, lo que debería reforzar su decisión de mantenerse a distancia de él. Sin embargo, lo devoró con los ojos.

–Tenemos que hablar.

–Sí. –Pero no estaba dispuesta a hablar del bebé. Antes había cosas que debía entender–. Ayer me acusaste de mentir, ¿por qué?

–Por favor, Stella, no más jueguecitos. Ya sabes por qué.

–Porque odias a mi padre.

–Nadie me culparía por odiarlo, dados los delitos que cometió en el pasado, pero no dejo que él dicte mi comportamiento.

Stella se puso tensa. Su padre era un hombre duro, respetado, pero también temido. ¿Qué había hecho? ¿O acaso Gio solo pretendía confundirla?

–¿Por qué me trataste como lo hiciste? Me sedujiste y tus investigadores invadieron mi intimidad. Me has utilizado.

–¿Que te he utilizado? Yo diría que ha sido al revés.

–Ve al grano y, por una vez, sé sincero. ¿O acaso te resulta imposible? ¿Por qué te acercaste a mí para conocerme? Lo hiciste a propósito.

Se había dado cuenta de que la coincidencia en el vestíbulo del hotel no había sido tal. Qué ingenua había sido al creer y confiar en él. Tragó saliva.

–¿Por qué me llevaste a la villa?

–Para averiguar qué tramabas, para qué te había mandado tu padre al hotel en Roma.

–No me mandó él –contestó Stella frunciendo el ceño–. Fui a Roma huyendo de él.

Él la miró confundido durante unos breves instantes. Pero se repuso inmediatamente.

–Así que la decisión de espiar fue tuya.

–¡Espiar! ¿El qué? ¿El Coliseo? Me había tomado un descanso.

Gio apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia ella, lleno de impaciencia.

–Pues fue muy conveniente que te lo tomaras en mi nuevo hotel, donde acababa de instalar la sede central de mi empresa, donde almaceno informes y contratos confidenciales. Y no te registraras como Stella Barbieri, sino con un apellido que luego averigüé que era el de tu madre, y que insistieras en que te llamara solo por tu nombre y te negaras a hablar de tu familia y de tu trabajo.

–¿Creíste que era una espía industrial? En mi vida me han dicho nada tan absurdo.

–Tu comportamiento fue sospechoso desde el principio. El director del hotel te reconoció y me informó de lo interesada que estabas en

el funcionamiento del hotel y de que aprovechabas cualquier oportunidad para hacer preguntas a los empleados sobre su trabajo.

Ella abrió la boca, pero, antes de que pudiera hablar, él continuó.

–Y luego estaba la ridícula farsa de que recorrieras los pasillos de madrugada, con el propósito de llegar a la puerta de seguridad que protegía la sede central. Qué pena que no pudieras entrar. ¿Qué habrías hecho de haber podido entrar? ¿Buscar documento secretos, copiar archivos? ¿Intentabas demostrar a tu padre tu valía personal con la esperanza de que te ascendiera?

Stella parpadeó. Se sentía mareada y, de repente, la voz de él le llegó desde muy lejos.

–Fingiste que no sabías quién era. ¿Creíste que, cuando nos acostáramos, te contaría algún secreto?

Ella tragó saliva, pero no le sirvió de nada. Siguió sintiendo náuseas.

Se levantó de un salto y se dirigió a la casa a toda prisa tapándose la boca. Él la siguió. Ella entró en el cuarto de baño y echó el pestillo antes de vomitar el desayuno.

Stella esperó a dejar de temblar y a que se le pasase el mareo. No era la primera vez que tenía náuseas, pero el mareo era nuevo. Sonrió con amargura al verse las ojeras en el espejo.

Se negó a seguir escondida. No tenía nada de lo que sentirse culpable.

De todos modos, tuvo que reunir todo su valor para mirar a Gio a los ojos cuando salió al vestíbulo. No supo si su mirada de preocupación era verdad.

–Ven, te acompaño a la habitación. El médico está de camino.

–No me hace falta un médico.

–Parecías estar a punto de desmayarte y te he oído vomitar.

–Que me acusen de mentirosa y de ser una espía industrial no me sienta bien.

Echó a andar, pero se detuvo porque el vestíbulo comenzó a darle vueltas.

–No seas terca. Piensa en el bebé. ¿No es más importante que discutir conmigo?

Tenía razón. No soportaría que le pasara algo al niño. Aunque su padre fuera despreciable, a él lo quería con todo su corazón. Respiró hondo y asintió.

–Muy bien, veré al médico, pero a solas.

Gio no protestó ni tampoco lo hizo cuando se negó que él la subiera en brazos, aunque a ella le hubiera resultado más sencillo, porque tuvo que subir las escaleras muy despacio, con él a su lado, sin tocarla, pero lo bastante cerca para sentir su calor.

Llegó agotada a la habitación. Él le sirvió un vaso de agua de la jarra que había en la mesilla.

–Puedes irte –dijo ella creyendo que él protestaría. No lo hizo.

–Si necesitas algo, llámame.

Mientras él salía de la habitación, Stella tuvo el absurdo deseo de decirle que no se fuera. Se contuvo y cerró los ojos. Tenia que recuperar las fuerzas.

«Náuseas exacerbadas por estrés y falta de sueño».

Gio recordó la penetrante mirada de la doctora al darle el diagnóstico antes de marcharse. Era evidente su desaprobación y que se lo decía con el permiso de la paciente. Era un recordatorio de que, sin una prueba de paternidad, él no tenía ningún derecho legal sobre su hijo.

Pero no se trataba de derechos legales. Lo único que quería saber era si Stella y el hijo de ambos estaban bien.

Acabó de hacerse un largo en la piscina y se agarró al borde con el corazón acelerado, no por el ejercicio, sino por saber que estaba en lo cierto: Stella estaba embarazada de él. Se pasó la mano por el rostro. Estaba seguro de que era así, pero la doctora se lo había confirmado.

Iba a ser padre. Tendría una familia.

Llevaba años orgulloso de dominar sus sentimientos. Ya no podía seguir haciéndolo. No lo hacía desde que supo que Stella iba a casarse. Y el embarazo le había vuelto el mundo del revés.

Y aunque siempre se había negado a formar una familia, ahora no tenía elección. La decisión la habían tomado por él.

Recordó su infancia: la sonrisa de su hermana jugando con él, los abrazos y las nanas de su madre, su padre, que entonces no era el hombre adusto y obsesionado en que se convirtió después, sino un hombre feliz y vital, siempre con tiempo para jugar.

Eso era lo que deseaba Gio para su hijo: un mundo seguro, lleno de amor, sin pena ni dolor. ¿Podría dárselo? ¿Quería intentarlo siquiera? Si no lo hacía, otro ocuparía su lugar.

¿Y si era tan débil como su propio padre, incapaz de recuperarse si el mundo se derrumbaba y obsesionado por la pérdida?

Tras el desastre en el que había muerto la mitad de la familia, su padre se desentendió de Gio y se entregó al dolor y a la necesidad de vengar a su esposa y su hija, como si su hijo no le importara.

¿Y si Gio era como él? ¿No sería mejor no formar parte de la vida de su hijo? Sabía que Stella lo protegería por encima de todo. No lo necesitaría a él.

Sin embargo, aunque no se fiaba de sí mismo a la hora de ser padre, no iba a consentir que un desconocido lo hiciera por él.

Salió de la piscina y se secó con la toalla.

Y no se trataba solo del bebé, sino también de Stella. A pesar de saber quién era, lo tenía embrujado. Estuvo convencido de que era inocente hasta que huyó, lo que demostraba que tenía algo que ocultar.

Sin embargo, su instinto le indicaba que confiara en ella. Al verla tan descompuesta esa mañana, se había preocupado y deseado protegerla.

Oyó ruido en la terraza y allí estaba ella. Tenía mejor aspecto, tal vez porque había descansado o por el vestido rojo que llevaba. Estaba muy elegante y *sexy*. Tuvo ganas de abrazarla. Y pensó que estaba embarazada de él. Se fijó en el vestido, pero desde donde se hallaba no vio que tuviera hinchado el vientre.

Dejó la toalla. Al darse cuenta de cómo ella le miraba el cuerpo se sintió muy satisfecho. Aunque afirmara que lo despreciaba, reaccionaba ante él como él ante ella.

–¿Te encuentras mejor? ¿Quieres comer?

–Mucho mejor, gracias. Pero aún no quiero comer. Deseo aclararte una cosa.

¿Iba a admitir su culpa? Gio se dijo que prefería haberse equivocado sobre ella.

«Te has enamorado de una mujer que te ha tendido una trampa, a pesar de lo que sabías de ella».

–Ven a sentarte.

Se dirigieron a las sillas que había cerca de la piscina, desde donde se veía el lago. Ella se sentó y se estiró el vestido. Él observó que le recorría el torso con la mirada, que apartó inmediatamente.

–Querías aclararme algo.

–He reflexionado sobre lo que me has dicho –lo miró a los ojos– y creo que debo explicarte algunas cosas.

–Te escucho.

–Me parece increíble que creyeras que era una espía. Y nunca me he acostado con nadie para obtener información industrial, pero he visto que ha habido circunstancias sospechosas. Lo primero de todo es que sabía que eras el dueño del hotel de Roma y que por eso lo elegí, porque nadie me buscaría allí. Mi padre odia a la familia Valenti, así que a nadie de mi familia se le ocurriría alojarse en uno de sus hoteles.

Se humedeció los labios con la lengua.

–Mi padre y yo habíamos discutido. Quería que hiciera una cosa… y yo estaba muy inquieta. Necesitaba alejarme un tiempo para considerar qué iba a hacer. Si me quedaba en casa, mi familia me presionaría para que aceptara la propuesta de mi padre.

A Gio se le aceleró el pulso. Era evidente que lo que le había propuesto Barbieri perturbaba a su hija. Se le notaba en la tensión del rostro y en el lenguaje corporal.

–Así que decidí tomarme unas vacaciones, las primeras desde hacía años. Pensé en ir a Roma, hacer turismo y pensar.

Gio se dijo que eso explicaba su insistencia en marcharse de Roma inmediatamente, tras haber visto a su hermano cerca del hotel. Él se había dado cuenta de que estaba asustada. ¿Acaso los hermanos eran como su padre? Lo invadió la ira al pensar en los tres presionando a Stella.

–Mentiste sobre tu nombre.

–No lo hice. Mis padres no estaban casados. Fui la consecuencia de una aventura de verano y heredé el apellido materno. Mi padre supo de mi existencia porque mi madre le dijo que estaba embarazada, pero no quisieron vivir juntos. Él no llegó a conocerme, pero, cuando mi madre murió, las autoridades se pusieron en contacto con él y me ofreció un hogar. Al trasladarme a Italia, todos me llamaban por su apellido, pero él nunca me sugirió que me cambiara legalmente el mío.

Los investigadores habían informado a Gio de que sus padres no estaban casados, pero Gio supuso que, al acogerla, Barbieri le había cambiado el apellido legalmente.

«Puede ser que no la considerara un verdadero miembro de la familia».

Gio sabía lo que era crecer con un progenitor que no te demostraba su amor. ¿Le había pasado lo mismo a ella? ¿Acaso Barbieri la consideraba inferior en algún sentido? ¿O, simplemente, era incapaz de amar?

–Si alguien de mi familia intentaba buscarme, preguntaría por Stella Barbieri. Yo necesitaba estar sola. Dada la situación, no quería hablar de mi familia. Fui sincera al decirte que me sentía bien siendo simplemente Stella.

Gio observó, horrorizado, que le temblaba la boca, pero ella consiguió dominarse y dejó de mirarlo para contemplar el lago. Y él entendió que quisiera reprimir la emoción. Era lo que él hacía. Pero odiaba verla sufrir.

Lo que le había parecido sospechoso tenía una explicación. Se sintió muy culpable.

–Lo entiendo. A mí también me gustó ser simplemente Gio.

La gente solía reclamar su atención o su amistad debido a su fortuna y a su éxito. Y aunque creía que, entonces, Stella sabía quién era él, se sintió libre al ser solo Gio, no Giancarlo Valenti.

–En cuanto a hablar con el personal del hotel, era algo que me interesaba, no un malvado plan. El hotel tiene una energía distinta de la que hay en los de mi padre, una vibración que no conseguía identificar, y, como ya sabes por tus investigadores, formo parte de

la industria. No pedí que me contaran ningún secreto, solo quería entender qué había de distinto.

–¿Y los paseos nocturnos? –preguntó él. Creía saber la verdad sobre ellos, pero quería oírsela decir.

–Cuando estoy preocupada no duermo bien, así que voy…

–A correr, recuerdo que me lo dijiste y que me alegré de que no lo hubieras hecho en la ciudad, de noche.

–Recorrí todas las zonas del hotel abiertas al público e incluso anduve por algunas prohibidas.

–Te debo una disculpa, Stella –dijo él frotándose la mandíbula.

–¿Me crees?

Parecía desconcertada y recelosa. No la culpaba. ´

Gio inclinó la cabeza. No se trataba únicamente de que le hubiera dado una explicación, sino de que no hubiera querido sonsacarle información. En la villa de Amalfi, había acallado sus sospechas y se había relajado con ella, sin reconocer que lo hacía por egoísmo, para no interrumpir su aventura amorosa. Cuando llegó el informe de los investigadores, estaba convencido de que su presencia en el hotel tenía otra explicación.

–Sí. En la villa ya dudaba de que fueras una espía, pero te fuiste, lo que me pareció que era la prueba de que habías mentido, que habías planeado utilizar nuestra relación y que te asustaba quedarte y sincerarte conmigo.

Él nunca había tenido una relación como aquella, una relación única, en la que se sentía feliz, pero también vulnerable; una relación que no podía controlar. Y él siempre se controlaba emocionalmente.

–Me fui porque me habías mentido. Indagaste en mi vida privada, cuando hubiera bastado con preguntarme. Hiciste que me sintiera sucia. Me hiciste creer que te atraía, cuando lo único que hacías era manipularme.

A Gio se le hizo un nudo en la garganta. Era la primera vez que se avergonzaba de sus actos.

–Lo siento, Stella. Pero no te mentí al decirte que me atraías –dijo mirándola a los ojos–. Era cierto, es cierto. Lo que pasó ayer aquí…

–Indicó el salón, donde la había poseído sobre el piano. A pesar de los remordimientos, el recuerdo lo excitó.

–Podía haber sido una especie de venganza, un juego de poder –afirmó ella.

Gio se inclinó hacia delante bruscamente, con los codos apoyados en las rodillas.

–¡De ningún modo! Era necesario. Te he deseado desde el primer momento. Sigo haciéndolo, al igual que tú me sigues deseando.

El grito ahogado, al igual que la expresión de ella, se lo confirmaron. Y él, que llevaba meses negando la verdad, se sintió aliviado al haberla confesado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

–No lo niegues, Stella. No estoy alardeando, sino haciendo lo que deberíamos haber hecho desde el principio: ser sincero. Ente los dos hemos creado una situación difícil…

–¡Difícil! –exclamó ella riendo–. ¡Es una pesadilla!

–Pues debemos deshacerla, por nosotros y por el niño.

Esperaba que ella le dijera que no era hijo suyo, pero se quedó callada. ¿Era señal de que estaba de acuerdo o una negativa a comprometerse?

–¿Qué era lo que tu padre quería que hicieras?

–Ya te lo he explicado todo. Ha llegado la hora de que hagas lo mismo. Empieza diciéndome por qué mi padre y tú os odiáis. De no ser por vuestra enemistad, nada de esto hubiera sucedido. ¿Qué te ha hecho mi padre para que creyeras que había llegado al extremo de espiarte?

–¿No lo sabes? –preguntó él atónito.

–Si lo supiera, no te lo preguntaría.

Capítulo 13

No me odia a mí, sino a mi familia.

–Pero solo tienes primos lejanos.

–¿Lo recuerdas?

Claro que lo recordaba. Llevaba impreso en el cerebro cada uno de los momentos que habían pasado juntos. Después de lo sucedido entre ellos y de sus disculpas, se preguntó si a él le pasaría lo mismo, porque se acordaba de que ella salía a correr cuando no podía dormir. Sintió una punzada de ternura, como si el hecho de que él se acordara implicara que ella le importaba.

Era muy difícil mantenerse a distancia de Gio, física, mental y emocionalmente. A pesar de lo indignada que se sentía porque se la hubiera llevado de la boda, sus sentimientos hacia él eran confusos. E intensos.

Había visto y oído cómo cambiaba al explicarle los motivos del viaje a Roma. Se lo veía arrepentido y con sentimiento de culpa; horrorizado al acusarlo de haber tenido sexo por venganza. Ella se había conmovido.

¿O se trataba de una idea ilusoria que le nublaba el pensamiento? Pero ¿qué ganaría él ahora mintiendo? Su instinto la urgía a concederle el beneficio de la duda.

Gio la había juzgado mal y se había disculpado. Ella llevaba tanto viviendo con su padre y sus hermanos que no estaba acostumbrada a que nadie se disculpara. Eso ya hacía especial a Gio.

¿Cabía la posibilidad de que lo hubiera juzgado mal? No estaba segura de que hubiera alguna posible excusa para su comportamiento, pero ansiaba entenderlo.

–¿No se trata de ti, personalmente?

–No, yo solo represento lo que odia y no puede olvidar.

–¿Tu familia le hizo salir perdiendo en un acuerdo comercial? –Era lo que más odiaba su padre.

Pero era imposible: su padre nunca perdía. Si se proponía algo, lo conseguía.

–En un acuerdo comercial, no.

Stella observó que se ponía tenso y cerraba los puños.

–Lo odias –susurró.

–Con todo mi ser.

Gio tomó aire hinchando el impresionante pecho y exhaló como si soltara algo doloroso. Stella se esforzó en que su atractivo cuerpo no la distrajera.

–¿Qué hizo para que busques venganza?

–No soy yo quien busca venganza, sino él. O la buscaba. Desde la muerte de mi padre, solo ha habido competencia empresarial, nada más.

Ella sintió un escalofrío. ¿Había habido algo más?

–Cuéntamelo.

–Mis padres se conocieron en Sicilia. Mi madre era de allí y mi padre se trasladó desde el norte de Italia al heredar un hotel. Se enamoraron y se casaron. Dirigían juntos el hotel. Mis padres, mi hermana y yo vivíamos allí. No era un hotel de lujo, pero se hallaba en una posición privilegiada que se habían esforzado mucho en conseguir.

–¿Competían con mi padre?

Los ojos de Gio brillaron de furia.

–Al principio no, pero tu padre consideraba al mío un rival. Mi madre era muy guapa y Barbieri la deseaba, a pesar de que ella no quería tener nada que ver con él. Ya lo había rechazado antes de que apareciera mi padre. Sabía que era un hombre cruel y sin escrúpulos. Pero cuanto más se negaba ella, más la deseaba. Cuando mis padres se enamoraron, se lo tomó como un insulto personal. Según mis padres, solía acosar a la gente para conseguir lo que quería. No admitía que lo rechazaran.

Stella trago saliva. Era cierto: su padre era un acosador. Con ella siempre utilizaba la persuasión para convencerla de hacer lo que

decía que era lo mejor. Y ella solía estar de acuerdo, porque era más fácil que provocar su ira.

–Tienes razón –murmuró–. No acepta que lo rechacen.

Pensó que había insistido en que rompiera la amistad con Ginevra porque su familia era pobre y quería que Stella se relacionara con «gente de clase alta», como correspondía a la hija de un empresario de éxito. Cuando ella se negó, la sacó de la escuela a la que acudía y la mandó a una privada, llena de niñas privilegiadas que la despreciaban.

–Tu padre montó en cólera cuando los míos se casaron y aprovechó todas las oportunidades de socavar su negocio.

–¿En qué sentido?

–En todos, desde sabotaje a desgraciados accidentes: entregas de comida en la dirección equivocada, oferta de mejores sueldos al personal, que se marchaba sin decir nada, críticas feroces escritas por personas que no habían estado en el hotel, pero que eran amigas suyas, daños materiales…

–¿Así que la enemistad surgió entre ambas familias?

–No, mis padres no empleaban semejantes tácticas. Se centraban en el negocio, en reunir un buen equipo y conseguir una buena reputación. A medida que fueron pasando los años, a pesar de los problemas, el hotel prosperó. Justo antes de que yo cumpliera seis años, ya tenían el dinero suficiente para realizar una importante reforma.

–¿Y qué pasó? ¿La hicieron? –No había oído que la familia Valenti tuviera un hotel en Sicilia.

–No se llegó a terminar –contestó él lanzando un bufido–. Hubo una explosión de gas en la cocina. Se produjo un fin de semana, cuando teóricamente nadie estaba trabajando allí. Cuando llegaron los bomberos, todo el edificio ardía. Mi padre no lo reconstruyó.

–Debió de ser espantoso para tus pobres padres.

–No conoces la historia, ¿verdad? Mi madre no llegó a ver el hotel en ruinas. Nos habíamos mudado temporalmente, pero ese día volvió porque se dio cuenta de que se había dejado el libro de recetas de la abuela. Se llevó a mi hermana y yo me quedé con mi padre. Ninguna de las dos sobrevivió al incendio.

–¡Gio! –Stella le agarró los puños–. Lo siento mucho –susurró.

Ella había perdido a su madre, y sabía el dolor que se sentía. Pero ella había muerto de enfermedad. Perder a la familia en las circunstancias de él era imposible de entender.

Se quedaron callados mucho tiempo. Por fin, ella asimiló las implicaciones de lo que él le acababa de contar. Retiró las manos.

–Crees que mi padre tuvo algo que ver.

No podía ser. Su padre era despiadado, pero no tanto.

–Se halló a un trabajador herido, pero no de gravedad. No lo había contratado mi padre, sino un subcontratista, que resultó ser íntimo amigo de Alfredo Barbieri. Tras la investigación, la explosión se atribuyó a una negligencia del trabajador. Fue condenado a prisión. Pero, mientras tanto, Barbieri mantuvo económicamente a su familia y, cuando salió de la cárcel, le hizo un contrato fijo para trabajos de mantenimiento.

Stella contuvo la respiración y se llevó la mano al corazón.

–Tu padre no contrataría a un hombre para uno de sus hoteles a no ser que supiera que era un buen trabajador.

Gio tenía razón. Su padre no emplearía a un hombre cuya negligencia hubiera costado vidas, a no ser que hubiera otros motivos.

–Crees que le pagó para que destruyera el hotel de tu familia.

–Era lo que mi padre y la gente del pueblo creían, pero no se pudo probar. Lo siento, Stella, ya sé que no es lo que querías oír sobre tu padre.

–No, claro que no.

Lo terrible era que, aunque estaba estupefacta, no sentía la necesidad de exigir pruebas a Gio. Se imaginó la tragedia, pero no por la negligente mano de obra, sino por el deseo de su padre de vencer a su rival. ¿Qué decía eso de su padre? ¿Y de ella, que no se había dado cuenta de qué clase de hombre era?

Tragó saliva. Se había pasado buena parte de su vida intentando cumplir sus exigencias y justificando su frialdad diciéndose que, si se esforzaba más, las cosas cambiarían entre ellos. Pero se había dado cuenta de que no la quería, no porque ella no se lo mereciera, sino por su naturaleza, la de un hombre egoísta y despiadado.

No lo había visto actuar con violencia, aunque sus hermanastros hablaban de las palizas que les daba de pequeños. Sin embargo, sí se lo imaginaba ordenando la destrucción de un competidor.

–Mi padre y yo nos trasladamos al continente. Aunque el dinero del seguro podía haberle ayudado a empezar de nuevo, le dio igual. Estaba deprimido. Más adelante se lanzó frenéticamente a reconstruir su antigua empresa, pero todo lo que hacía, cada uno de sus éxitos, era un paso adelante en su esfuerzo por superar a tu padre, por que su empresa fuera más grande y mejor que la de él. Era una fijación. No tenía tiempo para nada más, ni siquiera para mí.

El dolor de Gio traspasó a Stella. Su historia le recordó que no había nada seguro en la vida.

–Lo siento mucho, Gio. Siento mucho todo lo que perdiste.

A su madre y a su hermana, la vida que deberían haber tenido juntos. Y a su padre, obsesionado de un modo que a Gio lo asustaría tanto como las muertes anteriores. Se imaginó al niño que echaba de menos a su madre y a su hermana y que buscaba cariño y protección en su padre, sin hallarlos.

La vida de ella había sido totalmente distinta, pero los dos tenían una cosa en común: ambos habían sido niños desamparados y ansiosos de amor, de un amor que se les negaba.

–Nuestros padres se pasaron años intentando derrotarse mutuamente, y eso consumió las última fuerzas del mío. Desde la muerte de mis madre y mi hermana, no volvió a ser el mismo. La pena y la obsesión acabaron destruyéndolo.

Se levantó y comenzó a recorrer el borde de la piscina, como si no pudiera estarse quieto.

–Me juré que no seguiría sus pasos. Me niego a que la pena me destruya o a verme arrastrado a vengarme de un hombre al que no dejaría que me lamiera las botas. Decidí que la mayor venganza era vivir la vida que yo deseaba, sin ningún tipo de vinculación con tu padre. Ni siquiera suelo pensar en él.

Stella contempló el dolor de su expresión, pero no parecía desafiante ni vencido. Era como si la pérdida y la pena lo hubieran hecho más fuerte y seguro de su lugar en el mundo.

¡Qué atractivo resultaba todo ello! Gio se había labrado su camino, por lo que lo admiraba. Ella, por el contrario, había sido débil y había tardado mucho en hacerse valer.

–¿Y el dosier sobre mi familia y sobre mí?

–Como creía que eras una espía, pensé que debía reunir toda la información posible.

Tenía lógica, pero había algo que carecía de ella.

–Si no querías vengarte de la familia Barbieri, ¿por qué irrumpiste en mi boda?

Él no sabía que estaba embarazada, así que, ¿qué otra explicación había, salvo el deseo de venganza?

Gio se sonrojó y ella tuvo la impresión de que no quería contestar. Se levantó y se acercó a él manteniendo una prudente distancia.

–Me dijiste que serías sincero.

–¿Quieres que lo sea? Tenía que impedir la boda no por tu padre, sino por ti. No podía dejar que te casaras.

–¿Por qué?

–Porque lo nuestro aún no ha terminado. ¿No es así?

Lo dijo plantado frente a ella, descalzo y casi desnudo, orgulloso y desafiante. A ella le sería fácil acercarse más, abrazarlo y dejar que el deseo los arrastrara a ambos, como el día anterior. Al pensarlo se quedó inmóvil. El sexo estaba muy bien, pero tenía que pensar en su hijo y en su futuro. No volvería a dejarse llevar por el deseo ni por los sentimientos que lo que él le había contado le provocaba.

Se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

–¿Lo niegas? ¿Qué pasa? ¿Solo quieres sinceridad cuando te conviene? ¿Tan cobarde eres?

–Me resulta difícil creer que hayas esperado hasta el día de la boda para percatarte de que me deseabas. Has tenido meses, pero no he sabido nada de ti. Planeaste tu aparición para causar el máximo escándalo.

Él intentó responder, pero ella no se lo permitió.

–Dices que no te impulsa la venganza, pero es difícil de creer teniendo en cuenta el daño que has causado. La gente se pasará décadas hablando de Eduardo y de mí.

Eso, el sentimiento de culpa con respecto a Eduardo, era otra de las cosas que le había impedido dormir la noche anterior. Aunque no lo quería, le caía bien, y no se merecía ser abandonado ante el altar. Le remordía la conciencia.

–¿Me estás diciendo que Eduardo te importa? Ayer no pensabas en él cuando alcanzaste el clímax en mi brazos. No fue su nombre el que gritaste cuando estaba en tu interior.

Stella no tenía nada que decir, no había excusas para su comportamiento. Deseaba a Gio con desesperación. Lo bien que se había sentido, a pesar de que estaba mal, cuando iba a casarse con otro, le supuso un alivio, tras meses de sentirse desgraciada.

Se obligó a mirar a Gio a los ojos. En otro tiempo, él hubiera reprimido los sentimientos al hablar del pasado. Ahora irradiaba una emoción descontrolada. No era una artimaña. ¿Era posible que estuviera celoso?

–¿Por qué estuviste meses sin ponerte en contacto conmigo?¿Por qué esperaste hasta irrumpir en la boda?

–Porque, hasta antes de ayer, no me enteré de que te casabas.

–Pues tus investigadores no han hecho un buen trabajo.

–Anulé la investigación hace tiempo. Estaba en Malasia cuando mi secretaria mencionó la boda. Anteanoche volé directamente a Sicilia.

Stella ahogó un grito. ¿Sería verdad? La convencieron la firmeza de su mandíbula y la intensidad de su mirada.

–¿Viniste solo para impedir la boda? ¿Porque…? –No quiso sacar conclusiones.

–Porque lo nuestro no ha terminado. No soportaba la idea de que estuvieras con otro hombre. Por eso volví. No puedo seguir adelante y creo, a pesar de tu compromiso matrimonial, que tú tampoco.

¡La necesitaba! Supo que decía la verdad. Había intentado convencerse de que había superado la relación con él, de que lo despreciaba, pero no era así.

Debería sentirse horrorizada, pero se sentía aliviada.

Solo habían pasado una semana juntos, pero lo que había entre ellos no tenía nada que ver con el tiempo que hacía que se conocían. No habían puesto nombre a su conexión. Ella no la

entendía pero la sentía en todo su ser, sobre todo ahora que sabía que Gio no era un manipulador como su padre.

No había conocido nada igual. Y en cuanto a que él la hubiera seducido, se habían seducido mutuamente. Y la conmovía que él hubiera atravesado el globo terráqueo para ir a buscarla. Se sentía deseada y querida. Él satisfacía una necesidad que ella desconocía poseer.

Por eso, Gio era peligroso. Sus actos y sus palabras incidían en la mayor debilidad de ella: su deseo de que la valoraran y la quisieran.

Sin embargo, ¿qué conexión experimentaba él? ¿Era pura lujuria o algo más?

–¿Qué quieres de mí, Gio? ¿Qué planes tienes?

–No tenía ningún plan, salvo el de traerte aquí.

–Pero tu reputación profesional se debe a tu visión y estrategia a largo plazo.

–No se trata de un negocio, sino de nosotros y de lo que sentimos.

–Creía que los hombres no hablaban de sentimientos.

–Tienes razón, y no quiero hacerlo. No voy a decirte palabras bonitas. Pero hace meses dio comienzo algo que no ha terminado. Me dije que lo había superado, pero cuando me enteré de que te casabas, supe que era mentira. Tú también lo sabes, o no estarías aquí.

Stella se avergonzaba por haber abandonado a Eduardo, pero no por su padre. No quería volver a tener nada que ver con él. El matrimonio habría sido un modo de asegurar el futuro de su hijo y le habría dado la libertad de impulsar su carrera, lejos de la influencia paterna. Todo eso se había hecho pedazos.

–¿Sugieres que prolonguemos la relación hasta que se extinga el deseo, para después separarnos?

–Ya no somos solo nosotros dos. Está el niño. Es mío, ¿verdad?

Ella asintió. Observó un mínimo cambio en su expresión, pero no pudo adivinar lo que pensaba.

–Entonces debemos hablar del futuro.

Era cierto. Ella no tenía experiencia en una situación similar de la que echar mano y él ya no parecía tan entusiasta. ¿Estaba

decepcionado? La invadió el cansancio.

–Sí, pero después. Necesito descansar.

Se dio la vuelta rápidamente y se mareó. Gio lanzó una maldición y la tomó en brazos, apretándola contra su pecho.

–No hace falta que maldigas ni que me tomes en brazos.

Estaba muy confusa. Deseaba a Gio, pero el deseo no bastaba. Necesitaba poner distancia para aclarar sus sentimientos y pensamientos.

–Me estaba maldiciendo a mí mismo por no haberme dado cuenta de que estabas cansada. En cuanto a llevarte en brazos –añadió mientras entraban en la casa–, necesitas que te cuiden. Además, me gusta abrazarte. ¿Alguna objeción?

Ninguna. Estaba extasiada. Había dejado de fingir.

–No. –Aunque sabía que la poderosa conexión física no bastaba. Quería algo más.

¿Era lo suficientemente fuerte para actuar en consecuencia? ¿O estaba destinada a capitular ante aquella embriagadora aventura que, cuando acabara, la dejaría destrozada?

Capítulo 14

Gio se volvió desde los mandos de la lancha hacia Stella, que llevaba un vestido de tirantes y disimulaba el embarazo con un chaqueta que se había puesto para dar el paseo por el lago. Llevaba gafas de sol y un pañuelo en la cabeza y alrededor del cuello, como una estrella de cine de los años cincuenta.

Tenía la cabeza levantada hacia el sol y la piel le brillaba. La palidez le había desaparecido tras dos días de descanso, en los que él se había mantenido a distancia. Y había descubierto que deseaba de ella algo más que sexo. Sí, quería acariciarla continuamente, pero también estar a su lado. Se sentía mejor cuando estaba cerca de ella.

Era la primera vez que le pasaba algo así. Nunca había dependido de nadie.

–¿Por qué me miras?

–Quiero asegurarme de que no te mareas.

Ella esbozó una media sonrisa. Ahora, al menos, habían llegado a una tregua, aunque sabían que no eran ni habían sido enemigos.

–Estamos en un lago, no en el mar.

Gio se volvió de nuevo hacia los mandos y disminuyó la velocidad porque se acercaban a su destino, un lujoso restaurante al lado del lago.

–Si te mareases, daría igual que fuera en el mar o en un estanque.

Su hermana lo había hecho una vez, en un barco. El recuerdo lo sorprendió. Rara vez se permitía recordar el pasado, pero, al haberle hablado de él a Stella, no dejaban de asaltarle recuerdos de cosas en las que llevaba años sin pensar, que le producían melancolía, pero también lo hacían sonreír.

–¿Estás bien, Gio? Pareces abstraído.

A él le gustó el tono de preocupación de su voz. ¿Cuánto hacía que a alguien le interesaba cómo se encontraba?

–Debería ser yo quien te hiciera esa pregunta. Eres tú la que estás…

–Estoy embarazada, no enferma. –Se encogió de hombros–. Vale, he tenido náuseas, pero ahora me encuentro bien. Reconoce que ese día fue muy estresante.

–Así es. De todos modos, el embarazo te sienta bien. Estás radiante.

Ella esbozó una tímida sonrisa, lo que le indicó que había dicho lo correcto, aunque era la verdad.

No consideraba tímida a Stella. Pero esperar un hijo era algo enorme. Él seguía sin acabar de asimilar la noticia.

–¿Has hablado con Morosi?

La sonrisa de ella se evaporó, y él maldijo su curiosidad.

Ella le había pedido un móvil al llegar a la villa. Hasta ese momento no le había preguntado con quién había hablado, pero le molestaba pensar en Eduardo Morosi.

«Estás celoso, aunque ella lo haya abandonado por ti».

–Sí –contestó ella. No parecía contenta, y Gio se debatió entre la esperanza de que eso significara una ruptura y el deseo de saber qué sentía ella por Eduardo. Debía darle tiempo y no insistir, pero pensó en lo sucedido cuando se habían conocido y él no había aclarado la situación desde el principio.

–No tiene ningún derecho sobre el niño, ¿verdad?

–¿Qué quieres decir? Ya te he dicho que es tuyo. ¿Crees que no sé quién es el padre? –dijo ella elevando la voz–. ¿Que he ido saltando de cama en cama y no puedo saberlo?

Él volvió la cabeza y vio que se había sonrojado y que respiraba agitadamente. Su furia lo envolvió.

–No me he acostado con Eduardo. ¿Es eso lo que quieres oír? Aunque no tienes ningún derecho a preguntar, teniendo en cuenta cómo nos separamos.

–Sé que no tengo derecho a preguntarte sobre tu vida sexual.

Detuvo el barco y la miró. La expresión de su rostro y los brazos cruzados indicaban que estaba dolida.

–Pero me alegra saberlo. Por si sirve de algo, yo no he estado con otra mujer ni pensado en ninguna desde que te conocí. –Vio que ella se sobresaltaba–. El único sexo que he tenido ha sido contigo, en sueños.

Ella se quitó las gafas y él la imitó para que comprobara que decía la verdad.

La sorpresa sustituyó a la furia.

–Yo tampoco he estado con nadie ni lo había hecho antes –dijo ella alzando la barbilla, desafiante.

Gio se quedó sorprendido y maravillado: ella no se había acostado con Eduardo y él había sido su único amante.

No debería importarle. El pasado de Stella era asunto suyo. Pero se despertó en él el instinto de posesión: ella era solo suya. Era un pensamiento arcaico y obsoleto, pero cierto. Y, en ese momento, tuvo la certeza de que quería ser su único amante en el futuro.

–Me siento muy honrado. –Le tendió la mano y ella entrelazó los dedos con los suyos.

Otra lancha pasó al lado a toda velocidad. Ella se soltó de la mano de él, que se volvió de nuevo hacia los mandos. Estaba alterado. Una cosa era reconocer su deseo de ella; otra, darse cuenta de que la idea de que la relación fuera permanente no lo perturbaba, sino que lo alegraba.

–¿Falta mucho para que lleguemos? Tengo hambre.

Cinco minutos –contestó él volviendo a arrancar–. Ya verás, la comida es espectacular.

–Tenías razón –dijo Stella recostándose en la silla–. La comida es estupenda.

–Es uno de mis restaurantes preferidos.

Era la primera vez que llevaba a una de sus amantes a la villa del lago Como. Antes, en aquel restaurante, había comido con socios o solo. Era mucho mejor hacerlo con ella. Se sentía feliz.

Pensó en cuántas veces en su vida se había sentido así; en Villa Rosa, con Stella, y en la infancia. Claro que había tenido momentos felices en el trabajo y satisfacción sexual. Pero ¿se había sentido tan bien como en aquel momento? Alzó la cabeza y se encontró con los ojos de Stella. Lo invadió el deseo y la excitación.

–Vuelves a tener la mirada que tenías en la lancha. ¿En qué piensas? En Eduardo otra vez, ¿verdad?

–Hay cosas que no entiendo. ¿Por qué ibas a casarte con él?

–Quería estabilidad, que mi hijo tuviera una familia que lo quisiera y que estuviera a salvo.

–¿A salvo?

–Querías saber por qué fui a Roma. Le había pedido a mi padre que me diera la oportunidad de dirigir uno de sus hoteles. A mis hermanos les había regalado uno a cada uno después de cumplir los veinte años. No esperaba que hiciera lo mismo conmigo, pero sí que, con mi rendimiento laboral, me diera la oportunidad de demostrarle que podía dirigir uno. Llevaba años trabajando para conseguirlo.

¿Qué tenía que ver eso con que el niño estuviera a salvo?

–Me hizo una contraoferta: si me casaba con un hombre rico, de una familia con la que pretendía hacer negocios, me ofrecería la oportunidad que le pedía. Ni siquiera estoy segura de que fuera a cumplir su palabra.

–¿Te había elegido esposo?

–Sí, y era alguien a quien no conocía. Mi padre esperaba que me casara con un desconocido por su aristocrática familia y sus contactos bancarios. No me habló de su carácter.

La sorpresa dejó a Gio sin habla.

–¿Y era Morosi?

–Sí. Desde que llegué a Italia he intentado encajar en la familia. He hecho lo que mi padre me exigía, lo he aceptado todo, pero…

Soltó un tembloroso suspiro que a él le partió el corazón, porque estaba claro que no la habían aceptado como uno de ellos.

–¿Y te negaste?

–Hice la bolsa de viaje y me subí al primer avión. Tenía que pensar. Si no hacía lo que él quería, mi carrera en la empresa familiar terminaría, así como mi relación con la familia.

Él la tomó de la mano por encima de la mesa. Se había quedado de piedra. Pensar que, mientras se enfrentaba a aquel ultimátum, lo había conocido a él, que creyó que era una espía…

–Siento haber sospechado de ti. Ya tenías bastante con lo que tenías.

–Gracias. Al menos, ahora entiendo por qué: tenías asuntos pendientes con mi padre. El tiempo que he pasado contigo me ha hecho ver lo equivocada que estaba al esperar que él cambiara. Siempre da prioridad a sus intereses. No estoy dispuesta a seguir viviendo así. Al saber que estaba embarazada, me dije que debía romper con mi vida anterior, porque no iba a consentir que mi hijo se criara bajo su influencia.

Apretó la mano de Gio al tiempo que se le endurecía la expresión.

–Hasta que no me lo contaste, no sabía de lo que mi padre era capaz, pero sí lo suficiente para temer lo que haría si lo contrariaba. Decidí ir a otro sitio a trabajar, pero sería duro. No tengo ahorros, porque no me paga como es debido. Y tengo pocos amigos, ya que ha hecho todo lo posible para aislarme de los demás.

–¿Y casarte con un banquero rico era una salida?

Stella intentó soltarse de su mano, pero él no la dejó.

–No te juzgo, solo intento entenderte.

–Conocí a Eduardo por educación, para decirle que no iba a casarme con él. Resultó que él tampoco era partidario de hacerlo. Su familia quería que sentara la cabeza antes de hacerse cargo de la empresa familiar. Nos caímos bien. Nos vimos varias veces, como amigos. Eduardo sabe escuchar, y me hacía falta alguien así. Así que, cuando, más adelante, él me propuso que nos casáramos, me lo pensé. Sabía que su familia y él tenían suficiente poder para tener a raya a mi padre. Mi hijo estaría a salvo.

Y Stella estaría a salvo de su padre. Tenía lógica, pero a Gio se le había puesto la carne de gallina al oírla hablar de casarse con Morosi.

–¿Te habría satisfecho ese acuerdo? ¿Sabía él lo del niño?

–Estaba contento de ir a ser padre.

¡Tendría que pasar por encima de su cadáver!, se dijo Gio. Estaba furioso, pero antes de que pudiera hablar ella prosiguió.

–En aquel momento, me pareció que funcionaría. Eduardo me caía bien y me fiaba de él. –A Gio, sus palabras se le iban clavando en el pecho como flechas. Ella se soltó de su mano–. Pero no, no funcionaría a largo plazo.

–¿Por qué no, si él es tal dechado de virtudes?

Stella notó su tono de irritación y se preguntó si estaba celoso. Sin embargo, él solo reconocía que la deseaba físicamente. Le había arruinado la boda por una necesidad física, no emocional.

Su determinación se fortaleció. No tenía sentido ser tímida. Lo mejor era que ambos supieran dónde estaban.

–Me di cuenta de que quería algo más que un matrimonio de conveniencia. Por eso rechacé la propuesta de mi padre. Siempre he intentado estar a la altura de sus expectativas, porque anhelaba lo que mi madre me daba: amor.

Notó que Gio estaba tenso e incómodo.

–Quería por compañero a alguien que me amara y que amara a mi hijo, y al que yo correspondiera, así de sencillo. Debes entenderme. Me parece que tú tuviste eso con tu familia. Sabes que el amor es algo valioso y fundamental.

En lugar de asentir, Gio parecía abatido. Tras un largo silencio, finalmente dijo, en tono sombrío:

–Es lo que la mayoría desea, pero yo no. No puedo ofrecértelo. Ojalá pudiera.

–No espero nada de ti. –Una mentira para salvar su orgullo. Esperaba que él sintiera algo más que lujuria. Era indudable que la conexión entre ambos, las verdades que se habían contado y lo bien que se encontraban juntos debían significar algo para él.

Para ella significaban mucho. Se había enamorado de Gio, a pesar de saber que era una aventura pasajera. Cuando se la llevó de la boda, se hizo ilusiones. Y al contarse mutuamente su vida, ella notó su respuesta emocional. ¿La notó o se la imaginó?

–Os mantendré al niño y a ti y te defenderé de tu padre, que no volverá a molestarte. Pero no voy a fingir que deseo amor. Puedes contar conmigo, pero eso no puedo ofrecértelo. Ya conoces mi

historia. Lo sucedido destruyó algo en mi interior. No me fío del amor. No he sido capaz de amar desde que vi los estragos que causa hacerlo.

Gio pensaba en su padre, que lo había rechazado, obsesionado por vengarse.

–Conozco mis límites. Soy producto de un padre que dio prioridad a su desgracia frente a su hijo. –Su expresión de dolor dejó a Stella sin respiración–. Sería un error creer que sería un buen padre. No voy a arriesgarme a decepcionar a mi hijo de esa manera.

Ella quiso decirle que no lo haría, que él no era como su padre. Pero Gio había sido categórico.

–Entonces, ¿qué quieres, Gio? ¿Sexo? No quieres una relación significativa ni conmigo ni con nuestro hijo. No quieres casarte conmigo.

–No es que no quiera, es que no puedo. ¿Qué quiero? Que nuestro hijo y tú estéis bien y que seáis felices. Haré lo que sea necesario para manteneros económicamente, cuando decidas dónde quieres ir. Y sí, soy egoísta. Te deseo como no he deseado a ninguna otra mujer y quiero que estés conmigo mientras dure la pasión.

A pesar de todo, el cuerpo de Stella se destensó, como si se preparara para que él lo tomara. Aunque necesitaba algo más que sexo, deseaba a Gio con todo su ser.

El corazón comenzó a dolerle, tanto por sí misma como por él. Por el daño que habían hecho a un niño que se había convertido en un hombre marcado, pero esencialmente bueno.

Quería estar furiosa con él, darle la espalda sin mirar atrás, porque no aceptaría nada que no fuera su sueño de amor. Comenzaron a temblarle las manos de la emoción mientras se levantaba y se dirigía a la ventana a mirar el lago.

Las palabras de Gio no eran las que quería oír, pero hicieron que se enfrentara a sus sentimientos, incluyendo su autodestructivo deseo de él. Respiró hondo. Su padre decía que era obstinada, y resultaba que lo era. No estaba dispuesta a renunciar a Gio.

Recordó que su madre le había dicho que sus padres se habían enamorado instantáneamente. ¿Era eso lo que ella sintió al conocer

a Alfredo Barbieri, para darse cuenta más tarde de que se había enamorado de un hombre peligroso e incapaz de querer a nadie?

–¿Qué piensas, Stella?

El aliento de él le rozó el cuello. Cerró los ojos para dominar el deseo de volverse y caer en sus brazos.

Quedarse con él más tiempo sería probablemente una fuente de dolor. Pero le resultaba inconcebible dejarlo, y no solo porque deseaba su compañía y que hicieran el amor, sino porque, si se marchaba ahora, no podría convencerlo de que el amor no tenía por qué ser venenoso. Él, su hijo y ella se perderían algo maravilloso.

¿Estaba dispuesta a arriesgarse un poco más con la esperanza de que se produjera un milagro?

–Voy a quedarme.

Capítulo 15

Gio se encontraba en el paraíso. No se lo merecía, pero era demasiado egoísta para negárselo.

Stella se hallaba a cuatro patas delante de él. Sus hermosa nalgas se movían al ir al encuentro de sus embestidas. Tenía la cabeza echada hacia atrás. Sus gemidos y su forma de girar la pelvis indicaron a Gio que estaba a punto de alcanzar el clímax, al igual que él, que casi lo había alcanzado unos minutos antes al ver que ella lo hacía, retorciéndose bajo su cuerpo, con las piernas encima de sus hombros, mientras él utilizaba las manos y la boca para volverla loca.

Que ella se estremeciera de éxtasis, que le arañara la cabeza con las uñas y tener el sabor de ella en la boca eran, para Gio, la idea que tenía del paraíso.

Le agarró un seno con una mano y le puso la otra en el vientre, donde estaba su hijo. Sintió placer y dolor a la vez al pensar en cómo le iría creciendo. Lo fascinaba y excitaba a mismo tiempo, pero debía resistir. No era el hombre que ella necesitaba.

Pero ¿cómo separarse de Stella? Llevaban un mes en la casa del lago y, cada día, se sentía más unido a ella y a su hijo. Su deseo no disminuía, sino que aumentaba. Ella, sin embargo, a pesar de la pasión, parecía distante.

¿Se estaba cansando de él?

Le apretó las caderas y la embistió con fuerza, como si poseerla por completo pudiera eliminar la ansiedad que lo invadía.

–Así, más, más. –La exigencia de Stella casi hizo que alcanzara el clímax, pero necesitaba mirarla a los ojos al alcanzarlo juntos. Le hacía falta esa conexión, esa sensación de unión que era incluso más espectacular que el sexo.

Necesitaba a Stella en cuerpo y alma, y una unión que fuera más allá de lo físico.

Se retiró de ella y le dijo:

–Túmbate boca arriba.

Gio suspiró cuando ella se dio la vuelta para tumbarse con las piernas abiertas y las manos en la almohada, en una postura en la que debiera parecer indefensa. Sin embargo, irradiaba un poder sexual que lo esclavizaba.

Se arrodilló entre sus muslos. Contuvo el aliento al mirarla a los ojos. La mirada de Stella era tan tierna que tuvo la esperanza de que la distancia que creía haber visto en ella fueran imaginaciones suyas.

Le acarició la mejilla y ella volvió la cara hacia su mano, lo cual lo conmovió.

Era suya. Al menos, de momento.

La penetró embistiéndola fuerte y profundamente. Y el mundo se detuvo.

–Bésame, Gio, por favor.

Él se inclinó hacia ella cuidando de no cargarle demasiado peso en el vientre. Y la besó mientras sus cuerpos se movían como si fueran uno solo. Ella se alzó para ir a su encuentro, en tanto sus lenguas se acariciaban, y le enlazó una pierna a la cadera, atrayéndolo hacia sí con más fuerza.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos al comenzar los temblores, que rápidamente se convirtieron en estremecimientos. ¿De él o de ella? Daba igual. Unos segundos después, el mundo explotó.

Vio brillar de deleite los ojos de Stella y experimentó oleadas de placer con ella en sus brazos. Finalmente, saciado, se tumbó de espaldas y se durmió abrazado a ella.

Gio acabó la videoconferencia y se recostó en la silla del despacho. Había un problema en la compra de la propiedad de Malasia. En condiciones normales, dedicaría la atención a resolverlo, pero ese día no podía. Lo obsesionaba la posibilidad de que Stella tuviera la intención de marcharse, lo cual, antes, hubiera sido una

buena noticia, porque las relaciones a largo plazo eran peligrosas. Pero ahora…

Ella no había dicho que fuera a hacerlo, pero él notaba su distanciamiento. A veces se encerraba en sí misma y, si le preguntaba qué le pasaba, ella negaba que hubiera un problema.

Estaba acostumbrado a sus confidencias. Durante el mes anterior habían hablado de cosas importantes y triviales, serias y divertidas. Cada día la entendía mejor y le gustaba más.

Pero, ese día, ella estaba distraída e inquieta.

Gio abrió un cajón del escritorio y sacó un papel doblado, cuando alguien llamó a la puerta del despacho y entró.

–Perdone, pero ¿va a quedarse a comer el invitado de la señora? Me he olvidado de preguntárselo. No he querido interrumpirlos, y he pensado que usted…

–¿Qué invitado? –Gio se levantó de un salto, metiéndose el papel en el bolsillo. Stella no le había dicho nada. ¿Se había presentado su padre sin avisar? ¿O era otra persona de la que ella no quería que supiera nada?

–Un hombre que ha llegado hace una hora. Ah, ya se marcha. –Se oyó el sonido de un motor que arrancaba–. Perdone que lo haya molestado.

Gio salió a toda prisa del despacho y recorrió la villa. No había rastro de Stella.

Comenzó a respirar con dificultad. ¿Se había marchado? ¿La había secuestrado la familia? No se atrevería. Además, ella habría pedido ayuda.

A no ser que se hubiera ido voluntariamente con otra persona.

Apoyó las manos en los muslos y se inclinó para respirar. Se negaba a creerlo. Stella no huiría de él. Si quería marcharse, se lo diría. La inquietud se transformó en miedo.

Pensó que si Stella había salido a despedir al visitante, no habría tenido tiempo de volver a entrar en la casa.

«Está paseando por el jardín. Sabes cuánto le gusta».

La encontró sentada en el cenador, cerca del lago. En su vida se había sentido más aliviado.

Pero, cuando se acercó, vio que tenía una expresión de tristeza y la mirada distante.

–¡Stella!

A ella se le aceleró el corazón. ¿Conseguiría algún día dejar de reaccionar así ante él? Se había sentado junto al lago para reflexionar sobre sus errores y decidir qué iba a hacer.

–Estás alterada, *cara*. –Gio se sentó a su lado, le tomó la mano y notó que tenía el pulso acelerado–. ¿Era tu padre?

–¿Qué dices?

–Así que la visita no era tu padre.

Ahora lo entendía. Gio no la quería, pero había prometido que la protegería de su padre. Se soltó de su mano y se levantó. El cenador se le había quedado pequeño con Gio allí.

«Mentirosa. Lo que pasa es que temes abrazarlo y no volverlo a soltar».

Tal vez hubiera llegado la hora de abandonar la esperanza y mirar hacia el futuro.

–Era Eduardo, pero ya se ha ido.

–¿Qué quería? –preguntó Gio levantándose. Ella lo miró a los ojos y casi creyó que estaba tan alterado como ella–. ¿Que volvieras con él?

Stella apartó la mirada. Se sentía confusa y culpable. Se había quedado atónita cuando Eduardo le dijo que quería verla y más aún cuando vio que restaba importancia al escándalo de la boda. Su amabilidad aumentó su sentimiento de culpa. Ella lo había tratado muy mal, pero él seguía siendo amable con ella.

–¿Quiere que vuelvas?

Stella estuvo a punto de decirle que no era asunto suyo, ya que él, Gio, no quería casarse con ella.

–Sí, me ha pedido que reconsidere la decisión de casarme con él.

Eso la había impactado. El escándalo público no había desanimado a Eduardo, sino que había aumentado su resolución de no tener en cuenta las expectativas de sus conservadores parientes. Se había enfrentado a ellos porque no querían que dirigiera la empresa por el

hecho de ser soltero. Ellos, alarmados ante la posibilidad de perderlo, habían retrocedido.

–Te quiere, ¿verdad? –La voz de Gio la sacó de sus pensamientos.

–No, solo…

Stella ya se sentía muy culpable por cómo lo había tratado, así que lo menos que podía hacer era respetar su intimidad.

Gio no tenía por qué saber que Eduardo le había confesado que nunca había deseado a una mujer hasta el punto de querer casarse, por lo que había decidido que lo mejor era casarse con una amiga, alguien en quien confiara, en vez de pasarse la vida solo. A ella se le encogió el corazón porque, a pesar de lo ocurrido, él considerara que podía comprometerse con ella de por vida.

–¿Qué pasa, Stella?

Gio, por el contrario, la deseaba, pero no concebía semejante compromiso. Stella ahogó un sollozo. Había fallado a su amigo Eduardo y a sí misma debido a lo que sentía por Gio, cuando sabía que no acabaría bien.

Se lo debía a su hijo, y a sí misma, no convertirse en mártir a causa de un hombre que no les daría lo que necesitaban.

–Ha llegado la hora de marcharme.

–¡No! No quieres casarte con él. No te hará feliz.

Tiempo atrás, ella le hubiera dicho que no sabía lo que la hacía feliz, pero en aquel momento estaba tan desolada que no se enfureció. Querer a Gio con toda el alma y quedarse con él la estaba destrozando, porque no podía ofrecerle lo que ella deseaba.

Iba a decirle que no se casaría con Eduardo cuando él la agarró de las manos.

–Cásate conmigo.

–¿Qué? –No debía de haber oído bien.

–Quieres estabilidad. Cásate conmigo. Vamos a tener un hijo. Os cuidaré a los dos.

Ella le examinó el rostro. Tenía el ceño fruncido, la boca apretada y los ojos le brillaban con dureza. Era el rostro de un hombre que estaba haciendo algo que odiaba. Había prometido que cuidaría de ella y del niño, así que les daría su apellido y su apoyo.

Pero sin amor. Probablemente, cuando la pasión se extinguiera, llevarían vidas separadas.

Stella no necesitaba el apoyo que le ofrecía.

Se soltó de sus manos y retrocedió.

–Puedo cuidar del niño y de mí misma.

–Es nuestro hijo –dijo él metiéndose las manos en los bolsillos–. No irás a negarme que lo vea.

–¿Desde cuándo quieres verlo? Has dicho que no estás hecho para ser padre. No quieres serlo. Sé lo que es vivir con un progenitor que no te quiere. Te envenena, Gio, como tú bien sabes. ¿Por qué quieres hacerle eso a mi hijo?

Dio un paso atrás y se llevo la mano al vientre.

–Me caes bien, Gio. Sé que no has elegido ser así. No te culpo, pero deseo tener un compañero que nos quiera. Y eso es innegociable.

–Morosi no va a ofrecértelo, diga lo que diga. Si te quisiera, te habría buscado inmediatamente, sin esperar un mes. ¿Es que no lo ves?

–¡Esto no tiene nada que ver con Eduardo! Es mi amigo. Se tata de mi hijo y de mí y de lo que necesitamos.

–Me necesitáis a mí –dijo él acercándose y sacándose las manos de los bolsillos–. Nuestro hijo necesita un padre. Quiero estar ahí.

Stella notó que flaqueaba. Sabía que sería difícil dejar a Gio, pero le partía el corazón.

–Quiero estar contigo. –Se mesó el cabello y algo cayó al suelo. Ella apenas lo notó–. Te quiero, Stella.

–No digas eso, no mientas, Gio.

Ella creía que no podía sentir más dolor, pero que él le mintiera lo intensificó.

–No me mires así, es verdad. Debería haberme dado cuenta hace tiempo, pero es difícil superar aquello en lo que llevas toda la vida creyendo. Creía que no era capaz de amar, pero lo soy. No me imagino la vida sin ti. Quiero estar a tu lado, que formemos una familia…

–¡Basta! –Ella alzó la mano para que no se acercara más–. No hace falta que finjas que has cambiado de idea de forma tan

conveniente. Si de verdad quieres formar parte de la vida de nuestro hijo, no me opondré, pero basta de mentiras.

No lo soportaba. Él no sabía que lo amaba porque, si no, no se mostraría tan cruel. Debía marcharse de allí antes de traicionarse.

Llevaba mucho tiempo esperando un milagro: que Gio superara su antiguo dolor y la quisiera. Y aunque era atento, encantador y apasionado, hasta ese momento no había dado muestras de que sus sentimientos hubieran cambiado.

–No estoy fingiendo –dijo él con voz crispada, como si verdaderamente estuviera alterado. Pero ella no quiso seguir escuchándolo. Pasó a su lado para irse, pero se detuvo.

–¿Qué es eso? –preguntó mirando al suelo y moviendo el objeto con la sandalia.

–Créeme, por favor. Hablo en serio.

Ella no lo escuchaba. Erra absurdo. Señaló el objeto en el suelo.

Ambos se agacharon a la vez y estuvieron a punto de chocar para agarrarlo. Fue ella quien lo hizo. Miró el papel con la respiración entrecortada. No podía ser. Pero al enderezarse y mirar a Gio a los ojos, vio que no había error posible. Se estremeció.

–¿Por qué tienes esto? Es el que hice yo, ¿no?

–Sí.

Stella miró lo que tenía en la mano: un nenúfar, arrugado pero aún identificable, de papel rojo. Lo había hecho con una servilleta el día que habían ido a un restaurante en Amalfi, del que se habían marchado porque el mutuo deseo era más intenso que el hambre.

Se le cayó de las manos, pero él lo agarró al vuelo. Lo miró aturdida.

–¿Por qué?

–Fue un impulso. Era fascinante ver cómo lo hacías. Cuando salimos, me lo metí en el bolsillo.

–¿Y se te había olvidado que lo tenías ahí?

–No. Como creía que me espiabas para tu padre, pensaba tirarlo, pero no lo hice. Hace un mes que lo tenía en el cajón del escritorio.

–¿Por qué?

Gio se le acercó tanto que sus cuerpos casi se tocaron.

–La semana en Villa Rosa fue distinta de todo lo que había vivido hasta entonces. Quise tener un recuerdo, aparte de la fascinación que me provocabas.

Gio le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

–Mientras hemos estado separados, te he echado de menos. He intentado no hacerlo, pero me ha resultado imposible. No he dejado de pensar en ti ni de desearte. Pero, desde que estás aquí, me he percatado de que no es solo deseo, sino que siento algo más profundo, aunque he tardado en darme cuenta de lo que significaba. Me asustaba enfrentarme a la verdad. No es solo sexo lo que quiero de ti, Stella, es amor. Te amo con todo mi obstinado corazón y haré lo que sea para hacerte feliz, pero no me pidas que te deje marchar.

Ella abrió la boca, pero estaba tan abrumada que no podía hablar, porque era indudable que Gio decía la verdad. Solo un hombre enamorado guardaría una flor de papel como un tesoro.

–Quiero que seamos una familia –prosiguió él–. Me inquieta ser padre, pero lo intentaré con todas mis fuerzas.

–Sé que serás un padre maravilloso.

–Nuestro hijo será afortunado por tenerte, Stella, por tenernos a los dos. –Gio la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí–. ¿Quieres estar conmigo?

–Por supuesto. Llevo mucho tiempo queriéndote, así que, ¿cómo iba anegarme?

Él le dirigió una mirada radiante.

–¿Me quieres? –Ella asintió y él la abrazó con más fuerza–. ¿Me has querido mientras dudaba? Siento haberte hecho daño, cariño. No te lo merecías.

Ella le puso las manos en el pecho y notó el acelerado latido de su corazón. Y supo con absoluta certeza que podía confiar a Gio su amor y su vida.

–Eso es agua pasada, Gio. Ambos hemos cometido errores. Mi madre decía que de ellos se aprende.

–En ese caso, estoy aprendiendo mucho de las relaciones y del amor. Pero podría seguir equivocándome. Esto es nuevo para mí.

–Y para mí.

Él esbozó una irresistible sonrisa y ella se sintió profundamente feliz.

–Aprenderemos juntos –dijo él–. Nos equivocaremos juntos y nos ayudaremos mutuamente a levantarnos cuando sea necesario.

–Me parece perfecto.

Él la tomó en brazos.

–¿Qué haces?

Gio inclinó la cabeza para besarla en la frente, la nariz y la boca. Su mirada, cuando la llevó al interior de la villa, la derritió por dentro.

–Practico. Quiero que se me dé bien hacerte feliz.

–Ya lo haces –dijo ella sin aliento.

–Y te aseguro que tú me haces feliz.

Ella lo abrazó por el cuello mientras entraban en el dormitorio.

–No hace falta que me lo digas, lo entiendo.

Porque no había en el mundo mujer más feliz.

Epílogo

Qué fiesta tan estupenda has organizado, Stella.

Ella, que cruzaba la terraza, se detuvo y se volvió hacia el hombre que se acercaba. Sonrió.

–Gracias. Es un cumplido porque sé que acudes a muchas.

–Ninguna tan divertida como esta.

Contemplaron a los invitados que llenaban la terraza y la pradera que se extendía hasta el borde del agua. El sol se estaba poniendo. Entre los elegantes invitados, había niños jugando al escondite o sentados alrededor de un cuentacuentos, que sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, los tenía pendientes de sus palabras. Stella sonrió al contemplar la escena.

–Eres feliz, ¿verdad, Stella?

–Muy feliz. No sabía que la vida podía ser tan buena.

–Pues menos mal que no nos casamos –dijo Eduardo sonriendo–. Hubiera sido un grave error. No tendrías a Gio ni a los niños, ni yo a Ginevra y al pequeño Nico. –Miró a la mujer que hablaba con un importante empresario. Ella, como si presintiera su mirada, lo miró a su vez indicando con un gesto de la cabeza al bebé que tenía en brazos.

–Nos vamos, Stella.

–Al menos no tenéis que ir lejos. –Habían comprado una villa a unos minutos de distancia–. Voy a despediros.

–¿Qué hacen Enzo y su esposa aquí? –susurró Eduardo mientras cruzaban la terraza–. Creía que no te llevabas bien con tus hermanos.

–Hemos hecho las paces. Resulta que odiaba trabajar para mi padre. Cuando me marché, se dieron cuenta de que era posible huir. Enzo está encantado con su nuevo trabajo en la industria del automóvil.

Stella dudaba que volviera a ver a su otro hermano. Con su padre enfermo, Rocco parecía satisfecho consolidando su papel de heredero. Stella intentó hablar con su padre tras el infarto, pero le dijeron que no quería volver a hablar con ella. No le dolió, porque ahora había mucho amor en su vida.

Estaba despidiéndose de Ginevra cuando se le acercaron corriendo dos niños y se le abrazaron a las piernas.

–¡Mamá, mamá!

–Hola. –Les acarició las mejillas–. Rosalba, Pietro, ¿dónde está papá? ¿No lo habréis dejado solo después del cuento que os ha contado?

Los niños negaron con la cabeza y sonrieron cuando Gio la abrazó por la espalda. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

Aquello era la felicidad: sus hijos, su amado esposo y sus amigos. Incluso trabajaba en lo que deseaba, pues dirigía un hotel cerca del lago. Había sido el regalo de bodas de Gio. De momento trabajaba media jornada, mientras los niños fueran pequeños.

–Soy muy afortunada –susurró.

Los niños se estaban despidiendo de sus amigos, por lo que solo la oyó una persona: el hombre que compartía su vida y que había hecho realidad sus sueños. Él la besó en el cuello.

–No tanto como yo, cariño mío. Me has dado vida y esperanza, luz y felicidad. Te quiero, Stella. Siempre te querré.

Ella se volvió hacia él.

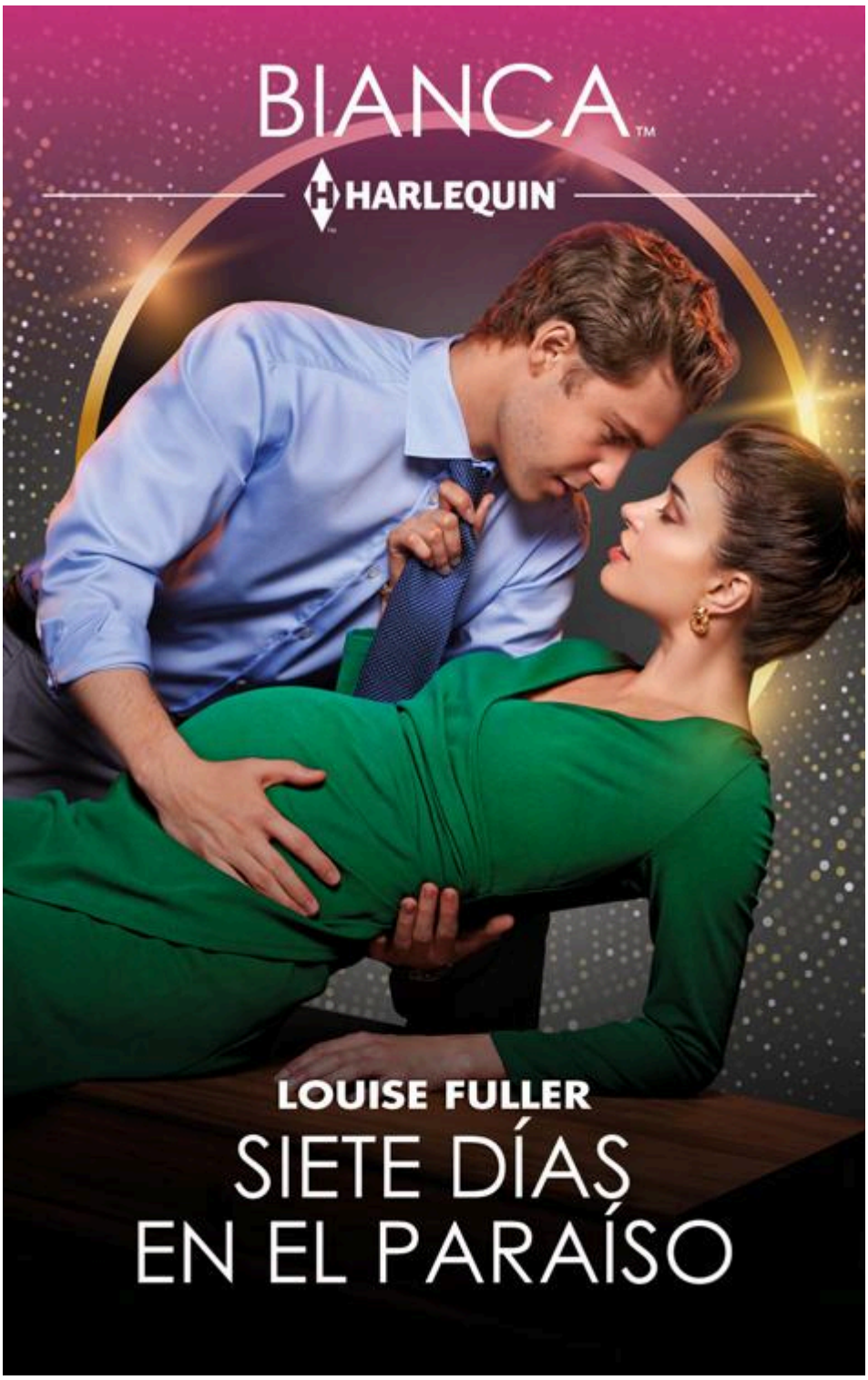
–Y yo te querré siempre.

Los ojos de Gio brillaban de alegría cuando ella lo besó en los labios.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




BIANCA™
HARLEQUIN
LOUISE FULLER
SIETE DÍAS EN EL PARAÍSO

Portadilla

BIANCA™

LOUISE FULLER

SIETE DÍAS
EN EL PARAÍSO

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Harris Carver observó su teléfono, el estómago revuelto por un nudo de frustración e incredulidad. El mensaje de voz de Sydney Truitt, el hacker que había contratado para encontrar su IP en el servidor de Tiger McIntyre, era breve y directo:

–*Lo siento. He fallado*.

La voz sonaba tan tensa como se sentía él, pues acababa de despedirse de una cantidad de dinero que le habría cambiado la vida. Pero ese había sido el trato. Sin IP, no habría honorarios.

Su IP. El boceto que Tiger le había robado para fabricar su propio prototipo. Su frustración dio paso a la familiar ira que acompañaba a cualquier mención de su mayor rival: Tiger McIntyre.

Podrían haber sido aliados. Habían sido como hermanos. Tigger y él tenían los mismos intereses, la misma determinación para triunfar… hasta que pilló a Tiger con su novia.

Tenía diecinueve años, estaba celoso, borracho de dolor por su traición y, por supuesto, le había pegado. Tiger, naturalmente, le había devuelto el golpe y todo había ido a más. El decano se había involucrado, y Tiger había sido expulsado.

Desde entonces, ambos eran rivales en los negocios y, como dos depredadores, se acechaban, manteniendo las distancias, pero siempre atentos a los movimientos del otro. Hasta que Tiger le robó. Siempre tenía gente vigilando de cerca a sus mayores rivales y el prototipo era casi idéntico.

Con el pretexto de querer mejorar su sistema de seguridad, había contactado con un hacker.

Pero, en realidad, buscaba venganza. Sydney necesitaba dinero para sus insensatos hermanos, y él le había ofrecido una tentadora suma para que pirateara el sistema de Tiger y encontrar su IP. La

idea era arruinar a Tiger revelando el robo, pero ya no tenía pruebas. Ni medio de venganza.

Harris recordó la cara inexpresiva de su padre cuando lo miraba, como si hablara con un extraño y no con su hijo. En su momento, la licenciatura y posterior carrera profesional no le habían parecido una elección consciente, pero con el tiempo había admitido, al menos ante sí mismo, que en parte habían estado motivadas por la esperanza de que le acercaran a su padre astronauta.

No había sido así.

A su padre le habían interesado la ciencia y la ingeniería, pero no estaba orgulloso ni contento de que su hijo hubiera elegido seguir sus pasos.

Contempló la lluvia correr por las ventanas. Se ahogaba y, bruscamente, se puso en pie. Necesitaba salir del apartamento, de Manhattan, encontrar a una mujer que, como él, buscara perderse en el calor blanco de una aventura anónima de una noche. Tardó diez minutos en ponerse unos vaqueros, una camiseta y su vieja cazadora de cuero.

Tomó el metro hasta el centro. Cuando salió, la lluvia había amainado hasta convertirse en una ligera llovizna. No tenía ni idea de adónde iba, pero se sentía bien caminando por la acera sin la sombra de su equipo de seguridad. Después le echarían la bronca, pero el riesgo de ser reconocido era bajo. No era ninguna estrella de cine, aunque recibía su parte justa de atención femenina.

Más que justa, pensó, mientras esquivaba a un par de mujeres que lo miraron con los ojos entornados en señal de aprobación y las bocas curvadas en sonrisas que le aceleraron el pulso.

«Demasiado fácil», pensó mientras seguía caminando. Lo que él quería era fricción. Algo que quemara lo suficiente como para darle algo en lo que concentrarse aparte del dolor y la frustración.

Sus pasos vacilaron. Durante las semanas siguientes se preguntaría qué le hizo detenerse.

Desde fuera, el bar no prometía. La puerta estaba al final de unas escaleras y no tenía ningún letrero, por lo que casi había pasado de largo. Dio media vuelta y bajó corriendo las escaleras. Al abrir la

puerta, el sonido y el calor lo golpearon como un muro. El bar estaba abarrotado.

En un extremo de la sala, una fiesta de despedida de soltera, con fajas y cuernos, emitía gritos y risas alrededor de una de esas máquinas de discos antiguas. Al otro lado de la barra había una enorme pantalla de televisión, y un nutrido grupo, en su mayoría hombres, miraba el combate de boxeo por el título de los pesos pesados. Normal que hubiera tanta gente.

Todo era perfecto: el ruido, el olor a cuerpos calientes y excitados, a alcohol barato y, lo mejor de todo, nadie lo conocía. Allí no había pasado ni futuro, solo un presente lleno de posibilidades.

Dudó un momento y luego se unió a la agitada y sudorosa multitud que esperaba una copa. A esas alturas de su vida, eso era una novedad. No recordaba la última vez que había esperado por algo. Cuando uno era tan rico como él, nunca había que esperar. Las puertas se abrían, las mesas se desocupaban por arte de magia. Siempre había un coche o un avión esperando.

–Disculpe…

Se apartó para dejar pasar a la mujer, mientras su cerebro realizaba un minucioso inventario. Menuda. Morena. Sombra de ojos ahumada y labios color *nude*. Botas pequeñas de tacón y un vestido de flores sin mangas. Y, grabándose con fuerza en su mente, un pequeño tatuaje de una manzana con un mordisco en su hombro.

–¿Qué quieres tomar? –La mujer se volvió.

Su voz era ronca y, al principio, Harris no se dio cuenta de que le hablaba a él. Estaba demasiado ocupado identificando su acento. Parecía estadounidense, pero con un toque de algo más, ¿inglés?

Entonces sus miradas se cruzaron y el ritmo de la música pareció detenerse.

Los suyos eran verdes, rasgados como los de un gato, e impacientes. Harris sintió una sacudida al clavar su mirada en su boca suave y rosada o, más concretamente, en el labio inferior carnoso y besable, curvado en expresión interrogante hacia él.

Ese labio tiró de él como un anzuelo. «A ti», pensó, «te deseo». Su pulso vibraba violentamente y su respiración surgía ardiente y seca. Lo primero que sintió fue indignación por que ella pudiera

hacerle eso, y tan fácilmente. Y casi quiso castigarla por hacerle sentir tan fuera de control, tan impropio de sí mismo. Aunque ¿no era exactamente eso lo que buscaba esa noche?

Había pensado que sería más transaccional. Calmar una urgencia. Sexo como bálsamo. Un analgésico para calmar el caos en su cabeza. Pero esa mujer hacía saltar chispas.

–¿Quieres invitarme a una copa? –Él se aclaró la garganta.

–Pareces sediento. –Ella se encogió de hombros–. A mí me servirán antes, pero si prefieres esperar…

«Buena suerte», pensó él. La mujer solo le llegaba al hombro, así que las posibilidades de que llamara la atención del camarero eran nulas, mientras que él…

–Un San Alvaro. Y un chupito de Coughlan.

No alzó la voz, pero él la sintió vibrar en todos los lugares adecuados. Al parecer, el camarero también, deteniéndose como si lo hubieran disparado con una pistola eléctrica.

–Última oportunidad. –La mujer lo miró de nuevo.

–Tomaré lo mismo que tú. –Los dedos de Harris se crisparon.

La mirada verde lo recorrió, evaluadora y crítica. Y eso, más que una novedad, parecía un reto.

–Que sean dos. –Ella se volvió hacia la barra y él aprovechó para admirar la mata de pelo oscuro y sedoso que le caía sobre los hombros. Y la imaginó vestida solo con aquellas botas.

–¿Celebras algo?

–No, solo necesito relajarme.

¿De qué? ¿O de quién? Como si hubiera formulado esas preguntas en voz alta, ella se volvió.

–Ha sido una de esas semanas, ya me entiendes. –Su boca se frunció.

–¿La que viene será mejor? –Él lo entendía. Rara vez las cosas se le habían ido tanto de las manos.

Ella pareció sorprendida por la pregunta, o por su interés, y él también se sorprendió por querer oír su respuesta. Que siguiera hablando.

–Sí. –Ella asintió, pero la expresión vulnerable en su mirada le hizo sentir a Harris algo por dentro, porque comprendía la necesidad de

ocultar la debilidad o la duda.

–Déjame a mí. –Harris se inclinó hacia delante, pero ella ya estaba tendiendo el teléfono para pagar.

–Ya está hecho. –Sus miradas se encontraron y él sintió el desafío como una llamarada–. Toma. –Ella le tendió la botella y el vaso de chupito. Tenía los dedos pequeños y delgados y el pelo no era totalmente oscuro, sino con mechas rojas y doradas. La piel también era dorada, y suave.

–Entonces, pagaré la siguiente ronda. –El cuerpo de Harris se acercó a ella por decisión propia.

–No hace falta. –Ella entreabrió los labios–. No llevo la cuenta.

–Tal vez deberías. –El pulso de Harris se aceleró sin motivo.

–Bien, llevaré la cuenta, y cuando sepa lo que quiero, te lo haré saber –aceptó ella con ese tono ronco que hacía que él se sintiera inquieto, pero también tenso–. Nos vemos –soltó bruscamente y, antes de que él pudiera responder, se fundió con la multitud.

Harris se dirigió hacia el grupo de hombres que miraban la pantalla. Una hora más tarde seguía igual. Le gustaba el deporte, pero su mente no estaba en el partido. Estaba atascada, repitiendo sin cesar en bucle aquel momento en que la morena menuda de atrevidos ojos verdes había girado sobre sus talones y lo había dejado allí plantado.

«Nos vemos». Pero ¿dónde? Escudriñaba el bar cada cinco minutos, pero no había rastro de ella.

Podría haberse conformado con otra. Más de media docena se habían rozado contra él al pasar. Otras se habían quedado cerca, riéndose como hacían las mujeres cuando querían que las miraras.

Pero él no quería lo que le ofrecían. Su cuerpo parecía estar interesado solo en una mujer.

Uno de los boxeadores, el actual campeón, se abalanzó hacia delante y los espectadores lanzaron un rugido de aprobación cuando el contendiente se tambaleó hacia atrás. Al ver al boxeador derrumbarse, Harris sintió una oleada de satisfacción animal, casi gratificación, pero no bastó.

Y entonces lo notó: frío, concentrado, decidido. Buscándolo. Un rayo abductor, más bien como la atracción gravitatoria de la luna

sobre el mar. O tal vez no, pensó mientras se giraba. Quizá tenía menos que ver con la física y más con la biología.

Ella estaba junto a la puerta, con sus ojos verdes fijos en él. Mirándolo. Esperándolo.

De repente, Harris se sintió libre de ataduras, de equilibrio. Había buscado una distracción. Ya no. Lo que quería era sentir su cuerpo contra el suyo, bajo el suyo. Quería el frenesí y la liberación que le proporcionaría tocarla, besarla, poseerla.

La respiración se agitó en su garganta, caliente y pesada como la sangre que corría por las venas, y el ruido de la habitación se desvaneció, ahogado por el latido de su corazón.

Por un momento, no pudo moverse, pero luego se abrió paso, deteniéndose a cierta distancia para no ceder al impulso salvaje, ingobernable, de atraerla y tomar lo que quería de su boca.

–Ya sé lo que quiero –anunció ella con una voz ronca que Harris sintió vibrar en todo el cuerpo.

Sin duda esa mujer hablaba de una copa. Aunque sabía que no. Y necesitaba oírselo decir.

–¿Lo mismo de antes? –La miró a los ojos.

La mujer no respondió, y él sintió un atisbo de pánico por haberla malinterpretado, pero entonces ella dio un paso atrás y abrió la puerta de un empujón.

–Vamos a una habitación.

Era invitación o desafío. Tal vez ambas cosas. En cualquier caso, no importaba, porque la respuesta era «sí». Con el corazón golpeándole contra las costillas, Harris le agarró la mano.

Eden sintió que el suelo se movía bajo sus pies cuando él le agarró la mano. Sus dedos eran cálidos, su agarre firme y la piel de la palma callosa.

Fuera diluviaba. La gente corría hacia el metro, esquivando charcos y aferrándose a sus capuchas. Pero ella apenas lo notaba. Desde que había entrado en el bar, apenas había notado nada.

Excepto a él. Se había fijado en él enseguida. También lo deseaba. ¿Quién no?

Parecía mayor que ella, tal vez treinta y pocos, alto, corpulento y rubio. Su pelo era del color del trigo maduro, de la luz del sol matutino y de la miel de acacia.

Había algo en su intensa concentración, en su quietud y en el poder latente que le había recordado a un hermoso y elegante depredador.

También era escandalosamente guapo. Su cara era una clase magistral de escala y simetría. Y ese cráneo… Ella no era artista, pero había visto a su madre y a su abuela dibujar y pintar, y sabía cómo era una estructura ósea bonita. Y ese hombre tenía unos huesos preciosos. Tenía todo hermoso. Él se volvió para mirarla, sus ojos color pizarra se fijaron en su rostro mientras la empujaba bajo el toldo de una tienda, apretando su cuerpo contra el de él y buscando su boca.

El vientre de ella se encogió cuando él intensificó el beso, aturdiéndola con la crudeza de su deseo. Y el de ella.

Era ardiente y sin sentido, y ella olvidó que estaban en la calle, que llovía y que no sabía su nombre, porque, eso que hacía con la boca y las manos, era como si la estuviera reclamando. Recordándole que era suya.

Harris se apartó y la miró durante tanto tiempo que ella no pudo respirar. Luego la agarró de la mano y empezó a regresar por donde habían llegado.

Eden sintió una oleada de pánico. ¿Había cambiado de opinión? Sus dedos se apretaron alrededor de los de él, tirando hacia abajo. Él se detuvo y se volvió.

–¿Qué haces? –preguntó ella.

–Tengo que ir a la farmacia. –Él frunció el ceño–. No tengo preservativos.

–Yo tengo. –Eden abrió el bolso y sus miradas se cruzaron mientras le ponía uno en la mano.

–Hay un hotel en la esquina. Lo vi al pasar. Puede que tengan una habitación –sugirió él, con un hambre en su voz que hizo que ella se quedara sin aliento.

Eden lo miró fijamente, escalofríos de anticipación recorriéndole la piel. Había entrado en el bar para huir de la tormenta. Pero en sus

ojos veía una tormenta a la que quería lanzarse.

Había sido una semana muy difícil, pero la gente solo veía la cara que ella quería mostrar al mundo. Ninguna de sus emociones había sido visible, lo cual era una suerte porque por dentro todo era un aullido de caos. Como un tornado en un frasco.

Pero se sentía diferente cuando era otra persona quien tenía ese poder. Un poder que ponía su vida patas arriba. Había superado a Liam. Aunque le ofreciera la luna, no volvería con él, pero una parte todavía se sentía unida a él. A lo que habían tenido. A lo que ella había perdido.

Él no debería haberle enviado ese mensaje. Ella no debería haberlo leído. Ni mirado la foto.

Recordó el rostro apuesto de Liam y la mirada confiada que había posado en ella con tanta aprobación. Pero no tenía corazón. Por eso podía enviar una foto de su bebé a la mujer a la que había mentido, que lo había amado y había perdido a su bebé poco antes de que rompiera con ella.

Ya era tarde para lamentarse. Aunque al parecer no, y por eso llevaba días tambaleándose, abrumada por una necesidad que no podía controlar.

Dirigió la mirada a ese hombre que la miraba fijamente. Él podía calmar ese caos en su interior.

–Sí –contestó ella mientras él le agarraba la mano y echaban a correr.

El hotel tenía habitaciones libres. La recepcionista no parecía preocupada por la falta de equipaje. Era Nueva York. Las parejas enamoradas cruzaban las puertas como hojas otoñales.

Ellos no estaban enamorados. Solo era sexo, exactamente lo que ella necesitaba.

Vio cómo él abría la puerta de su habitación con la tarjeta. Como si fueran una pareja.

Lo extraño era que sentía que lo eran. En el momento en que sus miradas se habían cruzado en el bar, ella había sentido que él podía ver a través de su armadura. Ver más allá de la pequeña sonrisa burlona y el brillo de sus ojos verdes. Como si la conociera. Como si

quisiera conocerla, saberlo todo de ella. Y ella sintió un repentino y ridículo deseo de revelarle todos sus secretos.

El mero hecho de pensarlo debería haberle hecho salir huyendo, porque nunca se había sentido así. Normalmente, lo tenía claro. Era solo sexo por placer y para alimentar esa necesidad humana de intimidad a pequeños mordiscos. Eden se llevó una mano a la manzana de su hombro.

Un mordisco, eso era lo que quería, lo único que podía considerar. Pero eso era diferente.

–¿Has cambiado de opinión? –La voz de él la devolvió a la realidad y ella se giró para mirarlo.

En la penumbra del pasillo, su belleza debería haberse desdibujado, pero no era así. Si acaso, las sombras parecían resaltar los contornos impecables de su rostro.

–No. –Eden sacudió la cabeza y él abrió la puerta para que ella entrara en la habitación.

Era pequeña, pero limpia. Tenía un tocador, una silla y una cama. Todo lo que necesitaban.

Ella oyó cerrarse la puerta y se volvió. Durante unos instantes, se miraron fijamente. Entonces él dio un paso adelante, le rodeó la cintura con el brazo y la besó. Fue como el 4 de julio.

Eden gimió contra su boca, el deseo que sentía por él latía con fuerza en su sangre. Su sabor la mareaba. Podía saborear su necesidad de ella, y resultaba embriagador. Lo sentía duro y suave, y quería sentir más. Estaba claro que él también, porque sus manos se movían sobre ella con urgencia, siguiendo un camino tan tortuoso como potente.

Un escalofrío de placer le recorrió la piel y ella se arqueó indefensa contra su cuerpo, sus caderas encontrándose con las de él, y sus pezones endureciéndose al rozarle el pecho.

Empezó a tirar de la cintura de sus vaqueros, torpemente, con dedos urgentes pero ineficaces, y él emitió un sonido gutural, apartó la boca de un tirón y se quitó la camiseta por la cabeza, se desabrochó los vaqueros y se los bajó por los muslos con un movimiento suave.

Eden era consciente de que él sería capaz de ver su reacción. Intentó girar la cabeza, pero no podía apartar la mirada. No quería hacerlo.

Un calor, líquido y eléctrico que se movía en ondas expansivas, se acumulaba entre sus piernas, y sentía el pulso saltar erráticamente en el lado izquierdo de su garganta.

Exhaló con esfuerzo y su mirada se dirigió con fuerza magnética hacia el grueso bulto de la erección que presionaba contra los calzoncillos. Y, cuando él los dejó caer al suelo, se estremeció.

«Sí. Sí. Sí».

La palabra parpadeó en su cabeza tres veces, como una máquina tragaperras. Premio gordo. Eden dio un paso adelante y le acarició el torso, embriagada por el tacto de los músculos duros y suaves. Y, por una noche, sería suyo. Cada glorioso centímetro de desnudez. Ella se lamió los labios.

Tenía un cuerpo increíble. La hacía sentir… no sabía cómo describirlo. Y no era solo su cuerpo. Era cómo la miraba. La intensidad de sus ojos.

–Quiero verte desnuda –habló él con voz ronca y aliento ardiente, desabrochándole el vestido.

Ella también, pero…

–Así no. –Su cuerpo emitió un aullido silencioso de protesta–. Quiero que veas cómo me desnudo.

Las pupilas de él se encendieron y un músculo saltó en su mandíbula. «Mejor», pensó ella. Quería que él mirara, que esperara, que la deseara tanto como ella a él.

Y él la miró mientras ella retrocedía, con pasos lentos y firmes, impresionantemente firmes, pensó.

Su mirada gris oscura ya la había desnudado. Su expresión era dura e insondable, incandescente.

Con la cabeza dándole vueltas, se desabrochó el vestido, sintiendo su mirada, su intensa concentración, y el roce de la tela contra sus muslos desnudos al caer al suelo.

Él no dijo nada, no hizo nada, se limitó a mirarla, pero en su mandíbula latía un músculo y en sus pómulos se reflejaba un rubor oscuro que hizo que el vientre de Eden se encogiera.

Nunca nadie la había hecho sentir así, indefensa, fuera de su zona de confort, pero también hambrienta, fuerte y exigente. Era muy confuso, pero le gustaba. Con él, era la mujer que quería ser, la mujer que había perdido por el camino.

Se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador, que pronto se unió al vestido. Él se acercó, lenta pero decididamente, hacia ella, sin apartar los ojos de los de ella, humo y sombras, y ella sintió cómo le perforaban la piel, aunque no parecía real. Como si estuviera soñando…

–Yo me encargo. –Harris se detuvo frente a ella, que se sobresaltó ante la autoridad en su voz.

Sus bocas volvieron a encontrarse, las manos de él en su cintura, y su cuerpo caliente y duro contra ella. Ella sintió la sangre rugir en los oídos y el vientre le dio un vuelco cuando él le apartó el pelo y la besó desde el cuello hasta la turgencia de sus pechos. Sus labios rodearon primero un pezón y luego el otro, y ella se arqueó contra él, perdida en la sensación de su boca abierta, su lengua, su cálido aliento y el calor de su cuerpo.

Él volvió a acercarse, lo suficiente para que ella sintiera la insistente presión de la erección contra su vientre, despertándole una respuesta húmeda entre los muslos.

Como si él también pudiera sentirlo, deslizó una mano hasta su cintura, y ella respiró temblorosa cuando los dedos de él se introdujeron bajo la cinturilla de sus bragas…

Eden estuvo a punto de gritar de frustración cuando él se detuvo, pero entonces movió la mano para separarle los muslos, empujando suavemente. Su pulgar rozó el clítoris endurecido, y ella se inclinó ciegamente hacia él, su boca buscando la de él, su mano buscando la gruesa erección, apretándola infinitesimalmente. Dura y sólida, con una fuerza vital que latía en la palma de su mano al compás de la estampida de su corazón.

Entonces, él apartó suavemente su mano y se puso un preservativo, le bajó las bragas y la hizo girar, colocándola frente al espejo. La sangre rugía en sus oídos mientras contemplaba sus reflejos. Los ojos de él oscuros como estaño.

–Te toca mirar –susurró él contra su cuello–. Tócate, nena. –Le empujó los dedos hacia el triángulo de rizos que tenía entre los muslos mientras ella obedecía y él sujetaba su cadera.

Aturdida, Eden empujó hacia atrás. Lo sentía muy duro y, a cada segundo que pasaba, ella se deshacía. Todo su cuerpo se expandía, se encogía y se tensaba en torno a un dolor que podía saborear en la boca, una necesidad que solo él podía satisfacer.

Harris le mordisqueó la garganta, solo rozando la suave piel con los dientes, observándola como si fuera lo más fascinante que hubiera visto jamás, y eso casi la colocó al borde del abismo.

–Espera –ordeno él de esa forma tan suya, a la vez dominante y tranquilizadora–. Deja que crezca.

Tiró suavemente de los pezones, y ella se agarró al tocador gimiendo, deseando más.

–Ahora –suplicó Eden con voz ronca–. Te necesito ahora.

Lo sintió perder el control. Le separó las piernas y la penetró, moviéndose rítmicamente, meciéndola como la corriente del mar, con una mano agarrándole el hombro y la otra acariciándole el clítoris, hasta que ella quiso fundirse con él.

Un ruido involuntario se elevó en su pecho, quemándole la garganta al salir de sus labios. Se pegó más a él, desesperada, mientras algo caliente, húmedo e impaciente se hinchaba en su interior, vibrando, estremeciéndose, estirándose, contrayéndose y…

La sacudida de placer la golpeó con tal fuerza que, por un momento, le fue imposible hacer otra cosa que permanecer en tensión. Y entonces estalló dentro de ella, dejándola sin aliento, jadeante y aturdida. Era más que placer, era sublimación, y ella dejó que la recorriera mientras él se sacudía contra ella, con su enorme cuerpo empujando hacia arriba. Se vio arrastrada en su marea, sacudida por sus olas, subiendo y bajando una y otra y otra y otra vez.

Le despertó la alarma de un coche. Durante unos segundos no supo dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Pero entonces sintió al hombre que dormía a su lado y lo recordó todo.

Apretó una mano contra la boca para ahogar el gemido que brotó de sus labios, para reprimir el hambre, casi grosera tras la avaricia de antes. Y también para evitar tocarlo y despertarlo. No podía pedir más porque, si se permitía tocarlo, sinceramente no sabía si sería capaz de parar.

No podía volver atrás. No podía volver a necesitar a alguien así, ni siquiera por sexo. No después de lo que había pasado con Liam. Sintió una opresión alrededor de la herida mal curada que tenía bajo las costillas. A pesar de que todo había terminado entre ellos hacía mucho tiempo, había sido un *shock* descubrir que era padre. En la pequeña pantalla del teléfono, había visto el parecido entre él y el bebé. Parecía feliz y, aunque sabía que eso la convertía en una persona más pequeña, lo había odiado por ello. Odiado que él tuviera lo que ella había perdido sin saberlo. Odiado por demostrarle que no estaba genéticamente programada para la intimidad y la permanencia.

Por eso no iba a despertar a ese hermoso desconocido que la había abierto con su suave boca, la había penetrado con su dura mirada y su cuerpo aún más duro. Sus caricias habían sido urgentes, precisas y poderosas, posesivas y devastadoras. Aún sentía sus manos en su vientre, sus caderas y entre sus muslos.

Observó cómo subía y bajaba el pecho, intentando memorizar los detalles: la curva de su mandíbula, esas pestañas ridículamente largas, los torneados brazos. Quería recordarlo todo, aferrarse a él durante todo el tiempo que pudiera, al menos en su mente.

Había sido criada por su madre y su abuela, dos madres solteras de gran corazón y mal gusto para los hombres. De esos que no buscaban amor, que aguantaban unos días o semanas, incluso meses, pero luego se iban porque «no se puede atrapar lo que no quiere ser atrapado». Eso solía decir su abuela cuando su madre lloraba en el porche, viendo desaparecer las luces traseras de otro coche.

De niña, Eden estaba segura de que las relaciones estables, afectuosas y respetuosas que habían eludido a su madre y a su abuela sí estarían a su alcance.

Pero se había equivocado. Porque el amor era un juego que no se podía ganar a menos que se conocieran las reglas. Y ella no las conocía. Aunque ya tenía nuevas reglas. Reglas mejores.

La traición de Liam y la desgarradora pérdida de su bebé era algo a lo que no podría sobrevivir de nuevo. Era mejor enfrentarse a la realidad: las mujeres Fennell no atraían al tipo de hombres que querían matrimonio o relaciones a largo plazo o exclusividad.

Para Eden, intimidad significaba sexo, no amor y mucho menos matrimonio. Tenía una oficina en Londres y acababa de abrir otra en Nueva York, y estaba creando una cartera de clientes adinerados que la obligaban a viajar por todo el mundo. Y tenía un acuerdo de alquiler a corto plazo en los mismos apartahoteles donde habían pasado la noche. Y eso era lo máximo que podría gestionar. Un compromiso más serio simplemente pondría de relieve su falta en otros aspectos de su vida. Para ella era suficiente. O lo había sido hasta la noche anterior.

Nunca había sospechado que la fusión de dos cuerpos pudiera producir tanto fuego. O tanta honestidad. Por supuesto, él no sabía que ella se estaba abriendo a él no solo físicamente, sino también emocionalmente, liberando toda la confusión, tensión y agitación de los últimos días.

Porque eso había hecho, aunque solo porque había esa barrera de anonimato entre ellos. Sin embargo, tenía que irse. Porque tenía la sensación de haber revelado demasiado de sí misma, y la última vez que eso había sucedido, su mundo había sido pulverizado.

Se vistió en silencio y se obligó a marcharse sin mirar atrás.

Abajo, se dirigió a la recepción. Era otra recepcionista, lo cual facilitaba un poco la reconstrucción de las barreras que había dejado caer. Después, salió al aire fresco del amanecer.

Las calles estaban en silencio. Había dejado de llover, pero el cielo estaba moteado de púrpura, con vetas doradas como la portada de uno de los viejos discos de *glam-rock* de su madre.

Le gustaba despertarse al amanecer. En casa, su madre y su abuela casi nunca cerraban las cortinas, y la serenidad de esas horas le resultaba reconfortantemente familiar. Pero ese día no. Por alguna

razón, los primeros rayos de sol hacían que todo pareciera abandonado y desolado.

Ella también se sentía abandonada y desolada, lo cual era ridículo, porque lo había abandonado ella. A su amante sin nombre. Al imaginárselo en la cama, sintió una punzada bajo las costillas, tan intensa y aguda que tuvo que apoyarse en una farola.

Era un desconocido. Ni siquiera sabía su nombre. Él tampoco sabía el suyo, pero la había tocado como si la conociera. Como si fuera suya. Y ella había querido ser suya, arder en el fuego salvaje que él había desatado. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

No tenía sentido que se sintiera así. Solo era sexo. Pero ella ya había tenido «solo sexo» antes y no había sido así. Con otros hombres, había sido una gratificación instantánea y se había olvidado al instante. Y la noche anterior no debería haber sido diferente. Pero, aunque no volvería a verlo, sabía que no lo olvidaría.

«No pienses en ello, en él. Haz lo que siempre haces. No mires atrás. Sigue adelante».

Había empezado a llover de nuevo y sintió una punzada de alivio y algo parecido al arrepentimiento. Si no era una señal para seguir adelante, no sabía qué lo era, y, subiéndose el cuello de la chaqueta, caminó rápidamente por la calle, con la mirada fija en las grietas de la acera.

Capítulo 2

El rayo rompió el cielo amoratado de Nueva York con un crujido. Las fuertes tormentas, pronosticadas por los meteorólogos, habían comenzado esa tarde. Pero el espectáculo pirotécnico más poderoso de la naturaleza no era nada comparado con la tensión en la sala de juntas de HCI.

–Ya basta. –Harris observó los rostros de las personas sentadas alrededor de la mesa.

Habló en voz baja. Porque podía. Porque a todos los presentes les pagaba por escucharle, aunque también lo escucharían sin dinero de por medio. La riqueza no implicaba liderazgo.

Era una de las pocas cosas que su padre le había enseñado. Las pruebas del vínculo paterno-filial que nominalmente compartían eran escasas y en su mayoría negativas.

Pero el consejo se le había quedado grabado, y por eso se había entrenado para hablar con intención y convicción, para estar siempre preparado e ir al grano. Sin gritar. Hablar con calma y en voz baja hacía que la gente escuchara, y ser escuchado te daba poder.

De niño no se había sentido ni visto ni escuchado. ¿O querido?

Apartó la idea, reacio a reconocerla incluso en la intimidad de su cabeza. El pasado era inexpugnable. Inamovible. Historia. No tenía sentido perder tiempo y energía en él. Solo importaba el presente, donde se le respetaba, y con razón. Había levantado un negocio de la nada y lo estaba llevando a las estrellas. Metafórica y literalmente.

HCI estaba perfeccionando un módulo lunar remoto impulsado por IA que, de ir todo según lo previsto, estaría buscando minerales en la superficie lunar en un año.

Desgraciadamente, debido a su impetuoso y desacertado intento de desenmascarar a Tiger McIntyre, las cosas ya no iban según lo

previsto. No solo su reputación estaba bajo escrutinio, sino que los accionistas estaban suficientemente nerviosos como para convocar a sus directivos a la sala de juntas para esa reunión no programada.

No había pruebas directas que lo vincularan con el pirateo del servidor de Tiger, y mucha gente pensaría que se trataba de zancadillas entre multimillonarios, pero los accionistas odiaban los conflictos y los escándalos.

La ironía era que él también lo odiaba, pero Tiger le tocaba la fibra sensible. Por eso había contratado a Sydney y, en aquel momento, parecía tener todo el sentido del mundo. Tiger era conocido por tomar atajos y desdibujar líneas. Solo tenía que demostrarlo. El que terminaría en la línea de fuego simplemente no se le había ocurrido.

–Esto no nos está llevando a ninguna parte.

Un redoble de frustración e irritación vibró en su interior mientras miraba fijamente el artículo.

Había empezado discretamente. Solo un par de párrafos sobre rumores de robo de propiedad intelectual y espionaje industrial en un blog. Naturalmente, no le nombraban a él, pero el suyo era un nicho de la industria. Solo un número limitado de personas podrían ser responsables. Por otra parte, Internet era una fábrica de rumores. Ninguna persona racional se dejaría influir por algo tan aleatorio y poco creíble y, tras consultarlo con su equipo jurídico y su jefa de prensa, había decidido ignorarlo. Lo contrario sería darle crédito, avivar unas llamas que se marchitarían y morirían por sí solas si se las privaba del oxígeno de la publicidad.

Y eso había ocurrido. Todo había quedado en silencio. Trabajo hecho. Problema resuelto.

Hasta las cinco de la tarde, cuando todo se había derrumbado.

Porque, por supuesto, no era un blog cualquiera. The Bit Bucket había empezado como una mordaz columna de Chase Fordham, que había abandonado el MIT, pero se había convertido en el destino al que acudía cualquiera que quisiera tomarles el pulso a las grandes empresas.

En otras palabras, esos dos párrafos eran en realidad un cebo. Y alguien había mordido el anzuelo. Un pez mucho más grande, lo suficientemente grande como para dar nombres… El suyo.

Leyó atentamente el artículo de dos páginas del New York Chronicle. Era buen periodismo. Contundente y desgraciadamente cierto. El daño ya estaba hecho.

–Me cuesta entender qué estoy viendo. –Levantó la vista, tamborileando con el bolígrafo.

La tormenta arreciaba, pero nadie en la sala estaba pendiente de los relámpagos. Solo de su jefe.

–¿No se supone que esta historia está muerta? –Harris giró el portátil hacia la mesa–. Porque desde aquí, no solo parece que está viva, sino que goza de excelente salud.

–La fuente es anónima –su abogado se aclaró la garganta–, pero estamos investigando…

–No me preocupa la fuente –interrumpió Harris con firmeza. Su equipo no sabía nada de la desafortunada reunión con Sydney Truitt, pero, aunque no hubiera firmado un acuerdo de confidencialidad, él sabía que la «filtración» no tenía nada que ver con ella. Se trataba de Tiger McIntyre. Tenía sus huellas por todas partes–. Quiero esta historia cerrada.

–De acuerdo, señor. –Avery Williams, jefa de prensa, asintió–. Pero si queremos negarlo…

–Quiero –contestó Carver con frialdad.

–Entonces –ella asintió de nuevo–, emitiremos un comunicado negando cualquier acusación de irregularidad. Luego nos centraremos en recordar a todo el mundo quién es usted y qué representa. Dejaremos las cosas claras para darle la oportunidad de ser el hombre que el mundo cree que es.

Ella lo hacía parecer tan sencillo, y en teoría lo era. Tenía fama, plenamente justificada, de ser un hombre de negocios meticuloso, franco y frío. Excepto cuando se trataba de Tiger. Solo oír su nombre lo inundaba de una rabia exagerada e irracional.

Una rabia que había bloqueado, momentáneamente, toda lógica y sentido común, de modo que se había descontrolado, momentáneamente, actuando por impulso, espoleado por la necesidad de acabar con el hombre que había traicionado su confianza y su amistad.

Había sido un acto de imprudencia, y lo peor era que aún no había conseguido castigar a Tiger.

–¿Y exactamente cómo piensas hacerlo? –Enarcó una ceja, mirando fijamente a Avery.

–Sé que le gusta que nos ocupemos nosotros de los asuntos mediáticos, pero, en esta ocasión, creo que sería mejor recurrir a una agencia de gestión de la reputación con experiencia especializada en mitigar este tipo de incidentes negativos.

–Entonces, ¿quieres empezar a entrevistar a los candidatos? –Él asintió.

–Ya he contratado a alguien. –Avery sonrió.

Las palabras de Avery seguían resonando en su cabeza mientras sacaba de la nevera de su ático tríplex una de las comidas nutricionalmente equilibradas que su chef preparaba cada día y se dejaba caer en uno de sus enormes sofás color crema. Seguía lloviendo a cántaros, y contempló el borroso horizonte de Nueva York mientras engullía judías edamame con aguacate machacado.

Seguía sintiéndose al límite, la tensión vibrando bajo su piel como si la tormenta estuviera atrapada allí. Era culpa de Tiger. Y lo odiaba por ello, aunque no más de lo que ya lo odiaba.

Iban a tener que cambiar algunas cosas, pensó irritado. A diferencia de Tiger, él no creía que toda publicidad fuera buena publicidad. Su equipo de relaciones públicas mantenía su nombre fuera de los titulares. Pero tendría que hacer lo que la gente en su situación hacía cuando metía la pata.

Dejó el plato medio vacío en el sofá y abrió la cartera. Contempló las fotos con avidez. La primera era una ecografía. Al principio parecía un mapa de curvas y líneas indescifrables. Pero, cuando los ojos se adaptaban, se distinguía la forma de un bebé tumbado boca arriba, con la nariz bien marcada y el brazo levantado como diciendo «aquí estoy».

Miró la segunda foto. Tras nueve meses en la cálida y líquida penumbra del vientre materno, el pequeño rostro de su hija recién nacida se arrugaba bajo la luz, los ojos grises, como los suyos,

abiertos de par en par y aún aturdidos tras la conmoción del nacimiento. Los diminutos e impecables dedos enroscados como pétalos sobre una especie de chal. Era perfecta. Irreal. Milagrosa. Pero él no se había percatado del milagro hasta después de que naciera, y viviera, al otro lado del mundo. Para entonces ya era demasiado tarde. Se había ido.

Le había costado años volverla a encontrar, y un dinero que entonces no tenía. Para cuando había podido pagar a alguien para encontrarla, todo había cambiado. Jasmine tenía un nuevo padre, el único que ella había conocido. Harris no solo estaba ausente, también era superfluo.

Obviamente, había puesto una reclamación de paternidad, y disponía de una riqueza ilimitada con la que exigir sus derechos paternos. Pero no era tan sencillo. Sabía por experiencia propia que, después de comida, cobijo, calor y comodidad, lo que todo niño necesitaba era estabilidad, y que él irrumpiera en su vida tantos años después parecía una autoindulgencia, no un derecho.

Se estremeció cuando un relámpago iluminó la habitación, cegándolo momentáneamente, como cuando los fotógrafos se habían abalanzado sobre él antes. Había tenido suerte. El tiempo había estado de su parte, pero no iba a llover eternamente. La prensa volvería y con más fuerza. Así que, por mucho que quisiera fingir que eso no estaba pasando, no iba a funcionar.

Decisiones y acciones, ambas tenían consecuencias. Aún vivía con la de doce años atrás. Contempló la foto, con el corazón hinchándose hasta llenarle el pecho.

Había sido tomada en el hospital justo después del nacimiento de Jasmine. Tomada por el hombre que había ocupado su lugar. Un hombre, no un niño. Lo que Jessie habría necesitado cuando le había dicho que estaba embarazada.

Habían hecho la prueba de paternidad y él debía acompañarla a la ecografía, pero se había echado atrás. Era muy joven y no estaba preparado para ser padre. No había estado enamorado de Jessie. Y el matrimonio de sus padres le había demostrado lo que ocurría cuando se obligaba a la gente a comprometerse de por vida en esas mismas circunstancias.

Así que había tomado una mala decisión, sin pensar que tendría consecuencias tan absolutas e irreversibles. Había sido la gota que había colmado el vaso para Jessie.

Ella necesitaba un hombre que la apoyara, no un adolescente que esperaba que todo fuera un mal sueño del que pronto despertaría. Y la ecografía lo volvería aterradoramente real.

Cuando no apareció, Jessie reaccionó en consecuencia. A los pocos días regresó a Australia. ¿Se le había ocurrido a Harris que podría pasar? ¿Había comprendido las consecuencias permanentes de aquel momento de pánico y cobardía? ¿Había imaginado que otro hombre se convertiría tan pronto en el padre de Jasmine? No, en absoluto.

Pero, aunque lo hubiera hecho, ¿se habría comportado de otro modo? ¿Habría luchado para hacer cambiar de opinión a Jessie o intentado que lo suyo funcionara? Probablemente no, porque en el fondo pensaba que ella estaría mejor con alguien que pudiera ser el padre que su hija merecía.

Ese había sido su razonamiento entonces, nadando en el torbellino del pánico y la conmoción, para no repetir los errores que habían cometido sus padres, dos clavijas cuadradas metidas en un agujero redondo porque él había sido concebido por accidente. ¿A alguien le extrañaba que su matrimonio hubiera fracasado? Y el fracaso había tenido consecuencias.

Se volvieron a casar y tuvieron más hijos. Hermanastros que, sin quererlo, eran un recordatorio constante de que él estaba fuera. Ellos eran el centro del amor y la atención de sus padres, y él, el recuerdo de un pasado que todos querían olvidar. Una visita que dormía en el cuarto de invitados.

Su preciosa hija nunca debería experimentar vivir entre dos hogares. Dos hogares significaban ningún hogar. Una dirección temporal con una cama plegable rodeada de cajas apiladas con trastos viejos, y un niño enfadado y confuso fundiéndose con todos esos objetos desechados.

Respiró entrecortadamente. Por suerte, podía permitirse darle a su hija una habitación entera, decorada como ella quisiera. El dinero ya no era un problema.

Era una frase vacía y engañosa, porque el dinero solo era un objeto. Pero también tenía el poder de cambiar vidas y sería falso pretender que su dinero no le importaba a él o a otras personas.

Sin embargo, tenía limitaciones. Jasmine vivía en un mundo en el que se sentía segura y atendida. Había contratado a una investigadora muy cara para que hiciera averiguaciones discretas y ella le había informado de que su hija era feliz y estable, así que su dinero solo podía ofrecerle cosas materiales. ¿Cosas mejores? Posiblemente, pero ¿importaba realmente? Argumentar que sí le hacía sentirse superficial y, de todos modos, no se lo creía.

Todo el lío de Tiger McIntyre lo estaba volviendo loco. Necesitaba ser el hombre que el mundo creía que era, pero en ese momento solo quería librarse de él. Ser un extraño para sí mismo.

Necesitaba una distracción. ¿Podría llamar a Rebecca?

Habían terminado hacía dos meses. No porque ella no le gustara. Era inteligente, decidida y hermosa, pero había empezado a soltar alguna que otra indirecta sobre un futuro juntos.

Y él no quería eso. Ni en ese momento, ni nunca quizás. O quizás se trataba de no saber cómo funcionaba. De niño, siempre le había fascinado el funcionamiento interno de las máquinas. Era otra cosa que su padre y él tenían en común, la necesidad de abrir el capó y ver el mecanismo, de entender los engranajes, los pistones. Esa necesidad de saber era el motor de su éxito.

Pero no sabía hacer funcionar una relación. ¿Cómo iba a saberlo si solo las había visto fracasar?

Se levantó y contempló la ciudad. La lluvia había parado de nuevo y en la calle las luces parpadeaban al cambiar de color, llamándolo como aquella noche.

Las vio parpadear, rojas y luego verdes… Ojos verdes y el tatuaje de una manzana mordida.

Una oleada de calor lo recorrió al recordar lo que había sucedido hacía dos semanas. ¿Quién era ella? ¿Y dónde estaba en esos momentos?

Ojalá pudiera chasquear los dedos y hacerla aparecer. Si tan solo…

–Disculpe, señor Carver.

–¿Qué sucede, Sean? –Harris miró a su ayudante personal y frunció el ceño.

–Acaba de llamar la señorita Williams. Pide disculpas, pero tardará otros quince minutos.

Quince minutos no era nada, pero a Harris no le gustaba esperar en los mejores momentos, y ese distaba mucho de serlo. Pero para eso era la reunión con el gestor de reputación. Para dejar atrás lo peor y recuperar el control de su narrativa. Y así, por fin, las cosas volverían a la normalidad.

Tamborileando con los dedos sobre el reposabrazos, miró a su alrededor. Podría haber celebrado la reunión en la oficina, pero prefería utilizar el club para las cosas más delicadas.

La última reunión que había mantenido allí había sido con Sydney Truitt. Misma sala, mismas sillas. La diferencia era que él había estado solo y debería haber tenido a su equipo allí. Pero no había podido porque lo que había hecho era, básicamente, ilegal. Aunque no había pruebas contundentes que lo relacionaran con los rumores. Sus abogados habían sido muy claros.

Por desgracia, no había humo sin fuego. Los rumores podían hacer mucho daño, y de hecho lo hacían. Pero ya era tarde para lamentarse. Si le hubiera dicho a su equipo lo que estaba planeando, la reunión nunca habría tenido lugar. Estaba tan furioso con Tiger que habría ignorado todas las señales de alarma. Y el resto, como solía decirse, era historia.

O más bien le gustaría que lo fuera. Porque en ese momento era el presente.

–¿Dijo quince minutos? –Harris echó un vistazo al reloj.

–Sí, señor, pero la gestora de reputación ya está aquí. ¿Prefiere esperar a la señorita Williams?

–No, hazla pasar. Sigamos adelante. La señorita Williams puede unirse a nosotros cuando llegue.

Como era habitual en las contrataciones externas, le habían enviado una breve biografía y un currículum de la persona, que

normalmente habría leído… Normalmente.

Pero, por alguna razón, apenas había hojeado el informe. No lograba concentrarse. Una y otra vez regresaba a aquel hotel de Bowery.

Si cerraba los ojos, podía revivir casi cada minuto hasta el momento de quedarse dormido.

Ella se había ido sin despertarlo, sin despedirse ni dejar una nota. Y había pagado la habitación.

Debería leer el informe rápidamente, pero su mirada seguía desviándose hacia las ventanas. Algo en la disposición de las cortinas le hizo recordar que se había despertado solo en aquella habitación. Solo y agraviado. Como si le hubieran robado algo.

Odiaba esa sensación.

Rechinó los dientes. También odiaba que ella hubiera pagado la habitación.

¿Y por qué no? Sin duda ganaba un sueldo, ¿por qué no iba a pagar la habitación?

Sin embargo, todavía le molestaba. Por eso, sin duda, su cerebro seguía tan obsesionado con ella.

Necesitaba centrarse en el asunto que tenía entre manos. Buscó en su memoria cualquier cosa que pudiera recordar de la conversación con Avery, cuando le dijo que habían encontrado a alguien.

–Es un poco impredecible –había dicho Avery–. Aunque no en capacidad. Viene muy recomendada, Aletheia One es una agencia pequeña que acaba de abrir una segunda oficina en Nueva York, pero empezó ella sola. Es joven y muy mediática, y tiene una creatividad y una frescura en su forma de pensar que creo que nos vendrían muy bien.

«Ya veremos», pensó él. La entrevista era una formalidad, un guiño a su autoridad y una oportunidad para conocer a la candidata elegida. Desconfiaba de las contrataciones externas. Podían carecer de lealtad, y la acusación de robo de IP era un tema muy delicado.

Por supuesto, su equipo lo había hecho todo según las normas. No se revelaría ningún detalle de lo sucedido hasta que firmara el acuerdo de confidencialidad. Pero, a pesar de esa cautela, Avery

había contratado a alguien que era, en sus propias palabras, «un poco impredecible».

Oyó abrirse la puerta.

–Señor Carver. Soy Eden Fennell.

Lo sintió primero en el aire. Un cambio, una tensión que lo distrajo lo suficiente como para levantarse con el piloto automático, tendiendo la mano a la mujer que tenía delante.

Y entonces su cerebro se alineó con lo que sus ojos estaban viendo, y se quedó paralizado.

Menuda. Morena. No llevaba la sombra de ojos ahumada, y el tatuaje del hombro era apenas un borrón bajo la manga de su blusa de seda color crema, pero los ojos verdes eran los mismos.

Era la mujer del bar. Y esa vez tenía nombre. Eden.

Capítulo 3

Eden miró al hombre que tenía delante, y sus dedos se agarrotaron sobre el asa del bolso, el corazón detenido, la sorpresa y la incredulidad inundando sus venas. Era él. Era el tipo del bar.

Durante las dos últimas semanas, había pensado en él sin parar. También lo había buscado.

Y por fin lo había encontrado. ¿O tal vez él la había encontrado a ella?

Aquella mañana, al despertarse en el hotel, lo había observado detenidamente, deseando, necesitando, recordarlo. Pero en ese momento estaba ahí, y la pura aleatoriedad e imposibilidad de aquello le hacía sentir como si flotara fuera de su cuerpo. Casi lo agarró del brazo para ver si era real. Fue consciente de la mirada atónita del ayudante personal, sin duda nadie había dejado antes a su jefe con el brazo congelado en el aire. Harris Carver se recuperó primero.

–Señorita Fennell. Gracias por reunirse conmigo –saludó, provocándole un fuerte escalofrío.

«No iba a reunirme contigo», quiso decirle Eden. «Iba a reunirme con un CEO multimillonario con una crisis de reputación».

Conocía su nombre, por supuesto, y a él por su reputación.

Admiró el caro traje. Las solapas elegantes, los dobladillos de los pantalones que le rozaban los zapatos, la chaqueta que se amoldaba a esos anchos hombros y pecho. Detalles sutiles que convertían un subproducto de ovejas y gusanos de seda en el ejemplo perfecto de armadura discretamente lujosa para un titán de los negocios que prefería mantenerse alejado de los focos.

Harris Carver, pionero en el campo de la exploración espacial, tenía fama de trabajador, detallista y discreto. Nunca hablaba fuera de tono, nunca agitaba las aguas, salvo en los mercados financieros, donde las acciones de su empresa subían como si ellas también quisieran alcanzar las estrellas. En otras palabras, no debía ser un cliente potencial para ella.

Pero eso había cambiado hacía un par de días. Desde que empezaron a relacionarle con denuncias de robo de IP y espionaje industrial. Pero el informe que le habían entregado estaba redactado con tanto cuidado que era imposible identificarle como el cliente.

Y ni siquiera tras firmar el acuerdo de confidencialidad, había relacionado su nombre del bar.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies, cuando el recuerdo de aquella noche se arremolinó en su interior, cálido, oscuro y meloso.

–Señor Carver. –Eden se cuadró de hombros y le estrechó la mano.

Su agarre era cálido y firme, y ella sintió las callosidades de sus dedos. Y los recordó deslizándose sobre su vientre mientras él la miraba con ojos ardientes y hambrientos… su aliento tembló en la garganta cuando lo miró fijamente. Ya no había nada cálido en sus ojos. En su lugar, había una ira fría y una sorpresa absurda porque, a diferencia de ella, él debía saber con quién se iba a encontrar.

Eden sabía cómo funcionaban esas cosas. Su gente le habría preparado algún resumen actualizado de su carrera, y todo acompañado de una foto. Por tanto, o bien no había sentido la suficiente curiosidad por comprobar a quién había contratado, o bien no la había reconocido.

Dada su reputación de meticuloso y detallista adicto al trabajo, lo primero parecía improbable. Pero pensar que la había olvidado dolía, aunque no lo admitiría ante nadie, sobre todo ante él.

Trabajar como gestora de reputación a ese nivel le había enseñado mucho sobre sí misma. Sabía que era resiliente. Inteligente. Adaptable y ambiciosa. Pero también le había enseñado mucho sobre la gente rica y poderosa. Había aprendido que mostrar debilidad era tabú.

–Creo que tomaremos ese café, Sean –dijo él sin apartar la mirada de Eden.

Era una excusa para sacar a su ayudante de la habitación, comprendió ella con el estómago revuelto cuando Sean se retiró. Eden oyó la puerta cerrarse. Harris Carver también, porque sus pupilas se dilataron, y ella sintió los efectos de una estampida atravesar su cuerpo.

Estaban solos. Por una fracción de segundo, ella pensó que Harris iba a acercar su boca a la suya.

–¿Qué es esto? –Harris dio un paso hacia ella–. ¿Qué haces aquí? –La tensión de su voz la atravesó.

–Lo sabes muy bien. –Eden frunció el ceño–. Tú me contrataste.

–Claro –él sacudió la cabeza–, por eso se supone que debo creer que todo esto es una gran coincidencia, tú y yo en aquel bar y ahora tú aquí.

–¿Es una pregunta? –Las miradas de ambos se encontraron.

–Te estoy preguntando si fue una coincidencia.

¿Creía que ella se había acostado con él para obtener ventaja sobre sus rivales?

Era ridículo. No podía pensar eso. Para empezar, los tiempos no cuadraban y, de todos modos, era su gente la que se había puesto en contacto con ella.

–No voy a buscar clientes a los bares, si es lo que estás insinuando. Siento mellar tu ego, pero no te reconocí esa noche, y no intercambiamos nombres ni datos de contacto.

Cuando se trabajaba con una persona de alto perfil y alto poder adquisitivo, la discreción era obligada. Los clientes potenciales a menudo recurrían a un intermediario, que le hablaba de un caso «teórico» de crisis de reputación y le pedía una estrategia. El anonimato del cliente era una práctica habitual hasta que se firmaba el acuerdo de confidencialidad.

Claro que el nombre de Harris Carver llevaba días apareciendo en las noticias, pero era una de las muchas personas notables que se enfrentaban a una crisis de reputación. Y como ella acababa de decirle, aquella noche no tenía ni idea de quién era. Pero en esos momentos, sí.

Todavía estaba asimilando que ese hombre y el que aparecía en sueños eran la misma persona.

Le tembló el pulso al recordar el momento en que se habían conocido. Vestía vaqueros, una camiseta y la chaqueta de cuero maltrecha, y ella había pensado que era un tipo corriente que había quedado con sus amigos para ver el gran combate. Cuando le tomó la mano, su piel no era lisa y suave como la de las manos de un multimillonario. Y ella había supuesto que era mecánico o carpintero. Suposiciones equivocadas.

–¿Y la culpa es mía? –La voz de Harris destilaba ira y frustración.

–Desde luego mía no es. Nada de esto lo es. Ni siquiera me dijeron con quién iba a reunirme hoy hasta que tu ayudante vino a buscarme. Pero tú sí sabías quién era yo. ¿Por qué no…?

–Siento mucho llegar tarde.

Ambos se giraron cuando entró en la sala una mujer de mediana edad con un traje gris claro, acompañada por el ayudante personal que portaba una bandeja de café.

–Ha habido un accidente en…

–No pasa nada, Avery –la interrumpió Harris–. Acabamos de empezar, literalmente. –Se volvió hacia Eden con expresión ilegible–. Señorita Fennell, esta es mi jefa de prensa, Avery Williams. Debe agradecerle estar aquí hoy. La apoyó desde el principio.

En otras palabras, si él hubiera participado en el proceso de selección, no la habría elegido.

–Encantada de conocerla, señorita Williams. –Eden estrechó la mano de la jefa de prensa.

–¿Por dónde vamos? –La mujer sonrió–. Está claro que ya les han presentado.

–Decía que me sorprendió que el señor Carver aceptara contratarme, dado lo que sabe de mí.

–¿Por qué? –La expresión de Avery se congeló momentáneamente–. ¿Ya se conocían?

–No –contestaron ambos al unísono, la voz más grave de Harris superponiéndose a la de ella de un modo extrañamente íntimo y revelador.

–Me refería a que soy nueva en el barrio. –Eden sonrió tensa.

–Pero me recuerdas a alguien –intervino él.

Obviamente, Harris no esperaba que ella dijera la verdad. Al contrario. La estaba presionando con fuerza. Y, por supuesto, Eden tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos porque, después de Liam, había jurado no ser nunca el sucio secretito de ningún hombre.

En retrospectiva, todo parecía evidente. Liam siempre tenía prisa, pero ella no sabía entonces que no solo los adolescentes tenían toques de queda. Los hombres casados también.

Luego estaban las otras banderas rojas, como el hecho de que él nunca la había invitado a su casa. Siempre tenía una excusa. La caldera estaba rota. Los vecinos estaban haciendo obras y los albañiles hacían mucho ruido. Y a pesar de salir con él durante un año, nunca había conocido a ninguno de sus amigos o familiares. Sintió una fría y escurridiza vergüenza. Liam también había tenido excusas para eso. Y para explicar por qué todas sus llamadas iban al buzón de voz.

La verdad había estado allí, en letras enormes, visibles desde el espacio para cualquier otra persona. Pero ella era joven, recién salida de la universidad y desesperada por demostrar que era inmune a la maldición de las mujeres de su familia. Que sería capaz de atraer al hombre mitológico: el que no quería escapar.

Por eso nadie de su familia se había enterado de su «relación». No había querido gafarla contándoselo a su madre y a su abuela. Había querido guardársela, conservarla inmaculada porque estaba tan convencida de que ella era diferente, tan decidida a ser la excepción y no la regla.

–Tengo ese tipo de cara –contestó ella con frialdad–. La gente siempre piensa que me parezco a alguien que conocen.

–Será eso. –Los fascinantes ojos grises permanecían fijos en su rostro.

Pero era ella la que se había confundido. En el bar, había percibido algo intensamente masculino, casi primitivo, en aquel hombre. Y seguía ahí, esa misma masculinidad sensual y cautivadora, solo que enfundada en un traje que marcaba cada músculo, y con la

indiscutible autoridad de alguien acostumbrado a conseguir lo que quería. Y a desecharlo cuando ya no le servía de nada.

Eden recorrió con la mirada el tranquilo y lujoso salón. El hábitat natural de Harris, el exclusivo club privado, porque él no se parecía en nada a los otros hombres que habían estado en el bar.

Incluso sin nombre, Harris Carver no era alguien a quien se pudiera olvidar.

–Siéntese.

La orden le golpeó los sentidos. Eden se sentó en uno de los sillones de cuero, deseando haberse puesto pantalones en lugar de falda cuando los ojos de él rozaron sus piernas. Había dudado sobre qué ponerse, y se había decantado por una falda lápiz de rayas marineras porque, junto con los tacones, le hacía parecer una chica mayor.

A veces se sentía tan hastiada de la vida y de la gente, de todas las cosas estúpidas y mezquinas que hacían, que se sentía tan vieja como la Esfinge. Pero sabía que, para los clientes, parecía joven, y ellos equiparaban juventud con inexperiencia.

No ayudaba que, como todas las mujeres de su familia, fuera menuda. Desgraciada e injustamente, las personas altas eran percibidas como más autoritarias, razón por la cual había elegido sus tacones más altos para la reunión.

Además, le gustaba cómo le quedaba la falda. Tantas horas de gimnasio le habían desarrollado los cuádriceps y glúteos. Sería un tópico, pero, en su momento, tambaleándose y herida por la traición de Liam, un cuerpo de venganza le había parecido una especie de victoria.

Y todavía se lo parecía. Le recordaba que era una superviviente. Que el poder siempre estaba ahí para tomarlo y que ella era una mujer poderosa que había atravesado el fuego y había sobrevivido.

Levantó la mirada y se estremeció de nuevo cuando chocó con esos ojos de plata fundida.

Observó, con los nervios a flor de piel, cómo él abría el portátil y se desplazaba lentamente por la pantalla, tomándose su tiempo.

–Viene usted muy recomendada, señorita Fennell. –Harris se recostó en el sillón. Sus ojos recorrieron su rostro y se detuvieron

bruscamente, como había hecho en el bar.

Y en el dormitorio. Y en el espejo, mientras la sujetaba y la veía estremecerse hasta el clímax mientras él la penetraba con fuerza.

Eden sintió calor y hormigueo en la piel y apartó la mirada. ¿Lo recordaba él también? ¿Estaba ella también grabada en su cerebro? ¿Se había pasado las dos últimas semanas persiguiendo sombras por la ciudad para intentar calmar aquel dolor agudo e implacable que no se atenuaba ni desaparecía por sí solo? Era imposible saberlo solo con mirarlo. Su rostro era impenetrable.

–Gracias.

–No era un cumplido, señorita Fennell. –Él sonrió, pero la sonrisa se quedó en los labios. Sus ojos permanecían fríos y duros–. Solo una observación.

Ella levantó la barbilla. De modo que así iba a ser.

Sabía que seguía furioso porque su aparición le había quitado el control. Allí, con su personal, él era el gran jefe. Un CEO rico, poderoso, bien afeitado, que hablaba con contundencia, recostado como un emperador con su traje y sus zapatos hechos a mano. ¿Por qué iba a querer que supieran que había otra versión de él, de ojos hambrientos y que practicaba sexo anónimo con extraños?

Dolía más de lo normal pensar que ella era una más en una larga lista de mujeres anónimas con las que se habría liado. En su momento no le había parecido así. No conocían sus nombres, pero había algo, una facilidad y una fricción contradictorias y, sin embargo, auténticas. Se estremeció. Era un pensamiento peligroso. Pero él había sido tan tentador, y ella había estado tan tentada.

Por eso se había marchado sin despertarlo. No estaba segura de poder resistirse a él, y no podía estar tan necesitada ni siquiera por un momento. Ya no.

Pero era difícil, porque, como todas las mujeres Fennell, ansiaba seguridad y certeza. Y ese anhelo la había arrojado en brazos de Liam y, como la polilla ante la llama, se quemaban cada vez.

De repente, se le ocurrió una idea que podría explicar por qué Harris irradiaba tanto desprecio ante su presencia. Porque lo había dejado durmiendo en aquella habitación de hotel, cosa que, estaba bastante segura, no le ocurría muy a menudo, posiblemente nunca.

¡Que se fastidiara! Ella no estaba allí para ocuparse de su orgullo masculino.

–Para mí es un cumplido que me recomiende cualquiera de mis clientes. –Irguiéndose, ella se inclinó ligeramente hacia delante–. ¿Por qué no iba a serlo? Son clientes exigentes y triunfadores.

Sintió tensarse el ambiente de la sala cuando los dedos de él agarraron el brazo del sillón, y volvió a recordar cómo le habían agarrado la cadera. Aquel momento de necesidad y reconocimiento…

–Su lista de clientes es impresionante –admitió él a regañadientes, como si se arrepintiera de admitirlo. Consultó la pantalla–. Dada su edad.

Ella parpadeó. Menuda condescendencia. Estuvo tentada de decírselo, pero era demasiado ambiciosa para ser una bocazas con los clientes, incluso con uno tan irritante como Harris Carver. No podía permitirse ser etiquetada como alguien difícil o susceptible, porque bastarían uno o dos comentarios negativos para que, de repente, adquiriese mala fama y no le llegaran nuevos clientes.

Así eran los seres humanos. Todos opinaban sobre los demás, pero, si suficientes personas pensaban lo mismo, esas opiniones se convertían en reputación.

Como su familia. Con sus pantalones cortos, su sonrisa coqueta y sus camisetas de tirantes salpicadas de pintura, su madre no se parecía en nada a las madres de sus amigas, y su abuela no era una ancianita de mejillas sonrosadas sentada en una mecedora en el porche.

Pero solo porque dieran clases de dibujo, bebieran cerveza, se rieran y salieran con hombres inadecuados no significaba que merecieran ser insultadas.

Quizá por eso Eden había acabado en ese trabajo, más una forma de vida que un trabajo.

Levantando la vista, descubrió que Harris Carver la observaba. Le sostuvo la mirada y asintió.

–Casi tan impresionante como que la mayoría de mis clientes hayan acudido a mí por recomendación de otros, incluso de Europa. –Su pulso bajó cuando él fijó la mirada en sus ojos.

–He visto que empezó en Londres. Es una decisión extraña abandonar los Estados Unidos de Norteamérica tan pronto en su carrera. ¿Era la charca demasiado grande para hacerse notar aquí? ¿O los otros peces eran mucho más grandes y no podía competir por la comida?

«Que te den», pensó ella con gran resentimiento.

–En primer lugar, yo no abandoné, señor Carver, y, en segundo lugar, incluso en una economía capitalista, más grande no siempre significa mejor. A veces, «más grande» puede ser una desventaja. Puede fomentar la autocomplacencia que, a su vez, puede llevar a ahogar la imaginación. No es una crítica –añadió, sosteniéndole la mirada–. Solo una observación.

La jefe de prensa sonrió levemente y asintió. Pero Harris Carver ni sonrió ni asintió. Se limitó a mirarla fijamente y, durante largo rato, parecieron entablar una competición de miradas.

–No ha respondido a mi pregunta.

–Me mudé a Londres antes de montar el negocio –contestó Eden–. Mi padre es inglés y tengo doble nacionalidad. Quería un cambio y también conectar con esa parte de mi herencia.

Era más que eso. Todavía dolida por el rechazo de Liam y la pérdida de su bebé, había necesitado poner un océano entre ella y sus recuerdos. Mudarse a Inglaterra había sido una oportunidad para poner distancia literal entre ella y los errores del pasado, y el dolor que sentía cada vez que veía a una pareja con un bebé. Entre extraños, el dolor y la vergüenza eran invisibles.

–De ahí el acento.

Harris se había dado cuenta. Casi nadie lo notaba. Esa era la diferencia entre él y aquellos otros tipos del bar. No solo oía, también escuchaba. La fanfarronería y la bravuconería, el encanto, la buena apariencia y la suerte, todo eso te llevaba muy lejos. Pero mantener el éxito, conservar el poder, solo era posible si prestabas atención. Y él lo hacía.

Eden se tensó al recordar la suave caricia de sus dedos. Él había sabido instintivamente dónde tocarla para hacerla retorcerse porque había escuchado su cuerpo, su respiración y los ruidos que ella no había conseguido reprimir.

En resumen, era el más irresistible de todos los hombres. Una contradicción, un enigma, un rompecabezas, y a ella le encantaba resolver rompecabezas. Crucigramas. Sudokus. Enigmas.

Pero los hombres complicados tenían vidas complicadas. A veces incluso otra vida con esposa.

Por eso buscaba a los hombres en los bares. Por eso no se aprendía sus nombres. Por eso se iba antes de que ellos la abandonaran. Y por eso iba a seguir ignorando el extraño y resplandeciente hilo que la unía a Harris y que se tensaba cada vez que se encontraba con su brillante mirada gris.

–Tengo acento cuando llevo tiempo en Londres. Confundo palabras. A veces olvido dónde estoy.

Avery Williams sonrió. Harris Carver no. Ni siquiera movió un músculo.

–¿Le pasa a menudo? ¿Que olvide dónde está?

Eden recordó la confusión que había sentido al despertarse en la habitación del hotel. Pero eso no había sido un olvido. Había sido él. Él había hecho que todo aquello se le fuera de la cabeza. Su pasado. Sus miedos. Sus fracasos. Sus caricias la habían abierto, derramándose todo hasta que no quedó nada excepto su hambre y la necesidad de que él siguiera tocándola.

–No, A menudo, no. –El corazón de Eden dio un vuelco cuando sus miradas se encontraron.

Intentó fingir que el silencio que siguió a su respuesta no la afectaba, pero era difícil cuando él la observaba tan de cerca.

–Recapitulando –continuó él al fin–. Su agencia es pequeña, más pequeña que la de sus rivales, y tiene menos experiencia y alcance que ellos. Entonces, ¿qué es exactamente lo que aporta, señorita Fennell? Aparte de un episodio ocasional de amnesia y algunas palabras equivocadas.

Él quería que se fuera, que abandonara ese trabajo.

Pero ella no iría a ninguna parte. Esa era su vida. Y no iba a renunciar a ella por nadie.

–Imagino que consideró otros candidatos –contestó secamente–. Y se fijaría en los pesos pesados –recordó el combate de boxeo. Y él también, lo vio en sus ojos–. Yo no puedo competir con ellos.

–Entonces, ¿qué hace aquí? –preguntó Harris con su tono habitual, recordándole, como si hiciera falta, que era un hombre acostumbrado a que sus opiniones fueran consideradas un protocolo–. Si no tiene lo que hay que tener para competir con sus rivales, señorita Fennell, le sugiero que se marche ya, porque necesito a alguien excepcional que luche por mí.

Hubo un silencio breve y denso. Eden sintió que le ardía la cara. Contó hasta diez. Y diez más.

–No me ha entendido, señor Carver. Lo que intentaba explicarle es que no puedo competir con esas otras agencias. Pero, además, no pretendo hacerlo. No las critico. Son expertas, estratégicas, y están bien conectadas. –Señaló a Avery con la cabeza–. Pero creo que merece la pena señalar que su equipo las tuvo en cuenta y las descartó. Como debe ser, en mi opinión. Verá, esas agencias tienen una reputación. Y, a veces, contratar a la empresa adecuada puede acabar con los rumores…

–¿Pero en este caso no? –Harris la observó con su mirada color pizarra.

–No. A menos que busque un litigio difícil y de gran repercusión.

–No.

–Porque sabe que puede volverse en su contra. Avivar las llamas de algo que quiere extinguir.

La mirada de Harris se había agudizado, su fascinante boca fruncida. El recuerdo de aquel beso bajo la lluvia se deslizó de inmediato en la cabeza de Eden, que necesitó un esfuerzo concentrado para recuperar el hilo de sus pensamientos.

–Y porque, como ya he dicho, más grande no siempre es mejor. En este caso, podría ser perjudicial. Usted es muy rico y poderoso, pero esas agencias de renombre tienen un mayor reconocimiento de marca y eso le hará parecer pequeño y sumiso. Mala idea, sobre todo cuando se trata de defender la reputación de uno –añadió ella, cediendo una vez más a ese impulso infantil de provocarlo como él la había estado provocando a ella.

–Así que me está diciendo que se mostrará sumisa ante mí.

El tono áspero en su voz hizo que el cuerpo de ella se aflojara y el calor floreciera en su pelvis mientras recordaba cuando él la había

agarrado por las muñecas, manteniéndola cautiva.

–Digo que yo no seré la protagonista aquí. Y, cuando termine, usted tampoco lo será. Antes hablaba de tener a alguien que luche por usted. Yo seré ese alguien. Siempre seré ese alguien porque, a diferencia de esas otras agencias, solo trabajo con un cliente a la vez. Mi atención se centrará exclusivamente en usted, veinticuatro horas al día.

Eden inclinó la barbilla, imitando su postura.

–En cuanto a lo de luchar, no es más que una distracción. Ruido. Mi éxito se medirá por la ausencia de acontecimientos, de titulares y cotilleos. Así que, en respuesta a su pregunta, lo que le ofrezco es la elevación silenciosa de su reputación.

Por un momento él no reaccionó, pero luego asintió lentamente y a ella le dio un vuelco el corazón.

–Por curiosidad, ¿es importante el momento en que se produjo esta noticia?

–¿En qué sentido? –preguntó él, con los ojos grises clavados en su rostro.

–Alguien lo ha tomado como objetivo. Me pregunto por qué y por qué ahora. ¿Qué sacan con ello?

–No lo sé. –Harris se encogió de hombros–. ¿Tiene que haber una razón? Estoy en el ojo público. ¿No es solo algo que sucede a veces?

–Sí, lo es. Pero no sucede por nada y, lo que es más importante, nunca le había sucedido antes. –Ella le sostuvo la mirada y giró el portátil–. Acabo de teclear su nombre y no aparece nada controvertido o polémico, excepto esta historia. Es extraño, ¿no cree?

–Lo que creo es que es una de esas distracciones que dice que no necesito en mi vida.

–Entonces, ¿no sabe quién podría haber iniciado esos rumores? Por ejemplo, si es un empleado descontento, podemos…

–No es un empleado descontento. –Él le sostuvo la mirada.

–¿Un rival, entonces? Alguien que salga ganando en términos de negocios.

–Tiger McIntyre –intervino Avery Williams–. Es el principal competidor de HCI.

–¿Qué más da quién esté detrás? –Harris seguía mirándola fijamente.

–Nos dirá si se trata de un disparo de advertencia o de una bala perdida. –Eden carraspeó–. Mire, entiendo que es difícil para alguien en su posición, señor Carver, perder el control de su narrativa, pero, si voy a ayudarle, necesito que se comprometa, y eso significa ser honesto conmigo. No soy su confesor, pero si hay algo que pueda afectar a su personaje, algo pertinente que pueda salir a la luz, necesito que me lo diga ahora, porque luego será mucho más difícil hacerlo desaparecer.

–No hay nada que contar. –Él la fulminó con la mirada y, demasiado tarde, ella se dio cuenta de que pensaba que se refería a lo sucedido entre ellos en el hotel–. Gracias por venir, señorita Fennell.

Harris le tendió la mano y ella la estrechó a regañadientes. Esperó, con la impaciencia palpitando en todo su ser, mientras estrechaba la mano de Avery Williams.

–Sean, lleva a la señora Fennell aquí al lado y tramita su credencial de seguridad.

Sintiéndose extrañamente aplanada, ella lo miró alejarse. Recogiendo sus cosas, se dio la vuelta y siguió al ayudante personal fuera de la habitación. Le parecía un pequeño triunfo haberlo hecho sin mirar atrás ni una sola vez. Aunque, en realidad, tenía más que celebrar que eso. Había sobrevivido a la que probablemente sería la reunión más complicada de su carrera. El contrato estaba firmado. Había puesto los puntos sobre las íes.

¿Por qué, entonces, todo parecía tan inconcluso entre ella y su nuevo jefe?

Capítulo 4

Más que verla, Harris sintió marcharse a Eden Fennell. Quiso pellizcarse para cerciorarse de que no estaba en mitad de un sueño. Por culpa de ella. Desde el momento en que Eden había aparecido, había sentido como si todo lo sólido y real se convirtiera en arena.

Por supuesto, si se hubiera molestado en leer el informe que su personal había compilado, nada de eso estaría sucediendo. Habría visto su foto y habría inventado algún pretexto para su equipo. O quizá no. Él era el jefe y una de las ventajas era no tener que dar explicaciones ni disculparse.

En cualquier caso, habría vetado su contratación… ¿O no?

Su mente regresó al momento en que la había visto entrar con esa falda y los tacones. La última vez que la había visto estaba desnuda en la cama, con los brazos estirados por encima de la cabeza y el tentador cuerpo arqueándose mientras ofrecía sus pechos al calor de su boca, por lo que, comprensiblemente, había supuesto un *shock* volverla a ver. Todavía le resultaba casi imposible creer que la morena menuda y de ojos fríos, vestida con falda de rayas y altísimos tacones, fuera la misma mujer que se había desecho bajo su cuerpo dos semanas atrás.

Ella también se había sorprendido al verlo. No abiertamente, pero sus ojos se habían abierto mucho al reconocerlo.

Harris sabía exactamente cómo se había sentido ella al poner por fin un nombre a una cara. A un cuerpo. Porque él también lo sentía. Esa conmoción, y luego la lenta e insensible incredulidad.

A su lado, Avery guardaba el portátil en la mochila con evidente confusión. No podía culparla. Normalmente, en esas reuniones, él dejaba que su equipo hiciera las preguntas.

Su cuerpo se tensó al recordar la imagen de Eden en el espejo y tuvo que poner la mente en blanco rápidamente ante el recuerdo de su cuerpo estremeciéndose contra el suyo.

–Te estarás preguntando por qué he tomado la iniciativa. –Ignoró las protestas de Avery–. Quería saber si ella podía hacer el trabajo.

Lo cual era cierto, pero era aún más cierto que la conmoción de ver a Eden allí le había hecho sentirse engañado, expuesto, y había necesitado recuperar el mando.

–Tengo que irme. –Apretó los dientes–. Tengo una cena esta noche. Nos vemos mañana.

–Pero le ha gustado. La señorita Fennell. ¿Cree que encaja bien?

–Sí, lo creo. –Él asintió–. Has elegido bien.

Al salir a la calle vio su limusina esperándolo. Pero su mirada se desvió a la limusina que había detrás de la suya. La que llevaría a Eden Fennell de vuelta a donde quisiera ir.

Eden. El nombre le sentaba bien. En las pocas horas febriles que habían compartido, había habido en ella un desenfreno y una desinhibición que habían transformado aquella sencilla habitación de hotel en un paraíso de placer.

Sin embargo, su altivez de hacía un rato le había herido. Por eso había sido tan duro con ella. Quería volver a ver esa llamarada de pasión. Pero ella se había mantenido firme, contraatacando. Recordó el insolente comentario sobre que él era pequeño y servil.

Y, de repente, Eden trabajaba para él, y cuanto antes se diera cuenta de lo que eso significaba, mejor para ambos. Se dirigió a la segunda limusina, pero ella no estaba.

Cuando apareció por la puerta, él ya había recuperado el control, apoyado en el coche.

–Señorita Fennell…

–Señor Carver… –Ella titubeó.

Eden caminó hacia él, los ojos fijos en su rostro, y él sintió otra pequeña sacudida de admiración y una curiosidad que rara vez despertaban en él las mujeres, pues no solía haber nada por lo que sentir curiosidad. A las mujeres les gustaba porque era rico y apuesto, y a él le gustaban porque eran hermosas, estaban dispuestas y siempre disponibles.

De repente, recordó cuando despertó solo en aquella cama. Jamás ninguna mujer había contemplado siquiera la posibilidad de alejarse de él.

Salvo esa, que ni siquiera lo miraba, comprendió con un destello de irritación al verla girarse, frunciendo el ceño, hacia la limusina que se alejaba.

–¿Era…?

–¿Tu coche? Sí –asintió Harris–. Le dije al conductor que se fuera. No tiene sentido usar dos coches cuando el mío va en la misma dirección.

A Eden no le gustó aquello. Él sintió claramente su fastidio.

–Lo dudo. No vivo en el Upper East Side.

–Entonces tiene suerte de que no vaya al Upper East Side. –Él le sostuvo la mirada–. Será un pequeño desvío, y también bueno para el medio ambiente. Además, tenemos que hablar –añadió.

–Acaba de pasar una hora machacándome. Ya hemos hablado bastante, ¿no cree? –Ella hundió la mano en el bolso y sacó el teléfono–. Puede irse. Pediré un taxi.

–Suba al coche, señorita Fennell. Son diez minutos. ¿De qué tiene miedo?

–A pocas cosas. Arañas. Serpientes. Algún que otro escarabajo muy grande. –Ella lo miró con esa frialdad burlona suya–. Si el miedo es su forma de motivar a los empleados, señor Carver, me sorprende que esta sea su primera crisis de reputación.

–Y a mí me sorprende que necesites motivación para mantener una breve conversación con tu jefe. ¿Qué fue lo que dijiste de estar junto a mí? ¿Algo sobre dedicarme tu atención las veinticuatro horas del día? Y aquí estás, discutiendo por diez minutos de tu tiempo.

Ella lo fulminó con la mirada, porque él tenía razón, y ella lo odiaba. A Harris le encantaba poder leer sus reacciones con tanta facilidad, porque ella se había pasado la última hora controlando sus emociones, controlándolo a él.

–Quizá no me expliqué bien. Me encantaría mantener una larga conversación contigo. Pero solo si no implica que hagas acusaciones sobre por qué terminamos en la cama.

–Es exactamente por eso por lo que tenemos que hablar. –Harris maldijo en voz baja.

Ella le sostuvo la mirada mientras él daba un paso adelante. Pasaba del metro noventa y ella apenas le llegaba al hombro y, sin embargo, lo miraba desafiante.

–Bien –contestó ella con frialdad–. Puedes llevarme a Cooper Square. Tengo una habitación de hotel justo al lado.

¿La tenía? Entonces, ¿por qué habían alquilado otra aquella noche?

Pero Eden lo esquivó, abriendo la puerta del acompañante y cerrándola de un portazo antes de que el pensamiento terminara de formularse. Harris se echó a reír. Era eso o sacarla del coche y besarla hasta que aceptara hacer las cosas a su manera.

–¿Señor Carver?

Su chófer le devolvió a la realidad y, sintiéndose expuesto y molesto porque Eden le hiciera sentir así, se volvió y ordenó secamente:

–Cambio de planes, Owen. Primero llevaremos a la señorita Fennell a su hotel.

Abrió la otra puerta, se deslizó en el asiento junto a Eden y se volvió hacia ella.

–¿De eso se trata? –Eden habló primero–. ¿Crees que voy a contarles a todos lo que pasó?

Sus miradas chocaron. «No, ella no haría eso», pensó él sin titubear. En el club, ella se había mostrado elocuente, pero eso eran negocios. ¿Cuántas palabras había pronunciado en el bar? Treinta quizá. Menos aún en el hotel. Pero, para entonces, tenían otras cosas en la cabeza.

–Se me pasó por la cabeza –mintió Harris, encogiéndose de hombros.

–Pues quítatelo de la cabeza. –Ella desvió la mirada–. No me gusta hablar de mi vida privada con nadie, y no espero que tú lo hagas. –Se volvió hacia él y lo fulminó con sus ojos verdes, firmes, decididos, orgullosos–. Lo que pasó aquella noche queda entre nosotros.

«Nosotros». La palabra vibró dentro de Harris. Nunca había conseguido ser un «nosotros», con ninguna mujer. ¿Cómo podía ser algo que, básicamente, no entendía?

El sexo era otra cosa. No había nada que entender. Eran hormonas, feromonas, biología. Un impulso primario, un instinto. Y algunas relaciones también eran instintivas, o eso se suponía. Los padres estaban programados para amar a sus hijos, protegerlos, cuidarlos y mimarlos.

Los suyos no.

Sintió una opresión en el pecho, la vieja y familiar mezcla de furia, desconcierto y dolor. Sus padres no tenían nada en común, salvo una noche de cerveza barata y sexo descuidado. No habían querido casarse. No habían querido un hijo. Pero fue lo que consiguieron. Y tal vez, al principio, habían pensado, contra todo pronóstico, que podría funcionar. O tal vez solo habían dejado pasar el tiempo hasta poder divorciarse. En cualquier caso, solo habían sido pareja de nombre.

Pero lo extraño era que, aunque Eden y él solo habían pasado como mucho seis horas juntos, se habían sentido como un «nosotros». Y él se había sentido uno consigo mismo y con ella, como nunca se había sentido en ninguna otra relación que recordara.

Probablemente por eso su hija estaba siendo criada por otro hombre al otro lado del mundo.

–¿Por eso querías hablar conmigo? Porque hablaba en serio. Mi vida privada es privada.

–Pero entenderás que me preocupe. –Él asintió–. No necesito más mala publicidad.

–Como tu gestora de reputación, estoy totalmente de acuerdo… No sabía que me veías así.

–No me has entendido. –Harris sacudió la cabeza.

–¿Qué hay que entender? Te gusta elegir mujeres en los bares para tener sexo.

–Normalmente no lo hago –la franqueza de ella sorprendió a Harris lo suficiente como para decir la verdad–, y fuiste tú quien me eligió. –Sintió su cuerpo responder al repentino calor de sus ojos.

–Lo que tú digas. –Eden se encogió de hombros–. No importa cómo fue.

–¿Por eso te marchaste antes de que despertara? –Él habló sin pensar, su ausencia seguía siendo una herida abierta, pero cuando ella levantó la barbilla sintió una pequeña punzada de satisfacción al ver que la pregunta le había afectado.

–Tenía algo que hacer. –Su voz era feroz y él sintió la repentina necesidad de preguntarle qué podía ser más importante que la febril necesidad que sentían el uno por el otro.

–Y pagaste la habitación…

–¿Y eso qué importa?

«Buena pregunta», pensó él, aunque no podía responderla fácilmente y sentía la misma conmoción e indignación que antes, la misma irritación consigo mismo por preocuparse tanto por algo tan trivial. Pero cualquier respuesta que diera le haría parecer un neandertal.

Ella pensaría que era ego. Y lo era, pero no porque necesitara pagar la cuenta para sentirse un hombre. Era más profundo que eso. Harris había sentido esa misma sensación de estar de más. Tal vez, si lo hubieran hablado, le habría dejado pagar, aunque eso en sí mismo era alucinante. No recordaba la última vez que una mujer se había ofrecido a pagar por algo.

Pero no habían hablado. Había pagado y se había ido. Igual que Jessie. Solo que ella había comprado un billete de avión de vuelta a Australia.

A los dieciocho años, había sentido alivio. ¿Alivio? La verdad no debería doler tanto, pero él sintió una oleada ardiente de vergüenza y rabia subir por su interior.

–Ya les había dado los datos de mi tarjeta de crédito.

–Lo sé, pero quería pagar. –Eden frunció el ceño–. No veo cuál es tu problema. No eres tan anticuado como para no dejar que una mujer pague una habitación de hotel.

–No soy anticuado…

–Entonces, ¿a qué tanto jaleo? Sí, yo pagué, pero antes dejaste los datos de tu tarjeta de crédito, así que ¿qué más da?

–Estabas allí. Me viste hacerlo. Tuviste la oportunidad de decir cómo querías que fueran las cosas.

Algo que él no había tenido nunca, marginado toda su vida, primero por sus padres y luego por la madre de su hijo. Aunque Eden Fennell no necesitaba saber nada de eso.

–Habría preferido ser consultado.

–¿Me habrías contratado si lo hubiera hecho? ¿Si te hubieras dado cuenta de quién era yo?

Él la miró. Bajo la tenue luz del coche, parecía desafiante y joven. Y era joven, se recordó a sí mismo, según la fecha de nacimiento que aparecía en el currículum que Avery le había enviado. Tenía la misma edad que él cuando por fin tuvo dinero para empezar a buscar a Jasmine. Para entonces, se había sentido muy viejo, como si hubiera vivido cien vidas.

–Probablemente no –admitió–. Pero confío en Avery. Tiene buen instinto y te has presentado bien.

–Sé que debes pensar que estás arriesgándote conmigo, pero soy muy buena en mi trabajo.

–Espero que seas mejor que buena. De hecho, espero lo mejor, y con eso quiero decir que quiero que este proceso parezca natural, no escenificado de alguna manera.

–Tranquilo. –Ella asintió–. No te haré presidir el jurado en la feria del condado ni besar bebés…

Fue instantánea y estremecedoramente doloroso, como si ella le hubiera dado un puñetazo en la cara. Porque no importaba cuántos años hubieran pasado. De hecho, cada año que pasaba era más y más difícil no pensar en su hija, porque ella siempre estaba en su corazón.

–Haré un buen trabajo para ti. –Eden se inclinó hacia delante–. No soy de las que se rinden.

Había en su voz una certeza y una confianza que la hacían parecer mayor de veinticinco años.

–Te tomaré la palabra.

Harris recordó vívidamente aquella noche y, a pesar de que ella estaba sentada al otro lado de la limusina, se sintió oprimido por la necesidad de ella. Sus dedos se crisparon cuando ella lo miró, sus

pupilas enormes y oscuras manteniéndolo firme, y sintió que la tensión combativa entre ellos se disolvía como la sal en el agua tibia.

–Por mí bien. –Ella carraspeó y desvió la mirada.

Harris dio un golpecito en la mampara y la limusina se detuvo suavemente.

–Enviaré un coche a recogerte por la mañana. Prepárate para las ocho.

–No hace falta. Sé dónde está su despacho, señor Carver.

–Los *paparazzi* ya están husmeando por el edificio. –Él sacudió la cabeza.

–Sé cuidar de mí misma.

Harris la imaginó tratando de abrirse paso entre una jauría de fotógrafos y periodistas.

–Acepta el coche, Eden, es una orden. –Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta, y sintió que algo se aflojaba en su interior cuando sus miradas se cruzaron momentáneamente, los ojos verdes claros y sorprendidos. Entonces ella abrió la puerta y salió a la acera.

No miró atrás y al cabo de unos segundos fue engullida por la multitud. Harris se descubrió mirando fijamente por la ventanilla. Aún estaba asimilando su repentina reaparición. Era frustrante que, justo cuando más estabilidad necesitaba, se sintiera tan extraño para sí mismo.

El día siguiente sería diferente. Para entonces ya no estaría conmocionado y, si pasaban más tiempo juntos, Eden acabaría convirtiéndose en una mujer como cualquier otra y dejaría de sentirla como una fantasía que había cobrado vida.

Se apoyó en el reposacabezas y cerró los ojos. Todo estaba bajo control y confiaba plenamente en que en cuestión de semanas su reputación estaría, si no totalmente restablecida, en camino de estarlo. Por fin podría dejar atrás ese desastroso episodio.

Y aquella noche en el hotel no sería más que un sueño medio olvidado.

Una semana después, al salir del ascensor de la planta ejecutiva, pensó que sus expectativas habían sido correctas. Salvo en una cosa… Eden.

Había sido optimista al pensar que la proximidad y la familiaridad podrían embotar los sentidos, como sucedía con todas las mujeres que había conocido. Pero no con ella.

Era casi el final de la jornada laboral. Pronto la oficina quedaría vacía y en silencio. A él le gustaba así. Le gustaba ver la puesta de sol desde su despacho. Algunos días, la mayoría, se sentía más en casa allí que en su reluciente tríplex. Parecía sentirse atraído por ese lugar, llegaba antes, se quedaba hasta tarde, regresaba cuando realmente no había motivo para hacerlo.

La mentira bullía en su cabeza. Había una razón. Y la estaba contemplando.

Su paso vaciló infinitesimalmente cuando su mirada se clavó en Eden, y eso de por sí ya era molesto. Había muchas morenas trabajando en HCI, pero, cada vez que entraba en la oficina de planta abierta, sus ojos parecían localizarla como un misil térmico. Aunque no sabría por qué.

No vestía de forma llamativa. En ese momento llevaba una blusa de seda y un pantalón ajustado, y que su cerebro se hubiera dado cuenta lo dejó aturdido. No le interesaba lo más mínimo la ropa femenina, pero recordaba prácticamente cada conjunto que Eden había llevado esa semana, y todos parecían haber sido diseñados con el propósito de insinuar lo que parecían ocultar.

La vio inclinarse hacia Avery, el pelo suelto cubriéndole el rostro. Ambas mujeres hablaban concentradas, hasta que Aaron, el ayudante de Avery, se acercó y dijo algo. Eden asintió y sonrió, y Harris sintió que se le encogía el estómago. Tenía una sonrisa dulce, natural y cálida como el sol de primavera. Pero él no lo había experimentado de primera mano. Las sonrisas dirigidas a él eran educadas, calibradas para no revelar nada. Y, de repente, deseó que ella lo mirara y sonriera así.

Harris Carver había vuelto.

Eden no necesitaba verlo para saber que estaba allí. Su cuerpo se estremeció y, cuando lo sintió caminar hacia ella, los ruidos de la oficina parecieron desvanecerse y solo fue consciente de los latidos de su corazón. Y los ojos de él. Cuando ya no aguantó más, levantó la vista y se le hizo un nudo en la garganta. Él la taladraba con sus ojos grises.

–Señor Carver…

–Señorita Fennell.

Él inclinó ligeramente la cabeza y ella le dedicó una de sus sonrisas especialmente patentadas de «usted es el jefe» que llevaba cinco días dedicándole.

–Parece muy concentrada en algo. ¿Qué es?

«En ti», pensó ella, con los ojos recorriendo su cuerpo. Cada centímetro fascinante de él. Desde que la había dejado en Cooper Square, había pasado demasiadas horas investigándolo, y normalmente era la parte que más disfrutaba. No solo porque le daba los cimientos para construir una estrategia, había algo relajante en la investigación. Era como hacer un rompecabezas.

Salvo que, en el caso de Harris, faltaban piezas y otras no encajaban en ninguno de los huecos.

Su presencia en los medios hasta el reportaje del Chronicle había sido escasa. No había artículos de prensa, apenas entrevistas y la biografía proporcionada por su equipo de prensa podía describirse como minimalista. Pero ella tenía otras formas de investigar a sus clientes.

Escuchaba a escondidas a los empleados en la cafetería o mientras esperaban el ascensor, o incluso en los aseos. Y no había averiguado mucho que no supiera ya.

Existía una rivalidad entre Harris y Tiger McIntyre, lo que encajaba con lo que Avery había dicho en la primera reunión, pero casi siempre eran suposiciones sin acreditar.

Aun así, estudió cada detalle con avidez y, cuando por fin se iba a la cama y se quedaba dormida, Harris seguía a su lado, apretándola contra él, su calor inundándola. Eso sí que era relajante.

–Este es el sitio web. –Ella se aclaró la garganta–. Aún no está terminado, pero estoy muy contenta.

–Venga a mi despacho, echaré un vistazo. –Harris se llevó el portátil de Eden, que lo siguió a regañadientes, como él sabría que haría, porque necesitaba recuperar su portátil–. ¿Cuándo sale?

–La mañana de tu visita a la escuela. Dejaremos que ellos se encarguen de toda la publicidad, así que será bastante básica y poco profesional, pero eso es lo que queremos. Y no impedirá que los principales medios de comunicación se hagan eco de la historia.

–¿No es un poco arriesgado? ¿Y si no sale a la luz?

–Lo hará. Tu nombre lo garantiza, pero queremos que parezca auténtico. Tiene que parecer natural. Lo contrario sería hacerte salir de un pastel soltando puñados de dólares y prometiendo tu dinero para huérfanos y viudas.

–¿Y no me ves haciendo eso? –Harris posó su mirada en la de ella, pendiente de su respuesta, y entonces su boca se curvó y ella tuvo que sujetarse para no darse media vuelta y salir corriendo. Porque ese simulacro de sonrisa le hacía sentirse desdibujada, como si se derritiera…

–Curiosamente, no. –Eden sacudió la cabeza, en parte para responder a su pregunta, pero sobre todo para ocultar su reacción a esa mirada que todo lo veía.

Los ojos de él se desviaron hacia el pulso de su garganta y, desesperada, Eden se giró lentamente.

–Es un espacio precioso.

No era la primera vez que estaba en ese despacho, pero sin tiempo para apreciar el entorno. Era previsible e impresionantemente grande. Lo que era menos previsible eran las obras de arte.

Contempló los cuadros de la pared. Había estado en otros despachos de empresarios ricos y triunfadores. Había una decoración definida entre los superricos. Les gustaban las líneas limpias, los techos altos y las ventanas altas. Y les encantaba el arte.

Pero Harris tenía dibujos. Dibujos técnicos. Planos para el futuro de la humanidad.

–Es un motor. Para el vehículo lunar que diseñamos.

La voz de Harris la hizo saltar. Contuvo la respiración y preguntó:

–¿«Diseñamos»?

–Entiendo los componentes y la ingeniería, y probablemente podría diseñar algo básico, pero nada como eso. Ya no. Ni tengo por qué hacerlo. HCI tiene equipos de diseñadores que lo hacen por mí. Pero me gusta participar.

–Y que te consulten –concluyó ella en voz baja.

Él se había acercado mientras ella miraba los dibujos y, al levantar la vista, sintió su mirada atenta y la fuerza latente de su cuerpo envolviéndola.

–Eso también.

–¿Tienen algo de especial? –Ella se volvió a centrar en los dibujos–. ¿Por eso están en tu despacho?

–Algunos sí. Ese. –Él señaló el de la izquierda–. Fue el primero de nuestros diseños que llegó a la Estación Espacial Internacional. Es una correa de seguridad, una pieza básica para los astronautas. Esencial, en realidad, si no quieren unirse a toda la chatarra espacial que orbita la Tierra. Otros, simplemente me gustan porque hay algo agradable en la proporción de líneas rectas y curvas.

–Como este. –Eden señaló otro dibujo–. Probablemente sea mi favorito.

–El mío también –susurró él–. Es un taladro de pistola.

–Debe de ser muy grande en la vida real. –Ella miró la escala al pie del dibujo.

–Lo es. Tiene que serlo, por los guantes que llevan los astronautas. Pero está hecho de plástico vitrificado y aluminio, por lo que es ligero.

–¿Alguna vez ves el producto acabado?

–Sí. –Harris asintió–. Veo todos los prototipos antes de que entren en producción. Y nos envían imágenes de ellos *in situ.*

–¿Quieres decir desde la Luna? –Ella frunció el ceño.

–Aún no –él sacudió la cabeza–, pero en el futuro sí. Ahora mismo tenemos unos treinta productos en uso en la estación espacial.

Había una nota extraña en su voz, casi cautelosa, y ella quiso preguntarle por qué, pero antes recobró el sentido y se acercó a la ventana, su mirada se dirigió automáticamente hacia el cielo cada vez más oscuro.

–¿Es visible desde aquí? Me refiero a la estación espacial. ¿O hace falta un telescopio?

–No hace falta telescopio –contestó Harris–. Es un punto de luz blanca y brillante. Normalmente, es el objeto más brillante del cielo, aparte de la Luna. De hecho, se puede ver ahora.

–¿Cómo lo sabes?

–Recibo alertas sobre su ubicación, y sé que esta noche ha pasado sobre Nueva York. –Miró por la ventana–. Ahí está. No, más abajo. –Ella sintió que le tocaba el hombro con una mano, ligera pero enérgica, guiándola hacia delante, más cerca del cristal–. Sigue mi brazo.

La tela de su manga era suave contra su mejilla, y ella sentía la presión de sus bíceps, y su corazón se estremeció mientras respiraba su aroma. Olía tan bien…

–Ya lo veo. –Sonriendo triunfalmente, Eden se dio la vuelta, y él también sonrió.

Estaba a punto de girarse de nuevo, pero su mano había terminado de alguna manera presionada contra su pecho, y la mano de él estaba en su pelo. Y, de repente, fue muy difícil permanecer de pie. Su mirada gris estaba a unos centímetros de ella, atravesándola como acero caliente. Pero no era gris, porque sus ojos eran pupilas. Suaves y oscuras, y tan insondables como un agujero negro.

Sentía su atracción gravitatoria. O tal vez su olor. O el calor de su cuerpo.

Eden sentía que empezaba a ceder, y sin correa de seguridad. Si se acercaba un poco más…

–Disculpe, señor Carver…

Ambos se separaron de un salto cuando se encendió la luz, de un blanco cegador, y la intimidad se disolvió como un hechizo roto. Era uno de los guardias de seguridad.

–Lo siento, señor, no sabía que había alguien aquí.

–Está bien, Ted. Le estaba enseñando la Estación Espacial a la señorita Fennell, pero ya se iba.

–Sí, debería irme. –Eden parpadeó, como si despertara de un sueño.

–Que pase un buen fin de semana –la despidió Harris con un rastro de impaciencia en su voz.

–Lo mismo digo.

Él asintió mientras volvía a mirar al cielo nocturno, y ella se dirigió rápidamente hacia la puerta antes de hacer algo estúpido y lamentable. Algo peor que quedarse a solas en la oscuridad con ese hombre incomparablemente bello, cuya presencia encendía peligrosas chispas en ella.

Capítulo 5

Por favor, síganme, señor Carver, señorita Fennell.

–Lo siento –Eden sonrió al director Evans–, volver al instituto me trae recuerdos.

–Seguro que era una alumna ejemplar, señorita Fennell. –El director sonrió.

Desde el punto de vista académico, sí. Había estudiado mucho y tenido un alto rendimiento. Pero, fuera de clase, las cosas habían sido más difíciles. No se podía tener una madre como la suya sin ser etiquetada, así que había tenido bastantes altercados con las «chicas malas» de su colegio.

También con algunos chicos. Chicos que veían las largas piernas de su madre en pantalón corto y pensaban «de tal palo tal astilla». Pero Liam no se había interesado por su familia ni por sus antecedentes, y por eso le había atraído. Él le había dicho que solo estaban ellos dos, exactamente lo que ella había querido oír.

Por supuesto, solo lo había dicho para justificar mantener su propia vida en secreto, por la razón muy obvia de que estaba casado.

–Ya me gustaría. –Ella sacudió la cabeza–. ¿Y usted, señor Carver? ¿Cómo le fue en la escuela?

Probablemente había sido el mejor alumno, y el *quarterback* del equipo del colegio. Eden se lo imaginó en una camiseta de fútbol. Sin duda habría salido con una animadora, o con todas.

Harris se trastabilló durante una décima de segundo, aunque no lo suficiente como para llamar la atención del director Evans o de su equipo de seguridad, que les seguían el paso discretamente.

Pero ella sí lo notó. Cuando él estaba delante, era como si sus cinco sentidos estuvieran sintonizados con su forma de moverse y

los tonos cambiantes de su voz. Y cuando salía de la habitación, todo se volvía estático y tenía que esforzarse incluso en las tareas más sencillas.

–La verdad es que no tengo grandes recuerdos. –Sus ojos grises miraban fríos y claros mientras se encogía de hombros–. Una vez que algo ha pasado, prefiero mirar hacia delante.

Ella captó la advertencia, aunque él no tenía de qué preocuparse. Desde aquel momento en su despacho en que casi se habían besado, se había mostrado formal y cuidadosa con mantener las distancias. Habían tenido sexo una vez, pero ella no quería nada de él, como una relación o un futuro. Por suerte, porque ese día terminaba su contrato.

Debería estar contenta y orgullosa. No solo había salido todo como ella esperaba, había superado sus expectativas. En silencio y con sigilo, el nombre de Harris Carver había desaparecido de los titulares de las noticias y ya podía recuperar su narrativa.

–Estamos instalados en el gimnasio. –El director sonrió disculpándose–. Sé que el plan es para la escuela superior, pero ha habido tanta expectación con su presencia aquí que, espero que no le importe, señor Carver, hemos permitido que los cursos inferiores se unan a nosotros.

El gimnasio estaba abarrotado. Además de los alumnos, todo el personal parecía estar allí también. No todos los días podías acercarte a un multimillonario hecho a sí mismo. Y Harris Carver merecía la pena pagar la entrada. No solo daba la imagen, sino que tenía un aura de poder y confianza que hacía que la enorme sala pareciera encogerse.

También era un buen orador, a pesar de no haber recibido ningún tipo de entrenamiento, pero parecía entender instintivamente cómo conectar con el público, hablando con fluidez y sin guion.

–¿Cree que el señor Carver podría responder algunas preguntas? –El director Evans miró esperanzado a Eden cuando Harris terminó.

Ella lo había previsto, y había preparado a Harris. Las escuelas privadas recibían con frecuencia a oradores como Harris Carver, pero para una escuela pública, especialmente una situada en un barrio

desfavorecido como la Wendell Wells Academy High School, era una rara oportunidad.

–Quince minutos, y luego tendremos que irnos. –Ella consultó el reloj y asintió.

Las preguntas eran las típicas, al azar y sin filtro, de los adolescentes.

–¿Tiene un *jet* privado?

–¿Va a presentarse a las elecciones?

–¿Qué es lo más caro que ha comprado?

Sobre el techo del gimnasio, ella oyó el sonido delator de un helicóptero, de varios helicópteros. La noticia de la presencia de Harris se había filtrado, como ella sabía que ocurriría. Sintió que su mirada la buscaba… él también los había oído. Harris sonrió fugazmente y ella sintió que su aprobación la estremecía, y tuvo que contenerse para no sonreír como una tonta.

–Hola, señor Carver. Me llamo Alyssa y quería preguntarle si alguna vez quiso ser astronauta.

–No, nunca –contestó Harris lentamente tras una pausa.

–¿Por qué no? –Alyssa frunció el ceño. Parecía desconcertada y Eden entendía por qué. Incluso sin el traje espacial, con su esculpido cuerpo y su pelo rubio recortado, parecía la versión hollywoodiense de un astronauta–. Creo que ir al espacio sería genial.

–Es genial, Alyssa, pero los astronautas tienen que ser un tipo muy específico de persona. No estoy seguro de serlo. En cierto modo, espero no serlo.

Había tensión en sus hombros, como si soportara un peso invisible. Habían sido tres semanas muy largas. Eden miró el reloj. Los helicópteros habían llegado primero, después llegarían los equipos de noticias y no quería que aquello se convirtiera en un circo. Llamó la atención del director.

–Ha sido la última pregunta.

–Ha ido bien.

–Sí. –Harris asintió. La tensión de sus hombros parecía haberse disipado.

–Tres canales de noticias ya han cubierto la visita. Tengo los enlaces. Te los enviaré.

–Gracias. Y gracias también por todo tu trabajo. –Él vaciló–. Como sabes, tenía mis dudas sobre si era buena idea que trabajaras para mí…

–Trabajar contigo –lo interrumpió ella con firmeza, sin acalorarse.

–Me preocupaba que hubieras prometido demasiado –Harris enarcó una ceja–, pero has cumplido con creces.

–Ha sido más fácil trabajar contigo de lo esperado –contestó ella al cabo de un momento.

–Pareces sorprendida.

–Sorprendida no, pero puede ser difícil decirle la verdad al poderoso.

–No noté que te costara. –Él sonrió y ella agradeció estar sentada.

–Te dije que teníamos que ser sinceros el uno con el otro si queríamos que esto funcionara.

–Lo dijiste. Pero resulta un poco unilateral. No sé casi nada de ti.

Estaba siendo educado o pasando el tiempo. No significaba nada, pero ella sintió que el pánico la invadía, y no supo si quería ocultárselo o, lo que era más confuso, decirle la verdad.

–No hay mucho que saber. Crecí en San Antonio. Fui a la escuela, la universidad. Me gradué…

–Fuiste a Inglaterra –Harris terminó la frase–. Montaste el negocio. ¿Quieres que te lea la lista de tus clientes? Porque puedo. Está todo en tu currículum, que he leído.

–El tráiler es la mejor manera de vender una película –contestó ella con voz ligera y desenfadada–. No quiero aburrirte con la versión de cuatro horas.

Él esperó y Eden contuvo la respiración, deseando que siguiera adelante. «Maldito sea», se le daba bien esperar.

–Haremos un trato. –Ella suspiró teatralmente–. Tú me preguntas una cosa que no esté en mi currículum y yo te pregunto una cosa.

–Ya te he contado muchas cosas.

–Sí, cosas que puedo leer en Internet.

–Bien. –Harris hizo un gesto de resignación–. Cada uno tendrá una pregunta.

Cuando él posó su mirada gris en su rostro, como si la respuesta estuviera ahí, aunque aún no hubiera formulado la pregunta, Eden comprendió que debería haber puesto algunas condiciones.

–¿Qué te llevó a dedicarte a esto?

¿Eso quería saber? Esperaba algo más personal. Podría mentir o disimular las cosas que le hacían sentir expuesta y estúpida, pero Harris tenía una forma de mirarla que sacaba a la superficie recuerdos y sentimientos. Si se le escapaba uno, temía que el resto saliera a flote.

–No lo sé. Supongo que no me gusta la injusticia.

–¿Qué quieres decir?

–Son dos preguntas. –Al cabo de un rato, Eden se encogió de hombros–. No me gusta que la gente insulte y mienta y se salga con la suya. No es justo ni correcto. –Se le hizo un nudo en el estómago al recordar cómo habían hablado de su dulce e incorregible madre y de su abuela.

–¿Por qué no abogada? ¿Litigante?

–Ya son cuatro preguntas.

–Tres. –Su boca se curvó infinitesimalmente–. Solo quería saber qué tipo de abogada.

–Se tardan veinte años en labrarse una reputación, y cinco minutos en perderla. Pero se necesita algo entre medias para llevar un caso a los tribunales y semanas de «ella dijo» y «él dijo». Quiero hacer algo en tiempo real. Ahora me toca a mí.

Eden sintió mariposas en el estómago. Había tantas cosas que quería preguntarle. Algunas eran imposibles de preguntar en voz alta, como «¿qué pensaste de mí cuando me viste en aquel bar?» o «¿aún sueñas con aquella noche?». Y, de repente, recordó su momento de duda en el gimnasio.

–¿De verdad nunca quisiste ser astronauta?

Al principio él se limitó a mirarla fijamente, pero no necesitó contestar para que ella supiera que su estado de ánimo había cambiado. Sus rasgos se endurecieron como el granito, y la calidez de momentos antes desapareció de sus ojos.

–No acostumbro a mentir a los escolares –contestó lentamente.

–No te estaba acusando de mentir. Solo me sorprendió que no fuera un sueño para ti.

–¿Un sueño?

Su enfado la pilló desprevenida. Los ojos grises eran sombras que no explicaban su repentino arrebato de ira.

–¿Por qué crees que elegir un vacío oscuro y sin vida en lugar de todo lo que hay en la Tierra es un sueño para mí? No debería ser el sueño de nadie.

Eden recordó cómo habían contemplado juntos el cielo nocturno, con el cuerpo de él duro y caliente contra el de ella. Era estúpido, pero se sentía como si él le hubiera mentido.

–Pero recibes alertas de la Estación Espacial…

–La rastreo porque gran parte de nuestro equipo está ahí arriba.

Probablemente era cierto, pero ella supo instintivamente que no le estaba diciendo toda la verdad.

–Parecías saber mucho sobre el espacio y, normalmente, cuando la gente está tan informada es porque está interesada. Y yo…

–Y tú pensaste que me conoces. –Harris se inclinó bruscamente hacia delante–. Tres semanas. Ese es el tiempo que hemos pasado juntos. ¿Crees que es tiempo suficiente para conocer a alguien?

–Tres semanas y una noche –puntualizó ella con frialdad–. Y sí, creo que es suficiente. Tres semanas es más o menos lo que tengo para conocer a los clientes. No puedo hacer mi trabajo si no los conozco, porque no tengo una estrategia única, ni siquiera en un sector tan especializado como el tuyo. ¿O crees que utilizaría la misma estrategia para ti que para Tiger McIntyre?

No había elegido ese nombre por casualidad. Los dos hombres eran rivales, y eran como el día y la noche. Y había rumores de que la rivalidad venía de lejos. Le pareció una elección lógica, y por eso le sorprendió la expresión de estupefacción de Harris. Parecía casi conmocionado.

–¿Qué tiene que ver Tiger McIntyre con todo esto?

–Es tu mayor competidor.

–No se parece en nada a mí.

–No he dicho eso…

–Entonces tal vez deberías aclarar lo que quieres decir.

–Oh, no creo que quiera que haga eso, señor Carver –contestó ella con rigidez, tras un momento tenso y eléctrico–. Puede que no le guste lo que diga.

–Entonces es una suerte que nuestro tiempo juntos haya llegado a su fin y que nuestras vidas solo hayan estado conectadas brevemente y por necesidad. –Él consultó el reloj–. Tengo una conferencia a las cuatro, pero podemos vernos después para la evaluación final.

La reunión fue breve y sin incidentes. Avery elogió su enfoque y su perspicacia. Harris Carver le agradeció cortésmente su trabajo y ella le agradeció, igual de cortésmente, la oportunidad de demostrar su valía. Se estrecharon la mano y ella se marchó.

Nunca esperaba flores. La mayoría de sus clientes se sentían agradecidos y aliviados a partes iguales cuando empezaba a trabajar con ellos, pero, al final, el alivio solía pesar más que la gratitud porque habían recuperado el control de sus vidas.

–Tiene mucho trabajo hoy, pero está muy contento contigo –aseguró Avery mientras volvían al despacho que Eden había utilizado en HCI–. Voy a refrescarme y luego bajamos al salón.

–¿Para qué? –Eden parpadeó.

–Hay una fiesta. No para ti –añadió Avery, riendo al ver la expresión horrorizada de Eden–. Cathy se va de baja por maternidad el lunes, así que vamos a darle una pequeña despedida.

–Es muy amable por tu parte invitarme, Avery, pero yo no…

–Tonterías. Has sido una más del equipo y, además, Cathy pidió expresamente que vinieras. Sé que no querrías decepcionar a una mujer embarazada…

Habiendo crecido en una casa llena de mujeres, Eden siempre se había sentido parte de una hermandad, pero después de perder a su bebé le había resultado difícil celebrar los embarazos de otras mujeres. A veces tenía que apartar físicamente la mirada de sus barrigas. Pero Cathy le caía muy bien, y no estaría contenta consigo misma si no asistiera.

–Bien, me has convencido.

Todavía se estaba acostumbrando a formar parte de un equipo. En la escuela había sido un poco solitaria. La universidad fue mejor en cuanto a sentir que la gente la aceptaba por ella misma, pero para entonces ya era muy reservada. El engaño y el abandono de Liam la habían vuelto más cautelosa todavía. Pero había disfrutado trabajando en HCI.

–Hay hasta camareros. –La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegaron.

–HCI no es una empresa familiar, pero intentamos cuidar a nuestro personal –observó Avery con orgullo–. El señor Carver siempre ha sido muy claro al respecto. Y también generoso.

–¿Un poco de champán? –ofreció un camarero–. ¿O mejor una bebida de flor de saúco sin alcohol?

–En realidad, prefiero una taza de té. Con leche, sin azúcar. –Ella sonrió tímidamente a Avery–. Lo sé, pero siempre lo echo de menos cuando vuelvo a Estados Unidos de Norteamérica.

–Si es así como quieres celebrarlo. –Avery sonrió–. Y deberías celebrarlo, Eden. Has hecho un trabajo impresionante.

Eden sonrió. La jefa de prensa le gustaba. Avery pertenecía a otra generación, pero había defendido a una mujer más joven, lo cual era inspirador.

–Diría que me encantaría volver a trabajar para ti, pero eso es lo último que querríamos.

–Encajas bien en HCI. –Avery sacudió la cabeza–. Si tuviera un puesto en plantilla, te lo ofrecería.

–Gracias, me encantaría trabajar aquí. Tenéis un gran equipo.

–Harris es un gran jefe.

La sonrisa de Eden se congeló. Todos en HCI pensaban lo mismo. Claro que la esposa y los amigos de Liam también pensaban que era uno de los buenos. Tal vez por eso se sentía tan desanimada y la fiesta parecía menos una celebración y más una señal del fin de las cosas.

Después de tres semanas de trabajar incansablemente, había llegado el final. No era de extrañar que se sintiera destrozada. Sus ojos se desviaron hacia la puerta cuando vislumbró unos hombros anchos, pero no era Harris. Sabía que no iba a aparecer. Aquella

extraña conversación en su despacho, con Avery de pie como una carabina, iba a ser el final de aquel extraño y brillante episodio de su vida. Y era lo mejor.

–¿Comemos algo? –Avery la miraba con curiosidad.

–Creo que me saltaré la comida. –Eden sacudió la cabeza–. Mi vuelo sale en un par de horas.

–¿A Londres?

–A San Antonio. Voy a ver a mi familia. Es una sorpresa.

Era otra de las consecuencias de pensar en Liam. Le había recordado el secretismo que rodeaba su relación, las mentiras que le había contado a su familia y la culpa por no haber confiado en ellos. Quería enmendar su error cuando por fin la conmoción y el dolor ya no eran visibles en su rostro. Tomó un sorbo de té y frunció el ceño. Sabía raro.

La leche en casa tampoco sabía bien. Quizá fuera el tiempo. Había leído en alguna parte que las tormentas eléctricas podían cuajar la leche, y había habido muchas en las últimas semanas.

–Estás increíble –saludó a Cathy mientras se abrazaban. Cathy tenía el mismo aspecto que una de esas mujeres que posaban para tiendas de ropa premamá en Internet. Tenía el pelo brillante y la piel poseía una cualidad luminosa, como iluminada desde el interior.

–Tendrías que haberme visto hace siete meses. –Cathy sonrió–. Llena de granos y con el pelo grasiento. Cansada, y todo me sabía raro. Tiraba la comida porque creía que estaba estropeada.

Eden se quedó mirando a Cathy, con un pánico frío y húmedo recorriéndole la espalda.

–¿Me disculpas un momento? –Eden sonrió–. Voy al servicio.

Consiguió mantener la sonrisa hasta que cerró la puerta. Sacó el móvil y consultó el registro de su menstruación. Todo había sido una locura desde que llegara a Nueva York y había perdido la noción del tiempo. Incluso con su ciclo más largo, llevaba dos semanas de retraso. Dos semanas.

«Que no cunda el pánico», se dijo rechazando el recuerdo de Harris. Su mano agarrándola por el hombro. Su aliento fuerte y caliente en el cuello. El rubor oscuro en sus pómulos y esa tormenta de pasión en sus ojos… Pero habían utilizado preservativo.

Intentando tranquilizar su respiración, se apoyó en la pared, deseando que los ladrillos fríos calmaran su cerebro febril lo suficiente como para pensar con claridad. Desde que abriera la oficina en Nueva York, su ciclo había sido irregular.

Se pasó la lengua por los dientes, tratando de eliminar el sabor metálico. No quiso recordar la última vez que lo había probado, intentando contener el pánico.

«Pues hazte la prueba». No había nada malo en comprobarlo. De hecho, la tranquilizaría, pensó mientras volvía a la fiesta y recogía su bolso.

–No te irás, ¿verdad? –preguntó Cathy.

–Lo siento, pero sí. –Le mostró el teléfono–. Una emergencia familiar –mintió–. Pero estaré atenta a cualquier anuncio en tus redes sociales…

De repente se quedó helada. Harris Carver estaba hablando con Avery, pero mirándola a ella. Su corazón empezó a latir como un martillo neumático. Antes había escudriñado la habitación, buscándolo, tan estúpida como para querer volver a verlo por última vez, pero en ese momento la idea de hablar con él le hacía sentirse acalorada y acorralada.

–¿Estás bien? –Cathy la miraba ansiosa–. Estás muy pálida. ¿Quieres sentarte?

–Estoy bien –mintió ella–. Ha sido un día muy largo. Tengo que irme, pero cuídate…

Agarró su bolso, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

–Eden…

Salió corriendo de la habitación y entró en el ascensor. Mientras las puertas se cerraban, vislumbró la mirada gris, entrecerrada e interrogante.

De camino a su apartamento se detuvo en una farmacia. Veinte minutos y una prueba más tarde, estaba de pie en el cuarto de baño, mirando aturdida el palito que había en el borde de la bañera. O, más concretamente, la palabra escrita:

Embarazada

Tenía que estar mal. El test debía ser defectuoso. Afortunadamente, tenía otras dos pruebas más en la cocina. Pero no tenía sentido, la prueba era correcta. Lo sabía porque recordaba cómo se había sentido la vez anterior. Siempre agotada, convencida de tener gripe.

Liam y ella habían ido a Chicago a ver a un grupo musical que les encantaba, y había nevado. Liam estuvo a punto de resbalar en la calle y ella lo agarró del brazo. Él se apartó y ella pensó que era porque estaba avergonzado. Mucho más tarde, mientras se torturaba a sí misma rememorando su relación, había comprendido que él no quería que ella pensara que la necesitaba. Y deseó poder volver atrás y dejarle caer. O, mejor aún, empujarlo delante de una quitanieves.

Había roto con ella por mensaje de texto, e incluso entonces había mentido:

«He conocido a alguien».

Como si acabara de suceder, cuando, en realidad, llevaba dos años casado. ¿Acaso era de extrañar entonces que, cuando empezaron los calambres, ella pensara que estaba entrando en *shock*?

En el hospital le habían dicho que estaba embarazada, que estaba perdiendo al bebé. Así que nunca se había hecho esa prueba, ni visto el futuro emerger en un pequeño rectángulo blanco.

Con Liam habían hablado de comprar una casa juntos. A veces él la llamaba «esposa». Habrían celebrado, llorado, hablado de nombres. Pero todo había sido mentira. Las conversaciones sobre el futuro, las bromas sobre el matrimonio, mentiras para mantenerla enganchada y evitar que se diera cuenta de que él no estaba tan implicado en su relación como ella. En realidad, siempre había estado sola. Y seguía estándolo.

Le aterrorizaba la idea de ser madre soltera, de que le arrebataran a su bebé por no estar preparada, o no ser feliz, o suficientemente buena. Ella sabía que no era suficientemente buena. No había más que ver cómo se había quedado embarazada de nuevo.

Peor aún, había hecho lo que siempre se había esforzado en evitar. Se había quedado embarazada de un hombre que no la

amaba. La maldición hecha realidad. Otra Fennell criando sola a un bebé.

Su cuerpo se tensó cuando sonó el timbre del apartamento. Sería un repartidor con otra *pizza* para su vecino. Pero volvió a sonar, insistente. Quienquiera que fuera no se daba por vencido.

–Sea lo que sea, no lo he pedido –espetó abriendo la puerta de un tirón–. ¿Podrías dejar de…?

La voz murió en su garganta. No era un repartidor de pizza. Era Harris Carver.

Lo miró fijamente, con las piernas repentinamente flojas. Sentía los pulmones aplastados. Él no lo sabía. Claro que no. Pero ¿qué hacía allí? Se quedó mirándolo en silencio.

–Te dejaste la chaqueta en la oficina. –Harris se la tendió.

–Gracias. No hacía falta que la trajeras.

–Quería ver si estabas bien. Te fuiste apresuradamente, y Cathy estaba preocupada. Dijo que habías tenido algún tipo de emergencia familiar.

–Todo va bien. –Eden sonrió tensa, sintiéndose de cristal transparente, abierta a él, como en aquella habitación de hotel. Solo que aquello había sido sexo, y eso… ¿Qué era eso?

Se agarró a la puerta como si estuviera en el borde de un acantilado.

–Estoy bien. Nada que no pueda manejar.

–Pues no parece que lo estés manejando. –Antes de que pudiera detenerlo, él la agarró del codo y la guio suavemente al interior del apartamento–. Siéntate –le ordenó.

–¿Qué haces? –Ella se sentó, pero se levantó de un salto cuando él se giró y echó a andar.

–Te traigo un vaso de agua.

–No lo necesito… –Eden intentó agarrarlo del brazo, pero era demasiado tarde. Él ya estaba en la cocina. Aún era posible que no viera los test de embarazo…

Sintió su repentina quietud. Sin necesidad de abrir los ojos, supo que él los había visto, así que los abrió, porque elegir no ver algo no impedía que sucediera.

Harris tenía uno de los test en la mano. Su bello rostro parecía una máscara de bronce, y ella sintió una opresión en las costillas cuando su mirada gris se clavó en la suya. Eden palideció.

–No puedes estar embarazada. Usamos preservativo. –Durante un breve y sofocante silencio, él desvió la mirada hacia las otras cajas del mostrador y de nuevo a ella–. ¿Estás embarazada? –preguntó con voz ronca–. ¿Te has hecho la prueba?

–Solo una vez, y podría estar mal… –Su voz se apagó.

–¿De cuánto estás?

–No lo sé. Seis, quizá siete semanas.

–Entonces –Harris echó cuentas–, ¿podría ser mío?

A Eden le invadió una furia tan feroz como injusta, pero no le apetecía ser justa. Le apetecía llorar y esconderse de ese hombre que ya había desmontado su aplomo y firmeza, y que ladraba preguntas como un inquisidor.

–Si te refieres a mi bebé, no es asunto tuyo.

Lo cual era mentira. Porque sí era asunto suyo. Pero él le había dicho que ella no tenía nada que ver en su vida. Esa no era una razón para ocultarle la verdad, y se lo habría contado en algún momento. Pero apenas lo había asimilado ella misma y él ya quería tomar el mando como si siguiera siendo su jefe. Pero ese bebé no era una propuesta que necesitara su firma.

–No es asunto mío –repitió él lentamente, y la tensión en la habitación aumentó varios grados.

–¿Qué? –Eden lo miró con frialdad–. Practicamos sexo una vez. No éramos exclusivos –mintió.

–¿Te acostabas con otros? –Él la miró estupefacto.

–Oh, y tú no. –Solo pensarlo le hizo sentirse agraviada. Una locura incluso en la intimidad de su propia cabeza.

–No juzgues a la gente por tus propios estándares, Eden.

–Tal vez, no juzgues y punto, Harris –respondió ella–. ¿Qué derecho tienes a…?

–Los padres también tienen derechos.

¿Era eso cierto? El pánico se apoderó de ella. Su voz era dura, amenazadora, con esa autoridad que ejercía con naturalidad en la oficina, pero que parecía tan fuera de lugar en ese apartamento.

–Estar ahí en el momento de la concepción no te convierte en padre, salvo en el sentido biológico.

–Entonces, soy el padre. –Harris se inclinó hacia ella y apoyó las manos en la pared a ambos lados.

–Yo no he dicho eso. –Su presencia provocaba un mal funcionamiento del cerebro de Eden. Quería pedirle que se fuera, para estar sola y poder procesarlo. Pero tampoco quería que se fuera. Había algo sólido y tranquilizador en su presencia, y después de la última vez…

Había estado sola, asustada… Y seguía asustada, pero al menos no estaba sola. Tampoco preparada para lidiar con la reacción de él cuando ni siquiera había aceptado la suya. Y no era justo que él lo convirtiera en algo sobre sí mismo. Le estaba pasando a ella.

–Tienes que irte –le pidió–. Tengo un vuelo para San Antonio esta noche, necesito hacer las maletas.

–No me voy a ninguna parte, y tú tampoco. –Él la miraba como si le hubieran salido cuernos.

–Ya no eres mi jefe. No puedes decirme lo que tengo que hacer.

–No te perderé de vista hasta que sepa si ese bebé es mío o no. –El rostro de Harris era duro.

–¿Qué vas a hacer? ¿Ponerme bajo arresto domiciliario?

–No es mala idea.

–Era broma. –Eden sintió una oleada de pánico. ¿Podía hacerlo? Era demasiado ridículo para contemplarlo, pero había una tensión en el cuerpo de él que le hizo pensar que, desde su punto de vista, era una posibilidad cierta–. No puedes mantenerme encerrada aquí siete u ocho meses.

–No será necesario. Se puede hacer una prueba de paternidad a las siete semanas.

Eden sintió que se le encogía el estómago. Una prueba de paternidad. Todo iba demasiado rápido.

–Pero si acabo de decirte que estoy embarazada de solo seis semanas.

–Exacto. –Sus miradas se encontraron, y él apartó las manos de la pared–. Lo que significa que necesito que me acompañes y te quedes conmigo al menos una semana.

–No… –Ella sacudió la cabeza, pero Harris seguramente ni lo vio o, lo más probable, no le importó–. No voy a quedarme contigo. No lo necesito. Tengo un apartamento. Estás en él.

–No hablo de quedarnos en Nueva York. Aquí no estarás tranquila, y necesitas relajarte y descansar. –Harris la observó–. Llevas semanas trabajando a tope y no te molestes en decirme lo contrario. Sé cuántas horas has trabajado, y eso le pasaría factura a cualquiera. Pero estás embarazada. Tienes que cuidarte mucho, y también al bebé.

–Puedo cuidar de mí misma y de mi bebé…

–Pero sería mucho más fácil si no tuvieras que pensar en nada más –la interrumpió él–. Tengo una villa en Saint Barth. Tiene una plantilla completa, así que no tendrás que mover un dedo. Puedes tumbarte en la piscina una semana y luego hacemos la prueba.

No necesitaban hacerla, pero, dado que ella había insinuado que se había acostado con otros, era poco probable que él se lo creyera. En cuanto a descansar y relajarse, con Harris viviendo bajo el mismo techo, parecía poco probable.

Eden se llevó las manos a los costados. Él miraba impaciente su reloj y ella intentó desesperadamente pensar en una alternativa a su descabellada sugerencia.

No era un hombre dispuesto a rendirse ni a dejarse persuadir. Tendría que luchar contra él, pero no podía hacerlo como hacía él, a todo o nada. Y estaba tan cansada y agotada…

¿Cómo podía ser eso bueno para el bebé? Intentó respirar hondo. No solo estaba cansada, también muerta de miedo. No podía perder también ese bebé. Harris tenía razón. Necesitaba descansar.

Y no podía regresar a San Antonio. Allí habría demasiadas preguntas que responder.

Una semana al sol le daría el espacio que necesitaba y él quizás se apartaría un poco.

–Bien –contestó ella con tirantez–. Iré a Saint Barth contigo. Una semana. Ahora, si no te importa, tengo que ducharme y hacer las maletas, así que ¿por qué no te sientas en tu bonita limusina con aire acondicionado y yo bajo cuando esté lista?

Sin esperar respuesta, Eden se dio la vuelta y entró en su dormitorio, cerrando la puerta.

Capítulo 6

Eden sabía que Harris era rico, pero un *jet* privado lo gritaba a los cuatro vientos, y cada vez se sentía menos segura de estar haciendo lo correcto. Aunque ya era tarde para preocuparse por eso, dado que se encontraba a medio camino entre Nueva York y la isla caribeña de San Bartolomé.

No estaba segura del todo de por qué había aceptado acompañarlo, aparte de que simplemente no tenía fuerzas para luchar, y no había ninguna alternativa obvia. Intentar que se marchara habría sido como intentar mover una montaña. Se había cansado de todo, no solo de la sinrazón de sus exigencias, sino también de la conmoción de descubrir que estaba embarazada.

El recuerdo de las agónicas horas en el hospital cuando perdió al bebé le hizo clavar los dedos en el reposabrazos de cuero. En aquella ocasión había estado sola. Pero en ese momento, no. Y quizá esa era la verdadera razón por la que había aceptado ir con Harris.

Lo observó trabajar con su portátil. Después de que ella aceptara a regañadientes su plan, él no había salido de su apartamento como le había pedido. Se había quedado fuera del dormitorio como un perro guardián mientras ella hacía el equipaje. Luego la había escoltado hasta su coche, que los había llevado a toda velocidad por la ciudad hasta un aeródromo privado y su avión.

Quizá si cerraba los ojos un ratito, todo dejaría de girar y podría planear su siguiente movimiento.

–Hay una cama. –Harris estaba de pie junto a ella, con su mirada gris críticamente fija en su rostro, como si fuera una pieza de arte moderno que quisiera entender.

–Espero que no estés sugiriendo que la usemos. –Era una provocación sin sentido, pero Eden quería hacerle perder el equilibrio. Solo que era ella la que se sintió desequilibrada porque ya solo pensaba en la última vez que habían compartido una cama.

–Pareces agotada. En lugar de intentar dormir sentada, tal vez deberías tumbarte.

–¿Y dónde vas a dormir tú? –Ella lo miró recelosa.

–Tengo que firmar unos proyectos, trabajaré un par de horas y luego dormiré en mi asiento. Acuéstate, Eden. –A su señal, una azafata apareció para acompañarla.

El dormitorio era silencioso y la cama muy cómoda. Ahogando un bostezo, Eden se tumbó.

–¿Podría dejarlas abiertas, por favor? –pidió cuando la azafata empezó a correr las cortinas.

–Por supuesto, señorita Fennell. ¿Necesita algo más?

–No, gracias.

El cielo nocturno era diferente ahí arriba. Parecía haber menos estrellas, pero ella no buscaba estrellas. Buscaba un único y brillante puntito de luz blanca, y seguía buscándolo cuando sus ojos se cerraron cinco minutos después.

Inclinando ligeramente la cabeza hacia la izquierda, Harris dejó que su mirada siguiera un yate que trazaba una nítida línea blanca en el brillante mar azul. Si el ángulo también le permitía ver la cara de Eden, era pura coincidencia, se dijo con firmeza.

Estaban desayunando tarde en la terraza de la villa. Habían llegado de noche y bajo una lluvia torrencial que era la cola de un huracán que se dirigía hacia el continente.

Pero esa mañana el sol era de un brillante amarillo limón y el cielo azul estaba despejado. La previsión era de un tiempo inusualmente plácido, así que podría cumplir su promesa a Eden de que descansaría y se relajaría bajo el sol del Caribe.

Aunque, en realidad, el tiempo le daba igual. Solo quería tenerla allí, como rehén. En cuanto supiera si estaba embarazada de él, podría marcharse. Una semana en el Caribe no era exactamente un

castigo. La mayoría de las mujeres estarían encantadas. Pero Eden no.

La contempló mirar el océano. Estaba enfadada con él. Pero ¿qué derecho tenía a estarlo?

No era ella la que había estado a oscuras, porque ¿cuándo pensaba contarle que estaba embarazada? Había querido preguntárselo varias veces y lo haría si el bebé era suyo.

¿Y si lo era? También se lo había preguntado muchas veces, y la respuesta iba cambiando, salvo en un aspecto. Él sería una parte importante de la vida de su hijo o hija. Pero se estaba adelantando a los acontecimientos. No tenía sentido asustar a Eden anticipándole lo que tenía en mente.

Lo último que querría era que desapareciera como Jessie, aunque entendía perfectamente por qué se había ido. No presentarse a la ecografía le había enviado un mensaje claro, o eso debió parecerle, aunque él no había tenido nada claro. Harris se había sentido solo y avergonzado y en cierto modo responsable por no tener a nadie a quien acudir. ¿Cómo podía ser padre si había sido el hijo que nadie quería? Apartó el plato a un lado.

–¿Has dormido bien?

–Sí, muy cómoda. –Ella lo miró, el verde de sus iris, vivo a la luz del sol–. Es una casa muy bonita.

–Eso me parece. –No tenía motivos para sentirse tan complacido por su aprobación un tanto reticente–. Le pedí al anterior propietario que me avisara si la vendía, y me llamó hace dos años.

–¿Por qué esta casa en particular? –Ella había olvidado momentáneamente su enfado y él quería que siguiera hablando, que siguiera mirándolo como si estuviera interesada en su respuesta.

Volvió a preguntarse qué pasaría si él era el padre del bebé. Esa vez sería diferente, porque él era diferente. Cuando Jessie le había dicho que estaba embarazada, su suposición de que se casaría con ella lo había asfixiado. Él la había deseado, pero no amado, ni ella a él. Igual que sus padres no se habían amado. El reflejo de la infelicidad de sus padres había sido muy grande. Tanto que no había sido capaz de ver más allá.

Para cuando se dio cuenta de lo que había hecho, ella ya no estaba y su hija crecía con otro hombre como padre. Sintió un nudo en el estómago. Había perdido a una hija. No iba a perder a otra.

–La ubicación, en realidad. San Bartolomé es una isla preciosa. –Y no era la única razón. En el Caribe, el cielo tenía la atmósfera muy fina, lo que significaba que las estrellas y los planetas eran más brillantes y claros. Pero explicar por qué era importante para él revelaría más de lo que estaba dispuesto a compartir con nadie, sobre todo con esa mujer–. Y la villa está justo en la punta de la isla, así que nadie que no se aloje en ella puede acceder a la playa. Solo tú y yo, y el personal. Te haré una visita guiada. Así sabrás dónde está todo.

–Eres muy amable, pero estoy segura de que podré orientarme sola. Y quizás lo haga ahora.

Harris esperó hasta casi perderla de vista. La alcanzó con facilidad, sus largas piernas compensando la distancia de las zancadas más cortas de ella, que se volvió molesta.

–Solo voy a la playa. A menos que haya algún portal que pueda atravesar para llegar a Londres, no tienes por qué seguirme.

–Te traía esto. –Él le tendió un sombrero y un bote de protector solar–. Hace demasiado calor para que vayas con la cabeza descubierta y necesitas protegerte la piel. O puedo hacerlo yo por ti –añadió mientras ella lo miraba en silencio.

–Puedo hacerlo yo misma. –Eden le arrebató el sombrero y la crema solar de las manos.

–Lástima –murmuró Harris–. ¿Por qué mentiste sobre adónde ibas?

–No he mentido. Voy a la playa. –Ella frunció el ceño.

–No me refiero a ahora. Cuando llegué al apartamento. Creía que habías dicho que te ibas a San Antonio, así que, ¿por qué me acabas de decir que te irías a Londres si pudieras?

–Londres está más lejos de ti –contestó Eden tras un momento de titubeo.

–Va a ser una semana muy larga si sigues resistiéndote. –Él suspiró.

–No me resistí. Cedí –contestó ella–. Pero, si tanto te molesta que esté aquí, me iré encantada.

Harris encajó la mandíbula. «De eso nada», pensó. No hasta estar seguro, y entonces…

Maldijo en silencio cuando sus pensamientos volvieron a la pregunta sin respuesta. Haciendo caso omiso de ella y su último comentario, se acercó un paso más, manteniéndola cautiva con la mirada, deseando poder hacer lo mismo con las manos. Deseando poder tocarla, abrazarla…

–No nades en el mar si estás sola. Si quieres nadar, usa la piscina –susurró–. Ni se te ocurra trepar por las rocas. Ponte el sombrero y el protector solar.

–¿No te parecen demasiadas normas para una mujer de veinticinco años?

–Solo son cuatro. Por ahora. –Harris se dio la vuelta y se alejó–. No te saltes ninguna, Eden –añadió sin girarse, para no volver y besar esa desdeñosa boca si la miraba.

«Eden».

Odiaba oírselo decir, porque le encantaba cómo sonaba en sus labios. Duro y suave. Él y ella.

Excepto que no había él y ella. Había una noche de sexo increíble y un bebé que en ese momento tenía el tamaño de una semilla de granada.

Se giró lentamente y dejó que su mirada vagara por una perfecta combinación de arena rosa pálido, mar azul brillante y palmeras verdes. Era la versión terrenal del paraíso.

Sin darse cuenta, se quitó las sandalias y hundió los dedos de los pies en la arena cálida y suave, y parte de la tensión que acumulaba desde que entró en el club y vio a Harris esperando para entrevistarla se desvaneció. En realidad, había estado tensa antes de eso. Más que tensa.

Una semana antes de conocer a Harris en aquel bar, Liam había vuelto a ponerse en contacto con ella. Aquello le había dolido mucho. Le dolía moverse, estar viva.

Sabía que no era solo por descubrir que él había tenido un hijo. Aquello había sido una bofetada en la cara, pero ver a Liam con su hijo en brazos le había dolido por otra razón, una que había luchado tanto tiempo y tan duramente por negar. Porque esa foto de su ex con su hijo era lo más cerca que estaría ella de tener la familia que ansiaba. Era un recordatorio aplastante de quién era, de quién había sido siempre y de lo único que podría ser. Luchar contra la maldición familiar sería un ejercicio infructuoso, por eso vivía como vivía. Por eso tenía dos oficinas en dos continentes distintos. Por eso nunca había quedado con un hombre para una segunda cita. Por eso había aceptado la mano de Harris, pero no le había preguntado su nombre.

Pero luego habían ido a aquella habitación de hotel, y todo el dolor, la vergüenza y la envidia que había sentido se habían desvanecido.

Debía ser solo una noche de pasión con un desconocido. El amor, el compromiso, la paternidad no eran opciones. Salvo que ya sí lo eran. Ese momento de placer la había llevado hasta esa playa.

Harris tenía razón, pensó mirando el agua azul y fría. La semana iba a ser larga.

A Harris, al parecer, no le importó delegar su vigilancia en otra persona. Una de las doncellas fue a buscarla a la playa con una jarra de agua de pepino fría, y de vez en cuando, mientras paseaba por la playa recogiendo conchas, atisbaba a algún miembro del equipo de seguridad.

Harris se unió brevemente a ella para almorzar. Pero, tras recordarle que debía llevar sombrero y crema solar, y añadir una nueva norma sobre hidratación, murmuró algo sobre una conferencia telefónica y desapareció.

Después de comer, Eden sintió la tentación de dar un largo paseo sin sombrero, pero el calor deslumbrante del sol de la tarde la venció y se retiró a la villa.

Y así fue como acabó mirando fijamente la puerta cerrada de su despacho.

Él nunca se lo diría a la cara, dejaba que su puerta hablara, y el mensaje era claro. Ella era útil como empleada, y estaba encantado

de compartir la cama con ella por una noche, pero, aparte de eso, no tenía ningún interés por ella.

Le entraron ganas de golpear con fuerza la puerta, y estaba a punto de levantar la mano cuando oyó su voz, seguida de una profunda carcajada.

El pulso de Eden se aceleró bruscamente. Nunca le había oído reír. Sus interacciones hasta la fecha habían tenido pocos momentos cómicos. Solo una pasión incontrolable, acusaciones airadas y desprecio mutuo. ¿Qué hacía falta para que se riera así?

Nada que ella pudiera ofrecerle, eso estaba claro. Incluso con Liam, cuando ella creía que tenían una relación de verdad y no el complemento de otra, no se habían reído mucho. Tampoco habían hablado mucho. Ni discutido. Y en aquel momento se había sentido muy orgullosa de sí misma, convencida de que eso significaba que había encontrado el yin de su yang. Apretó los puños.

Después se había dado cuenta de que Liam no necesitaba reír, hablar o discutir con ella porque podía hacer todas esas cosas con su esposa. Para él, ella solo había sido una diversión.

Y para el hombre que estaba al otro lado de la puerta, ella no era más que un portabebés.

Se dio la vuelta y se alejó para continuar explorando la casa. Era mucho más relajante hacerlo sola y sin la mirada nerviosa y plateada de Harris clavada en su rostro.

Una hora más tarde, agachada sobre un libro que no leía, intentaba no mirarlo nadar en la piscina.

El calor la había agotado y se había tumbado junto a la piscina en una cama con dosel y cortinas que se estremecían con el susurro de la brisa marina.

A punto de quedarse dormida, había visto llegar a Harris con aire fresco… y semidesnudo.

Bueno, llevaba un bañador corto y chanclas, pero el pecho y los hombros estaban desnudos, iluminados por los parpadeantes rayos de sol, que parecían querer acariciarlo tanto como ella. Aunque frustrada y embarazada, era una mujer y, por un momento, se emborrachó con su belleza.

Se quedó sin aliento cuando él salió de la piscina, tomó el teléfono y caminó hacia ella. Se detuvo y entrecerró los ojos para mirar al cielo, y ella contempló los tonificados músculos de sus muslos, intentando no recordar lo que había sentido cuando los había apretado contra su trasero.

–¿Qué pasó con la regla del sombrero y la crema solar? –preguntó ella con frialdad.

–Estoy acostumbrado. –Él se sentó a su lado y ella tuvo que encoger las piernas para evitar tocarlo–. Además, yo soy el jefe. Las reglas no se me aplican.

–Aclaremos una cosa. –Eden lo fulminó con la mirada–. Tú no eres mi jefe. Y solo sigo tus normas porque he decidido hacerlo.

–O te gusta que te dé órdenes. –Harris la miró fijamente, y ella se sintió repentinamente desubicada.

–¿Te importa? Me estás mojando de agua.

–Hablando de agua, parece que no tienes –observó él, como si ella no hubiera hablado.

–Entonces quizá quieras traerme un poco. Por favor –añadió Eden, tendiéndole el vaso vacío.

Él la miró y se levantó, impidiendo con un gesto que la camarera se abalanzara sobre él, y caminó hacia una mesa donde había una refrescante variedad de agua fría, zumos y fruta fresca.

Apoyándose en los cojines, Eden trató de respirar con normalidad, pero era difícil cuando Harris seguía a la vista. Por suerte, su teléfono sonó, dándole una razón para apartar la mirada. Sería una notificación sobre la estación espacial. ¿Significaba eso que podía verla desde allí? ¿Sería capaz de encontrarla sin su ayuda? Tanto para distraerse como por curiosidad, tomó su teléfono.

Y frunció el ceño.

Era una notificación sobre Tiger McIntyre. Y eso le pareció raro.

Cierto que McIntyre era un competidor, pero aquello parecía un poco obsesivo, sobre todo porque Harris siempre restaba importancia a su rivalidad.

–¿Estás leyendo mis mensajes? –Él estaba a su lado, los ojos grises brillantes a la luz del sol.

–No. Bueno, sí, pero solo porque pensaba que era de la estación espacial. ¿Por qué recibes notificaciones sobre Tiger McIntyre?

–Porque trabaja en el mismo sector que yo y quiero saber qué hace.

–Tienes muchos competidores. ¿Por qué le sigues a él?

–Es mi mayor competidor. Y no le sigo.

–¿Qué problema tienes con McIntyre? –Eden se levantó y siguió a Harris dentro de la casa–. Y no te hagas el tonto porque sé que sabes de lo que hablo.

La tensión en la habitación se disparó. Harris hizo eso de mirar fijamente que hacía tan bien.

–De acuerdo. No me lo digas. Pero, sea lo que sea que hiciera, empiezo a pensar que lo merecías.

–Entonces te equivocarías. No conoces a Tiger McIntyre. No sabes lo que hizo. De lo que es capaz. –Harris se interrumpió abruptamente, como si hubiera dicho demasiado.

–Entonces, cuéntamelo. ¿Qué hizo?

–¿Qué te importa? Ya no estás salvando mi reputación, Eden.

A ella se le cortó la respiración, como siempre que pronunciaba su nombre. Y por eso lo había hecho, se dio cuenta un momento después. Intentaba sacarla de sus casillas.

–Importa porque, extrañamente, me gustaría pensar que el padre de mi hijo podría mostrarse abierto y sincero conmigo.

–¿Quieres hablar de ser abierto y sincero? –La incredulidad en la voz de Harris provocó un escalofrío en Eden–. Tú. ¿Cuándo pensabas decirme que podrías estar embarazada de mí?

–No lo sé…

–En otras palabras, no ibas a hacerlo. –Él sacudió la cabeza–. Dada tu falta de exclusividad, pensarías que las posibilidades de que yo fuera el padre de tu hijo eran bastante remotas.

–No fue por eso por lo que no te lo conté. No iba a hacerlo. No estaba preparada. Acababa de enterarme de que estaba embarazada, y la última vez…

La última vez.

Las palabras salieron de su boca antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo, y sintió que todo el aire se le escapaba de los

pulmones al ver la expresión de Harris.

Eden echó a andar, rápida y ciegamente, subiendo las escaleras hasta su dormitorio. Entró corriendo en el cuarto de baño, se agachó sobre la taza del váter, con un pánico visceral y retorcido cayendo pesadamente en su estómago como cemento húmedo, sus dedos extendidos de forma protectora contra su vientre plano. Un destello de recuerdo. De un dolor sordo y palpitante. Y sangre, suficiente para asustarla y hacerle tomar un taxi hasta el servicio de urgencias. Los médicos y las enfermeras habían sido amables, pero bruscos. Le habían hecho preguntas que apenas podía contestar y dado respuestas que no había sido capaz de procesar, y mientras, durante todo el tiempo, estaba perdiendo a su bebé.

La última vez…

¿Cómo había podido decirlo en voz alta? ¿Podría Harris no haberla oído? Qué tontería. Había visto la expresión de su cara. Confusión. Conmoción, luego comprensión.

Pero él realmente no lo entendía. Y ella no quería que lo hiciera. No necesitaba que él fingiera que le importaba, que estaba interesado en ella. Sin embargo, le dolía admitirlo. Igual que había dolido admitir que había algo fuera de lugar en su relación con Liam.

El malestar estomacal estaba desapareciendo, se levantó y se refrescó las muñecas bajo el grifo.

–¿Estás bien? –Harris estaba asomado a la puerta, vestido y con aspecto de no estar del todo seguro de su recibimiento.

–Estoy bien –contestó Eden mientras pasaba junto a él–. No hace falta que me vigiles.

–Sí hace falta –murmuró él, y sonó tan sincero que ella casi se emocionó.

–No quiero discutir contigo –aseguró ella con rotundidad.

–Y yo no quiero que cedas. No debería haber dicho lo que dije. Estuvo fuera de lugar…

–¿No es esa la gracia de ser el jefe? Poder decir cosas que estén…

–No soy tu jefe. No pretendía molestarte –la interrumpió él–. Siempre me pasa. Con Tiger.

–Así que lo conoces. –Era una afirmación, no una pregunta.

–Fuimos compañeros en la universidad. –Harris asintió–. Durante un tiempo estuve probablemente más unido a él que a cualquier otra persona del planeta. Hasta que se acostó con mi novia.

Eden se estremeció. No era de extrañar que no hubiera querido airear su enemistad con McIntyre.

–¿Cómo te enteraste?

–Fui a hablar con él y la vi salir de su habitación. –Él sonrió con amargura–. Si me hubieran dicho que querían enrollarse me habría enfadado, pero enterarme así… quería hacerle daño.

–¿Qué pasó?

–Le di un puñetazo, él me lo devolvió y nos enzarzamos un rato. Probablemente no habría pasado nada, pero Tiger se fue de la lengua con el decano y lo expulsaron. Nos vemos en eventos del sector y vamos a las mismas fiestas, pero no hablamos. Supongo que la gente se da cuenta de ese tipo de cosas y así empezaron los rumores.

Se frotó la mandíbula.

–Fue una estupidez por puro ego, por eso nunca he hablado de ello. Pero debería habértelo dicho.

–Entiendo por qué no lo hiciste. –Confesar la verdad le hacía parecer sólido y confiable. Y estaba demasiado cerca de ella para que fuera seguro que la mirara así–. Creo que voy a echarme una siesta –dijo ella, mirando fijamente a la puerta.

Eden creyó haberlo logrado, porque él se giró, moviéndose con esa mezcla de precisión y elegancia masculina, que ejercía una atracción gravitacional, pero entonces se detuvo, y ella supo con desesperación lo que él iba a decir incluso antes de que lo preguntara en un susurro.

–¿Qué quisiste decir con lo de la última vez?

Harris la vio ponerse tensa. Sabía lo que había oído: «Última vez». Pero antes de poder asimilarlo, ella había desaparecido. Se había sentido fatal por haberla herido. No, por añadir dolor a su dolor.

Por eso se había cambiado de ropa y luego había ido a la habitación de Eden.

La puerta estaba abierta y se había asustado, ya que a primera vista pensó que estaba vacía, pero luego la vio acurrucada sobre el inodoro y retrocedió, pensando que ella preferiría que no la viera así. Pero no había podido irse.

«La última vez».

–Eden… –susurró.

–No importa. –Ella abrió desmesuradamente sus ojos verdes.

–Parece que sí –insistió él con cuidado.

–Fue hace mucho tiempo. Nunca he tenido periodos regulares, así que no lo sabía.

–Que estabas embarazada.

–De diez semanas. –Eden asintió–. Era invierno. Pensaba que tenía un virus, y entonces empecé a sentir calambres. Había tanta sangre… de camino al hospital intenté llamar a Liam, mi novio, pero no contestó y no quise dejarle un mensaje. No quería asustarle. –Soltó algo parecido a una carcajada, excepto que no sonaba como si le hiciera gracia.

A él, desde luego, no se la hacía.

–Tenía miedo y quería que estuviera allí. Entonces me contestó. Dijo que había conocido a alguien y que lo nuestro se había terminado.

–¿Le dijiste lo que pasaba? –Harris la miró incrédulo.

–No. Apagó el teléfono. Creo que tenía miedo de mi reacción. –Ella se tapó la boca con una mano, y él quiso encontrar a ese Liam–. Me envió un mensaje un par de días después y le conté lo del bebé. Dijo que probablemente era lo mejor. Y para él lo fue, porque más tarde me enteré de que no acababa de conocer a otra persona. Estaba casado.

Harris sentía su conmoción y vergüenza.

–Debería haberlo sabido. –A Eden parecía costarle pronunciar cada palabra–. Era tan obvio, pero quería ser diferente de mi madre y las demás mujeres de mi familia, que eligen a perdedores mentirosos y tramposos. Quería demostrar que tenía el buen juicio que a ellas les faltaba y que podía hacer que una relación funcionara, así que ignoré todas las señales. No vi nada, ni siquiera

que estaba embarazada. –Se mordió el labio con fuerza–. Fue culpa mía. Si me hubiera dado cuenta de que estaba embarazada…

–Los abortos espontáneos no funcionan así, Eden. –Él la atrajo hacía su cuerpo–. Suele haber una razón que escapa a nuestro control.

–Quería decírtelo. –Ella lo miró a los ojos y él la sintió agarrarle el brazo–. Que estaba embarazada.

–Pero pensaste que reaccionaría como él –susurró Harris.

–No, no lo pensé. –Eden sacudió la cabeza. Le temblaban los labios y sus ojos brillaban con un fulgor que hizo que a él le ardiera la garganta de rabia y de un impulso de protegerla y mantenerla a salvo de los hombres que tomaban, rompían y destrozaban sin impunidad–. Tenía miedo de decirlo en voz alta. Miedo de que le pasara algo al bebé.

–Pero no le ha pasado nada. –Él la atrajo más.

–Aún podría. –Eden le apretó el brazo. Harris sentía su respiración acelerada y odiaba que estuviera tan asustada y haberla acorralado siendo tan frágil, pero tenía que ocultarlo.

«No lo hará». Estuvo a punto de contestar en voz alta. La verdad era que no podía asegurar que todo fuera bien, y a ella ya le había mentido bastante el cabrón de su ex. Después de haber sido tan valiente y sincera con él, se merecía sinceridad a cambio, y él quería dársela.

–Quizás –admitió finalmente, con la serena neutralidad que Eden necesitaba en ese momento.

Y ese era el problema: aunque solo se conocían desde hacía unas semanas, y que nada entre ellos era sencillo, Harris ansiaba darle lo necesario para que confiara en él y supiera que no era Liam.

–Pero créeme cuando te digo que haré todo lo posible para asegurarme de que eso no ocurra. –Le tomó el rostro entre las manos, sintiendo cómo ella se relajaba contra él. A pesar de la diferencia de estatura, las curvas de ella se acomodaban perfectamente a las líneas de él.

Y a un nivel puramente egoísta, era tan agradable tenerla cerca. El corazón latía con fuerza en su garganta. Tal vez ella sintiera lo

mismo, pensó cuando Eden levantó la vista hacia él, y se permitió deslizar una mano por su pelo y abrazarla más fuerte.

Harris permitió que sus labios rozaran los de ella para saborear su dulzura. Su boca era suave y cálida, y él la saboreó con la lengua, el estómago un nudo de calor cuando ella profundizó el beso.

Para él sería muy fácil empujarla de nuevo a la cama. Fácil y equivocado.

No iba a explotar la necesidad de Eden de cercanía y consuelo para satisfacer sus necesidades, su deseo. Si le fastidiaba, que así fuera. Se lo merecía.

–¿Por qué no te echas la siesta? –Harris la soltó suavemente–. Si quieres, puedo quedarme aquí. Tengo trabajo que hacer.

No había planeado decir eso, pero se alegró de hacerlo. Ella pareció relajarse un poco y, cinco minutos después de meterse bajo las sábanas, estaba dormida. Harris podría haberse ido entonces, o podría haber trabajado. Pero, en lugar de eso, se sentó junto a la cama y la observó dormir.

Nunca había hecho algo así. Nunca había querido hacerlo. Era otro nivel de intimidad, y abría un abismo de vulnerabilidad que nunca había querido explorar. Pero no podía irse. No quería. Se sentía bien allí con ella. No podía imaginarse estar en ningún otro sitio.

Y no solo entonces, sino nunca.

Capítulo 7

Apoyando los codos en la arena, Harris contempló el cielo nocturno. Era casi la una de la madrugada y la noche estaba tranquila y despejada, perfecta para observar las estrellas, y ya había hecho una rápida exploración del cielo marcando las distintas estrellas y planetas visibles en ese hemisferio. Allí estaban Crux y Centaurus, y la nebulosa Carina, una hermosa nube interestelar que no podía verse en Nueva York… Pero siempre volvía a la brillante mancha de luz.

Tal vez por su formación en la Marina, o por su reticencia natural, su padre nunca hablaba mucho de su trabajo. Tenía un despacho con los títulos y fotos habituales, incluso algún que otro recuerdo de su estancia en el espacio, pero nunca había hablado de su vida allí arriba.

Al menos no con su hijo. Y entre todas aquellas fotos, no había ninguna de su familia.

Quizá por eso, cuando su padre se molestó en sentarse una tarde de invierno con él para enseñarle la luz de la estación espacial, se le había quedado grabada. La mayoría de los días, cuando era visible, levantaba la vista por la noche para contemplarla, igual que había hecho de niño, cuando aquellos pocos minutos contemplando el pequeño, pero luminoso, puntito de luz le habían parecido a menudo su única conexión con su padre. Y seguía pareciéndoselo.

Pero había otra razón para seguir manteniendo la vieja costumbre. Le gustaba pensar que, en algún lugar al otro lado del mundo, su hija podría estar mirando a la estrella más brillante de su cielo, y que su mirada y la suya se encontrarían en el centro.

Tal vez ella estuviera mirando en ese momento. Buscándolo a él.

Aunque sabía que no era así. ¿Por qué iba a buscarlo? Ya tenía un padre.

El dolor era físico. Pero al menos estaba viva.

Pensó en el momento en que Eden le había contado lo del aborto, y el dolor en el pecho le hizo difícil tragar saliva. Le había parecido un animal herido, afligido y aturdido, como si aún estuviera en el hospital perdiendo a su bebé.

Se había sentido asustada y sola. Y había quedado claro que seguía sintiéndose así. Harris no sabía cómo hacerlo, pero quería que eso cambiara. Tenía que hacer algo para que ella se sintiera segura y supiera que no estaba sola, que él estaría a su lado.

Su pulso se ralentizó al recordar el abrazo. Ella se había sentido bien en sus brazos, familiar, lo cual no tenía sentido porque hacía seis semanas ni siquiera se conocían. Tal vez habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que parecía más tiempo. No era solo el bebé, era el desastre que había organizado intentando atrapar a Tiger.

Tenía riqueza y poder. La gente lo acechaba para que asistiera a sus actos y, sin embargo, él se sentía solo. Siempre se había sentido solo, incluso cuando teóricamente formaba parte de una familia. Tras el divorcio de sus padres, el sentimiento se había exacerbado, pero la escuela le había ayudado a ignorarlo. Allí rara vez se estaba solo, ni se disponía de suficiente tiempo libre para pensar en lo que se sentía.

Cuando Jessie se quedó embarazada y él descubrió que iba a ser padre, no había dejado que nadie se le acercara. Y, sin embargo, con Eden había sido fácil. Obviamente, habían tenido sexo, así que la intimidad era un hecho.

Pero no se trataba solo de sexo. Había sentido una conexión con ella que iba más allá de los cuerpos y la piel húmeda. Como en su despacho, cuando le había enseñado a encontrar la estación espacial como un friki de la ciencia. Había querido ver su reacción, ver cómo sus ojos verdes bailaban de emoción cuando veía la luz.

Casi la había besado entonces. Si Ted no hubiera entrado, lo habría hecho.

Había querido besarla después de que ella le contara lo del aborto, aunque sabía que era imprudente hacerlo. Reavivar lo sucedido en Nueva York solo complicaría las cosas y no quería que Eden pensara que la había llevado allí por eso, porque no era así.

«No mientas», pensó, y su cuerpo se relajó y se tensó a la vez. «Puedes mentir a los demás, pero no a ti mismo». Tal vez por eso había seguido adelante y la había besado.

Levantó de nuevo la mirada hacia las estrellas. No iba a perder otro hijo. Y para asegurarse de ello, necesitaba que Eden sintiera que podía confiar en él.

A la mañana siguiente, ella bajó tarde a desayunar. Harris esperaba que… no sabía qué esperaba. Ya había hecho antes suposiciones sobre Eden y se había equivocado.

Ella lo miró amablemente mientras se sentaba frente a él y tomaba un poco de fruta y granola.

–Sobre anoche…

–Yo quería…

Los dos hablaron a la vez.

–Tú primero.

–Solo quería darte las gracias por lo de anoche. –Ella dudó–. No quise cargarte con todo.

–No lo hiciste, y no hay nada que agradecer –contestó él lentamente–. No sé cómo lo has soportado. Saber que estabas embarazada mientras yo irrumpía en tu casa, obligándote a acompañarme…

Al recordar cómo la había llevado a la limusina, sintió que le invadía una oleada de vergüenza.

–No fue lo ideal. Pero si no hubieras aparecido, creo que habría seguido pasmada. Necesitaba hablar de lo que pasó antes. –Los ojos verdes lo miraron desnudos, desquiciando a Harris–. Por eso me enfadé tanto ayer. Decirlo en voz alta por primera vez. Supuso un *shock*.

Nunca se lo había contado a nadie. Pero a él sí. Sus miradas se fundieron y, por un momento, él se vio reflejado en la profundidad de sus pupilas. Y supo que ella debía estaría viéndose reflejada en

las suyas. Fue tan íntimo y absorbente que tardó un tiempo casi ridículo en contestar.

–Ya veo.

–Sé que debe de haber supuesto un *shock* para ti también, pero que sepas que fuiste muy amable.

Eden vaciló y él esperó, sin querer indagar ni presionar. Después de todo, ya había hecho bastante. ¿Incluía el beso en su amabilidad? ¿O no quería hablar de eso? Su mirada recorrió su rostro en busca de pistas. O quizás ella solo quería fingir que nunca había sucedido, o casi…

La observó servirse una tisana y tomar un sorbo con cautela. Harris sintió claramente que ella no deseaba mantener esa conversación en particular con él.

–¿Pasa algo?

–No, es que algunas cosas me saben un poco raras, como el café o el té, pero esto está bien.

–Bien. –Él dudó, sintiéndose de repente nervioso–. Mira, no sé cómo decirlo, así que lo haré directamente. He concertado una cita con un médico en San Martin esta mañana.

–No entiendo. –Eden lo miró confusa.

–Es una isla un poco más al sur de Saint Barth. Puede que la vieras cuando llegamos en avión –añadió–. Hay una clínica privada que estoy seguro de que podrá ayudarnos.

–Pero es demasiado pronto. Aún no pueden saberlo…

–No es para la prueba de paternidad. –Harris sacudió la cabeza y le tomó la mano–. Sé que estás preocupada por el bebé. Lo he buscado y he descubierto que se puede hacer un escáner precoz.

La clínica de San Martin tenía un escáner que les diría lo que Eden necesitaba saber en ese momento. Harris habría preferido acudir a su propia clínica de Nueva York, pero no era lo mismo diez minutos en helicóptero que cuatro horas de vuelo, y Eden ya estaba bastante estresada.

–Si no quieres ir –añadió rápidamente–, no pasa nada. Pensé que podría ayudarte. –Sintió un destello de desprecio, porque ¿qué había hecho hasta entonces para ayudarla? Nada.

Sus acciones habían sido totalmente interesadas, pero había justificado su comportamiento por lo que había ocurrido en el pasado. Excepto que era su pasado, no el de ella. El de ella era desconocido, irrelevante. Había mirado su rostro pálido y atónito y había visto miedo, pero supuso que ella estaba asustada por su reacción, sin pensar ni una sola vez que estaba aterrorizada por la posibilidad de perder al bebé. Había antepuesto sus propias necesidades a las de ella.

¿Qué sabía él de las necesidades de una mujer embarazada? Cuando Jessie le había dicho que estaba embarazada, había sufrido un ataque de pánico e incredulidad, seguido de una retahíla de palabrotas y una pizca de culpa.

Harris nunca volvió a verla. Ella se había marchado a Australia dos días después. De modo que él no sabía nada de las necesidades de una mujer embarazada.

Encajó la mandíbula. De todas las cosas que había dicho y dejado de decir aquel día, aquella pizca de culpa era lo que más lamentaba. Por suerte, no lo había hecho con Eden, lo cual ya era algo. Pero la había coaccionado y presionado para que hiciera lo que él quería.

Y tendría que vivir con eso, como estaba viviendo con las consecuencias de defraudar a Jessie. Pero Eden no tenía que vivir con su miedo. Al menos podía hacer algo al respecto.

–Se llama ecografía de confirmación. Se lleva a cabo entre la semana seis y diez. Pueden ver el latido del corazón y si el embarazo tiene el tamaño adecuado según la fecha de tu última regla.

–¿Lo has hecho por mí? –Eden seguía mirándolo.

–Para el primer escáner verdadero aún quedan semanas. Sé que estás preocupada y que la espera puede empeorarlo. Pensé que si veías al bebé en la pantalla te preocuparías menos.

–Creo que así sería. –Ella sonrió temblorosa.

Ya se sentía más tranquila, pensó Eden mientras bajaba las escaleras treinta minutos más tarde para reunirse con Harris. No era solo la cita, también que él la hubiera concertado.

El día anterior había sido la primera vez que se había permitido recordarlo todo. Empezar por el principio y llegar hasta el final. Al principio lo había sentido como algo real, no un recuerdo, como si todo volviera a suceder. El pánico desgarrador y la desolación de perder al bebé que no había tenido tiempo de sentir.

Hasta que Harris la había abrazado y ella había sentido su calor y su fuerza, y el miedo se había disipado. Entonces se había sentido real de una forma nueva, una forma que no había previsto.

Por fin había podido admitir en voz alta su dolor por el bebé que nunca había conocido, pero cuya ausencia seguía sintiendo profundamente. Harris lo había hecho posible. Había hecho visible lo invisible. Había dado forma a su pérdida, y ella nunca se había sentido tan completa, tan vista.

Y apoyada. No como si fuera un fardo que alguien esperaba dejar caer, que era como Liam le había hecho sentir. Harris le había hecho sentir valiosa y necesaria.

Si cerraba los ojos, aunque solo fuera un poco, podía sentir su cuerpo junto al suyo cuando la había besado. Sus dedos se crisparon al recordar cómo había apoyado su mano en su espalda durante unos segundos y cómo él había inspirado hondo, respirándola como si fuera oxígeno.

Entre sus brazos, se había perdido en sus latidos, completamente unida a él hasta el punto de que no había sabido dónde terminaba él y empezaba ella. Y todo en la habitación, en la villa, en la isla, en el planeta, se había reducido al tamaño de un alfiler, estrellas distantes en la vasta extensión del espacio.

Solo estaba él. Harris.

Su boca. Su pulso.

Su aliento. Su sabor y su calor.

La sensación de su cuerpo tensándose de placer cuando ella había profundizado el beso.

Sus sentidos habían estallado, su cuerpo florecido abierto como una flor con la fuerza de su deseo. Podría haber seguido besándolo así hasta el fin de los tiempos. Y se habría abierto de par en par o, mejor aún, habría dejado que él la engullera como a una ostra.

Pero él había parado antes de llegar tan lejos, y ella debería haberse sentido aliviada. Las cosas ya eran bastante complicadas entre ellos. No necesitaban añadir otro encuentro sexual a la mezcla.

Lo sabía y, sin embargo, había vivido un enorme conflicto interior. Se había sentido partida en dos y, cuando él se había alejado de ella, su ausencia había generado un dolor casi físico.

–¿Preparada?

Harris la esperaba al pie de la escalera. Vestía de manera informal, con unos chinos color crema y un polo verde oscuro que resaltaba sus bíceps. La barba incipiente le daba un aire de «multimillonario de vacaciones», aunque no podía haber muchos multimillonarios en el planeta tan tentadoramente *sexys*…

–Sí. –Eden asintió con firmeza para quitarse de la cabeza que Harris era *sexy*–. ¿Vamos en barco?

–Es más rápido volar. –Él sacudió la cabeza–. En helicóptero. Serán unos doce minutos de vuelo.

Por supuesto que tenía un helicóptero. Y allí estaba, sobre un cuadrado de hormigón, como una mosca doméstica de gran tamaño. Excepto que era blanco, no negro.

–Muy chic –susurró ella.

–¿Has volado antes en helicóptero? –preguntó él mientras le abría la portezuela delantera. Cuando ella sacudió la cabeza, añadió–: ¿Estarás bien?

–Sí, estaré bien. –Eden frunció el ceño–. ¿No quieres sentarte delante tú?

–Sí.

–¿Cómo? –Eden dirigió la mirada al asiento junto al suyo–. El piloto se sentará en ese.

–Así es. –Harris asintió.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él rodeó el helicóptero y se subió a su lado.

–¿Eres el piloto?

–Parece que estoy destinado a decepcionarte constantemente. –Él sonrió y el interior de la cabina desapareció–. Sí, hoy soy el piloto. Una de las primeras cosas que hice en cuanto tuve dinero de sobra fue sacarme la licencia. Llevo volando unos cinco años.

–Ya veo. –Solo que no lo veía. Apenas se las arreglaba para ir al gimnasio dos veces por semana. ¿Cómo alguien tan ocupado como Harris tenía tiempo para aprender a pilotar un helicóptero?

–No pareces muy convencida. –Él pulsó un interruptor del panel de instrumentos.

–Estaba recordando lo que dijiste de que a la gente no le resulta fácil decir la verdad al poderoso.

–No me refería a mi instructor de helicóptero. –Harris rio.

Ella asintió, pero, en cuanto él rio, su cerebro pareció perder toda funcionalidad. Solo podía mirarlo fijamente, porque había cumplido su deseo. Le había hecho reír y se sintió innegablemente bien y un montón de otras cosas a las que no podía poner nombre.

–De acuerdo. –Aclarándose la garganta, Eden se encogió de hombros–. Pero creo que es justo que tenga mis dudas. He visto suficientes películas en las que el héroe tiene que pilotar algo y todo sale fatal, y tienen que usar un bote hinchable como paracaídas. ¿Qué? –Lo vio menear la cabeza–. ¿Es ahora cuando me dices que los helicópteros son más seguros que los coches?

–Ahora mismo no. Estoy disfrutando demasiado de que me veas como un héroe.

–Yo no he dicho eso –protestó ella, la boca de repente seca.

Harris posó su mirada en el rostro de Eden, ardiendo y probablemente teñido de color tomate.

–Yo solo… no importa… ¿podrías dejar de mirarme a mí y mirar la carretera o el mar o lo que sea que tengas que mirar?

Eden no tenía nada en qué basar su valoración, dado que nunca había volado en helicóptero, pero Harris parecía ser tan experto como había insinuado. De vez en cuando pulsaba algún botón del panel de instrumentos. Una vez señaló un banco de delfines en el mar y ella apretó la cara contra el cristal, encantada por la perfecta sincronía de sus cuerpos relucientes al saltar fuera del agua. Y, exactamente doce minutos después, el helicóptero aterrizó en otro cuadrado de hormigón.

Les esperaba un coche, porque así funcionaba en su mundo, y diez minutos después estaba sentada en un sofá de una agradable habitación orientada al sur del Centro Médico Concordia. Samantha,

la ecografista, era muy sonriente y amable, pero Eden se sentía muy tensa mientras esperaba. La última vez que se había hecho una ecografía había sido después de perder al bebé.

–¿Tengo que desnudarme?

–No –Samantha sacudió la cabeza–, pero si pudiera subirse la blusa, señorita Fennell.

–No tengo por qué quedarme si… –Harris se removió en su asiento.

–Quiero que te quedes –contestó ella rápidamente–. Si tú quieres.

Sus miradas se fundieron y él asintió, y la suavidad de su mirada gris y el tamaño y la solidez de su cuerpo hicieron que le resultara más fácil subirse la blusa.

–Perfecto, gracias. –Samantha sonrió–. ¿Alguno de los dos ha hecho esto antes? –Como ambos sacudieron la cabeza, ella señaló hacia la ventana–. Entonces os preguntaréis por qué están cerradas las persianas. Porque así podemos ver mejor las imágenes. Ahora voy a ponerle un poco de gel en la piel y luego pasaré esta sonda por la barriga y aparecerá una imagen en la pantalla.

Eden miró el monitor con el pecho encogido. «Por favor», rezó en silencio. «Que todo vaya bien».

–Y ahí está el bebé.

Exhaló temblorosa, aliviada. Harris le tomó la mano, ella vio que también parecía aliviado. Y se sintió culpable y extrañamente feliz.

–Todo tiene buena pinta. –Samantha tocó la pantalla–. Lo primero es lo primero. Veo un bebé. El corazón late a unos ciento cuarenta por minuto.

–Eso parece muy rápido. –Eden tragó nerviosamente.

–El corazón de los bebés late más rápido –la voz profunda de Harris llenó la habitación.

–Así es, señor Carver. –Samantha sonrió–. El latido fetal es aproximadamente el doble de rápido que el de un adulto, así que el bebé Fennell está dentro del rango normal. –Movió la sonda y señaló la pantalla–. Ese es el cordón umbilical, y puedo ver que la placenta está bien y alta. En cuanto a la fecha de parto, puedo dar una estimación aproximada o, si quiere esperar, la ecografía de las doce semanas será mucho más precisa.

–No me importa esperar. –Eden se volvió hacia Harris–. ¿Y a ti?

–No me importa esperar. –Él sacudió la cabeza y ella sintió que le apretaba la mano.

–Obviamente, esta ecografía solo nos muestra el desarrollo del bebé en este momento –Samantha se volvió para anotar algo–, pero espero que lo que han visto hoy les tranquilice a ambos.

–Así es. –Eden asintió–. Gracias.

No solo la había tranquilizado la ecografía, también Harris. Cuanto más lo conocía, más sentía que podía confiar en él. El hombre de ojos fríos con una lista de exigencias que había irrumpido en su apartamento era un vestigio de la jornada laboral. Allí, bajo el sol caribeño, estaba viendo un lado completamente diferente de él.

Más tierno. Más accesible. Un buen hombre, amable y decente, que sería un gran padre. Y eso era más de lo que habría podido esperar para su bebé, y era lo único que importaba, ¿no?

«Sí», se dijo a sí misma con firmeza. De acuerdo, había algo más entre ellos aparte del embarazo. Un calor que impregnaba el aire que los rodeaba, empujándolos, acercándolos, pero solo era un resto que había quedado de aquella noche en el hotel. Se desvanecería.

–Le he pedido a la doctora Krantz que venga. –Samantha le dio unas toallitas de papel para limpiar el gel–. Solo para revisar mis notas. Si tienen preguntas, estará encantada de responderlas.

–No veo nada preocupante. –La doctora Krantz era mayor que Samantha, pero igualmente tranquilizadora–. Todo parece completamente normal. Así que sigue haciendo lo que estés haciendo. Descansa mucho. Mantente activa e hidratada. Seguro que ya sigues las directrices sobre evitar ciertos alimentos. Si no estás segura, este folleto es muy útil.

Se lo entregó a Eden.

–Después de sufrir un aborto, muchas de mis pacientes suelen preocuparse por las relaciones sexuales. –Los miró a ambos–. Pero, a menos que haya habido una hemorragia en el embarazo actual, que no es el caso, no hay razón para no mantener relaciones. Aunque quizá te sientas más cómoda probando distintas posturas. ¿Alguna otra pregunta? ¿No? Entonces, creo que hemos terminado.

¿Quieres las fotos de tu ecografía? Puedes recogerlas en recepción. Solo hay un pequeño recargo.

En el vuelo de vuelta a casa, ninguno de los dos habló mucho. Ella estaba demasiado ocupada mirando las fotos del bebé y Harris concentraba su atención en el panel de instrumentos. Pero cuando regresaron a la villa, ella lo notó extrañamente callado y distraído.

Daría su brazo derecho por saber qué pensaba y sentía. ¿Sentiría algo diferente si supiera que el bebé era suyo? Se sintió culpable por haberle privado de ese conocimiento y se arrepintió de su estupidez. ¿Por qué le había mentido sobre tener otras parejas?

Pero ya era tarde para hacer nada al respecto. En cuanto la prueba de paternidad se confirmara, sabría exactamente a qué atenerse. ¿Y entonces qué?

No era la primera vez que se hacía esa pregunta, y había supuesto, esperado en realidad, que el tiempo le aportaría mayor claridad, pero cada día se sentía menos segura de todo.

Y le gustaba Harris. Mucho. «Mejor no pensar demasiado en ello», se dijo por enésima vez.

Era extraño estar de nuevo en la villa. Eden se sintió aliviada y, al mismo tiempo, confusa, como si hubiera regresado a casa. Había sido una mañana extrañamente íntima.

Lo que necesitaba era un rato a solas. Subieron las escaleras y ella se volvió hacia él.

–Gracias por organizarlo. Me siento mucho más tranquila, pero cansada. Quizá me tumbe un rato.

–Yo haré lo mismo. En mi cama –aclaró él rápidamente–. Me alegro de que estés más tranquila.

Cuando Eden pasó a su lado, sus manos se rozaron y los ojos de él se clavaron en los de ella, que sintió cómo se le encogía el estómago. Ese día se habían tocado más que ningún otro. En la clínica, él le había tomado la mano y luego la había ayudado a levantarse de la camilla. Y habían seguido de la mano hasta que Harris la había soltado para estrechar la mano de la doctora Krantz.

Sin embargo, eso era diferente. Cargado. Expectante.

Harris siguió mirándola fijamente y luego bajó la vista. Pareció recordar que podía mover la mano y la levantó para frotarse la nuca

con gesto casual.

–Descansa un poco.

Él se dio la vuelta y se alejó, y ella lo observó durante un par de segundos antes de dirigirse en la otra dirección. Las persianas estaban medio bajadas y la habitación estaba agradablemente fresca. Se sentó en la cama. Para descansar.

Le había dicho a Harris que quería tumbarse porque necesitaba algo de espacio, pero la ausencia de él era tangible. Estaba inquieta. Crispada y tensa, como cuando había entrado en aquel bar y había visto a Harris. Él había satisfecho su deseo tal y como ella necesitaba, y más.

Se levantó y salió de la habitación antes de que su cerebro alcanzara a sus piernas. La puerta de Harris no estaba cerrada. Tal vez, si lo hubiera estado, las cosas habrían sido diferentes, pero, con el pulso acelerado y la mente claramente desconectada, no le pareció gran cosa abrirla un poco más y entrar directamente…

La habitación estaba vacía.

Eden se sobresaltó incrédula, y con una decepción que la dejó sin aliento.

–Eden… –Harris apareció en la puerta de lo que probablemente era su vestidor o cuarto de baño. O algún otro lugar donde pudiera desvestirse, porque se había quitado la camisa. Y la miraba fijamente, con una expresión entre el asombro y el pánico.

–¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

–Sí… no, quiero decir sí, estoy bien, y no, no ha pasado nada. –A Eden le encantaba que él se preocupara, que le importara lo suficiente como para no ocultar su preocupación–. No llevas camisa. –Miró su pecho desnudo y musculoso.

–Me estaba cambiando. Pensaba salir a correr.

–¿Con este calor?

–No consigo calmarme –Harris carraspeó–, pensé que me ayudaría.

–Yo tampoco logro calmarme. Pero no puedo salir a correr…

–Quizá otra cosa podría ayudar.

–Sí, creo que sí. –Ella vaciló–. Pensaba en lo que dijo la doctora Krantz.

Las pupilas de Harris se dilataron y ella supo que ambos deseaban lo mismo, que él la necesitaba tanto como ella a él. Se produjo un silencio, una especie de quietud cargada de posibilidades. Pero en realidad solo había una posibilidad. La única que había habido siempre.

Se movieron al unísono. Él la alcanzó primero, atrayéndola contra él con una mano y empujando la puerta con la otra mientras acercaba su boca a la de ella. Los dedos de Eden se cerraron sobre sus hombros, arañando la piel suave y cálida con alivio y un hambre desenfrenada.

Capítulo 8

Fue un beso torpe, urgente e inexperto, pero tanto más excitante por eso. Ella sabía dulce, hambrienta, y él estaba casi fuera de sí por el deseo.

Harris le besó el pómulo, luego la garganta, le abrió la boca con la lengua, intensificando el beso, probándola, saboreándola. Y se le cortó la respiración al pensar en todos los lugares donde iba a besarla y lamerla. Iba a lamer esa piel suave y pálida hasta que brillara. Lamerla por dentro.

Pero primero tenía que desnudarla y, con la boca aún pegada a la suya, buscó la camiseta.

Eden gimió contra su boca, apartándose lo suficiente como para hacerle gruñir una objeción, hasta que comprendió que se estaba sacando la camiseta por la cabeza.

Observó, con la sangre palpitándole fuertemente en las extremidades, cómo ella deslizaba los tirantes del sujetador por los hombros, y se agachó para lamerle los pezones.

Eden lo acarició temblorosa y él chupó la punta hinchada. Ella le apretaba el brazo mientras él lamía y mordisqueaba, primero un pezón y luego el otro.

Harris se apartó, la miró fijamente con el corazón desbocado, y entonces encontró su boca y la besó con fuerza, empujándola hacia la cama hasta que ella se tambaleó hacia atrás y él no tuvo más remedio que seguirla porque sus bocas seguían fundidas.

Se besaron hambrientos. Él se echó hacia atrás y le quitó los pantalones cortos, luego se arrodilló y hundió la cara entre sus muslos, aspirando su aroma, sintiendo la humedad, estirando las bragas de algodón con los pulgares para poder ver el contorno de sus rizos húmedos. Era indecente. Exquisito.

Ella se arqueó, empujando con impaciencia, y él deslizó las bragas por sus piernas.

Estaba desnuda para él. Suave. Húmeda. Caliente. Suya.

Le besó cada muslo con la boca abierta, sintiéndola temblar contra su lengua, y luego le separó los muslos suavemente con las manos, deslizando las palmas bajo las curvas de su trasero, levantándola un poco como un artista colocando a una modelo, y luego bajó la boca y lamió.

Estaba húmeda, caliente como la sangre y suave, excepto el clítoris, que estaba tan tenso e hinchado como sus pezones, y él quiso seguir saboreándola para siempre.

Ella le agarró el pelo con fuerza, el dolor solapándose con el placer que él sentía a través de los gemidos de ella mientras se movía contra su boca, buscando su lengua.

Harris puso una mano en la cadera de Eden, como había hecho en el hotel hacía tantas semanas, sujetándola mientras encontraba su clítoris, rozándolo con los incisivos, succionándolo ferozmente y mordisqueándolo suavemente, luego un poco más fuerte…

Ella soltó un juramento y se impulsó hacia delante, contra su boca.

–Harris, Harris… –Agarró su pelo con más fuerza para tirar de él hacia la cama, junto a ella.

Buscó a tientas la entrepierna, aferrándose a la parte delantera del pantalón, tanteando su erección.

–Te quiero dentro de mí –jadeó.

–¿Estás segura de que…?

–La doctora Krantz dijo que podía. –Eden lo empujó contra la cama y buscó la cremallera.

–Eden… –Harris habló entrecortadamente, y el nombre de ella se convirtió en un gemido cuando ella lo liberó, moviendo los dedos con ligereza, casi con reverencia, para trazar las venas bajo la piel suave como el terciopelo. Exhalando con fuerza, él le sujetó la muñeca mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él.

–Así puedo controlar la profundidad…

«Bien», pensó él, que no podía controlar nada.

Eden se deslizó sobre la erección, marcando el ritmo, balanceándose hacia delante y hacia atrás, arqueándose de tal forma que él la sentía por todas partes.

–Así, así. –Harris juraba en voz baja. La sensación de ella estirándose alrededor de la erección casi bastó para llevarlo al límite y él también jadeó, su aliento subiendo por la garganta al ritmo del movimiento de las caderas de Eden.

Le sujetó la cintura y se balanceó contra ella, levantándola ligeramente para poder retirarse y rozarle el clítoris con la punta. Apenas pudo respirar durante lo que sin duda fue el placer más intenso que había experimentado jamás.

Ella emitió un sonido ahogado al deslizarse de nuevo sobre él, y él llegó antes de lo esperado, más caliente y más fuerte de lo que jamás había llegado, derramándose dentro de ella, su mente limpia de todo excepto de lo correcto de todo aquello.

Eden temblaba, él también, o al menos sus brazos, y, con cuidado, la levantó y al instante tuvo que reprimir el aullido que le subió a la garganta porque sentía como si lo hubieran abandonado a la deriva, como un astronauta flotando en el espacio. La inclinó suavemente hacia un lado y ella se tumbó, su cálido aliento estremeciéndose contra su pecho mientras él la estrechaba contra él.

–Eden… –La abrazó más fuerte y deslizó una pierna entre sus muslos, sintiendo su humedad.

Era suya, pensó, acercándola más, buscando su boca, bajando hasta el pulso que latía en su cuello, deslizando los labios hasta su boca y la mano hasta donde el sudor de ambos se acumulaba en su vientre aún plano. Siempre suya.

Eden despertó con una sacudida. Todos los días, desde la primera vez con Harris, se había despertado bruscamente, sintiéndose perdida, desplazada, confusa. Pero ese día no. Sabía exactamente dónde estaba a pesar de que era una cama extraña.

Lo sabía porque Harris también estaba allí, tumbado a su lado, respirando suavemente, con el brazo sobre su cintura, sujetándola a él. Nunca podrían ser extraños. Nunca lo habían sido, pensó,

recordando cómo se había sentido la mañana siguiente en el hotel. Dejarlo había sido como separarse de su sombra. O su alma.

Desconcertada por la extraña poesía en sus pensamientos, cambió de posición, apartándose del hermoso hombre que había poblado su mente desde aquella noche en el bar, y que sentía como una presencia fija en su vida. Como la luna.

Miró hacia arriba, donde la luna se posaba en el cielo nocturno, pálida y serena, igual que cuando la contemplaba de niña, soñando con encontrar no a un príncipe, sino a un hombre íntegro, resistente y de carácter fuerte. Liam había actuado como ese hombre. Pero era un farsante.

Harris era todo lo que Liam no era.

¿Qué habría pensado el personal de la villa? Habían pasado el resto del día en la cama. Aunque Harris debió levantarse en algún momento y bajar, porque cuando ella se había despertado a primera hora de la tarde había una bandeja con comida esperándola.

Eden ni siquiera se había molestado en darle las gracias. Se había puesto a comer, agarrando trozos de pollo frito con las manos. Y él la había observado, asegurándose de que tomara un poco de todo antes de empezar a comer él. Cuidándola.

Se sentía felizmente relajada, como si toda tensión se hubiera disipado. No era de extrañar, dado que la primera vez que lo había cabalgado hasta un estremecedor clímax había sido solo el principio. Y después de cada vez, él la abrazaba y ella se desplomaba contra él, agotada, el cuerpo flácido y sus músculos agitándose como un caleidoscopio de mariposas.

Era una buena descripción, pensó mientras le acariciaba suavemente el torso. Había leído sobre personas que experimentaban la vida en colores: sinestesia, así se llamaba. Era cuando dos sentidos se fundían en uno. El sexo con Harris era como estar en el centro de un ópalo. No era solo un acto físico, sino metafísico. Un acto de amor.

Eden se puso rígida y el pánico le robó el aliento de los pulmones.

Ella no buscaba amor. De hecho, evitaba cualquier cosa que pudiera conducirla por ese camino autodestructivo. Liam la había curado de pensar que era una opción para ella y, aunque en parte

temía convertirse en otra Fennell criando sola a un bebé, con Harris sería diferente.

Quizás no estarían juntos, pero ella no estaría sola. Él ya se había implicado más que su padre a esas alturas. Pensó en lo rápido que había pedido la ecografía. Sintió una punzada de culpabilidad al recordar su expresión de alivio al ver al bebé sano y salvo en la pantalla. Si Harris hubiera sabido que era suyo, podrían haberse emocionado juntos.

Si no se hubiera asustado cuando él apareció en su apartamento… Pero, si le hubiera dicho que era el padre, ¿la habría creído? Seguramente no. La prueba de paternidad le daría la certeza que necesitaba. Por primera vez desde saber que estaba embarazada, deseó poder adelantar la fecha.

–Eden…

Ella parpadeó cuando la voz de Harris interrumpió sus pensamientos. Estaba apoyado sobre un codo y la miraba, con sus ojos grises plateados a la luz de la luna.

–¿Estás bien?

–Estaba mirando la luna. –Aunque ya la había olvidado y, aferrándose ciegamente a su brazo musculoso, se inclinó hacia él, sintiendo que su cuerpo se abría de nuevo para él.

–Podríamos ir a la playa esta mañana. Podemos bañarnos y luego te enseño las pozas naturales.

–Creía que el mar y las rocas estaban prohibidos. –Eden miró a Harris y simuló sorpresa llevándose las manos a la boca–. ¿No está rompiendo sus propias reglas, señor Carver?

–Prefiero considerar deshacerlas. –Él la agarró por el tobillo y la atrajo suavemente hacia él.

–Es decir –los ojos verdes bailaron bajo el sol–, hay una regla para ti y otra para los demás.

–Soy el jefe, ¿recuerdas? Para mí no hay reglas.

–Pero no siempre has sido el jefe –se burló ella al cabo de un momento.

De niño, no. Entonces no podía cambiar nada en su vida. Se había sentido tan pequeño e irrelevante como un peón en un tablero de ajedrez. Y la sensación había empeorado después del divorcio, porque sus padres habían estado tan ansiosos por seguir la vida que cada uno había querido sin el otro que se habían olvidado de él.

Probablemente por eso se había sentido tan bien al hacerse rico y poderoso, más fuerte y con más autoridad que todos los que le rodeaban. No abusaba de su poder, pero por primera vez en su vida tenía el control. Se sentía seguro siendo el jefe, y mantenerse seguro significaba mantener su vida libre de cualquier cosa aleatoria o espontánea… Como recoger a una hermosa desconocida en un bar y reservar una habitación de hotel por una noche.

Sin embargo, no podía arrepentirse de aquella noche. No se arrepentía.

Ni siquiera podía arrepentirse por completo de haber aparecido en su apartamento, porque eso los había llevado a la isla. Había llevado a Eden a su cama.

Si de algo se arrepentía era de no haberse despertado primero esa mañana en el hotel. Si lo hubiera hecho, le habría dejado claro que quería que lo suyo fuera algo exclusivo.

La idea de que otro hombre estuviera con Eden, haciendo lo que él había hecho, tocándola, acariciándola, abriendo su cuerpo para él, lo enfurecía. Nunca se había sentido así por ninguna mujer. Posesivo, celoso. Ni siquiera con Franny, la mujer por la que se había peleado con Tiger.

A pesar de lo que había dicho en su momento, esa pelea había sido tanto por la traición de Tiger como por la de ella. Más, de hecho, porque él no había amado a Franny.

Y, sin embargo, cuando volvía a pensar en ello, todo parecía muy lejano, y era difícil ver por qué había sido tan importante. ¿Por qué importaba si Tiger se había liado con una de sus ex hacía una década? En cuanto a Franny, tal vez ella había notado que él no había puesto su corazón en ello.

A Eden le habían hecho mucho daño y también la habían traicionado de la forma más devastadora, pero no había ido tras Liam con el único propósito de arruinarle la vida. Tampoco había

arriesgado lo que tanto le había costado construir para demostrarle al mundo que ella era mejor persona.

Aunque lo fuera.

Desde luego era mucho mejor persona que él. Recordó cuando ella le había dado las gracias por llevarla a la ecografía. ¿Qué pensaría de él si supiera que tenía una hija viviendo al otro lado del mundo? Una hija a cuya ecografía no había asistido. Ni en su nacimiento, sus primeros pasos o en su primer día de colegio.

–No siempre he sido el jefe, no. Y no soy tu jefe, Eden –susurró–. De hecho, te admiro.

–Creía que querías que fuera servil. –Sus miradas se encontraron.

–Las dos cosas pueden ser ciertas a la vez. –Harris tardó varios segundos en poder responder

–Te refieres al gato de Schrödinger. –Ella le sostuvo la mirada y luego se levantó bruscamente–. Estoy de acuerdo, pero quizá deberíamos poner a prueba esa teoría… hasta que estemos seguros.

Después de comer, bajaron a la playa para la prometida expedición a las pozas naturales. De lejos parecían vacías, pero de cerca albergaban una sorprendente cantidad de criaturas marinas.

–Está más abarrotado que Nueva York –observó ella, inclinándose para contemplar la parte inferior de una roca cubierta de espinosos erizos de mar–. Aunque es mucho más tranquilo.

–¿Te molesta la calma? –preguntó él con curiosidad.

–Claro que no. La calma es la medida de mi éxito, ¿recuerdas? O quizá estabas demasiado ocupado atacándome para escuchar lo que decía.

–¿Atacándote? –El corazón de Harris dio un vuelco cuando ella sonrió.

–Esa primera entrevista, con Avery. Estabas tan furioso conmigo…

–Era más por la situación. –Él se detuvo cuando Eden puso los ojos en blanco–. Bueno, sí, estaba furioso contigo. Y conmigo, por no haberme informado de con quién había quedado. «Porque estaba demasiado ocupado pensando en ti», pensó. Ocupado y desolado. Como si hubiera perdido algo valioso–. Por un momento pensé que estaba soñando.

–En mis sueños se me caen los dientes. –Ella rio–. O estoy desnuda.

–Ojalá estuviera en tus sueños –susurró Harris y, cuando sus miradas se encontraron, pensó que nunca se había sentido tan arraigado a la realidad de su cuerpo y a su necesidad de ella.

–¿Por qué crees que los llaman erizos de mar? –Eden volvió a mirar el agua.

–Creo que los nombraron así porque les recordaron a los erizos de tierra.

–Y los llamaron erizos de mar.

–Exactamente. –Él asintió–. ¿Qué?

–Nada. –Ella lo miraba con curiosidad y algo como placer–. Creía que eras ingeniero, no biólogo.

–Me interesa mucho la biología. –Harris la atrajo hacia él.

Era una tarde preciosa. El cielo estaba despejado y soplaba una ligera brisa que hacía brillar el agua. Pero a Harris eso le daba igual. Podría haber estado en medio del desierto. Solo tenía ojos para Eden. Verla en bikini le hacía casi imposible apartar las manos de ella. Así que no lo hizo.

–Deben ser las hormonas. –Ella estaba igual de ansiosa por tocarlo a él.

–¿Estás diciendo que te daría igual cualquier otro? –Harris le apartó el pelo para besarle el cuello, lamiendo la sal, endureciéndose al sentir los escalofríos de anticipación de ella.

–Bueno, cualquier multimillonario con una villa en una isla del Caribe, un *jet* privado y un helicóptero… ¡Ay!

Ella se zafó de sus brazos mientras él le mordisqueaba el tatuaje de la manzana en el hombro, pero volvió a pegarse a él enseguida, presionando su trasero contra la erección.

–Ese no existe. Yo soy el único.

–Mi único. –Eden aleteó las pestañas.

«Sí», pensó él mirándola en silencio, pero mirar no era suficiente. Rara vez lo era, descubrió mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Encontró su boca y la besó apasionadamente.

No le gustaban los mordiscos ni los tatuajes, pero deseó poder marcar a Eden como suya.

–Si sigues tocándome así, vamos a tener que volver a la villa –susurró ella con voz ronca.

–¿Por qué? Es una playa privada.

–No tan privada. –Eden hizo visera con las manos y él siguió su mirada a través del agua hasta donde había un yate anclado–. ¿Tú también tienes uno?

–Sí, pero el mío es mucho más grande.

–¿Le dices eso a todas las mujeres que traes aquí?

–Nunca he traído a nadie aquí. –Sabía que le estaba tomando el pelo, pero él sacudió la cabeza.

Y se sorprendió, porque nunca se le podría acusar de compartir demasiado. Pero Eden le había contado muchas cosas de sí misma y de su vida, y lo único que él le había dado a cambio eran medias verdades sobre su relación con Tiger.

–Este lugar es solo para mí. Y para ti –añadió en voz baja.

Por una fracción de segundo, Harris vio una serie de emociones parpadear en los iris verdes.

–En cuanto al yate, lo uso sobre todo para reuniones de negocios. –Hizo una mueca–. Puede parecer una locura, pero tiene mucho sentido para gente como yo, que trabaja en sectores delicados. Así podemos hablar libremente, lejos de miradas indiscretas.

–Lo entiendo. Al menos no serán fotógrafos. –Eden se volvió hacia él–. ¿O podrían serlo?

–No, ya estarían disparando. –Él sacudió la cabeza–. Sobre todo, si hay una mujer hermosa en bikini.

–Creo que prefieren que las mujeres en bikini sean más resplandecientes. –Ella se sonrojó.

–El brillo es falso. Tu belleza es natural. Solo tocada por mí. –Harris rozó su mejilla con la de ella. Sin maquillaje, el pelo suelto y arena pegada a la piel, Eden mostraba una belleza pura.

Se le ocurrieron varias ideas, pero todas implicarían desnudez y más intimidad de la que ofrecía la playa en ese momento. Miró el yate, conteniendo su irritación.

–Supongo que tienes razón. Practicar sexo al aire libre en una playa delante de un grupo de turistas no es lo más sensato para alguien con una crisis de reputación.

–Antigua crisis de reputación –ella frunció el ceño–, lo que me recuerda que podría echar un vistazo en Internet. ¿Me prestas tu teléfono? ¿Qué? Solo serán dos minutos y me ayudará a relajarme.

–De acuerdo. Dos minutos y luego volvemos a la villa.

Se sentía algo celoso y molesto por tener que competir consigo mismo por la atención de Eden.

–Toma. –Le entregó su móvil y la vio teclear su nombre.

–Pero ¿qué…? –Eden miraba el teléfono como si se hubiera convertido en una serpiente.

–¿Qué pasa? ¿Qué están diciendo?

–No es sobre ti. Es Tiger McIntyre. ¡Se ha prometido!

Harris esperó a la familiar sensación de ira, pero no sintió nada, salvo curiosidad.

–¿En serio? Nunca pensé que fuera de los que se casan. ¿Quién es ella? Espero que sea lo bastante lista para mantenerlo interesado…

–Es una hacker de sombrero blanco, sea lo que sea eso.

–¿Una hacker? –Harris tenía un nudo en la garganta que le dificultaba la respiración.

–Se llama Sydney Truitt. –Eden asintió–. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Ella lo miraba con creciente confusión, y él sabía por qué. Sabía que la conmoción, la incredulidad absoluta, tal vez incluso el pánico que sentía debía ser completamente visible en su rostro. Pero no sabía cómo ocultarlo, porque ella lo había ablandado, le había abierto una rendija, y estaba enfadado, con ella por hacerle eso, y enfadado consigo mismo por permitírselo.

–Nada –contestó a la defensiva. No quería mentir, y no podía mirarla mientras lo hacía, así que fijó la mirada en el yate–. Solo me sorprende que Tiger haya sentado la cabeza.

–No. –Eden sacudió la cabeza–. No cuando te lo dije por primera vez. Solo estabas interesado…

–¿Y qué? Reaccioné tarde.

–A eso me refiero. No reaccionaste. No hasta que te hablé de Sydney.

–Ya no tienes que vigilar mis reacciones, Eden. Tu contrato terminó hace días.

–¿La conoces? –preguntó ella bruscamente, sorprendiéndolo.

–No. –Él sacudió la cabeza, pero, por mucho que desviara la mirada, seguía siendo mentira–. Nunca la he visto.

En la orilla, pequeñas olas barrían la arena antes de retirarse, dejándola inmaculada. Y él deseó poder reescribir su pasado con la misma facilidad. Eden se movió, y a él le entraron ganas de tocarla, pero había algo en su postura, como si tocarla pudiera hacer que se rompiera en pedazos.

–Eso es un poco desconcertante –insistió ella–. Verás, este artículo incluye una declaración de Sydney Truitt según la cual fuiste tú quien le presentó a Tiger.

–Eden…

–¿De qué la conoces? –interrumpió Eden–. Y no me digas que miente.

–No miente. Pero sí está tergiversando las cosas.

–¿Por qué haría eso? –Ella lo miró espantada–. ¿Te acostaste con ella?

–Trabajó para mí –negó Harris con vehemencia–. Por poco tiempo. Solo la vi una vez…

–Entonces, ¿por qué dice que le presentaste a Tiger McIntyre? ¿Por qué harías eso? Lo odias. Me dijiste que no habías hablado con él en años.

–No lo he hecho, y no los presenté. –Aunque, en cierto modo, lo había hecho–. No exactamente.

–Entonces, ¿por qué… por qué iba ella a…?

Harris lo vio primero en los hermosos ojos verdes, su cerebro tropezando con la verdad, la incipiente comprensión de lo que estaba viendo, de lo que él había hecho.

–Ella es la hacker, ¿verdad? A la que pagaste para piratear el servidor de McIntyre.

–Sí. –Él la miró fijamente, observando cómo una serie de emociones desfilaban por su rostro.

No podía mentirle cuando ella lo miraba así. Como si le costara respirar.

Eden se estremeció, sus ojos verdes se abrieron de par en par y, abruptamente, el desfile de emociones se detuvo en la angustia.

–Eden. –Harris sintió que el corazón se le partía. Nunca se había sentido tan desgraciado, tan solo.

–No. –Ella se levantó con dificultad–. Lo que sea que vayas a decir, no te molestes en decirlo.

–Te lo puedo explicar. –Él también se levantó, las manos en alto, porque necesitaba que ella se quedara, que escuchara, que entendiera.

–Seguro que puedes. –Eden se apartó como si él fuera una serpiente–. Los hombres como tú siempre tienen una explicación, y siempre es tan creíble, tan elocuente. Pero no necesito oír más mentiras.

–No voy a mentirte.

–Curiosamente, eso no tiene mucho peso ahora, Harris. –Eden echó a andar con paso torpe–. Porque eres un mentiroso compulsivo. Ni siquiera sabes que lo haces, o tal vez sí, y no te importa…

–Sí me importa. Pero tienes que entenderlo, él me robó, y yo trataba de probarlo.

–¿Y Avery? ¿Lo sabe?

–No, ella no sabe nada. Quedé con Sydney por mi cuenta. Lo sé, fue una estupidez, pero cuando me enteré de que el prototipo era idéntico al nuestro enfurecí –explicó Harris.

–Así que también le mentiste a Avery.

–No mentí, simplemente no le hablé de ello porque…

–Porque sabías que estaba mal. Y te habrían detenido.

–Sí. –Él asintió–. Pero no tenían por qué enterarse. –Odiaba cómo lo miraba, como si viera quién era él realmente–. Tiger juega sucio. Si quisiera engañarme, no lo haría indirectamente. Me está advirtiendo, pero eso es todo lo que es, una advertencia. No importa.

Harris agarró la muñeca de Eden, pero ella no pareció darse cuenta.

–Sí importa. Me importa a mí. –Los ojos verdes lo fulminaron–. Hace semanas te pregunté si había algo que yo debiera saber, que pudiera salir a la luz, y no dijiste ni una palabra. Ni entonces ni después. Y me quedé a tu lado. Pero ¿y si esto sale a la luz?

Cuando llegaron a la villa, ella notó la mano de él en su muñeca, y empezó a tirar de ella.

–Quedaré como una tonta. Mi carrera estará acabada.

–Eso no sucederá. –Él intentó atraerla–. Nunca lo permitiría.

Eden no había sentido náuseas en días, pero volvía a sentirse mal. Harris hacía que todo sonara plausible. Le hizo creer en él porque, al igual que con Liam, ella había querido creer.

–Perdóneme si no confío en su palabra, señor Carver. –Ella miró hacia la playa–. No puedo hacerlo. No puedo estar aquí, con alguien que miente y cree que no importa. –Se acarició protectora el estómago–. Pensé que eras una buena persona. Pensé que eras diferente, pero no lo eres. Eres un mentiroso. Pero ¿sabes qué? –Soltó una carcajada amarga–. Yo también lo soy. No me acosté con nadie más. Lo dije porque estaba enfadada contigo, y asustada. Pero ojalá lo hubiera hecho.

–No digas eso…

–¿Por qué no? Es verdad. No mereces ser padre.

Harris se quedó helado. Eden había querido herirlo como él la estaba hiriendo a ella, pero había supuesto que él reaccionaría, negaría sus palabras o le diría que era una hipócrita además de una mentirosa. Pero él se limitó a mirarla, con una expresión que ella no entendía porque no tenía sentido. Parecía afectado. Atormentado.

–Sí, tienes razón. No lo merezco. Agradezco que hayas tardado tanto en darte cuenta –contestó él lentamente–. Si quieres irte, no te lo impediré. Utiliza el *jet*. –Sus ojos tenían un brillo extraño y por un momento vaciló, como si fuera a decir algo más, luego pasó junto a ella y volvió a la playa.

Capítulo 9

Eden lo siguió con la mirada, con una sensación de opresión en el estómago.

Harris estaba equivocado. Había mentido. A ella. A Avery. Al mundo.

Había puesto en peligro su reputación, otra vez. Y la de ella. Era una mala noticia. Literalmente.

Pero nada de eso parecía importar. Porque ella solo podía pensar en la expresión de su cara.

Gracias a la proximidad al ecuador, el sol ya empezaba a ocultarse. Los primeros días en Saint Barth le había sorprendido que la luz del atardecer desapareciera antes que en Nueva York.

Y en ese momento le daba pánico. Un pánico como el que había sentido en el hospital, cuando su mundo se había expandido para luego contraerse devastadoramente ante sus ojos.

No había nada que pudiera haber hecho para no perder al bebé. Gracias a Harris, lo había aceptado.

Y, al aceptarlo, comprendió la diferencia entre tener voz en el resultado de algo y no tener elección. En ese momento y lugar tenía elección. Y eligió ir tras él. Había dejado junto a la piscina una camisa de lino de Harris, se la puso encima del bikini y bajó los escalones hasta la playa.

Caminó rápidamente por la orilla orientándose con ayuda del reflejo de la luz de la luna en el agua. Pasaron diez minutos hasta que lo vio sentado en la arena, con la mirada fija en las estrellas.

De repente, Eden se sintió frágil y desprotegida. En su habitación, en la cama, se sentía fuerte, *sexy* y perspicaz. Sabía instintivamente cómo le gustaba que lo tocaran. Sabía que, si le acariciaba el

estómago, se le cortaba la respiración y la agarraba de la muñeca como si no controlara del todo las respuestas de su cuerpo.

Le encantaba el poder que él le permitía tener en esos momentos. Le encantaba darle poder a él también. Someterse a las necesidades del otro no era solo afrodisíaco, era un momento compartido de vulnerabilidad y responsabilidad en el que se revelaban y desbloqueaban.

Pero, al verlo allí, sintió flaquear su confianza. Harris parecía bloqueado, y a la vez desolado. Hasta hacía poco, ella no había tenido experiencia para enfrentarse a sus propios demonios, ¿podría ayudarlo a enfrentarse a los suyos? Tenía que intentarlo. Así de sencillo.

Y, en aras de esa sencillez, se sentó a su lado. Él no reaccionó, pero ella sintió cómo se tensaba.

–Cuando fui al hospital, fueron muy amables, pero cuando me dijeron que estaba… –frunció el ceño– que había estado embarazada, me di cuenta de que les sorprendía que yo no lo supiera. Porque yo era una universitaria con trabajo y pareja. Me sentí tan estúpida. No solo por el bebé, también por Liam, y sentí que estaba siendo castigada por mi estupidez. Me sentía la peor persona del mundo. La peor madre –le explicó–. Pero yo no tenía la culpa. No merecía perder a mi bebé.

–Claro que no. –Harris habló, como ella esperaba, rozándole la pierna con el brazo al girarse–. Tampoco te merecías a ese imbécil de novio. –Su perfil parecía sombrío–. Y yo no soy mejor.

–Lo eres, te lo aseguro. Y no soy la única que lo piensa. Avery cree que caminas sobre el agua. Todo tu personal lo cree. Y no, no les he preguntado. En el baño, en el ascensor, escuchaba y no oí una mala palabra sobre ti. Eres una buena persona que hizo algo malo. No eres mala persona.

–Piensas así porque no sabes qué más hice. –Él sacudió la cabeza.

–¿Te refieres a los detalles?

–No me refiero al pirateo. –Harris presionó las manos contra las sienes.

–Harris, no. –Eden se arrodilló frente a él y le tomó las manos.

–No es solo el bebé, al que no merezco –insistió él–. No te merezco. No sé por qué estás aquí.

–Estoy aquí porque no eres el único que mintió. En Nueva York te dije que había tenido otras parejas. Pero no fue así. Tú fuiste el único. Y eso te convierte en el padre de este bebé.

–Y precisamente por eso deberías marcharte –susurró él–. No tengo lo que se necesita para ser padre. Si no me crees, pregúntale a Jasmine.

El silencio que siguió parecía estar en armonía con el cielo cada vez más oscuro y las estrellas.

–¿Quién es Jasmine? –preguntó ella.

Harris no contestó de inmediato, pero ella lo sintió elegir palabras dentro de su cabeza, formar frases que luego desechaba, como había hecho ella tantas veces al intentar contarle a alguien lo del aborto. Y si él necesitaba repasar todas las palabras del diccionario, ella esperaría.

–Es mi hija.

Una hija. Harris tenía una hija.

Él seguía mirando al cielo, pero su boca se tensó y ella supo que todos sus sentidos estaban atentos a su reacción. Estaba sorprendida, pero una parte de ella sentía como si siempre lo hubiera sabido. Tal vez por la forma en que él había reaccionado ante su embarazo. Concentrado y a la vez nervioso. No porque pudiera estar embarazada de él, sino porque podía no estarlo.

Harris regresó al silencio y ella esperó de nuevo, porque aquella frase y todo lo que implicaba merecía ser asimilado sin preguntas apresuradas e intrusivas por su parte.

–Ella podría explicarte qué clase de padre soy, porque no me conoce. Nunca ha hablado conmigo. Ni siquiera sé si sabe cómo soy.

–¿Cuántos años tiene?

–Once.

–¿Dónde está?

–En Tasmania. Vive allí con su madre. –Una pausa–. Y su padrastro.

Hablaba con más calma, pero se notaba un dolor bajo esa calma al decir «padrastro».

–¿Estabais casados? –Eden tenía tantas ganas de que dijera «no» que le dolía la mandíbula, y sintió una mezcla de culpa y vergüenza, pero sobre todo alivio, cuando él sacudió la cabeza.

–Cuando Jessie supo que estaba embarazada, creo que pensó que nos casaríamos, pero yo no quería hacerlo. Al principio, no.

–Pero ¿después sí querías casarte con ella?

Eden lo formuló como una pregunta porque, una vez más, quería que él dijera que no. Pero asintió, y ella sintió cómo el movimiento de su cabeza le atravesaba el corazón.

–No la amaba, pero quería darle seguridad. Demostrarle que podía comprometerme. Pero fue demasiado tarde. Ella ya había abandonado el país, marchándose a casa. –Harris sonrió con conmovedora tristeza–. Tal vez se habría quedado si yo hubiera dado el paso inmediatamente, como debería haber hecho. Pero no lo hice. Así que se fue, y no volví a verla ni a hablar con ella –terminó con voz áspera, con un enfado que ella sabía que era preferible al dolor.

–Lo siento –susurró Eden –. ¿Cómo la conociste?

–Intentaba aparcar su coche y chocó contra el mío. No creo que hubiera hablado conmigo de otra forma. Yo tenía dieciocho años y ella era mayor. Veintidós, creo. Ella no causó ningún daño, pero anotó mi número de todos modos. No pensé que llamaría, pero lo hizo… y era tan fácil hablar con ella, y le gustaban cosas que a las chicas de mi edad no les gustaban.

–¿Te refieres a sexo? –Ella sintió una punzada de celos.

–Sí. –Harris asintió lentamente–. Eso fue todo lo que hubo. Me gustaba, pero era el verano antes de la universidad. No quería nada tan serio. Y ella tampoco. Pero entonces se quedó embarazada.

–Y estás seguro de que…

–¿Es mía? –él terminó la frase–. Hice una prueba de paternidad. Fue entonces cuando Jessie habló de casarse. Tenía cita para una ecografía, pero no fui. No pude. Sabía que era mi bebé, pero no me lo creía de verdad, y sabía que viéndolo en la pantalla me sería imposible negarlo.

–¿Y querías negarlo? –Eden recordó la ecografía de San Martín, y cómo Harris le había tomado la mano con los ojos llenos de emoción

–Sí. –Él volvió a asentir–. Solo quería que todo desapareciera. Y lo hizo. Jessie se fue y yo conseguí lo que creía que quería. –Su voz carecía de emoción–. Me fui a la universidad y me dije a mí mismo que había tenido suerte. Porque sabía que no podría ser marido ni padre.

–¿Por qué no?

–Ya sabes por qué. Tú me lo dijiste. Algunas personas no están hechas para ese tipo de compromisos. Hay que tener suerte, buen juicio o ambas cosas. Mis padres no tenían nada de eso. Se conocieron en la universidad, se emborracharon y tuvieron sexo, y ella quedó embarazada. No tenían nada en común. Ni siquiera a mí. –Harris contempló el agua iluminada por la luna.

–Nunca me lo dijeron, pero creo que siempre supe que había estropeado la vida que tenían planeada. Mi madre iba a ser abogada, pero el embarazo fue muy duro para ella y tuvo que dejar la universidad. Se casaron, pero no recuerdo que fueran felices. Ella estaba enfadada todo el tiempo y mi padre estaba en la Marina pilotando *jets*, así que estaba fuera mucho tiempo. Y luego se hizo astronauta, y ya ni siquiera estaba en el planeta.

«¿Por qué crees que elegir un vacío oscuro y sin vida en lugar de todo lo que hay en la Tierra es un sueño para mí?», le había preguntado en la limusina, y ella aún podía oír la rabia en su voz. Pero en ese momento, también oía el dolor subyacente. Y lo comprendía.

–Me sentía muy solo de niño –continuó él, y la cruda sinceridad de sus palabras descolocó a Eden–. Mi familia no estaba dañada, vista desde fuera, y nadie sabía cómo era para mí en casa.

–Y tú no querías que lo supieran –susurró ella.

–No, no quería. –Sus miradas se fundieron–. Supongo que me daba vergüenza. Como si fuera culpa mía que siguieran juntos y fueran tan infelices. Y en eso pensé cuando Jessie me dijo que estaba embarazada. La infelicidad y la soledad. No podía ver más allá de las similitudes entre la situación de mis padres conmigo y mi situación con Jessie y el bebé, y entré en pánico.

–Tenías dieciocho años, Harris, claro que entraste en pánico.

–Sé que debe parecer una locura, pero estaba desesperado por no repetir los errores de mis padres.

A Eden no le parecía una locura. Se había pasado años persiguiendo una vida que había eludido a generaciones de mujeres de su familia solo para demostrar que era diferente a ellas. Y, como Harris, había repetido exactamente los mismos errores. Solo que estar embarazada de su hijo no se sentía como un error, sino como un maravilloso premio.

–No hice nada. Actué como si no tuviera nada que ver conmigo. Pero en la universidad, solo podía pensar en Jessie y el bebé, así que la llamé, pero no contestó. Le dejé mensajes, pero no contestó y entonces cambió de número, así que fui a su apartamento. Entonces me enteré de que se había ido del país justo después de la ecografía. –Harris volvió a mirar las estrellas–. Me lo dijo su compañera de piso. Había llevado a Jessie al aeropuerto. Solo sabía que Jessie regresaba a Australia para siempre. Cuando ya me iba, me entregó algo que Jessie había dejado para mí. Era un sobre y dentro había una foto. De la ecografía.

Su boca describió una mueca torcida y fría que atravesó a Eden.

–No pude hacer nada. Se había ido. Volví a la universidad y entonces conocí a Tiger. Desde el principio hubo rivalidad entre nosotros, pero también comprendimos que los dos queríamos lo mismo. Me obligaba a esforzarme, y no tenía tiempo para pensar en Jessie o el bebé.

Vaciló y respiró hondo, como si necesitara más aire para terminar el relato.

–Unos siete meses después, de repente, me envió una foto del bebé recién nacido, y ahí comprendí lo que había hecho. A lo que había renunciado. A quién había renunciado. A mi hija. Jasmine.

Eden recordó su desolación cuando Liam le había enviado la foto de su hijo. No había podido comer, dormir, ni siquiera levantarse de la cama durante días.

–¿Quería volver contigo?

–No. –Harris sacudió la cabeza–. Para entonces ya había conocido a Eric. –El nombre sonaba doloroso en su boca–. Pensaría que tenía derecho a ver a la hija que había abandonado. –Cerró los puños con

fuerza–. Creo que sufrí una especie de ataque de pánico. No podía respirar, tenía ganas de vomitar y quería hablar con alguien…

–Tiger. Querías hablar con Tiger. Y entonces lo viste con tu novia. –De repente, todo cobró sentido.

Él asintió lentamente.

–¿Qué hiciste?

–Aparte de pegarle, querrás decir. Nada. No había mucho que hacer. Solo sabía el nombre de Jessie y que había trabajado en un bar de la ciudad. –Se estremeció–. Intenté encontrarla durante años. Incluso ahorré algo de dinero y volé a Australia, pero solo cuando el negocio despegó pude contratar a un detective privado para que la buscara.

–Y la encontraste. Y a Jasmine.

–Eso no cambia nada. –Harris sonaba agotado y ella supo que, aunque era la primera vez que tenía esta conversación con otra persona, la había tenido muchas veces en su cabeza–. Jasmine ya está asentada. Tiene una vida. Un padre.

–Tú eres su padre –susurró Eden.

–Biológicamente, quizá, pero ser padre es mucho más que dejar embarazada a alguien.

–Así es, pero la paternidad no tiene fecha de caducidad. Aún tienes tiempo de ser un padre para Jasmine. Lo sé porque nunca hablé con mi padre hasta que fui mayor que ella.

–¿No formaba parte de tu vida?

–No se quedó cuando supo que mi madre estaba embarazada de mí. –Ella sacudió la cabeza–. Pero un día apareció en la cafetería donde yo trabajaba después del colegio. Mi madre le había dicho dónde encontrarme. Me dijo que solo quería hablar, y me volví loca. Le expliqué adónde podía irse. Pero él no se rindió. Me enviaba tarjetas de cumpleaños, regalos de Navidad y postales, y cuando me separé de Liam y perdí al bebé, él fue la persona a la que llamé. No porque no quiera a mi madre o a mi abuela, pero mi padre tiene otros puntos fuertes. Sabe dejar de lado sus propios sentimientos y era lo que yo necesitaba. Lo hizo soportable, aunque no supiera qué había pasado. Estuvo ahí para mí, y un día tú estarás ahí para Jasmine, y le importarás tanto como ella a ti.

–¿Y si Jessie no me quiere en la vida de su hija? –Harris cerró los ojos unos segundos, como si la posibilidad de que eso fuera cierto le resultara demasiado dolorosa para mirarla de frente.

–No tiene elección, como no la tuvo mi madre. Porque, un día, Jasmine va a querer saber quién eres. Y, si Jessie es como mi madre, querrá que tú estés en la vida de Jasmine. Porque hay sitio para ti en su vida, y en su corazón.

Harris también estaba en su corazón porque lo amaba. Por eso había ido a buscarlo, por eso había accedido a acompañarlo a Saint Barth. Pero era aterrador, demasiado para pensar, mucho menos admitirlo ante ese hombre, que se había vuelto tan necesario para ella como la luna para el mar.

–Eres una buena persona, Eden –susurró él.

–Tú también lo eres. Pero lo más importante es que eres tú. Y los errores que cometas serán tuyos. No los de tus padres. A mí me pasa lo mismo. –Aunque no se había dado cuenta de eso antes. Después de Liam, había asumido que estaba destinada a seguir los pasos de su madre y de su abuela. Pero no había ninguna maldición. Ella era su propia persona, y la mayoría de las mujeres tenían un Liam en su vida, especialmente de jóvenes.

Pensó en Harris llevándola a la ecografía en su helicóptero. Había querido comprobar que el bebé estaba bien, pero también cuidar de ella, hacerle sentir segura y convencida. Y lo estaba, y no solo por el bebé. También se sentía segura de sí misma.

–Los dos debemos recordarlo, y si lo hacemos y seguimos hablando, las cosas saldrán bien. –Eden le dedicó una pequeña y rápida sonrisa–. Somos un buen equipo.

Iba a decir «buena pareja», pero eso tenía connotaciones sentimentales. «Equipo» era una palabra de negocios que podía decir sin revelar la esperanza en su corazón.

–Lo somos. –Harris le sostuvo la mirada y ella vio sorpresa y reconocimiento y algo más…

–Aunque me merezco casi todo el mérito –bromeó ella, para disimular lo que él le hacía sentir.

–Nunca he conocido a nadie como tú. –Él la miró fijamente, y ella sintió que algo caliente, líquido y eléctrico se deslizaba sobre su piel

cuando él alargó la mano para acariciarle la mejilla.

–Probablemente deberíamos volver. –Eden casi gritó de decepción cuando él apartó la mano.

Y su decepción se multiplicó exponencialmente cuando él asintió, pero entonces la agarró del brazo, sus cálidos dedos enroscados alrededor de su muñeca, y el sonido de las olas pareció hincharse y doblar su volumen, o tal vez era el latido de su corazón.

–Edén –susurró Harris mientras tiraba de ella con firmeza, a pesar de que le temblaban ligeramente las manos, y acercó su boca a la de ella.

Su boca era suave, y ella notaba cuánto necesitaba besarla, y lo respiró, saboreándolo, su amor mezclándose con el hambre en el cóctel más delicioso y embriagador jamás inventado.

Eden llevó la mano de Harris a su cintura. El aliento de ella caliente contra la boca de él mientras los dedos de él recorrían su piel desnuda en pequeños círculos concéntricos, y ella no tenía ni idea de cómo algo tan ligero e impreciso podía sentirse tan bien. Los dedos subían hasta los pechos y luego volvían a la cintura, haciéndole sentir un cosquilleo en la piel que ella sabía que él también sentía. Harris se estaba tomando su tiempo, y ella supo que eso era algo más que sexo y cuerpos, y esa necesidad febril que habían sentido antes. Se trataba de cercanía y de dos corazones latiendo al mismo ritmo, fundiéndose en uno solo.

–Te deseo tanto –susurró él.

–Yo también te deseo. –Eden hundió la cara en su cuello, respirando su aroma. Sentía su pulso contra la mejilla, y entonces sus dedos tiraron del cordón del bikini, deslizándolo por su muslo hasta donde ya estaba blanda e inflamada.

–Pues dime qué quieres de mí.

La aspereza en su voz provocó en Eden una descarga eléctrica por todo el cuerpo. De repente se sintió preparada para él. Se retorció hacia delante, torpe, sin importarle su torpeza, apretando su cuerpo contra la forma dura y tensa de su erección.

–Quiero esto –jadeó.

–Entonces tómalo. Tómalo todo. Soy tuyo.

Los nudillos de él rozaron sus labios vaginales una sola vez, pero fue suficiente y ella empujó hacia abajo su bañador, liberándolo en su mano y guiándose hacia él.

Gimió suavemente mientras empujaba contra él. Sus músculos se contrajeron y empezó a estremecerse con un placer sin igual, y unos segundos después Harris la penetró, estremeciéndose hasta que finalmente se detuvo contra ella. Y permanecieron así durante mucho tiempo, la mente en blanco, encajados, abrazados bajo la luz de la luna.

Al día siguiente, su último día en la isla, despertaron temprano por primera vez en días. Hicieron el amor lentamente, tomándose su tiempo, cambiando de posición, con el placer creciendo y haciéndoles caer como las olas del mar. Pero la necesidad que él sentía por ella no cambiaba de ritmo, y a Harris le resultaba excitante y aterrador a partes iguales.

–¿A qué hora volvemos a Nueva York?

Harris miró a Eden, sentada vistiendo una de sus camisas, de la que se había apropiado.

–Cuando quieras –contestó él, inclinándose sobre el colchón para servirle zumo.

–¿Cuando quiera? Creía que la cita para la prueba de paternidad era mañana a primera hora. –Ella lo miró burlona, mostrando sus pequeños dientes blancos.

–Así es. Pero tenemos cierta flexibilidad, así que tú decides.

–¿No eres tú el jefe? –preguntó Eden, mordiéndose un labio que ya le pertenecía a él.

–Ahora me gusta compartir el poder –explicó Harris para ver su reacción. Aunque tal vez fuera cierto, pensó un momento después. Con ella, le gustaba ceder el control. A veces. Como cuando ella se había sentado a horcajadas sobre él en la playa.

¿Era felicidad lo que sentía? Se sentía triunfante cuando lograba un gran contrato y, obviamente, estaba la calma que seguía al sexo, pero nunca se había sentido tan saciado como con Eden. Una

sensación que no tenía tanto que ver con el sexo como con la plenitud y la certeza.

Y era gracias a ella. Ella le había hecho sentirse completo, seguro y más ligero de lo que se había sentido en años, y esperanzado como nunca antes. Eden le había quitado un peso de encima.

Había sentido que había renunciado a cualquier derecho a estar en la vida de Jasmine antes de que naciera y eso le había parecido inalterable. Pero la relación de Eden con su padre le había dado una pista sobre cómo podría cambiar eso. No había perdido a su hija, solo el rumbo al principio del viaje para ser su padre. Y por muchos obstáculos que encontrara en el camino, no iba a renunciar a la oportunidad de encontrar su lugar en el corazón de Jasmine.

Tampoco estaba preparado para poner fin a su relación con Eden.

Sus miradas se fundieron durante un largo rato de silencio y el pulso de Harris se aceleró cuando ella se sentó sobre sus talones y comenzó a desabrocharse la camisa, porque, por supuesto, ella sabía lo que él estaba pensando, y quería.

–Entonces vayámonos esta tarde.

Pasaron el resto del día entre el dormitorio, la piscina y la playa.

El ritmo resultaba natural. Casi doméstico, excepto que eran vacaciones y, como todas las vacaciones, tenían poco que ver con la vida real. Cuando volvieran a Nueva York, ¿qué pasaría?

Al abandonar la ciudad, él se había centrado en no perderla de vista hasta que pudiera hacer una prueba de paternidad. Al llegar al Caribe, había otra pregunta dando vueltas en su cabeza. «Y si yo soy el padre, ¿entonces qué?». Aunque, al menos en privado, había aceptado que Eden estaba embarazada de él, así que ya no existía el «y si…».

Lo que significaba que sus vidas estarían ligadas. Pero ¿cómo?

En el vuelo a Nueva York hablaron de cómo ponerse en contacto con Jessie, y él comprendió una vez más lo mucho que valoraba la opinión de Eden. Y que se había acostumbrado a tenerla cerca.

–Señor Carver, señorita Fennell. –John, el auxiliar de vuelo, sonrió–. El piloto anuncia que aterrizaremos en Nueva York en unos

veinte minutos. Abróchense el cinturón, por favor.

–Podríamos pasar por tu apartamento y recoger lo que necesites y luego ir al mío.

–No hace falta. –Eden abrió los ojos sorprendida–. Puedo improvisar algo hasta mañana.

–Es verdad. No tienes que preocuparte por nada. Haré que recojan tus cosas…

–¿Recoger mis cosas?

Harris percibió su sobresalto, pero se distrajo con el ligero rubor de sus mejillas y las pecas surgidas tras una semana al sol. Nunca había estado tan guapa e, impulsivamente, la besó, endureciéndose al sentir cómo se ablandaba su boca. Había un dormitorio en el otro extremo de la cabina. ¿Podrían…?

–No hay tiempo –susurró ella contra su boca.

–Puedo ser rápido. –Él gimió una protesta.

–No necesitarás serlo si me mudo contigo. –Ella lo miró fijamente–. Es lo que sugieres, ¿verdad?

Él asintió, la necesidad de ella mezclada con alivio porque ella parecía estar de acuerdo.

–Tiene sentido –contestó Harris despreocupadamente, acariciándole la cara.

–¿Qué quieres decir? –Eden clavó sus ojos en los de él, pero había algo vulnerable en su boca.

–¿Qué quiero decir? –No tenía una explicación clara, solo que le parecía la decisión correcta–. Como dijiste, somos un buen equipo. Nos gustamos y el sexo es increíble. Creo que funcionamos.

–Pero yo ya no trabajo para ti, Harris –señaló ella lentamente.

–No he dicho eso –él frunció el ceño–, ni quería decirlo.

–No, has dicho que nos gustamos y que el sexo es increíble. –Ella lo miró tensa.

–Lo dije. Y lo es. –La frialdad de ella hizo saltar chispas en Harris–. ¿Qué tiene de malo?

–Nada, solo que no es…

«No es suficiente», pensó Eden, el estómago rígido por algo duro, frío e implacable.

–¿No es qué? –Harris fruncía el ceño.

–No es lo que esperaba que ocurriera –contestó ella al fin.

–¿Y qué esperabas? –preguntó él–. ¿Volver a tu antigua vida? Tenemos que hacer que esto funcione. Por el bien de nuestro hijo. Eso es lo importante, y sé que estás de acuerdo.

Eden lo estaba. Sabía lo que era vivir siempre consciente de la ausencia de su padre, y cohabitar con alguien a quien solo «le gustabas» sería otro tipo de ausencia. Una ausencia de amor.

En la isla, le había resultado fácil decirse a sí misma que el amor no era una palabra que debiera usarse a la ligera. Mejor dejar que Harris pusiera nombre a lo que sentía que imponérselo, porque estaba segura de que los sentimientos de ambos coincidían. Él solo iba unos pasos por detrás, pero acabaría alcanzándola, la tomaría de la mano y tiraría de ella como siempre hacía.

–Y quiero que esto funcione. –Ella carraspeó–. Pero no podemos lanzarnos a ciegas…

–No lo hacemos –interrumpió él con calma–. Trabajamos juntos durante semanas.

–Trabajamos, no vivimos juntos.

–Acabamos de hacerlo una semana.

–Eso no fue real. –Ella sacudió la cabeza. Necesitaba que él protestara, y lo hizo.

–¿Cómo que no fue real? Comimos y dormimos juntos. Hablamos, reímos, nos divertimos…

Había sido lo más divertido que había vivido ella en su vida. Con Harris había resultado milagroso, extraordinario y hermoso. Y ella había olvidado dónde estaba, olvidado respirar, incluso su propio nombre. Pero no era real. El escalofrío en el estómago se extendió.

–Porque estábamos de vacaciones.

La expresión de Harris cambió, y ella sintió una punzada de culpabilidad. Estaba siendo injusta, pero algo había cambiado entre ellos. Había un pragmatismo incómodo que no estaba en la villa.

–No me había dado cuenta de que te sentías así. –Él la miró fijamente, con sus ojos grises impenetrables–. Pero sí, supongo que

era eso. Y ya no estamos de vacaciones, pero sigues embarazada. Y si es mi bebé el que llevas dentro, no quiero que me excluyas de su vida.

–No lo haré. Pero vivir juntos…

–Impedirá que eso ocurra –interrumpió Harris.

Su voz no era la del hombre que había susurrado su nombre, ni la del hombre que la había envuelto en sus brazos y la había consolado. Sonaba como el CEO impaciente y autocrático que se había presentado sin avisar en su apartamento y la había forzado a acompañarlo a Saint Barth. Los deseos y necesidades de ella habían sido secundarios a los de él. De hecho, serviles. ¿Y en ese momento? Eden se estremeció. Tal vez lo seguían siendo.

–Entonces pretendes que actuemos como una pareja. Esa es tu solución. Mentirle a nuestro hijo. Quieres fingir que nos queremos. –Aunque sería solo mentira por parte de él, comprendió al ver su expresión apagarse. Aquella cercanía, la sensación de estar unidos, no era más que un engaño, un espejismo bajo el sol del Caribe.

–Creo que no es útil plantearlo en esos términos. –Harris sonaba como si estuviera leyendo un guion–. Lo que haremos será encontrar un terreno común y utilizarlo por el bien superior.

En otras palabras, ella no era más que un engranaje de una máquina. Mudarse con él no tenía nada que ver con sus necesidades, sino con crear o simular una dinámica familiar. Sería su compañera, pero ficticia como con Liam, solo que entonces había ignorado el engaño. Esa vez sería cómplice.

–¿Y yo qué? ¿Dónde encajo yo en todo esto? –Su voz se apagó cuando él la miró.

–Eres la madre del bebé.

–¿Y si no estuviera embarazada? –A Eden le costaba preguntarlo, pero tenía que saberlo.

En el pesado silencio que siguió, sintió que su corazón, su estúpido corazón lleno de esperanza, se partía en dos. Lo miró fijamente, asombrada por lo mucho que podía doler el silencio.

El avión tocó tierra con una sacudida y ella se alegró, porque le dio una excusa para agarrarse al reposabrazos mientras intentaba respirar a través del dolor aplastante que sentía en el pecho.

–Nosotros…

–No hay un «nosotros», Harris. –Eden sacudió la cabeza–. Y no voy a mudarme a tu piso. Necesito mi propio espacio.

–No lo entiendo. Te ofrezco seguridad y estabilidad. Una vida con la que la mayoría sueña.

–Y eres muy generoso, pero no quiero solo eso.

–¿Qué más hay?

–Está el amor –contestó ella, mirándolo–. Verás, me gustas tanto como yo te gusto a ti, Harris. Lo sabes, pero lo que no sabes es que también te amo. Y sé que tienes miedo de amar. Lo sé porque yo también tengo miedo, tanto que después de lo de Liam prometí que nunca me acercaría tanto a nadie. Pero no podía no acercarme a ti porque estás aquí… –se dio un golpecito en la frente– y aquí. –Se tocó el estómago–. Pero, sobre todo, estás aquí. –Apretó la mano contra su corazón–. En la villa, pensé que existía la posibilidad de que tú también me quisieras. No te preocupes, sé que no es así. Pero quiero… necesito que me quieras, no solo que te guste. Y no quiero ser un jugador de equipo o actuar por el bien superior. Quiero tener un compañero. Alguien que me quiera por lo que soy y no porque esté esperando un hijo suyo.

–Lo comprendo. –Después de un momento interminable él asintió lentamente–. Y lo siento.

Luego se desabrochó el cinturón, se puso en pie y fue a hablar con el piloto. Ella lo siguió con la mirada, muda de tristeza, preguntándose cómo era posible que en un momento hubieran pasado de hablar de irse a vivir juntos a caer en ese abismo profundo y oscuro del que no había escapatoria.

Más tarde se preguntaría cómo había bajado del avión. No recordaba el trayecto en coche de vuelta a su apartamento. Cuando la limusina se detuvo, él se bajó sin decir palabra, y ella no tuvo más remedio que permanecer a su lado en un silencio incómodo que fue casi tan aplastante como la repentina distancia que los separaba.

–Gracias por llevarme a la villa. ¿Podrías mandarme la dirección de la clínica y la hora de la cita para la prueba y nos vemos allí? –Ya estaba harta de esa nueva y brutal versión de su relación.

–Puedo recogerte.

–No hace falta. –Eden se dio la vuelta rápidamente, porque le dolía demasiado seguir mirándolo, pero, cuando empezaba a alejarse, él le agarró la muñeca y se volvió hacia él, con la esperanza creciendo en espiral en su interior.

–Eden. –Harris miraba al frente, y su voz era ronca.

Y ella supo que iba a decirle que todo saldría bien, que se había precipitado, que no había entendido lo que sentía. Que la amaba y la quería en su vida porque no podía vivir sin ella. Pero…

–Tengo reunión a primera hora, iré por mi cuenta, pero te enviaré un coche. Por favor, acéptalo.

Su voz era tranquila y distante, como si la conversación en el avión nunca hubiera tenido lugar. Como si no hubiera pasado nada entre ellos. Se inclinó hacia ella, le rozó ligeramente la mejilla con los labios, le soltó la muñeca y se dirigió a la limusina. Ella la vio alejarse, igual que su madre había visto alejarse a tantos coches en San Antonio, y, cuando desapareció al doblar la esquina, la oleada de miseria y desesperación que crecía en su interior la engulló entera.

Capítulo 10

Harris corría por la cuesta del circuito que rodeaba Central Park, seguido por su equipo de seguridad. Casi siempre corría antes de desayunar. A veces, como en ese momento, corría tarde, pero no en la calle y no cuando acababa de bajar de un avión.

Jonas, su jefe de seguridad, no había dicho nada cuando le dijo que quería salir a correr, pero sin duda pensaría que su jefe podría haber ido a machacar la máquina de correr de su gimnasio. Pero eso significaría quedarse en el apartamento y él no soportaría hacerlo. No podía estar solo en aquellas hermosas y cavernosas habitaciones vacías que lo atormentaban.

Ella lo atormentaba. Eden. Su edén, del que lo habían expulsado. Y todo por culpa suya.

Resbaló sobre una piedra y se tambaleó.

–Estoy bien. –Harris levantó la mano cuando sus hombres corrieron hacia él.

No quería parar, todavía no. Si se detenía, rememoraría la conversación en el avión, y no quería volver a oír las palabras estúpidas, insensibles e inexactas que habían salido de su boca. Toda esa tontería de encontrar puntos en común y utilizarlos para actuar por un bien superior.

Su mandíbula se tensó. Menudo cobarde mojigato.

Con razón estaba solo. Apartaba a todo el que intentaba acercarse a él. Jessie. Tiger. Eden.

La había dejado marchar. No, la había llevado hasta su puerta, a pesar de que ella se había abierto, a él, le había dicho la verdad y le había ofrecido su amor. Había sido honesta y valiente, pero él estaba demasiado asustado para ofrecerle algo más que estabilidad y riqueza.

Al pasar por otra de las entradas del parque, se giró ante la oportunidad de marcharse. Sería tan fácil dejar que sus piernas lo llevaran adonde quería ir. Al apartamento de Eden. Tentador.

La echaba tanto de menos que le dolían los huesos, pero no tenía sentido. Le había hecho sentir insignificante para él, cuando lo cierto era lo contrario, y cualquier cosa que dijera sonaría forzada e inventada. Lo había estropeado todo, otra vez. Había cometido tantos errores como todos aquellos años atrás, solo que eso era peor, porque Eden acabaría encontrando el amor que buscaba, y él tendría que soportar verla criar a su hijo con otro hombre.

Pero no era solo por eso. Nunca lo había sido, Y no se había dado cuenta hasta entonces.

Era por Eden. Su sonrisa, su fuerza, su inteligencia, su valentía. Y cómo le hacía sentir. Fuerte y seguro. Visto y escuchado. Ojalá pudiera demostrárselo, pero no había ninguna combinación de palabras que ofreciera una solución tan sencilla.

A veces las acciones hablaban más alto que las palabras. Se acomodó a un trote constante.

–¿Va todo bien, señor Carver?

–Pronto, Jonas. –Él se giró hacia su jefe de seguridad–. Llama a Owen, dile que estaremos en casa en diez minutos. Lo necesito listo y esperando. –Sabía, por la expresión de Jonas, que el pánico que sentía debía de notarse en su voz, pero no le importaba. Lo único que le importaba era volver a ver a Eden. Y conseguir que ella le diera una segunda oportunidad. Para ambos.

Después de los cielos abiertos y los mares resplandecientes del Caribe, la ciudad resultaba abarrotada y ruidosa, y Eden se alegró de estar sentada en la limusina que Harris le había enviado. Lo había dudado, pero esa mañana se sentía agotada. Demasiado agotada para resistirse. Miró a través del cristal a la gente que se dirigía al trabajo. ¿Por qué iba a rechazarla? No aceptar la limusina no iba a hacer que Harris la amara. Nada lo haría.

No se había permitido pensar en la horrible conversación en el avión. Quizá nunca lo haría. Su único consuelo era que Harris no

sacaría el tema. Sin duda, se mantendría todo cortés y formal.

Sentía ganas de llorar, y debió de hacer algún ruido porque el conductor la miró por el retrovisor.

–No se preocupe, señorita Fennell, no habrá más retrasos. Llegará a tiempo.

Ella sonrió tensa. En el vuelo a Saint Barth, la cita le había parecido el momento en que recuperaría su vida, o al menos su libertad. Pero, de repente, la libertad solo significaba toda una vida siendo la madre de su hijo. No la mujer que él amaba, quería o necesitaba.

La clínica parecía más un hotel *boutique* que un centro médico. Incluso el personal parecía salido de una pasarela. Se sentó a esperar en un salón con caros sillones de cuero y trató de prepararse para el momento en que volvería a verlo. Ojalá hubiera ensayado su expresión en el espejo.

Aunque, si lo hubiera hecho, habría sido una pérdida de tiempo, porque él no apareció.

La doctora la llamó a la consulta y le ofreció asiento. Con una sonrisa de disculpa, le anunció que la oficina del señor Harris había llamado para comunicar que no podía acudir.

–Entiendo. –En otras palabras, se lo había pensado mejor y había decidido tomarse al pie de la letra su afirmación de que quería espacio. O tal vez intentaba demostrar algo.

–Supongo que aún puede tomar mi muestra de sangre. –Ella se remangó la blusa.

–No será necesario. –La doctora frunció el ceño.

–Entonces, ¿tenemos que hacerlo juntos? –Eden la miró confundida–. Seguro que no es necesario.

–No lo es, pero ese no es el motivo por el que no voy a sacarle sangre –contestó la doctora–. El señor Carver ha cancelado la prueba de paternidad.

–¿Porque no pudo acudir a la cita? –Eden asintió–. ¿Dijo cuándo quería volver a concertarla?

–No lo dijo. –La doctora se aclaró la garganta–. Al parecer, no será necesario.

No era necesario. Como ella.

No supo cómo, pero salió de la clínica. La limusina negra la esperaba y necesitó todas sus fuerzas para esbozar una sonrisa despreocupada y subir.

«Llámalo», se dijo. «Enfréntate a él. Pregúntale por qué no quiere hacer la prueba». Pero solo pensar en oír su voz le producía náuseas.

¿Qué sentido tenía preguntárselo cuando ya sabía la respuesta? Él se había echado atrás. Ella lo había asustado con su charla sobre el amor. Y no podía enfrentarse a otra de esas horribles conversaciones que hacían que el suelo parecía moverse bajo sus pies.

En cualquier caso, había cumplido su deseo, pensó mientras volvía al apartamento. Tenía todo el espacio que quería. Y también tiempo libre.

Tenía que pensar en el bebé y en la vida que le iba a dar. Harris se había echado atrás, pero eso no significaba que su vida tuviera que terminar. No iba a encerrarse en sí misma como había hecho después de lo de Liam. Era una persona diferente, no solo mayor y más sabia. Sabía quién era y estaba orgullosa de todo lo que había conseguido.

E iba a seguir consiguiéndolo, a seguir avanzando en su vida. Incluiría a Harris si él quería. No iba a excluirlo de la vida de su hijo, pero ella establecería los términos, no él.

De momento estaba, si no contenta, satisfecha de relajarse en su apartamento. Compraría un montón de libros sobre el embarazo y se prepararía. Y mientras tanto, iba a ver todos los dramas de vampiros que pudiera. Almorzó y salió a comprar algunas plantas, y luego llamó a su madre, a su abuela y a su padre para anunciarles que estaba embarazada. Todos la apoyaron, y saber que la querían y la apoyaban incondicionalmente en sus decisiones la ayudó a mitigar un poco la tristeza que sentía por la desaparición del padre de su bebé de la faz de la tierra.

¿Por eso se había apuntado a ese paseo para observar las estrellas? ¿Para buscar en el cielo nocturno al hombre que se las había mostrado por primera vez?

Su vecina la había invitado cuando se encontraron en las escaleras. La profesora Paige Geffen era la típica cerebrito, con sus

rizos grises y sus sandalias abiertas, que impartía clases de astrofísica en varias universidades de todo el mundo. Y, cuando estaba en Nueva York, organizaba un paseo mensual al muelle 45 del río Hudson.

No había mucha gente, pero todo el mundo era muy amable y estaban entusiasmados, y ella se alegró de haber ido. Con Liam, había dejado de hacer cosas que le recordaban a él, pero esa vez no lo haría. ¿Por qué limitar su vida de esa manera? Además, era algo que Harris y ella habían compartido y quería poder compartirlo también con el bebé.

Pero allí el cielo no era tan claro como en el despacho de Harris, y desde luego no tanto como el cielo de Saint Barth. Aun así, consiguió distinguir varias constelaciones.

–¿Alguien puede decirme cuál es la luz más brillante del cielo? –preguntó Paige.

–¿El cinturón de Orión? –sugirió alguien.

–Es una buena respuesta, pero no la correcta.

–Es la estación espacial.

El corazón de Eden dio un vuelco. Se giró y su mirada buscó al dueño de la voz profunda y ronca.

Harris. Recostado contra la barandilla de madera, con el mismo aspecto que tenía cuando ella entró en aquel bar. Vaqueros oscuros, cazadora de cuero y aquel rostro hermoso y esculpido, los ojos grises fijos en su cara, como si fuera su estrella polar.

Mientras el grupo avanzaba por el muelle, ella permaneció inmóvil mientras él se acercaba lentamente. Eden no podía apartar la mirada y, por estúpido que fuera, seguía siendo una alegría verlo, a pesar del dolor.

–Barba –dijo ella con voz ronca cuando Harris se detuvo frente a ella.

–¿Qué? –Él frunció el ceño. Luego se tocó la mandíbula–. Sí, hoy no me he afeitado.

Le quedaba bien, pero también lo haría una bolsa de basura. Debería haberse alejado en cuanto lo vio. Incluso un par de metros era demasiado cerca. Ya sentía cómo su cuerpo respondía a su…

–¿Por qué no? –Eden se aclaró la garganta.

–Supongo que lo olvidé.

–¿Por eso no acudiste a la prueba de paternidad? ¿También lo olvidaste?

–No, eso fue por otra razón –contestó él, y había un dolor en su voz que hizo que ella quisiera consolarlo. Pero él no era suyo para consolarlo, se recordó a sí misma.

–¿Qué haces aquí? –Eden dio un paso atrás–. ¿Cómo sabías dónde estaba? ¿Me estás siguiendo?

Eso dolió, más de lo normal. Que no la amara era duro, pero que no confiara en ella era demoledor.

–No, fui a tu apartamento y, como no abriste, llamé al conserje. Me dijo dónde estabas.

–Aún no me has dicho qué haces aquí –insistió ella–. Déjame adivinar: quieres volver a concertar la prueba de paternidad. –Sacudió la cabeza–. ¿Sabes cómo me sentí cuando el médico me dijo que la habías cancelado? Ni siquiera tuviste el detalle de avisarme.

Harris dio otro paso y ella vio que, bajo la barba incipiente, estaba pálido y tenía manchas oscuras bajo los ojos. Una vez más, sintió el estúpido impulso de abrazarlo. «No es mío», se dijo.

–Lo sé. –Parecía tan desdichado como cuando le había hablado de Jasmine–. Y lo siento. –Exhaló con dificultad–. Quería llamarte. Quería verte, no para hablar de la prueba, sino porque te echaba mucho de menos. Pero sabía que estaba siendo egoísta, que solo lo hacía por mí y que, si te veía o hablaba contigo, te haría daño.

–Ya me has hecho daño. –Eden alzó la voz, y los observadores de estrellas se volvieron hacia ella.

–Lo sé –repitió Harris–. Y odio haberlo hecho. Odio haber sido tan cobarde.

–Bueno, pues yo te odio a ti.

–¿De verdad? Quiero decir, entendería que lo hicieras –aseguró él con voz temblorosa.

–No es justo que aparezcas así, Harris –ella sacudió la cabeza–, haciéndome sentir cosas que no quiero sentir…

–Pero quiero que las sientas, porque yo también las siento.

Considerando todo lo sucedido, Eden pensaba que lo estaba haciendo bien. Sí, había pensado en él. Se había preocupado por él.

Se había preguntado dónde estaría y qué estaría haciendo, pero no se había pasado cada segundo llorando, rabiando. Pero en ese momento quería hacer ambas cosas.

–No hagas eso. No digas cosas que no sientes.

–Las digo en serio. –Harris parecía agotado y desgarradoramente hermoso, pero el corazón de Eden no podía volver a romperse.

–¿Y por qué iba a creerte?

–Porque no puedo mentirte, Eden. Puedo mentir, y he mentido, a cualquiera. Incluso puedo mentirme a mí mismo, pero no puedo mentirte a ti. Me rompe –añadió él con voz ronca.

–Dijiste que solo era la madre de tu bebé.

–Sí, lo dije, pero luego volví al apartamento y lo odié. Odiaba que no estuvieras allí, y odiaba que me importaras, pero no podía contenerme, así que salí a correr por Central Park. Quería ir corriendo a tu apartamento y decirte que estaba equivocado y que te amaba, pero tenía miedo de que me rechazaras. No dejaba de pensar en todas las personas a las que había apartado y en todas las veces que me habían rechazado, y tenía miedo de no saber amar y de hacerte más daño del que ya te había hecho, y yo no quiero hacerte daño.

Sus ojos grises eran fieros, y más brillantes que cualquier estrella.

–Y entonces me di cuenta de que no había palabras que pudieran demostrar que te amo. Tenía que mostrártelo. Por eso no me presenté a la prueba de paternidad. No necesito pruebas de que soy el padre de nuestro bebé. Te amo, y querré a nuestro bebé, y quiero que los tres seamos una familia. ¿Podremos hacerlo, Eden? ¿Podremos ser una familia? ¿Me dejarás cuidarte? ¿A los dos?

Eden lo miró fijamente, con el pulso convertido en un fuerte ruido sordo y el corazón desbordado de un amor que era igualado, si no superado, por el que había en la voz y en la mirada de Harris.

–Me gustaría. Me gustaría mucho –susurró ella, acercándose a él.

Respirando con alivio, Harris la estrechó contra su pecho y pegó la frente a la de ella. Había tenido la sensación de estar luchando por su vida. Y así había sido, porque Eden era su luz y su oxígeno,

mirándolo con esos hermosos y suaves ojos verdes, aferrándose a él como si nunca quisiera dejarlo ir.

–Sigo teniendo miedo –confesó él, porque no podía mentirle. Pero ella no se apartó. Lo abrazó con más fuerza, para que él sintiera su corazón latir al compás del suyo.

–Yo también tengo miedo, pero queremos estar juntos.

–Sí. Sí. –Harris asintió, y ella sonrió.

–No va a ser siempre fácil, pero queremos que funcione y somos un buen equipo. –Eden le llevó la mano hasta el estómago.

–No somos un equipo, somos compañeros… –él le rozó la boca con los labios– y amantes –la besó suavemente– y almas gemelas.

Intensificando el beso, la besó hambriento, ambos perdidos y encontrados en ese abrazo.

Epílogo

La luz era diferente allí arriba, pensó Eden mientras frotaba la mejilla contra la almohada. En el tríplex neoyorquino de Harris, a doscientos metros sobre la ciudad, era suave y milagrosa. Como la forma en que Harris la tocaba.

Estaba a su lado, apoyando su musculoso cuerpo en el antebrazo, sus dedos recorriendo su cuerpo como siempre, con una mezcla de reverencia y compulsión. Recorriendo la turgencia de sus pechos. Acariciando la curva de su cadera y deslizándose hacia el calor resbaladizo entre sus muslos, como ella quería.

Eden se quedó sin aliento cuando el dedo de él se detuvo sobre el pulso que latía allí. Siempre latía allí, igualando el pulso de su corazón. Harris estaba allí con ella. El hombre al que amaba y que la amaba, pensó cuando él la besó con avidez.

–¿Tenemos tiempo? –murmuró él contra su boca.

–Sí…

Solo era una palabra, pero estaba cargada de anhelo e intención, y, al ver cómo se le dilataban las pupilas, su necesidad le hizo imposible quedarse quieta. Eden se pegó más, y el aire se le escapó de los pulmones cuando la punta de la erección se deslizó dentro de ella y se hundió hasta que ya no quedó adónde ir. Las manos de Harris la moldeaban para encajarla contra él mientras respiraba agitadamente. Al igual que la primera vez, fue asombroso e incomparable y correcto, y ella no era más que calor y placer tembloroso y vacilante recorriéndola en oleada tras oleada estremecedora.

Después, la besó allí donde la había tocado, antes de acercarla para que ella pudiera sentir los latidos de su corazón superponiéndose a los suyos.

Harris era suyo. No solo física y emocionalmente, sino también legalmente.

Se habían casado un mes después de volver de Saint Barth, en una ceremonia pequeña y tranquila, perfecta en cada detalle, desde el sencillo vestido blanco de seda de ella hasta la emoción en la voz de él cuando pronunció sus votos en presencia de sus padres. Los cuatro. En una habitación juntos. Además de la abuela de Eden, por supuesto.

Todos parecían un poco aturdidos de estar allí, pero también felices y agradecidos.

Ella le apretó los hombros y sintió una oleada de amor y orgullo ferozmente protectora al recordar la conmoción ante su belleza al verlo esperándola en la entrada de la sala.

Tenía el aspecto que debía tener un novio. Alto, rubio y tan arrebatadoramente guapo con su traje oscuro que la secretaria del registro no había parado de distraerse. Había parecido un sueño cuando él le apretó la mano, como si también necesitara asegurarse de que aquello era real, de que ella era real.

–¿En qué estás pensando?

Eden levantó la vista. Harris la miraba fijamente a la cara mientras le acariciaba el vientre.

–En el día de la boda. En lo guapo que estabas y en lo afortunada que me sentía, que me siento. –Ya podía hablar sin miedo a revelar demasiado, porque no se guardaba nada. Dejarle ver lo mucho que lo deseaba y necesitaba seguía siendo aterrador, pero también embriagador y necesario.

–Soy yo el afortunado. –Harris le acarició la mejilla.

Ella sintió las palabras, la verdad, resonar en su interior, y solo pudo asentir, porque siempre había pensado que eso les ocurría a otras personas, a otras mujeres. Que para ella siempre sería una meta inalcanzable.

–Te amo –susurró.

–Lo sé. –Harris le sostuvo la mirada largo rato. Lo sabía, pero aún era nuevo para él, y le gustaba oírlo, y a ella decirlo. Le gustaba ver cómo su mirada se suavizaba.

Un grito. Pequeño pero imperativo.

Ambos se giraron, clavando sus ojos en el monitor para bebés de la mesilla de noche.

En la pantalla, el bebé se movía, levantaba los pies y extendía las manos sobre la cabeza. Unos rizos dorados le enmarcaban la cara y sus ojos verdes brillaban a la suave luz de la mañana. Lanzó otro grito experimental como el maullido de un gatito, probando el sonido, midiendo su poder y luego, como si estuviera satisfecha con los resultados, su rostro se llenó con una sonrisa, idéntica a la que se dibujaba en el rostro de Eden.

Carina, su hija, había nacido hacía casi tres semanas. El parto había sido largo y agotador, agravado por el pánico que se había apoderado de ella al romper aguas repentinamente. Su plan de parto había sido desechado. Las velas perfumadas no se encendieron. Sus canciones favoritas no sonaron. Nada de su lista llegó al hospital.

Excepto Harris, y eso era lo único que importaba. Lo único que ella necesitaba.

Y él había estado allí todo el tiempo. Recibiendo al bebé de la comadrona y poniéndolo sobre el vientre de Eden para que pudiera sentir los latidos del corazón de su hija, sus lágrimas mezcladas con las de ella mientras le murmuraba al oído palabras confusas de amor y alegría.

Habían pasado muchas cosas antes del nacimiento de su hija. Además de casarse, Harris se había puesto en contacto con Tiger McIntyre y, tras hablar por teléfono, habían quedado con él y con Sydney. Había sido un encuentro angustioso. Tiger estaba tan tenso y nervioso como Harris y, por un momento, mientras se miraban con recelo, había parecido un error. Pero entonces Sydney había agarrado la mano de Eden y le había dicho que iban a ser amigas pasara lo que pasara entre sus maridos, y los habían dejado solos.

Eden casi había esperado volver y encontrarlos tirados, ensangrentados en el suelo del salón de Tiger, idéntico en escala y estilo al de Harris. Pero cuando las dos mujeres volvieron de una mañana de cócteles y masajes, los dos hombres estaban tirados en los sofás, bebiendo cerveza y jugando a un juego de disparos como si estuvieran de nuevo en la universidad.

En cuanto al prototipo, resultó que no había habido robo de IP. Como había ocurrido tantas veces en el pasado, simplemente habían tenido la misma inspiración.

–Sabes que hablamos de que Tiger y Sydney fueran los padrinos de Carina –le recordó ella, acariciándole la maravillosa mandíbula–. ¿Qué te parece si se lo pedimos hoy durante la comida?

Harris desvió la mirada del monitor a su mujer.

Eden. Tenerla en su vida era como vivir en el paraíso. La tensión que había sentido en su interior durante tanto tiempo se había desvanecido. Su mente estaba relajada de placer, pero lo suyo, ellos dos, eran mucho más que sexo. A pesar de la tranquilidad que reinaba, sabía que Eden lo oía y veía. También sabía que, incluso cuando estaban separados, ella pensaba en él. Pensaba en cuándo volvería a verlo y en las cosas que le preguntaría y le contaría.

Saberlo era, para ambos, un consuelo y una necesidad, un norte magnético que los centraba. Una estrella polar que combinaba la atracción de la luna y el calor del sol.

Y solo era el principio. Eden le había dado mucho más. Le había ayudado a empezar a crear algo parecido a una relación con sus padres. Y luego estaba Tiger. En el momento de la reconciliación, había sentido alivio y gratitud hacia Eden y Sydney. Su amistad se había convertido en un colega-romance, para diversión de sus esposas.

No tenía ni idea de cómo lo había hecho posible Eden. Solo pensar en el hombre que había sido, el que habría seguido siendo si nunca se hubieran conocido, le hizo abrazarla con fuerza. Porque tenía suerte de haberla encontrado y sabía que no había otra como ella.

Era su igual. Compañera y musa, porque su presencia parecía estimular su cerebro tanto como su cuerpo, de modo que el negocio se aceleraba como una sonda solar.

Y Carina… Su preciosa hija. La había visto todos los días de su vida. Era un milagro. Una bendición. Y le encantaba ser un padre implicado.

–Yo también lo había pensado.

–Y podríamos permitirles hacer de canguro. –Eden lo besó y él sintió su sonrisa en los labios–. Para que Tiger practique un poco antes de que Sydney tenga el bebé. Puedes darle algunos consejos.

–Aún estoy aprendiendo.

–Así es. Pero tienes un talento natural.

Eden rodó sobre él después de echar una ojeada al monitor. Harris no desvió la mirada, porque ella estaba a horcajadas sobre él y sus pechos estaban allí, llenos de leche y…

–Hola, Carina. –Del monitor surgió una voz infantil con acento australiano y una risita.

Eden rio y él gimió suavemente antes de sonreír, una sonrisa grande y bobalicona. Porque esa era otra cosa que tenía que agradecer a su esposa. Jasmine también estaba en su vida.

Contactar con Jessie había sido un gran paso, pero Eden había estado a su lado. Jessie se había mostrado cautelosa al principio, pero, siguiendo el consejo de Eden, él le había dejado marcar el ritmo y, cinco meses atrás, Jasmine había volado a Nueva York con Jessie y su marido, Eric.

Al principio, le había dolido que su hija llamara papá a Eric. Pero por fin se lo llamaba a él también, y eso estaba bien porque, como le había recordado Eden, dos cosas podían ser ciertas a la vez. Y cada vez que veía a su hija mayor, sentía fortalecerse la conexión, no solo con él, sino también con Eden. Y cuando nació Carina fue Jasmine quien eligió el nombre de su hermanita, escogiendo su constelación favorita en el cielo nocturno.

–¿Puedo llevaros a Carina? Por favor. Tendré cuidado. –Jasmine miraba esperanzada a la cámara.

–Sí, pero acuérdate de sujetarle la cabeza.

–Lo sé, papá.

–Será mejor que me vista –susurró Eden mientras se ponía una bata.

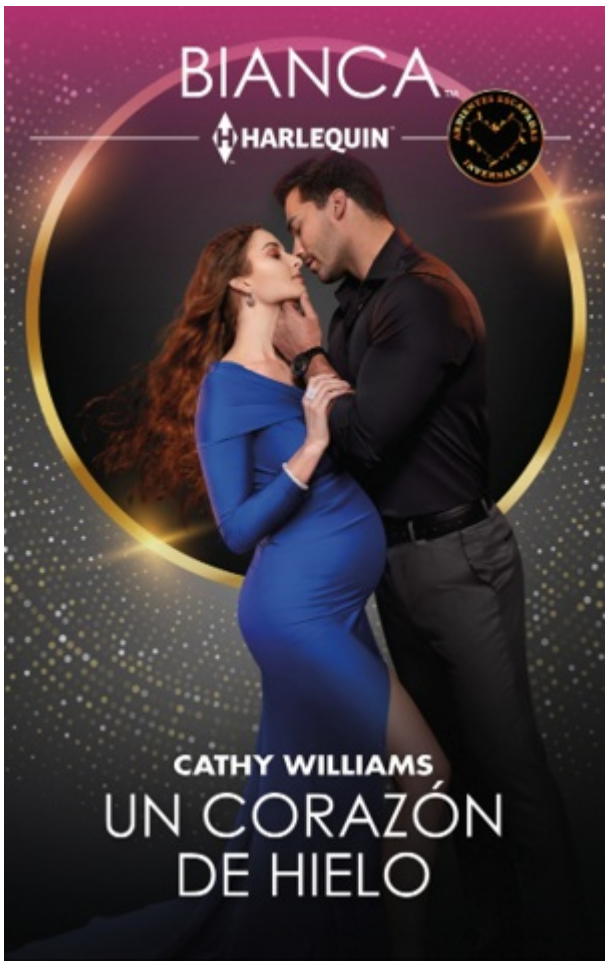
–Supongo que sí. –Harris le acarició la mejilla–. Te quiero. Me encanta esto.

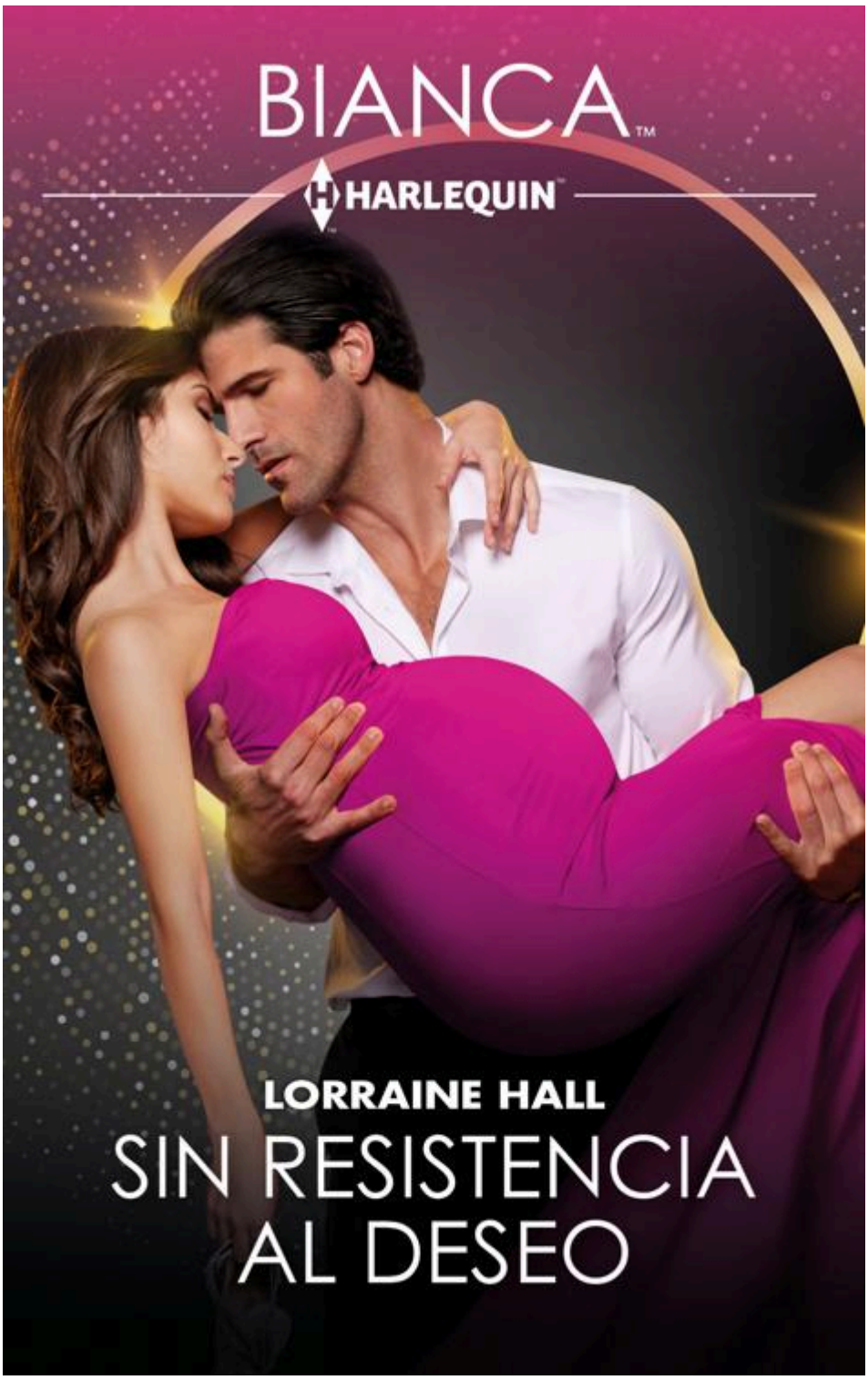
–A mí también. –Ella lo abrazó y lo besó apasionadamente y, por un momento, solo hubo el cálido contacto de sus labios y la presión de sus cuerpos, hasta que Jasmine entró en la habitación, con su

hermanita en brazos, y se convirtieron en la familia que ambos siempre habían deseado ser.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




BIANCA™
HARLEQUIN
LORRAINE HALL
SIN RESISTENCIA AL DESEO

Portadilla

BIANCA™

LORRAINE HALL

SIN RESISTENCIA AL DESEO

HARLEQUIN™

Prólogo

Rebecca Murphy nunca se había sentido tan feliz de volver a su hogar, aunque el camino hasta la casa de sus padres fuese un poco accidentado y, por lo tanto, doloroso para su pobre cadera destrozada.

En fin, había pasado por el quirófano y por meses de rehabilitación para volver a caminar. Regresar a casa era lo más sencillo.

Y la finca Desmond era su hogar. Su familia no era adinerada, propietaria de fincas que pasaban de generación en generación, pero ella entendía bien la historia de esa tierra y de los caballos, y aquel era su sitio.

Le gustaba pensar que, a pesar de su modesta familia, eso era lo que Patrick Desmond había visto en ella.

Rebecca sonrió.

Patrick le había prometido un anillo de compromiso cuando saliera del hospital. Y también que anunciaría oficialmente el compromiso. Aunque Rebecca no sabía cómo se tomaría la noticia su padre. Los Desmond la conocían bien y apreciaban a su familia. Incluso habían ayudado a financiar su candidatura para el equipo de equitación en los Juegos Olímpicos.

Un sueño roto ahora.

Rebecca no quería pensar en el dolor, tanto físico como emocional. Todo saldría bien. Sería la esposa de Patrick Desmond y se entregaría por completo al papel. Sería todo lo que él… todo lo que ambos deseaban.

Le indicó al conductor que la dejase en la casa principal en lugar de en la casita de sus padres, junto a los establos. Patrick podría llevarla luego hasta allí y compartir la feliz noticia. Con suerte, eso

aliviaría la preocupación de sus padres por su recuperación y por la pérdida de todos sus sueños.

Y quizá más que eso. Ella necesitaba algo positivo que la impulsara. Algo que esperar con ilusión. Si no contase con la promesa de Patrick, regresar a casa con su sueño olímpico destrozado podría haber acabado con ella.

Rebecca llamó al timbre y sonrió cuando Maeve abrió la puerta.

–¡Ay, nuestra pequeña Rebecca! –gritó la mujer abrazándola–. De vuelta a casa, donde tienes que estar.

Ella deseaba creerlo desesperadamente. Sí, su sitio estaba allí. En la finca Desmond, al lado de Patrick. Tal vez nunca volvería a montar profesionalmente, tal vez pasarían años antes de que pudiera subirse a un caballo de nuevo, pero tendría una vida nueva y diferente.

–¿Está Patrick aquí? Me gustaría hablar con él.

–Ah, Patrick. –Maeve apartó la mirada–. Supongo que no has ido a ver a tus padres, ¿no?

–No, antes quería…

Tachar aquello de la lista, seguramente. Tener una buena noticia que darles.

Pero, antes de que pudiese interpretar la extraña respuesta de Maeve, Patrick apareció en el vestíbulo.

–Maeve, pensé que ibas a…

Su voz se apagó al verla. Se detuvo en medio del pasillo con su elegante traje de chaqueta, perfecto.

Y sorprendido.

–Rebecca.

No sonrió. No se acercó a ella. Se quedó mirándola como si fuera un fantasma.

Y, de repente, Rebecca sintió que estaba en el sitio equivocado. En el peor momento. Lo cual era ridículo.

–Te envié un mensaje.

–No… –Patrick miró hacia atrás–. No deberías haber venido. Aún no. Necesito… yo…

–¿Pat?

Era una voz de mujer. Una que Rebecca no reconoció.

Apareció un segundo después. Una rubia esbelta con tacones altísimos y un vestido de color pastel que probablemente costaba más que alimentar a los caballos de la finca.

Llevaba un anillo en el dedo anular. Brillante y reluciente, parecía hacerle guiños mientras rodeaba a Patrick con un brazo.

–¿Quién es? –preguntó sonriendo alegremente.

–Cariño –dijo Patrick, tomando su mano. Delante de ella–. Es Rebecca, la hija de nuestro entrenador de caballos.

«La hija de nuestro entrenador de caballos».

Rebecca miró a Maeve, pero la mujer había bajado la cabeza y se miraba los zapatos. Allí pasaba algo raro y, aunque en el fondo Rebecca sabía lo que era, no parecía capaz de asimilarlo.

–Ah, la que casi fue a los Juegos Olímpicos.

La rubia sonrió y Rebecca se sintió aún peor porque no parecía decirlo con mala intención. Tal vez no sabía cuánto le dolía ese «casi», cuántos sueños había destrozado.

Siempre sería una atleta «casi» olímpica. Para siempre.

Rebecca no podía articular palabra. Se quedó completamente inmóvil, mortificada, intentando asimilar lo que estaba pasando.

–Sé que has sido una buena amiga para Patrick, sobre todo tras la muerte de su madre. Tienes que venir a la boda.

«La boda». Rebecca miró a la mujer, a Patrick y de nuevo el anillo que llevaba en el dedo.

No su boda, sino la de ellos.

–Qué amable –logró decir por fin–. Seguro que será preciosa. ¡Enhorabuena!

Sonriendo, la mujer le dio un beso a Patrick.

–Bueno, podéis poneros al día, pero no tardéis mucho. Necesito que hagas de mediador entre mi madre y yo cuando elijamos las flores.

Después de dedicarle una sonrisa a Rebecca se dio la vuelta y desapareció.

Patrick se quedó inmóvil, mirándola con gesto abatido.

–Lo siento. Yo… mi padre… Bridget es la elección correcta.

–Claro que sí. –Rebecca intentó sonreír–. Que seas feliz, Patrick.

Luego se dio la vuelta. Quería correr, pero no podía hacerlo sin lastimarse la cadera. Así que caminó.

Y lloró durante todo el camino a casa.

Capítulo 1

No tienes que ir.

Rebecca se miró en el espejo.

–Pero quiero hacerlo.

Había gastado más dinero del que debería en el vestido, pero no iba a dejar que la etiquetasen como «la criada».

Su familia había sido invitada a la boda porque los Desmond eran leales con sus empleados, aunque no quisieran que Patrick se casara con la hija de uno de ellos.

No iría a la ceremonia, pero sí al banquete. Y decidió divertirse. No les daría la satisfacción de pensar que Patrick le había roto el corazón. Y las pocas esperanzas que le quedaban.

Tenía el orgullo de su padre y la terquedad de su madre. Al menos, eso era lo que decía todo el mundo, de modo que iría al banquete. No lloraría. No huiría. Tenía que ser fuerte.

Patrick se había casado y todos sus sueños habían muerto. Había luchado durante esos meses para encontrar una nueva ilusión. Aún no lo había logrado, pero lo lograría… de alguna manera.

Se dirigió con paso tranquilo hacia la zona del jardín en la que tenía lugar el banquete. La temperatura era agradable y parecía como si Patrick y Bridget hubiesen encargado una preciosa puesta de sol.

Rebecca mantuvo la cabeza alta. Sonrió, saludó, bebió el champán que le ofrecían los camareros y evitó a los novios como a la peste. Buscaría a Hank o a Sullivan, empleados de los establos, para bailar con ellos, solo para que la viesen. Solo para demostrar que estaba bien.

Eso era precisamente lo que estaba haciendo cuando se encontró cara a cara con la última persona a la que quería ver.

–Señor Desmond.

Rebecca intentó sonreír. El padre de Patrick siempre había sido amable con ella. Nunca le había hecho pensar que desaprobaría una relación con su hijo hasta el punto de buscarle una esposa mientras ella estaba en el hospital operándose de la cadera y haciendo rehabilitación.

–Rebecca –dijo el señor Desmond, con su cálida sonrisa de siempre–. Espero que lo estés pasando bien.

–Claro que sí. ¡Menuda boda ha organizado!

–Ah, eso es obra de la novia y su familia.

Luego se aclaró la garganta y miró alrededor. No se disculpó. En cambio, se inclinó para hablarle al oído.

–Os conozco bien a los dos. Es mejor así, Rebecca.

Con delicadeza, con los mejores modales. Cuando los últimos seis meses habían sido una puñalada tras otra.

Y, aun así, Rebecca sonrió como si no pudiera estar más de acuerdo.

–Por supuesto, señor Desmond. Es mejor para todos.

Observó cómo su mirada se posaba en su cadera. Sin duda, pensando que su inversión en ella no había dado frutos.

–Diviértete, Rebecca –dijo antes de alejarse.

Maeve y su madre la miraban con ojos tristes desde el otro lado del jardín, de modo que siguió sonriendo.

No podía escapar, pero podía esconderse. Había muchos sitios en los que esconderse. Allí, en el jardín, o en el bosquecillo, era donde Patrick y ella habían pasado la mayor parte del tiempo. No había visto quién era en realidad. El amor la había cegado.

Siempre fuera de la casa. Él nunca la había querido dentro, donde su posición como hija de un empleado podría dejar una mancha.

Había árboles, setos y bancos que quedarían en sombra cuando el sol se ocultase en el horizonte. Solo tenía que encontrar uno para intentar calmarse. Luego buscaría más champán y a algún guapo desconocido como pareja de baile. Alguien en quien descargar sus penas. Había muchos hombres guapos en la fiesta.

En realidad, no esperaba que un hombre así la encontrase, pero media hora después, sentada en un banco entre los árboles,

escondida entre las sombras, un hombre se detuvo a su lado.

Era todo lo opuesto a Patrick. Alto y corpulento, de pelo y ojos oscuros. Llevaba un caro traje de chaqueta, como los demás invitados, pero tenía una elegancia innata, decidió Rebecca.

Y le gustaba.

–Me temo que tendrás que buscar otro escondite porque este está ocupado –le dijo al desconocido, esbozando una sonrisa irónica.

–¿No podrías compartirlo?

Su voz era oscura, aterciopelada. No del todo suave, pero tampoco áspera. Con un acento que no lograba identificar y que provocó una oleada de calor por todo su cuerpo.

Dios, necesitaba algo de calor. Algo en qué pensar aparte de su maltrecho orgullo.

–Eso depende –dijo Rebecca–. ¿De qué te escondes?

–De una mujer que cree que sería perfecto para su hija –respondió él–. Es una pesadez tener que lidiar con madres depredadoras. ¿Y tú?

Lo preguntaba como si de verdad tuviese interés y Rebecca no quería pensar en Patrick ni en su flamante esposa. No quería pensar en nada más que en esa atracción emocionante hacia un desconocido oscuro y misterioso, de modo que intentó esbozar lo que esperaba fuese una sonrisa enigmática.

–No sé si debería intercambiar secretos con un desconocido.

Él esbozó una media sonrisa que le pareció extrañamente cautivadora.

–Theo –se presentó, ofreciéndole su mano.

Y, en ese mismo instante, Rebecca decidió que no quería ser ella misma esa noche. No quería ser la atleta dedicada ni la ingenua que había creído que algún día sería la señora de la casa.

Quería algo más. Incluso un nombre diferente.

–Becca.

Diferente, al menos.

–¿Lo ves? Ya no somos desconocidos.

Theo tomó su mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos.

Y a Rebecca le gustó. Era un beso casto al que, sin duda, la gente de su posición estaba acostumbrada, pero sus ojos no se apartaban de los de ella mientras rozaba apenas sus nudillos.

Una oleada de excitación la recorrió. Nunca había tenido esa reacción ante un hombre y era como un antídoto para el dolor.

Y quería más.

–Quizá incluso podríamos resolver nuestros problemas –sugirió sin apartar la mano.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo podríamos hacerlo? –preguntó él, visiblemente interesado–. ¿Vas a compartir tu banco conmigo?

–Tal vez. –Rebecca se levantó–. Pero, primero, creo que deberíamos bailar.

Theodorou Nikolaou no había planeado divertirse en la boda de Patrick Desmond. Solo había ido para apaciguar a su padre y quizá también para tomarse un respiro de los problemas.

Ese tipo de eventos eran más del gusto de Atlas Nikolaou. Codearse con la gente, hacer contactos. La actitud alegre y despreocupada de su padre hacía que los inversores se desprendieran fácilmente de su dinero.

Theo solía encargarse de los detalles en el despacho. Su padre lo llamaba *katharistís* porque había pasado la mayor parte de su vida adulta solucionando los desastres que él organizaba.

Pero el infarto del mes anterior había dejado a Atlas en casa últimamente. Por suerte, su cuarta esposa estaba encantada de atender todas sus necesidades. ¿O era la quinta? Era difícil llevar la cuenta, ya que su madre no era ninguna de ellas.

Por desgracia, ahora que tenía que quedarse en casa para recuperarse y para «encontrarse a sí mismo», Theo se había convertido en el centro de atención. Ahora era la imagen de la Banca Titan, el conglomerado financiero de su padre.

A Atlas le gustaba ser la imagen de su empresa. Y le encantaba que las mujeres se le insinuaran, como podían atestiguar sus cuatro o cinco esposas. Theo prefería elegir antes que defenderse de una horda de cazafortunas. Desconfiaba de los halagos, del interés y de

los bonitos paquetes con poco contenido. Prefería tener el control antes que ser el centro de atención. Había pasado la mayor parte de su vida adulta evitando precisamente eso.

Theo miró a la joven con la que estaba bailando. Era muy guapa y podría encontrar la forma de sacarle el máximo provecho a aquella aburrida fiesta.

Becca no daba la impresión de saber quién era y él no era tan diferente a su padre como para no disfrutar de esa recién encontrada joya.

–¿De qué conoces a la feliz pareja? –preguntó.

Tal vez si pudiera descifrar cómo encajaba en ese escenario podría determinar si sabía quién era o no.

No era famoso exactamente. Su padre tenía más renombre, pero debido a su personalidad desbordante, a su dinero y a su afición por los numerosos matrimonios, había mucho interés en su único heredero, aunque fuese un hijo ilegítimo.

Theo prefería a las mujeres que no mostraban interés por su dinero o su apellido.

Su compañera de baile miró hacia la pareja de recién casados.

–¿Crees que son felices? –preguntó pensativa.

A él le parecían como cualquier otra pareja el día de su boda. Sonrientes, emocionados. ¿Era de felicidad o por el momento? No lo sabía y no le importaba.

–Son ricos y jóvenes. ¿Por qué no iban a ser felices?

Ella rio, un sonido bajo y ronco, como un trago de buen *whisky* irlandés. Era una chica interesante. No muy alta, pero ágil, con cuerpo de atleta, aunque no imaginaba en qué deporte encajaría.

Su tez era tan suave como su sonrisa, pero había algo debajo de esa suavidad. Un toque de ironía, de burla. Estaba en su risa, en la forma en que miraba a su alrededor, como si estuviera riéndose de todo aquello.

Le parecía un reto y le gustaba.

Ella lo miró entonces esbozando una sonrisa, sus ojos azules llenos de posibilidades.

Theo no había planeado una cita, pero no era de los que rechazaban una perspectiva tan interesante. Sobre todo, si ella no

sabía quién era y no buscaba fama o dinero.

De modo que la apretó un poco más. Sus cuerpos se rozaban y el intenso calor que se desplegaba en su pecho intensificaba el rubor de sus mejillas. Theo deslizó una mano desde su cadera hasta su espalda, donde el vestido era tentadoramente inexistente.

Deslizó los dedos por su espalda desnuda y sonrió cuando ella se acercó un poco más, provocándolo, invitándolo.

Estaban cada vez más cerca. Incitándose el uno al otro con el roce de sus cuerpos, sus manos, sus miradas maliciosas. Hasta que Theo estuvo duro y dolorido, listo para algo más que una mera provocación.

Sonriendo, inclinó la cabeza para hablarle al oído:

–He alquilado una casa en el pueblo. Podríamos ir allí.

–¿Dónde? –preguntó ella sin mirarlo.

Theo se lo dijo.

Becca asintió, levantando la mirada por fin.

–Nos vemos allí.

Capítulo 2

Si era un error, Rebecca estaba decidida a disfrutarlo. Y se alegró de que no pareciese un revolcón solo por venganza.

No, en realidad estaba emocionada. No pensó en Patrick cuando Theo abrió la puerta de la casa, sino en el roce de esas manos en su espalda mientras bailaban y en el olor de su cara colonia.

Pero había algo más en ese encuentro… naturalidad, autenticidad.

Tal vez fuese una reacción al desmoronamiento de su vida, pero no lo hacía por eso, sino por ella misma.

–¿Puedo invitarte a una copa? –preguntó él con esa voz baja y ronca, tan masculina.

Muy cortés, pero Rebecca decidió que no quería cortesía. No quería paciencia ni control. Quería desprenderse de todo aquello a lo que se había aferrado, segura de que eso le daría la vida que deseaba.

Quería ser audaz, temeraria. Quería ceder a todos sus impulsos en lugar de luchar contra ellos… para conseguir un mejor salto o la ridícula aprobación de Patrick.

–No, gracias –respondió mirando la sala de estar, decorada con buen gusto. Lujosa, pero acogedora. Solo era una casa de alquiler, así que en realidad no importaba–. ¿Por qué no te has alojado en un hotel?

–Me gusta mi privacidad –respondió él, girándose para mirarla.

Y ella estaba harta de la charla intrascendente. Había ido allí por una razón, con un objetivo.

Sin dejar de mirarlo, alargó una mano hacia atrás y empezó a desabrocharse el vestido. Él no se movió mientras se lo quitaba, pero sus ojos se encendieron mientras permanecía allí, de pie, como

un dios de bronce, furioso y vengativo. Pero ella sabía que no era ira lo que se reflejaba en su rostro.

Era deseo.

Rebecca se deshizo del vestido. No llevaba sostén y las bragas dejaban poco a la imaginación.

Ella no era tímida, pero nunca se había permitido ser tan atrevida. Tal vez nunca volvería a serlo, pero esa noche lo era. Estaba decidida y cuando estaba decidida era peligrosa.

Su decisión se vio recompensada cuando él se acercó, murmurando algo en un idioma que no reconoció. Y no tenía fuerzas para descifrarlo cuando puso las manos sobre su cuerpo.

Todo su cuerpo pareció suspirar de alivio. Como si él fuera el antídoto a su sufrimiento. Como si hubiera algo especial en compartir su cuerpo con un desconocido.

Entonces la besó y fue una revelación. Era diferente a todo lo que había experimentado. Un beso carnal, sin vacilación, sin cautela.

Se abalanzó sobre ella. La tomó. La conquistó. Su boca era dura, pero sus labios eran suaves. Exigía, y ella aún tenía suficiente espíritu de atleta como para disfrutar satisfaciendo cada exigencia, para esforzarse al máximo y darlo todo hasta el objetivo final.

Y mientras su boca encontraba nuevas e ingeniosas maneras de excitarla, sus manos hacían lo mismo. Moviéndose sobre ella, moldeándola. Y Rebecca hizo lo mismo. Levantó una mano para desabrocharle la camisa y apartarla de sus anchos hombros.

Un gemido escapó de lo más profundo de su garganta. Podría ser un atleta él mismo. Su cuerpo era duro, musculado, un testimonio de fuerza masculina. Rebecca dejó que sus manos se deleitaran sobre esos músculos mientras él acariciaba sus pechos, provocándola hasta dejarla sin aliento.

Tenía intención de quitarle los pantalones, pero él la tomó en brazos y avanzó con paso decidido por la casa. La llevó a una habitación oscura y la tendió en una cama que olía a jabón de lavar.

Esperaba que se tumbase a su lado, rápido y seguro, que se apresurase, pero no lo hizo. Rebecca se incorporó sobre los codos, algo confundida, pero él encendió una lámpara, llenando la habitación de una luz tenue.

Se quedó allí, al pie de la cama, recorriéndola con la mirada.

–Quítate el resto de la ropa.

No lo formuló como una pregunta. Su tono no admitía discusión. Era un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que las obedeciesen. Rebecca estaba acostumbrada a recibir órdenes, tanto en el trabajo como en su antigua vida como amazona, pero también las daba. Creía en la reciprocidad y la igualdad.

Aun así, se quitó las bragas de encaje, quedando completamente desnuda, esperándolo, sin exigirle nada en absoluto.

–Eres un regalo –murmuró él, con tono de admiración.

Esas palabras aterrizaron en su pecho, donde no debían. Las palabras de un desconocido no podían, no debían importar.

Theo se colocó sobre ella, acariciándola con las manos y la boca, explorando cada centímetro de su cuerpo y llevando su deseo a un punto álgido hasta que Rebecca se encontró suplicando.

Él rio sobre su cuello y entonces, por fin, la tocó donde ella necesitaba que la tocase.

–Ah, sí –murmuró–. Te gusta suplicar, ¿verdad?

La acariciaba mientras hablaba, y Rebecca se apretaba contra él, desesperada. Tanto que no estaba segura de que le importase lo que él dijera o lo que ella misma hiciese.

«Sí, por favor. Más».

El orgasmo la atravesó como si cayera a un abismo. Interminable. Impenetrable. Solo el abrumador flujo y reflujo de un placer tan nuevo, tan extraordinario que no estaba segura de si alguna vez volvería a respirar del todo.

–*Theos mou* –musitó él–. *Omorfiá mou*. Qué tesoro he encontrado en Irlanda.

Cuando se apartó, Rebecca intentó retenerlo, pero él abrió un cajón y sacó un preservativo que se puso con destreza antes de separar sus piernas y colocarse entre ellas.

Rebecca tuvo un momento de pánico, pero entonces Theo se enterró profundamente dentro de ella y… nunca sería suficiente. Nunca.

Como solo tenía experiencia con un hombre, no tenía mucho con lo que comparar, pero el sexo con Patrick había sido bueno.

O eso creía. Resultó que solo lo creía por inexperiencia.

Porque aquello no era un momento de placer y un leve escalofrío. Aquello lo abarcaba todo. De eso hablaban esas novelas que a su madre le encantaba leer.

Fuego, locura, desesperación. No necesitaba saber nada de aquel hombre para disfrutar de cómo parecía dominar su cuerpo, de cómo convertía las chispas en fuego, el placer en éxtasis. La forma en que encajaba en su interior como si estuvieran hechos para unirse. Sus manos eran ásperas, su mirada feroz y un poco salvaje, pero cada embestida era controlada, con un propósito.

Y cuando llegó el clímax fue como cuando estaba saltando un obstáculo sobre el caballo, cuando nada tocaba el suelo, cuando estaba prácticamente volando. Era esa libertad, esa emoción adictiva de no saber qué podría pasar después.

Y no le importaba. El placer explotaba, la envolvía. Y sus ojos oscuros estaban clavados en los de ella, dos carbones encendidos de perfecta libertad.

De repente, Theo la colocó sobre él, todavía asentado profundamente dentro de ella, pero en un nuevo ángulo igualmente perfecto.

Rebecca dejó escapar un suspiro, mitad placer, mitad diversión, todo asombro.

¿Quién era aquel hombre? ¿Quién era ella?

Él pasó una mano sobre las cicatrices de su cadera. Ya no sentía dolor, pero el reverente roce provocó un extraño cosquilleo. No era dolor ni placer, sino una extraña sensación de… entrega.

Theo siguió moviéndose con ese ritmo inexorable, despiadado, al borde de la libertad. Al borde de todo lo que ambos deseaban. Pero él llevaba el control. Rebecca quería correr hacia adelante, y él no la dejaba.

Él rio cuando dejó escapar un gemido de frustración.

–Tan impaciente…

Luego murmuró unas palabras en ese idioma desconocido que sonaban exóticas y románticas.

Y como estaba impaciente, a pesar de todas las cimas que ya había escalado, Rebecca buscó algo que rompiera su ritmo. Su

control.

Clavó las uñas en su hombro y él empujó más profundamente dentro de ella. Luego clavó los dientes y el gruñido masculino fue tan primitivo que provocó un escalofrío por todo su cuerpo.

Las ásperas manos se convirtieron en pinzas sobre sus caderas, sus embestidas salvajes, gloriosas, perfectas. Rebecca gritó, estremeciéndose de gozo.

Y entonces, de repente, estaba debajo de él.

Ya no había risas, sino ferocidad. Solo existía la carrera hacia el objetivo y ella disfrutaba de ese ritmo frenético hasta la explosión final… justo al mismo tiempo que él.

Theo se desplomó sobre ella y Rebecca, aplastada entre el colchón y el duro cuerpo masculino, no se sentía del todo real. Tras unos instantes, él se apartó, ambos convertidos en poco más que masas palpitantes.

Podría haberse ido entonces, una vez que recuperase el aliento. Podría escabullirse de la cama, tomar su vestido y sus tacones y desaparecer.

Pero cuando intentó ser la mujer sofisticada que no era, acostumbrada a encuentros de una noche, él se incorporó sobre un codo para mirarla, con unos ojos oscuros, feroces y emocionantes.

–No, *omorfiá mou*, aún no he terminado contigo.

Y eso sonaba maravilloso.

Ella se había ido por la mañana.

Theo tenía la extraña sensación de no saber qué hacer con eso, cuando él sabía qué hacer con todo.

Siempre.

Por suerte, no tenía que preocuparse por eso. Se iría aquel mismo día. De vuelta a Atenas, al trabajo y a lidiar con la nueva actitud de su padre.

Era mejor no tener que soportar una conversación incómoda. No le interesaban las bonitas sirenas irlandesas más allá de un fugaz encuentro.

Una vez cubiertas sus necesidades, volvería a Atenas para atender sus negocios y olvidarse por completo de la encantadora irlandesa de pelo alborotado y ojos tristes.

Sí, se olvidaría por completo de Becca.

Estaba seguro.

Capítulo 3

Cuatro meses después

Rebecca no se olvidó de Theo. Lo intentó, pero su recuperación le impedía montar a caballo y el feliz matrimonio de Patrick se cernía sobre la finca como un fantasma. Bridget Desmond era ahora la señora de la casa y estaba haciendo cambios.

Rebecca no podía quitársela de encima, ya fuera en las cuadras junto a su padre o charlando con una amiga en el pueblo. Todos querían hablar de la simpática y elegante Bridget.

Y eso era lo peor. Era simpática, amable y elegante. Encajaba en la finca Desmond como si hubiera nacido para ser su dueña.

Rebecca se sentía enferma. A veces, estaba casi segura de haber contraído algún tipo de virus, pero luego se sentía mejor durante unos días y tenía la certeza de que podría seguir adelante con su vida… solo para despertar de nuevo con náuseas unos días más tarde.

De modo que no dejó de pensar en su noche memorable con Theo, porque había sido memorable. Tanto que parecía un sueño, algo que no era real.

Pero si esa noche había sido posible, tenía que haber más posibilidades para ella ahí fuera. No tenía que seguir obsesionada con el estirado y desleal Patrick Desmond.

Desearía tener la presencia de ánimo de ligar con alguien del pueblo. Alguien que pudiera distraerla o, al menos, hacer que pareciese como si hubiera pasado página.

Pero ¿qué hombre podría hacerla sentir como Theo? Eso era muy revelador.

Podría indagar en la lista de invitados y averiguar quién era.

¿Y luego qué?, se preguntó. ¿Lo llamaría sin más? Claramente, no vivía en Irlanda.

Frustrada, Rebecca se sentó en el suelo del baño, sin saber si debía intentar levantarse o no. Las náuseas le hacían la vida imposible.

Tendría que ir al médico, como su madre decía. Por supuesto, esperaba que le recomendase un psiquiatra por ser patética e incapaz de superar su desamor, pero no era solo que estuviera desilusionada por Patrick o por no haber podido acudir a los Juegos Olímpicos. Era más bien como estar… atrapada. Hundida en un atolladero del que no podía salir. No podía porque no tenía un objetivo.

Y necesitaba uno. Necesitaba…

–Rebecca…

Su madre estaba en la puerta del baño, pero ella la despidió con un gesto.

–Estoy bien, mamá. Debo haber pillado una gripe o algo así. Iré al médico, pero seguro que no es nada.

La expresión de su madre se volvió sombría mientras daba un paso al frente.

–No creo que sea una gripe, cariño.

Y entonces hizo algo que en ese momento le pareció una locura.

Le ofreció una prueba de embarazo.

–Señor Nikolaou.

Theo no levantó la vista de la hoja de cálculo. Su ayudante, Dmitra, con suerte captaría la indirecta de que no era el momento, a menos que fuese algo muy urgente.

Pero no captó la indirecta.

–¿Recuerda esos mensajes extraños que hemos estado recibiendo?

Theo siguió concentrado en la montaña de trabajo y de problemas. La codicia de Atlas y su astucia para los negocios se habían transformado en una loca necesidad de ser caritativo, como

si así pudiese comprar su entrada en el cielo ahora que sabía que tenía un corazón defectuoso.

Theo se frotó las sienes. Prefería cuando su padre era un pícaro descuidado. No porque disfrutase de su imprudencia, sino porque entonces tenía el control total de Titan. Las ganancias aumentaban y Atlas le dejaba encargarse de todo mientras él se dedicaba a pasarlo bien. Ahora, en cambio, su padre estaba convocando reuniones y provocando un millón de problemas que él tenía que solucionar.

–No recuerdo ningún mensaje –dijo Theo irritado.

–Los mensajes personales –explicó Dmitra, visiblemente incómoda, algo que no era habitual en ella.

Theo frunció el ceño. No había tenido tiempo para asuntos personales en cuatro meses porque el recuerdo del último encuentro seguía grabado en su mente. Aunque tampoco tenía tiempo para eso.

Pero ahora que Dmitra mencionaba esos mensajes recordó…

–Ah, sí. Esa persona que quería ponerse en contacto conmigo. ¿Qué ocurre?

–Al parecer, ella ha decidido ponerse en contacto… en persona.

–¿Ella?

Una mujer entró en su despacho entonces. Una mujer de piel clara, pelo castaño rojizo y brillantes ojos azules. Una mujer a la que reconoció al instante. Theo se quedó mudo por un momento, completamente paralizado.

–Becca.

Ella estaba allí, en su despacho, la sirena irlandesa a la que no había podido olvidar. Tanto que, aunque lo había achacado a la avalancha de trabajo, no había estado con otra mujer desde entonces.

Ella dio un paso adelante.

–Cuando me dijiste que te llamabas Theo, no se me ocurrió que era la abreviatura de Theodorou Nikolaou, heredero de la fortuna Nikolaou.

Theo quiso creerlo, pero tenía sus dudas.

–Y, sin embargo, aquí estás.

–Sí, en Grecia. –Ella rio, pero su risa sonaba extrañamente amarga–. ¿Quién iba a decir que acabaría viniendo aquí?

Theo no sabía qué pensar de ella o de ese deseo de extender la mano y tocarla, pero, fuera lo que fuese, no quería hacerlo delante de su ayudante.

–Yo me encargo de la señorita…. –Theo se dio cuenta de que no sabía su apellido–. Yo me encargo de esto.

–Por supuesto.

Dmitra se retiró a toda prisa y Theo observó a la mujer a la que no había podido olvidar. Llevaba un jersey enorme, más adecuado para el clima de Irlanda que para el de Grecia, y el pelo recogido en un moño.

Theo recordaba perfectamente cómo sus manos se habían enredado en ese pelo tan bonito. El recuerdo lo había perseguido, debía admitirlo teniéndola delante, con ese calor infernal recorriendo su sangre como un buen licor. Pero su repentina aparición después de tantos meses no podía ser un buen augurio para ninguno de los dos.

La potente atracción por una mujer con la que había pasado una sola noche meses atrás lo frustraba, así que hizo lo que mejor sabía hacer. Se centró en el problema en cuestión y dejó de lado sus propios deseos y necesidades.

–¿Qué haces aquí?

Entonces ella hizo algo incomprensible: se llevó una mano al vientre y acarició un bulto que antes no había estado allí.

–¿Recuerdas haber usado preservativo la noche que estuvimos juntos? Porque me temo que pudo haber un pequeño contratiempo en algún momento…

No fue la vergüenza lo que hizo que se levantase para cerrar la puerta del despacho de golpe, sino lo bien que recordaba esa noche. Y, si lo pensaba un poco, incluso el contratiempo al que ella se refería.

La había poseído una y otra vez, enloquecido. No le importaba nada más que sentirla y, por un momento, se olvidó de todo.

Lo cual era inaceptable, obviamente, y se sumaba a su frustración. ¿Por qué estaba allí? No podía estar diciendo…

–No estoy seguro de que este sea el sitio adecuado para mantener esta conversación.

–Quizá no lo estoy haciendo bien.

Rebecca se llevó una mano a la frente. Parecía cansada y estaba un poco pálida.

Y tan guapa como siempre.

Pero esos ojos, directos y potentes, se encontraron con los suyos mientras pronunciaba unas palabras que tardó unos segundos en entender.

–Estoy embarazada. El hijo es tuyo, ya que no he estado con nadie más. Como no pude conseguir el número de tu móvil, y decírtelo a través del correo electrónico de tu empresa me parecía mal, he venido a decírtelo en persona.

A Theo le daba vueltas la cabeza.

–¿Y esperas que te crea?

La expresión de Rebecca se endureció.

–No espero que lo hagas, pero tampoco lo necesito. Solo he venido a decírtelo porque creo que debes saberlo.

–Afirmas que soy el padre del hijo que esperas.

Theo no permitió que las palabras formasen una imagen, que penetrasen de verdad. En parte porque estaba total y absolutamente trastornado.

Ella puso los ojos en blanco.

–Eso he dicho y ahora lo sabes. Yo he cumplido con mi deber, así que… adiós.

Theo se colocó frente a la puerta, más por instinto que por otra cosa. No podía soltar esa acusación y luego despedirse como si no importara.

–Esto es una locura.

–Llamarlo locura me parece un poco excesivo. ¿Una sorpresa inesperada? Sí, desde luego, pero no he venido aquí a discutir. –Rebecca se encogió de hombros–. Pensé que debías saberlo, pero no necesito tu ayuda y tampoco necesito que te involucres.

Theo intentó entender lo que decía. Había ido desde Irlanda para decirle que él era el padre de su hijo, pero no iba a exigirle nada.

Tenía que ser una trampa. ¿Por qué si no habría ido hasta allí? Sabía que tenía dinero y quería una parte. Como todas las mujeres de las que se enamoraba su padre, que solo buscaban joyas y regalos. Pero, aunque debía ser una artimaña, no estaba del todo convencido.

Theo respiró hondo, intentando calmarse.

–¿Y si yo quisiera involucrarme? –preguntó.

Ella frunció el ceño ligeramente.

–Entonces, supongo que tendremos que averiguar cómo podría funcionar eso. Yo no voy a irme de Irlanda… –Rebecca miró alrededor–. Aunque probablemente tú puedes viajar cuando quieras.

Sí, claro que sí. Pero eso no tenía nada que ver con un hijo.

Un hijo. Potencialmente, su hijo. Pero no quería pensar en eso. Primero, había detalles que debía resolver y, como todo en su vida, necesitaba manejarlos con calma. Solo entonces podría lidiar con sus sentimientos.

–Soy un hombre rico, Becca. Aunque decidiera creerte, considerando que no sé nada de ti salvo que eres irlandesa, necesitaré pruebas para seguir adelante. Para…

Solucionar aquel desastre.

Nunca se había planteado ser padre. Para eso, habría tenido que considerar primero la idea de casarse. Y aunque su padre hacía que el matrimonio pareciese algo fácil y desechable, Theo no lo veía así. Él no era tan despreocupado.

Se exigía demasiado a sí mismo y tenía el listón muy alto para su futura esposa. Y, por el momento, no había conocido a nadie que se acercase a lo que él deseaba.

Miró fijamente a la mujer que decía estar esperando un hijo suyo. No la conocía, de modo que no había forma de determinar si podría estar a la altura.

–Entiendo que quieras pruebas, pero me da igual –dijo ella entonces, sacudiendo la cabeza. No parecía alterada. Solo cansada, pero segura de sí misma–. No voy a hacerme ninguna prueba, no tengo por qué. He dicho lo que tenía que decir y ahora me voy.

–Pero has venido hasta aquí.

–Porque no podía ponerme en contacto contigo. Esta era la única forma de seguir adelante y ya está hecho. He visto Atenas, te he dicho lo que tenía que decirte y ahora puedo irme a casa con la conciencia tranquila.

–¿Y el hijo que esperas?

Rebecca se llevó una mano al vientre en un gesto protector.

–Será mi hijo.

Tontamente, Theo se preguntó si su madre habría hecho eso alguna vez, llevarse una mano al vientre y llamarlo «mi hijo».

No, estaba claro que no. Lo había parido y se había desembarazado de él como si fuera un cachorro indeseado. El silencio de su madre a lo largo de los años, mientras disfrutaba de su vida como miembro de la realeza, lo había dejado claro.

Pero no tenía por qué quedarse en el pasado cuando su presente, quizá su futuro, estaba frente a él. Becca, con las manos acunando al bebé que esperaba.

Un hijo ilegítimo. Abandonado por su padre.

No, el ciclo no se repetiría.

–Quiero saber si el bebé que esperas es mío y, si lo es, será mi hijo.

–¿Qué significa eso? –preguntó ella.

–Significa que vamos a hacer una prueba de ADN.

Porque él estaba acostumbrado a solucionar cualquier desastre.

Y ese sería el primer paso.

Capítulo 4

Rebecca no tenía ni idea de cómo terminaría aquello. Había considerado un millón de situaciones diferentes una vez que decidió ir a Grecia. Incluso había pensado que un hombre como Theodorou Nikolaou podría proponerle matrimonio. Los ricos eran muy susceptibles con los herederos y cosas así. Y también estaba preparada para amenazas y exigencias de pruebas de paternidad.

Podía rechazar una descabellada proposición de matrimonio y no necesitaba pruebas cuando ella sabía la verdad. Podía criar a un hijo sola. En resumen, prefería eso a tener que lidiar con un desconocido.

Criar sola a su hijo no era una perspectiva terrible, ya que ella había tenido una infancia maravillosa. Sus padres la ayudarían. Le gustaba su vida, más o menos, y esperar un hijo le había dado… bueno, algo de miedo, pero le gustaba la idea de tener alguien a quien proteger, guiar, querer.

Y sin un hombre de por medio, no tendría que preocuparse de llegar un día a casa y encontrarlo comprometido con otra persona. Su hijo la necesitaría y no podía permitirse el lujo de dejar que nadie le rompiese el corazón.

Estaba la cuestión del dinero, y el problema que ese viaje había supuesto para sus ahorros, pero tenía un trabajo estable, una familia estable. Podrían sobrevivir.

La idea de que Patrick y Bridget la juzgasen por estar embarazada la hizo reflexionar. No podía mentirse a sí misma. No le gustaba pensar que podría tener problemas económicos o poner a sus padres en esa situación.

En cualquier caso, saldría adelante. Sola. Incluso si Theo no reaccionaba como ella quería.

Pero temía no saber cómo manejarlo. Era preocupante que la reacción de su cuerpo ante aquel hombre no se viese afectada por el tiempo, las circunstancias o el embarazo.

Aun así, no quería hacerse ninguna prueba, aunque comprendiera por qué él la querría o incluso la necesitaría. Quería irse a casa, con el deber cumplido. Quería pensar que su hijo no tenía padre. Solo estaban ella y su bebé. A salvo.

En lugar de eso, Theo la llevó en un coche a lo que supuso debía ser un consultorio médico. Al parecer, los ricos siempre tenían un médico a mano para ese tipo de situaciones. Sin duda, aquel no era el primer susto de Theo.

Claro que esperaba que fuese el primer susto que terminaba en un hijo. No le gustaría ser una de tantas, o que lo fuese su hijo.

–¿Cuántas pruebas de paternidad les has impuesto a las mujeres, Theo? ¿O debería llamarte Theodorou?

–Parece que tú serás la primera, Becca.

Becca era la persona que había creado durante esa noche de pasión. Pero Rebecca tenía que lidiar con las consecuencias de la temeraria Becca.

–Rebecca.

–*Syngnó-mi-?*

Lo preguntó en griego. Él era griego, por supuesto. Y multimillonario. Sus vidas no se parecían en nada. Él era incluso más rico que los Desmond.

Y ella era…

–Me llamo Rebecca Murphy.

Daba igual. Becca no era tan diferente, pero en ese momento sentía la necesidad de anclarse en la realidad. Era Rebecca Aoife Murphy. Antigua amazona, actual moza de cuadra.

Esperando un hijo con un griego multimillonario.

–Dijiste que te llamabas Becca –dijo Theo, como si fuera una acusación.

–Sí, es cierto –asintió ella–. Porque quería ser otra persona esa noche. Pero una persona no puede convertirse en otra de repente, ¿verdad?

Él miró por la ventanilla sin decir nada. Su expresión era afilada, dura, indescifrable. Le parecía imposible haber pasado una noche con ese desconocido y sin embargo…

Entendía por qué. Era tremendamente atractivo, poderoso. Había algo en él que la hacía sentir… más viva que nunca.

Rebecca suspiró.

–No importará lo que diga esa prueba.

No permitiría que él trastocase su vida. ¿Su hijo? Sí. ¿Él? De ninguna manera.

–Sabré si es mío –dijo Theo con tono sombrío, feroz.

De una forma que ella casi admiraba. Porque se sentía fervientemente protectora del niño que crecía en su interior y tal vez era bueno que él sintiera lo mismo.

Y supuso de dónde provenía esa ferocidad porque había intentado averiguar todo lo posible sobre Theo.

Su padre era un conocido banquero de inversiones, bullicioso y amigo de la prensa sensacionalista, pero nunca se hablaba de su madre. El rumor no era tanto que estuviera muerta, sino que nunca había formado parte de su vida. Theo era hijo ilegítimo, pero había crecido como el protegido de su padre, con un número constante de madrastras o en internados. Sin madre a la vista. De modo que tenía sentido, supuso, que un hijo fuese importante para él.

Desearía que fuera un imbécil despreocupado que no quisiera saber nada del asunto, pero, si dejaba a un lado sus sentimientos y era práctica, no estaba nada mal que un multimillonario quisiera involucrarse en la vida de su hijo. Le ofrecería una vida sin problemas económicos… ¿y no sería eso algo extraordinario?

Además, Theo era… arrebatador. Algo despertaba en ella cuando la miraba y el único lugar en el que había sentido eso era a lomos de un caballo.

El coche se detuvo, pero no en el sitio que ella esperaba. No era una consulta médica, sino una casa de aspecto moderno y líneas definidas, de un blanco brillante, medio escondida entre los árboles para dar la ilusión de cierta privacidad en medio de la bulliciosa ciudad.

Pero Rebecca estaba nerviosa. Tenía el terrible presentimiento de que nada volvería a ser igual después de que bajase del coche.

Claro que su vida ya había dado un vuelco. Todo había cambiado, de modo que dejó que la ayudara a salir del coche.

Por un momento, ambos se quedaron allí, en la acera, la mano de él en la suya, rodeados por el cálido aire griego como una burbuja. Se miraron el uno al otro y Rebecca tuvo que admitir que seguía habiendo una intensa atracción entre ellos.

Como si esa noche no hubiera sido algo aislado, fruto de su decepción con Patrick. Como si hubiera sido algo más. Algo tan especial y tan único como le había parecido en ese momento.

Theo soltó su mano y ella lo siguió al interior de la casa sin decir nada. No quería seguir pensando en esa sensación.

–El médico llegará enseguida para hacer la prueba –dijo él, haciéndole un gesto para que entrase–. Puedes descansar en una de las habitaciones hasta que llegue. Una vez hecha la prueba, esperaremos aquí los resultados.

–Supongo que tienes un médico a tu disposición a cualquier hora.

–En efecto –asintió él.

La llevó a una habitación blanca e impersonal, pero la cama parecía blanda y no le importaría echarse una siesta. Su mirada pasó de la cama a él, y sus pensamientos pasaron de la siesta a los recuerdos de esa noche.

Había disfrutado repasando mentalmente esa noche muchas veces, sabiendo lo que podría ser sin Patrick y sin todos los planes que había hecho para sí misma. Lo había visto como una especie de celebración de su independencia. Luego se hizo la prueba que le había dado su madre y no volvió a pensar en esa noche. Se concentró en la realidad del presente.

Pero de vuelta en la órbita de Theo era demasiado fácil recordar lo que le habían hecho sus manos y su boca, las reacciones que habían provocado. Seguía excitándola y quizá se sentía un poco avergonzada, pero el brillo de sus ojos le decía que él estaba pensando lo mismo.

Hasta que se aclaró la garganta y apartó la mirada.

–El médico vendrá enseguida.

Después de decir eso, Theo giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Y Rebecca se dejó caer en la cama, preguntándose en qué lío se había metido.

Theo esperó con lo que él consideraba una calma impresionante. Aquello podría ir en cualquier dirección. No le sorprendería que Rebecca fuera una mentirosa. Él había sido siempre demasiado cauto como para permitir que alguien tramara algo así, pero su padre había tenido que pasar por innumerables pruebas de paternidad, mentiras, conspiraciones. Había caído en algunas, otras las había cortado en seco.

Su padre vivía para el drama, Theo era todo lo contrario. Si Rebecca había descubierto quién era y creía que le debía cierta compensación económica por esa noche, él no se dejaría sorprender y no se vería arrastrado a ningún drama.

Ella no le había pedido nada y su gesto de resignación cuando el médico entró en la habitación no encajaba con esa posibilidad, pero aún no podía descartarla.

Claro que tampoco le sorprendería que fuese lo que parecía. Que él fuera, de hecho, el padre de ese hijo, si había un hijo. Habían pasado una noche juntos y tal vez había sido… descuidado.

Lo único que había evitado durante toda su vida adulta. Lo único que lo asustaba.

Pero en lugar de castigarse por ese posible paso en falso aprovechó la espera para averiguar algo sobre Rebecca.

Se dirigió a su despacho, en el que no pasaba mucho tiempo. Prefería su casa en la isla, a unas dos horas de Atenas. Privada, aislada. Para él solo.

Si Rebecca Murphy decía la verdad, no se quedarían allí. Necesitarían más privacidad, más… distancia para encontrar una solución. Pero antes necesitaba conocerla.

La primera sorpresa fue que era empleada de la finca Desmond, no una auténtica invitada a la boda. La segunda, que había sido una reconocida amazona. Había ganado todo tipo de campeonatos en

Irlanda y en otros países. Incluso había sido candidata olímpica antes de sufrir una terrible caída con su caballo.

No se sabía mucho sobre lo que había sucedido después, pero se rumoreaba que había tenido una larga recuperación médica. Eso explicaba las cicatrices que había visto en su cadera esa noche… un recuerdo desafortunado porque llevaba a su memoria otros recuerdos.

El olor de su pelo, como a una lluvia de primavera y a algo más que no había podido identificar. Algo único de ella, o tal vez de Irlanda.

El cálido roce de su piel, la cicatriz que iba de la cadera a la pierna y que añadía una interesante imperfección a un cuerpo que por lo demás era perfecto.

Theo frunció el ceño. Nadie era perfecto, ni siquiera él. Sin duda, esa noche se había quedado grabada en su cabeza como una obsesión porque había sido… inusual. Porque ella no había sido una pareja romántica cuidadosamente seleccionada. Había sido un momento de debilidad y no esperaba que tuviera consecuencias.

En ese momento llamaron a la puerta y Theo levantó la mirada. El doctor Gataki había pasado la mayor parte de su carrera al servicio de su padre y, aunque no le gustaba haber tenido que recurrir a él, sabía que era de confianza. Nadie sabría nada de Becca ni de su hijo hasta que él diese el visto bueno.

–La prueba de paternidad es positiva, señor Nikolaou. El bebé está sano, de unas diecinueve semanas. La madre también está perfectamente sana.

«La prueba de paternidad es positiva».

Aunque Theo casi esperaba ese resultado, lo afectó profundamente. Pero, intentando disimular, le dio las gracias al médico y lo acompañó a la puerta.

Luego se detuvo unos instantes para decidir cómo seguir adelante. No parecía capaz de llevar oxígeno a sus pulmones, pero tenía que reaccionar.

Cruzó la casa a grandes zancadas hasta la habitación donde había dejado a Becca-Rebecca. Había que tomar una decisión. Había que

cambiar las cosas. No podía permitir que volviese a Irlanda cuando llevaba a su hijo en el vientre.

Su hijo.

Era una realidad demasiado compleja, de modo que tuvo que centrarse en los aspectos prácticos. Ella tendría que quedarse en Grecia. Su hijo nacería allí, donde su dinero e influencia le darían lo mejor de todo.

No era tan arrogante como para pensar que Rebecca accedería fácilmente, pero estaba seguro de que entendería que era lo mejor.

Theo abrió la puerta de la habitación sin molestarse en llamar.

Rebecca estaba tumbada en la cama, pero se incorporó, mirándolo con fríos ojos azules.

–Enhorabuena. Vas a ser padre.

No había sentimiento en esas palabras y, aun así, cayeron como dolorosos golpes.

Iba a ser padre. Iba a tener un hijo. Eso le recordó cómo le había fallado su propio padre. Cómo lo había abandonado su madre.

Pero él no le fallaría ni abandonaría a su hijo.

–Pero no necesitas serlo –dijo Becca entonces, con un tono casi de súplica–. Puedo volver a Irlanda, a mi vida, y tú no tienes que preocuparte por esto.

Hablaba en serio, le ofrecía la salida más fácil. Era insultante por muchas razones, pero Theo no se permitió parecer ofendido o enfadado.

–No te vas a casa, Becca –replicó con un tono tranquilo y firme que no admitía discusión.

Ella frunció el ceño mientras se levantaba de la cama.

–Sí, me voy. Volveré a Irlanda esta noche. Si hay algo que quieras hablar, podemos concertar una… una… reunión en otro momento.

–No, nada de eso. Te quedarás aquí –insistió Theo. Pero tenía que ser más que eso. Si iba a ser padre, su hijo lo tendría todo–. Y nos casaremos.

Ella dejó escapar una exclamación de horror.

–No vamos a casarnos. ¿Qué demonios te pasa?

–Esto no puede funcionar si tú te vas a Irlanda y yo me quedo en Grecia. Yo tengo trabajo y responsabilidades aquí, así que nos

quedaremos en Grecia.

–Yo también tengo un trabajo.

–Vamos, Rebecca, limpiar establos es, como mucho, una afición. Tú vives con tus padres, yo dirijo una empresa multimillonaria. Y, al contrario que tú, tengo propiedades por todo el mundo.

–¡Qué vanidoso!

Theo se sorprendió tanto por el insulto que, por un momento, se quedó sin palabras. Pero las encontró, como siempre.

–Te quedarás y nos casaremos. Es la única solución.

Ella negó con la cabeza, no solo enfadada sino furiosa.

–Estás delirando.

Intentó salir de la habitación, pero él se colocó frente a la puerta.

–Soy un hombre poderoso.

–¿Qué? ¿Vas a retenerme aquí aunque yo no quiera? –le espetó ella, apretando los puños–. ¿Vas a hacer que me case contigo contra mi voluntad?

Rebecca estaba muy alterada, de modo que él mantuvo la calma mientras la miraba a los ojos.

–Si te niegas a hacer lo que es mejor para nuestro hijo, tendré que hacerlo.

Capítulo 5

Rebecca sabía cómo pelear y evaluaba sus opciones mientras intentaba contener la rabia, la frustración y algo más suave que no quería identificar.

Podría darle un puñetazo, pero la distancia le restaría fuerza. Podría darle un codazo en el pecho, pero sabía por experiencia propia los músculos que había bajo el traje hecho a medida.

Un rodillazo en la ingle era la única opción, pero para eso tendría que acercarse un poco más.

Por primera vez desde su llegada, Theo esbozó una sonrisa.

–Podrías intentarlo –dijo, como si hubiera leído sus pensamientos.

–No puedes retenerme contra mi voluntad. Eso es un secuestro.

–*Óchi* –respondió él, negando con la cabeza–. No te he llevado a ningún sitio contra tu voluntad. Es solo que estás nerviosa, pero debemos pensar en el bebé. Supongo que tendrás hambre…

–No, estoy entrando en pánico porque un hombre al que apenas conozco me retiene como rehén.

–¿Rehén? –Theo rio–. No seas tan dramática, *omorfiá mou*. Simplemente estamos en un punto muerto hasta que tomemos una decisión.

–Hablas como un psicópata.

Esa acusación tampoco pareció inmutarlo.

–Tranquilízate. Debes estar agotada y hambrienta. Haré que te preparen algo de comer.

Rebecca tenía ganas de llorar, pero no podía ceder. No iba a dejar que aquel hombre la retuviese.

–Me voy a casa.

–No te vas –dijo él con tono implacable–. Tenemos muchas cosas que discutir y que resolver. No puedes venir desde tan lejos, darme

esa noticia y pensar que volverás a Irlanda sin lidiar con las consecuencias.

¡Ay, qué harta estaba de lidiar con las consecuencias! Y de que todos los demás tomaran decisiones por ella. Ya fuera el universo, un caballo, Patrick o la perfecta Bridget. ¿Nada podía ser una decisión suya?

Rebecca cerró los ojos ante la oleada de impotencia y agotamiento, intentando contener las lágrimas.

–En los próximos días llegaremos a un acuerdo –dijo Theo.

Con total seguridad. Como si supiera exactamente lo que había que hacer. Como si pudiese lidiar con las consecuencias y todo saldría bien.

«Terreno peligroso, Rebecca».

Pero, en cierto modo, era tranquilizador pensar que él tendría un plan. Sus padres no paraban de preguntarle qué quería hacer. La apoyaban, pero esperaban que tuviese respuestas que, simplemente, no tenía.

Hasta ahora, su plan había sido seguir adelante, decírselo a Theo, querer a su hijo. Fin.

–Un plan con el que ambos estemos de acuerdo. Creo que me lo debes…

Eso la irritó.

–¿Yo te debo algo? No me quedé embarazada por mí misma.

–No, claro que no, así que no deberías tomar todas las decisiones por ti misma. Parece que has decidido tener ese hijo y yo estoy de acuerdo, pero también es mi hijo. Lo mejor es que descanses hasta la hora de la cena. Luego nos sentaremos y empezaremos a hablar.

Le puso la mano en el codo, como para llevarla de vuelta a la cama, y Rebecca sintió un escalofrío. Sin querer, se dejó llevar por un recuerdo carnal.

Theo acariciando sus pechos, sus dedos dentro de ella…

Intentó respirar con normalidad para ocultar su reacción y pensó que lo había conseguido… hasta que lo miró a los ojos.

Cuando sus miradas se encontraron, supo que él veía lo mismo que ella. Incluso que lo sentía. Theo apretó su brazo con más

fuerza, sus ojos brillantes con una promesa gloriosa y peligrosa al mismo tiempo.

No podía desear aquello otra vez. Ni siquiera lo conocía. Una noche para olvidar sus penas era una cosa, pero aquello era completamente distinto. Theo le hacía exigencias, le daba órdenes y…

«Es el padre de tu hijo».

Esas sensaciones, esos pensamientos turbulentos seguían atacándola y no podía concentrarse lo suficiente como para encontrar una palabra, una negativa.

Si la besaba, le devolvería el beso. Si la tocaba, le rogaría más. No tenía que gustarle para saber que era cierto. Había algo en aquel hombre que hacía que se derritiese.

Rebecca apartó el brazo suavemente y se llevó la mano al vientre, un gesto al que ya se había acostumbrado. Porque su hijo le daba fuerzas y no le permitiría entregarse a él, por mucho que quisiera hacerlo.

–Muy bien –dijo por fin, intentando sonar firme, aunque no creía haberlo conseguido–. Descansaré y comeré algo. Luego hablaremos. Pero volveré a Irlanda en cuanto lleguemos a un acuerdo. No me quedaré aquí y no me casaré contigo.

Theo no dijo nada y cuando intentó volver a tomarla del brazo Rebecca se metió en la cama para no dejarse tocar de nuevo.

Por supuesto, la cama era suave y cómoda, y no se molestó en mirarlo. Sencillamente, cerró los ojos y se quedó dormida antes de que él saliera de la habitación.

Theo fue a la cocina a pedir que preparasen una bandeja para su invitada que le llevaría él mismo. Aunque la idea de estar con ella en un dormitorio le pareciese una amenaza de tormenta. No había querido tocarla, solo llevarla a la cama.

Pero entonces sus ojos se encontraron con los suyos y Theo vio muchas cosas en ellos. En sus ojos azules parecían reflejarse imágenes y recuerdos de la noche que pasaron juntos.

El suave terciopelo de su piel, el perfume floral de su pelo y el hueco de su cuello. Su sabor, como un licor adictivo. Recordaba bien sus gemidos cuando se dejaba ir…

Era una afrenta ponerse duro al recordar eso. Él nunca permitía que sus deseos y sus pasiones lo dominasen. Se había entrenado a sí mismo para ser la antítesis de su padre. Había aprendido a exigirse mucho física y emocionalmente, a llevar el control.

Desde pequeño se había enseñado a sí mismo a hacer todo con un propósito, con calma, pensando fríamente. Podría ahondar en la psicología de eso en otro momento.

Ahora tenía que centrarse en el control, en su capacidad para apartar los recuerdos y desechar el deseo. Pero esa reacción hacia ella era tan visceral. Él entendía la lujuria, por supuesto. Había sido un adolescente ansioso por descubrir los placeres del cuerpo de una mujer, pero el deseo nunca lo había estrangulado de esa manera.

La deseaba. Ahora. Deseaba despojarla de su ropa holgada y monótona. Saborearla, tocarla, ver cómo sus ojos azules se oscurecían de deseo. Oírla suplicar.

Y sentir a su hijo creciendo dentro de ella. Recorrer sus nuevas curvas con las manos.

No entendía esa reacción, una especie de satisfacción primitiva por haber sido él quien la había dejado embarazada.

Tendrían que casarse y planear una vida juntos. El sexo era una distracción. No estaba descartado, pero no podía dejar que fuera su objetivo.

Quizá ella podría estar a la altura de lo que esperaba de una mujer, aunque lo dudaba. Claro que Rebecca había sido deportista y sabía cómo fijarse una meta y alcanzarla.

Necesitaba a alguien que pudiera asistir a eventos con él, alguien que supiera conversar con millonarios de un modo sofisticado y sereno. Rebecca era una belleza, de modo que esa parte no sería ningún problema, pero su vestuario tendría que mejorar.

Pensar en los aspectos prácticos de la situación lo ayudaba a calmarse y siguió pensando en ello mientras esperaba a que el personal de la cocina preparase la bandeja.

Y allí, de pie, mientras hacía planes mentales para todo, reconoció que el objetivo más importante de Rebecca sería el de ser madre. Le gustaba lo que veía, su actitud protectora. Que hubiera sido tan justa como para ir allí a decirle que esperaba un hijo suyo.

Su hijo tendría una buena madre, pasara lo que pasara. No sabía bien lo que era eso porque él no la había tenido, pero sabía que Rebecca no iba a abandonarlo.

Y él también tendría que aprender a ser un buen padre.

Atlas no era el peor padre del mundo, pero la suya había sido una relación despreocupada y amistosa. Su padre siempre se había preocupado más por la constante rotación de mujeres que por lo que él quería o necesitaba.

Él haría mucho más por su hijo.

Theo sacó su móvil y empezó a investigar un poco sobre la mejor instrucción para futuros padres. Había multitud de páginas al respecto y encargó varios libros.

Habría tiempo para aprender.

Y aprendería.

Aprenderían los dos, quisiera ella o no.

Capítulo 6

Rebecca despertó desorientada y con náuseas, aunque ya estaba acostumbrada. Su médico le había asegurado que era normal y que disminuirían con el tiempo, pero se había equivocado. Era una guerra constante durante todas las mañanas, pero por las tardes estaba bien. Casi siempre.

Aunque su estómago rechazaba la idea, se dio cuenta de que no había comido desde que bajó del avión.

El avión. Grecia. Theo.

Rebecca cerró los ojos de nuevo, solo un segundo.

Si su madre no hubiera insistido en que hiciera lo correcto, todavía estaría en Irlanda. Y tal vez limpiar los establos había sido una tortura con las náuseas y el agotamiento, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Quizá criar a un niño en su habitación no sería precisamente una experiencia satisfactoria ni le dejaría mucho espacio para sentirse madre, pero…

Era lo que era, como tantas otras cosas en su vida.

Salvo que ahora estaba en Grecia, lidiando con el padre de su hijo, en esa habitación bonita aunque un poco sosa, en una cama increíblemente suave. Y, aunque las náuseas la atormentaban, había dormido profundamente. Además, no había olores desagradables que lo empeorasen salvo…

Rebecca se sentó en la cama y olisqueó levemente. Olía a… comida. Miró a su alrededor. Allí, sobre el escritorio, sin duda alguna una antigüedad, había una bandeja de plata llena hasta el borde de comida: pasteles, fruta, cereales. Y una jarra de agua con los últimos vestigios de hielo flotando en la superficie, como si llevase un rato allí.

Rebecca no sabía cómo entender ese extraño giro en su vida, de modo que se centró en lo más cercano. Evidentemente, la bandeja llevaba un tiempo allí. ¿Qué hora era?

No recordaba dónde había dejado sus cosas, pero al girarse un poco notó que seguía llevando el móvil en el bolsillo. Lo sacó, pero la pantalla estaba en blanco.

Tendría que cargarlo y para eso debía encontrar un cargador. Y tendría que avisar a sus padres de que se quedaría en Grecia unos días. Pero solo unos días.

Hablar de eso con Theo le parecía una tortura, sobre todo si seguía teniendo reacciones físicas tan molestas e incontrolables, pero era lo más responsable. Por su hijo.

En fin, ya que estaba allí debía comer algo. Irlanda y sus padres podían esperar.

Con cuidado para no alterar más su estómago, se levantó de la cama y se preparó un plato con lo más soso que pudo encontrar. Sin duda, no se le quedaría en el estómago, pero daba igual. Casi todas las mañanas eran iguales: desayunar de un tirón, vomitar y luego intentar relajarse. Pero no comer significaba sentirse peor durante todo el día.

Como estaba sola, y como estaba embarazada y merecía un poco de mimo, volvió a meterse en la cama y se dispuso a comer. Estaba probando un hojaldre relleno de una deliciosa crema cuando la puerta se abrió y Theo asomó la cabeza. La miró un momento, empujó la puerta del todo y entró sin esperar invitación.

Tenía la sensación de que no era un hombre que esperase a menudo una invitación. Sobre todo en su propia casa.

–Estás despierta –dijo a modo de saludo.

Rebecca enarcó una ceja.

–Sí.

–Y comiendo…

–Parece que sí.

–Comer es bueno. ¿Cómo te sientes?

–Un poco rara, pero algo de comida debería aliviar mi estómago.

–¿Náuseas matinales?

El hecho de que conociese el término era interesante.

–¿Conoces bien los síntomas del embarazo?

Theo estaba inmóvil, alto y corpulento, con las manos a la espalda. Y aun así daba una impresión de fuerza, de que en un abrir y cerrar de ojos podría moverse y manejar todo lo que quisiera.

–He investigado un poco –respondió acercándose para mirar la bandeja–. Los desafíos deben afrontarse con conocimiento. La mejor forma de educarme era leer y, como tú no has hecho más que dormir, he tenido tiempo de sobra –añadió observándola un momento–. Dormir te ha sentado bien.

No sabía por qué esas simples palabras le parecieron un cumplido. No podían serlo porque Rebecca sabía qué aspecto tenía al llegar a Atenas. Cansada, demacrada. Aunque dormir le hubiera sentado bien, no podía estar guapa en ese momento y se llevó una mano al pelo, que se había escapado de la coleta. Sin duda tendría un aspecto horrible.

Daba igual, él solo había dicho que dormir le había sentado bien, no que estuviese guapa. Y no tenía por qué importarle.

Pero la idea de que ese hombre impresionante y severo hubiera estado leyendo sobre el embarazo le resultaba difícil de aceptar. Claro que no lo había visto interactuar con nadie más que con ella. Tal vez escondía cierta calidez en algún sitio. Tal vez sería un buen padre.

Sería injusto robarle esa oportunidad y por eso estaba allí, pero solo era un desconocido que provocaba en ella una reacción física completamente ridícula.

–Puedes tomarte la mañana para descansar, pero esta tarde nos sentaremos con mis abogados para decidir cómo seguir adelante.

Rebecca dejó el hojaldre y tomó un sorbo de agua. La idea de sentarse con sus abogados le revolvía el estómago.

–No discutiré nada con tus abogados si yo no tengo ninguno.

–Puedes llamar a uno.

Ella resopló.

–No digas tonterías. Sé que tú tienes mucho dinero y eso complica las cosas, pero primero debemos tomar decisiones como personas. Nada de abogados.

Rebecca se dio cuenta con cierta inquietud de que él tenía todas las ventajas. Tal vez entendía a los ricos por haber trabajado para los Desmond y tener una relación con Patrick, pero ella no podía pagar a un abogado y sus padres tampoco.

No, tenía que intentar apelar a su humanidad y centrarse en lo que había entre ellos.

Lo miró, allí de pie, con expresión dura y decidida, como si ya hubiera escrito el resto de sus vidas. Como si estuviera seguro de que ella nunca se iría de Grecia, que nunca volvería a tener una vida propia.

Eso debería aterrorizarla, pero que alguien más se encargase de todo por un tiempo no sonaba tan mal. Y ese era el problema. Quizá no le importaría dejarse llevar un poco por el momento, pero no lo querría para siempre. De ningún modo.

Y no quería que los abogados interviniesen, sin duda para asegurarse de que Theo consiguiera todo lo que quería y ella nada. Antes de eso, los dos tenían que decidir lo que querían…

No pudo seguir pensando en ello porque sintió una oleada de náuseas. Se levantó de la cama y apenas pronunció una disculpa antes de correr al baño para vomitar el desayuno.

Theo se quedó donde estaba, sin saber qué hacer.

Rebecca estaba vomitando. Había leído que era bastante común, aunque no solía ser un síntoma que persistiera hasta la decimonovena semana, si el diagnóstico del médico había sido correcto. ¿Debería preocuparse?

No sabía cómo reaccionar. De niño, a veces atendía a su padre después de una resaca, pero normalmente había una mujer cerca para hacer ese tipo de cosas y Theo hacía tiempo que había superado la edad y las ganas de hacerlo. Últimamente, estaba acostumbrado a ocuparse de problemas y cosas, no de personas. No recordaba la última vez que había tenido un malestar estomacal, pero intentó recordar su infancia. ¿Qué le daba su niñera cuando le dolía el estómago? ¿Un poco de agua con limón, una infusión de menta?

Theo envió un mensaje al jefe de cocina para que llevase varios remedios a la habitación.

Rebecca salió del baño unos segundos después, temblorosa. No se parecía en nada a la mujer vibrante de la boda, ni siquiera a la que había entrado en su despacho con aspecto cansado pero decidido.

Una sensación extraña daba vueltas en su pecho. Una necesidad de actuar que no entendía del todo. Pero actuar era mejor que sentir, de modo que entró en el baño, tomó una de las toallitas del tocador y la puso bajo el grifo.

Rebecca se había metido de nuevo en la cama cuando regresó y le entregó la toallita. Cuando lo miró con el ceño fruncido, como si no supiera para qué servía, él la puso sobre su frente.

Rebecca esbozó una sonrisa indulgente.

–No tengo fiebre.

–Sí, bueno –murmuró él, sintiéndose como un tonto.

Rebecca se pasó la toallita por la frente y el cuello. Luego suspiró, cerrando los ojos.

–Gracias.

El extraño cosquilleo en su pecho se calmó. El problema estaba resuelto, pero ¿qué lo había causado? Theo miró la bandeja.

–¿No te gusta la comida?

–La comida está bien, pero no puedo retener nada por las mañanas. Y si no como algo a primera hora me siento fatal durante todo el día, así que es un círculo vicioso.

–Seguro que hay alguna solución.

–El médico me dijo que si no he aumentado de peso para la próxima cita, el siguiente paso será tomar medicina para controlar las náuseas.

–Tu nuevo médico te conseguirá algo inmediatamente.

Ella negó con la cabeza.

–No quiero tomar nada.

–Eso es una tontería.

Rebecca abrió los ojos de golpe y lo fulminó con la mirada.

–Es mi decisión.

Theo no sabía cómo discutir eso, aunque quería hacerlo. De modo que cambió de táctica.

–Tendrán que enviar aquí tu historial médico.

–No voy a quedarme para siempre, Theo.

Él estuvo a punto de discutir, pero no era el director de la empresa de su padre porque no supiera cómo manipular a la gente.

–Quizá no, pero ahora estás aquí. Dondequiera que estés, el médico que te atienda debe tener toda la información necesaria.

–Muy bien, supongo que podría llamar al hospital y ver si lo pueden enviar. Pero no ahora mismo.

Rebecca hizo una mueca de dolor.

–¿Qué ocurre?

–Estoy harta de vomitar. Harta de sentirme… fuera de mí, agotada.

–Un ser humano completo se está formando dentro de ti, entiendo que estés agotada.

Ella se llevó una mano al abdomen, suspirando.

–Lo sé –murmuró esbozando una sonrisa–. ¿No es extraño? Las mujeres lo han hecho desde tiempos inmemoriales y, aun así, parece una tarea imposible.

Por alguna razón, esas palabras lo cambiaron todo. Theo había estado conceptualizando a su hijo como una entidad. Y lo que esa entidad significaba para su vida, su futuro, sus decisiones, pero no lo había imaginado como… un niño de verdad. Creciendo dentro de ella. Naciendo de ella.

Había leído algo sobre los síntomas del embarazo y las posibles complicaciones, pero no lo había entendido hasta ese momento. Ella hablaba de necesitar medicación, de subir de peso. Tenía arcadas y no podía retener la comida.

De repente, todo le parecía tan precario. No podían quedarse allí, en medio del bullicio de Atenas. No, Rebecca necesitaba descanso, privacidad. Y tenía razón, nada de abogados. Eso no era necesario por el momento.

Necesitaba convencerla y, para ello, tenían que estar solos. Lejos de todo, alejados del mundo, salvo de un buen médico.

–Descansa. Esta tarde te llevaré a un sitio privado, sin abogados, solo nosotros, para hablar sobre cómo vamos a manejar esto.

Rebecca dejó escapar un largo suspiro y el alivio suavizó sus rasgos.

–Necesito hablar con mis padres. Mi teléfono está sin batería y yo…

–Descansa, *omorfiá mou*. Yo me encargaré de todo.

Y lo haría.

Capítulo 7

Cuando Rebecca despertó se sentía mucho mejor. Más fuerte y hambrienta, sin náuseas. Podía admitir que en los días previos a su viaje a Grecia había estado demasiado estresada como para cuidar de sí misma como debía y eso le había pasado factura.

Otra noche de sueño reparador y sin duda se sentiría mejor. Y, definitivamente, necesitaba comida, pero no había ninguna bandeja esperándola, lo cual era una pena.

Volvió a buscar su móvil para ver qué hora era, pero no lo encontró. Ni en el bolsillo ni entre las sábanas.

Se levantó de la cama, pero no encontró ni rastro de sus cosas. Tendría que buscar a Theo, de modo que salió de la habitación. No estaba segura de recordar por dónde habían entrado, pero no podía ser tan difícil encontrar el camino.

La casa era preciosa. Increíblemente lujosa, pero de un blanco soso y sin personalidad. No parecía haber ningún toque personal, ni fotografías ni detalles. Si no supiera que era de Theo, podría pensar que era una casa de alquiler. No se parecía en nada a la casa de los Desmond, llena de historia y personalidad. Desde luego, nada que ver con la pequeña casa en la que ella había crecido, repleta de reliquias familiares, recuerdos y premios de sus competiciones ecuestres.

Antes de que pudiese determinar qué decía eso de Theo, si decía algo, se encontró con un hombre delgado vestido de negro.

–Señorita Murphy, el señor Nikolaou la espera en la puerta. Sígame –dijo con firmeza.

Pero Rebecca no se movió. Bajó la mirada hacia sus pies, cubiertos por unos gruesos calcetines más adecuados para el clima irlandés.

–No llevo zapatos.

–No importa. El señor Nikolaou se ha encargado de sus cosas.

El hombre se alejó por el pasillo y Rebecca no tuvo más remedio que seguirlo. ¿Theo tenía todas sus cosas? ¿Dónde? ¿Había decidido que era demasiado problemática y la mandaba a casa?

Debería ser un alivio. Podía irse a casa y ocuparse de aquello sola, sin hacer concesiones ni preocuparse por un enigmático desconocido que decía querer casarse con ella. Pero, en realidad, casi se arrepentía de no haber intentado llegar a un acuerdo. Por su hijo.

–¿También tiene mi móvil? –preguntó corriendo tras él.

–Probablemente.

Había un coche estacionado en la entrada de la casa y Theo esperaba apoyado en él. Al verla, abrió la puerta trasera y le indicó que subiese.

–Imagino que tienes hambre. Sube, tengo una variedad de sándwiches para que elijas –dijo a modo de saludo.

–¿Dónde vamos? ¿Y dónde están mis cosas? Necesito mi móvil.

–Todo lo que necesitas está en el coche y vamos a un sitio que te gustará.

Rebecca no podría decir que confiaba en él, pero necesitaba sus cosas, de modo que subió al coche. En el asiento, además de una cesta llena de comida, estaba su bolsa de viaje, con el móvil asomando por el bolsillo exterior.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, Theo se sentó al volante.

–¿Conduces tú?

–Sí. Venga, relájate y come algo. El viaje es un poco largo, pero creo que disfrutarás del paisaje. Avísame si te encuentras mal.

–Theo, no puedes posponer esta conversación. Ni el hecho de que volveré a Irlanda dentro de unos días.

Él no dijo nada, pero las ganas de contactar con sus padres pudieron con ella, de modo que se olvidó de discutir y sacó el móvil, ya con la batería cargada. Su siesta matutina no había durado más de treinta minutos y, aun así, Theo lo había resuelto todo. Bueno, sin duda tendría un equipo de gente solucionando todos sus problemas.

Mientras Theo conducía, envió un mensaje a sus padres diciendo que había decidido quedarse unos días en Grecia. Después, miró la

cesta de comida. Había una variedad de sándwiches y algunos recipientes con frutas: albaricoques y melocotones ya cortados, una refrescante ensalada de sandía y melón.

Comió hasta saciarse y tomó una bebida gaseosa de jengibre bien fría que le sentó bien al estómago. Los ricos tenían un don con la comida, pensó.

Sabía que debería preguntarle dónde iban, sobre todo cuando dejó atrás Atenas para tomar una carretera que serpenteaba a lo largo de la costa de resplandecientes aguas azules, pero todo era demasiado hermoso, demasiado relajante. Esa zona de Grecia era casi tan verde como Irlanda, aunque los tonos eran diferentes. Irlanda era exuberante, llena de vida. Grecia tenía el sol para iluminarlo todo y hacerlo brillar como una joya.

Casi la hizo desear tener algún tipo de talento artístico para recrear las diferencias.

La comida, que por una vez se asentaba bien en su estómago, y el silencio de Theo, que no decía una palabra, hicieron que volviese a quedarse dormida.

Cuando despertó, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero notó que el coche no se movía, o al menos no estaba circulando. El motor estaba apagado, pero todo parecía balancearse.

Asustada, se incorporó y miró por la ventanilla.

Frente a ella no había más que agua azul y el sol, definitivamente más bajo en el horizonte. Giró la cabeza para mirar hacia adelante, pero Theo había desaparecido.

Asustada, abrió la puerta de golpe y allí estaba él. En la proa de una especie de… barco. Un *ferry*. Theo capitaneaba la embarcación mientras el viento alborotaba su pelo oscuro y el sol lo iluminaba como si fuera una estatua de bronce.

Aunque no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando, su belleza la dejó sin aliento.

–¿Dónde estamos?

Él la miró imperturbable.

–Ya casi hemos llegado…

–¿Dónde?

Theo señaló hacia adelante y ella vio que se acercaban a la orilla de una pequeña isla en medio del azul cegador.

–Esta es mi isla –anunció, como si fuera algo totalmente normal–. Nos quedaremos aquí hasta que lleguemos a un acuerdo. Te gustará, estoy seguro.

–Una isla. Tu isla.

–Eso he dicho.

–¡Yo no he aceptado venir a una isla remota!

El pánico y algo más se mezclaban en su interior. No le gustaba sentir pánico, pero sonaba más cuerdo que sentir emoción. Nunca había soñado con ir a una isla privada, pero él no le había pedido opinión. Ni siquiera se lo había dicho. La había engañado.

–No te he pedido que aceptases –replicó Theo.

Lo había dicho con tal tranquilidad que Rebecca se preguntó si había sufrido algún tipo de lesión en la cabeza y vivía en una realidad alternativa.

–Da la vuelta a este barco y llévame a Atenas. Yo… yo… esto es un secuestro.

–Si quieres considerarlo así, supongo que puedes, aunque no servirá de nada. Llegaremos a un acuerdo, Becca –dijo él con gesto serio, feroz–. Y ninguno de los dos se irá de aquí hasta que lo hagamos.

Theo subió al coche para bajarlo del *ferry*. Dos de sus hombres, que vivían y trabajaban en la isla, esperaban en el muelle para ayudarlos a desembarcar. O lo harían si Rebecca decidía bajar del barco. Pero ella se negaba obstinadamente.

–Tarde o temprano tendrás que comer y dormir –dijo Theo.

Ella tenía la espalda apoyada en la barandilla y los brazos cruzados sobre el pecho. Seguía sin llevar zapatos, solo calcetines. El sol brillaba sobre su pelo, destacando mechones de fuego entre el intenso castaño. Lo miró y levantó la barbilla un poco más, como una diminuta diosa guerrera.

–Me niego.

–¿Vas a hacer una huelga de hambre? Pues peor para ti. Volverás a vomitar y entonces tendrás que comer algo…

–No estás siendo razonable. Esto es absurdo.

–Yo me voy a casa y espero que tú me acompañes. Tienes que ponerte unos zapatos, *agapi-tós*.

Su expresión seguía siendo obstinada, pero él notó que empezaba a tener dudas.

–Es una finca preciosa, muy tranquila. Tendrás toda la casa a tu disposición y puedes pedir la comida que quieras. Te cuidarán, te atenderán con esmero. ¿Qué más podrías pedir?

–¿Autonomía personal?

–Exageras, no te he secuestrado.

Quizá si la situación fuera al revés él también estaría furioso, pero no tenía intención de ponerse en su lugar. Tenía que asegurarse de conseguir lo que quería.

Lo que necesitaba.

Acceso a su hijo. Un matrimonio que le proporcionase la estabilidad que él nunca había tenido. Tenía que convencerla y Theo sabía que aquel era el lugar perfecto.

–Has hecho que me sea imposible marcharme –lo acusó Rebecca.

–Quiero que estemos juntos sin distracciones hasta que decidamos cómo proceder, por nosotros y por nuestro hijo. Eso no es una atrocidad…

–Podrías haber dicho: «Rebecca, tengo una preciosa isla privada a la que me gustaría llevarte para que podamos hablar de nuestro futuro sin distracciones». En cambio, me has traído aquí sin avisar, me has engañado.

Theo torció el gesto.

–No recuerdo haber mentido. Solo dije que iba a llevarte a un sitio que te gustaría y tú no hiciste ninguna pregunta.

Se dio cuenta de que ella no tenía una réplica ingeniosa para eso y, como era la primera vez desde que atracaron que parecía mostrar debilidad, Theo subió al *ferry*.

–Ven, Rebecca –la llamó, ofreciéndole su mano–. En casa estarás muy cómoda, te lo prometo.

Su aroma lo envolvía. Una extraña mezcla de flores y menta, matizada por el olor del mar. Sus ojos eran cautelosos, pero parecían más azules allí, entre el agua y el cielo. Theo pensó en la primera vez que la vio en Irlanda. Estaba escondida entre las sombras, pero el brillo de sus ojos lo había afectado.

No podía comprender por qué. ¿Qué provocaba esa reacción desquiciada cuando ella estaba cerca? Solo era una mujer guapa. Él conocía a muchas mujeres guapas.

Y, sin embargo, ninguna le había afectado tanto como ella. Lo cual era preocupante, pero al menos podía ver que a Rebecca le pasaba lo mismo. Seguía mirándolo con desconfianza, pero había algo más en su expresión.

Anhelo, deseo.

–Tienes dos días –anunció ella entonces, con altivez–. Me quedaré dos días. Luego volveré a Irlanda.

Él no dijo nada. No quería mentirle, pero no iría a ningún sitio hasta que estuviera satisfecho. De modo que asintió con la cabeza para que subiese al coche.

Por fin, Rebecca se acomodó en el asiento delantero y Theo se colocó frente al volante.

Había hecho reformas importantes en los edificios de piedra de la isla cuando la compró. Quería un lugar donde escapar de su padre, donde escapar del mundo. Un lugar tranquilo que fuera solo suyo, sin pretensiones, sin dramas. Había conservado el encanto histórico lo mejor que pudo. Los edificios, incluida su amplia casa, seguían siendo de piedra encalada y relucían bajo el sol. Las contraventanas se pintaban del típico color azul todos los años.

Se sentía tranquilo mientras conducía por el sinuoso camino de entrada. Sí, aquel era el mejor sitio para tomar decisiones que cambiarían el curso de su vida. No habría exigencias allí. Solo Rebecca y él.

Pero debía ignorar el deseo que intentaba apoderarse de él. Que estuvieran solos no significaba que debieran ceder a la atracción que había entre ellos.

Aunque… ¿qué habría de malo?

No, ese era un pensamiento peligroso. A él no le importaba arriesgarse siempre y cuando llevase el control de cualquier situación. Había perdido ese control en Irlanda por una noche y no iba a perderlo de nuevo.

Salvo que ella ya estaba embarazada.

Frustrado consigo mismo, y pensando que estaba portándose como su impulsivo padre, Theo se detuvo frente a la casa. Le entregó las llaves al empleado que esperaba en la puerta, murmurando unas instrucciones en griego, y luego ayudó a Rebecca a bajar del coche.

Había encontrado sus zapatos en la bolsa de viaje y se los había puesto, pero cuando Theo intentó tomar la bolsa, Rebecca se aferró a ella con firmeza.

Disimulando una sonrisa, puso una mano en su espalda para guiarla al interior de la casa, pero ese simple roce llevó a su mente imágenes de la noche que pasaron juntos… y decidió que era mejor no tocarla.

Theo se había encargado de una parte de la decoración. Azulejos llenos de color, típicos de la zona, antigüedades que le atraían, obras de arte, combinaciones de colores que le gustaban. Muebles cómodos y vistas desde las ventanas que eran plácidas además de impresionantes. Además, tenía un bonito jardín que le gustaba cuidar personalmente.

Nunca había llevado a nadie allí y se preguntó qué pensaría ella. Tenía confianza en sí mismo y en lo que le gustaba, pero se encontró mirando a Rebecca para ver su reacción.

–Es tan diferente a tu otra casa. Qué interesante. Este sitio es un verdadero hogar –dijo ella con tono de asombro.

Theo tragó saliva. Sí, era su hogar. Sus propiedades en Atenas, Londres y Nueva York estaban destinadas a negocios y a controlar la atención siempre fragmentada de su padre. Había encargado la decoración de esas casas a un profesional.

Allí todo era diferente. Incluso la biblioteca, centrada en lo que le gustaba leer más que en lo que consideraba necesario leer para ser un hombre de negocios de éxito.

Era extraño que ella se hubiera dado cuenta y que eso significase algo.

Eran desconocidos. Dos desconocidos con una conexión física electrizante. Nada más.

Bueno, eso y el hijo que esperaban.

–Sígueme –dijo bruscamente.

Porque las emociones que experimentaba eran extrañas y no sabía qué hacer con ellas salvo apartarlas hasta que pudiera tener un poco de tranquilidad para aclarar sus ideas.

La condujo escaleras arriba hasta una de las habitaciones de invitados.

–Esta es tu habitación. Si quieres cambiar algo, o añadir algo, solo tienes que pedírmelo a mí o a algún miembro del personal.

Ella dudó un momento, pero acabó entrando sin expresar preocupación. Seguía aferrada a la bolsa de viaje, pero, como él esperaba, se dirigió al ventanal para mirar la playa y dejó escapar un suspiro de asombro.

–Qué maravilla –murmuró.

El sol estaba poniéndose, pintando el cielo de tonos rosa, lavanda y naranja. El mar brillaba, azul e infinito, en contraste con la arena blanca.

–Parece que te gusta la habitación.

–Sí, claro –respondió ella, dejando la bolsa sobre una silla–. Pero eso no significa que no debieras haberme consultado.

–Tomo nota.

Rebecca esbozó una sonrisa burlona.

Iluminada por los últimos rayos del sol, la imagen se enredó en su pecho como un alambre de púas.

Era doloroso, abrasador. No podía respirar. La sonrisa burlona se desvaneció de repente.

Ella también lo sentía. Ese deseo insaciable para el que Theo no tenía palabras. Pero si no las tenía, tendría las armas para combatirlo. Se acercó cuando no debía, ella no retrocedió cuando debía hacerlo.

–Estás cansada del viaje –murmuró. Y su voz sonaba como la gravilla del camino–. Haré que te preparen el baño.

Estaban tan cerca y besarla sería tan fácil. Sabía que estaba enfadada con él, frustrada consigo misma por haber cedido. Pero también sentía eso; esa cosa salvaje e indómita que ninguno de los dos era capaz de controlar.

«Contrólate».

–Eso estaría bien –dijo ella, casi sin voz.

El momento era tan erótico como un *striptease*. Inmóviles, mirándose, demasiado cerca. Sabiendo que los recuerdos de esa noche rondaban por su mente.

Era tan fresca y vibrante como un prado irlandés. Sería tan suave como la seda bajo sus manos.

Solo se le ocurría dar un paso adelante y besarla, pero se contuvo, preguntándose si reinaría la sensatez. Si alguno de los dos sería capaz de evitarlo.

No fue así. Sus bocas se encontraron en un roce suave y sensual, pero la suavidad duró solo un segundo antes de que se abrazasen, precipitando el beso hacia la pasión que explotaba en cuanto se rozaban.

Era la antítesis del atardecer a su espalda. El atardecer era suave, aquello era áspero. Algo se rompió entonces, la ligadura de control que había mantenido durante todo el día. Ella era calor y deseo y en ese beso había un millón de oportunidades de encontrar placer.

Theo enredó las manos en su pelo y empujó su cabeza hacia atrás para tenerla como había deseado. No solo desde que llegó a la isla, sino desde que se escabulló de la cama esa mañana.

Rebecca lo tenía enganchado. Besarla de ese modo no arrancaría el gancho, pero por Dios que tendría lo que deseaba.

A ella, a ella. La deseaba tanto.

Cuando se apartó para tomar aire, ella hizo un pequeño y triste intento de empujarlo, pero no apartó las manos de él, como intentando retenerlo.

–Podemos hacerlo, Theo –musitó con los ojos brillantes, las pupilas dilatadas–. No cambiará nada –dijo con firmeza, incluso entre jadeos.

Tenía razón, por supuesto.

No cambiaría absolutamente nada, no arriesgaban absolutamente nada, de modo que no era una pérdida de control. Simplemente, iban a tener lo que querían.

Y la deseaba. Era una necesidad desgarradora que le costaba entender, de modo que estrelló su boca contra la de ella otra vez, apretándola contra su torso. Su sabor lo invadía una vez más. No lo había olvidado. Tal vez nunca lo olvidaría.

La llevó a la cama que dominaba el centro de la habitación, sin dejar de besarla. Deslizó las manos bajo su camisa y se la quitó, aprovechando la breve pausa en el beso para mirarla.

Su piel era igual de suave. Sus suspiros hablaban de un deseo palpitante. Era algo más que liberación, algo más que placer. Ella era simplemente… más.

La tendió en la cama, como un conquistador ante su botín de guerra. Y ella era un botín. Tan hermosa, tan perfecta. En su casa.

Se dio cuenta entonces de que para eso había ido allí. No para minimizar las distracciones, sino porque quería verla a la cálida luz de la isla, en el único lugar que alguna vez había sentido como suyo.

La desnudó del todo y acarició sus pechos, más generosos que antes, hermosos y fascinantes. Miró el ligero bulto de su vientre. Aún no se notaba demasiado, pero en pocos meses tendría un hijo suyo.

Y ella sería suya.

Pensando eso, la agarró por las caderas y la penetró, notando que ella se dejaba ir inmediatamente. Escuchaba sus gemidos, ese hermoso sonido que lo había perseguido durante meses. Los últimos rayos del sol, como una neblina dorada, hacían que pareciese de otro mundo.

Un fantasma. Una diosa. Una maldición. Una promesa.

Capítulo 8

Rebecca sabía que aquello estaba mal. Ese tipo de placer debía ser el pecado del que sus padres siempre le habían advertido. Porque hacía que se olvidase de todo… de que debía protegerse a sí misma, de su hijo, de su futuro.

De todo menos de él. De todo menos… de tener más.

¿Cuántas veces podría llevarla a esa cima, a ese precipicio? ¿Cuántas veces la arrojaría al vacío, siempre exigiendo más y más y más?

Debería haber sido una advertencia. Debería haberla tomado en cuenta como tal. En cambio, se zambulló de cabeza una y otra vez. En él. En aquello.

Él la sujetaba por las caderas con mano de hierro y se movía dentro de ella con una ferocidad que parecía controlada, pero no podía serlo. Hasta que su calculado ritmo comenzó a quebrarse, hasta que el brillo de sus ojos se volvió salvaje.

No entendía por qué, pero había algo muy gratificante en verlo perder el control. No lo conocía y, sin embargo, sabía que eso no era algo habitual para él. Theo se liberó con un rugido y la vibración de ese sonido la llevó hasta un último orgasmo. Una sobrecarga sensorial de la que sabía que tarde o temprano se arrepentiría.

Pero aún no.

Tumbados el uno junto al otro en la cama, desordenados y sin aliento. Rebecca se sentía viva, brillante y llena de energía.

Lo cual le recordaba por qué estaba allí. La vida que habían creado y que estaba creciendo dentro de ella. Rebecca cerró los ojos, intentando aferrarse a una pizca de arrepentimiento en lugar de al placer que él le daba.

–No podemos seguir haciendo esto.

Era una distracción que solo complicaría las cosas y ella no podía permitir que se complicasen.

–No veo por qué no. El daño ya está hecho –dijo Theo recorriendo con un dedo la curva de uno de sus pechos hasta que el pezón se endureció–. Y sé que te gusta.

Mucho, demasiado. Pero…

–A ti te gusta –respondió ella, casi logrando sonar altanera en lugar de enfadada.

–Me atrevería a decir que a ambos nos gusta mucho lo que podemos sacar el uno del otro.

Theo se incorporó sobre un codo y clavó en ella una mirada oscura e intensa. Su cuerpo… Dios, su cuerpo era injustamente hermoso.

–¿Qué haces? –preguntó Rebecca, señalando los marcados pectorales–. ¿Levantar pesas toda la noche?

–No. De hecho, prefiero entrenar por la mañana.

Rebecca suspiró. Era evidente que aquel hombre era un desconocido. ¿Cómo podía seguir estando desnuda con él?

–Tenemos que hablar –dijo mirando al techo para no distraerse con su cuerpo o con sus ojos–. Sí, ambos disfrutamos de esto, pero a la gente también le gustan las drogas y eso no significa que sean buenas. Vamos a ser padres, –Rebecca lo miró a los ojos con determinación–. Tenemos que empezar a ser responsables.

–Nunca he sido más que responsable, *omorfiá mou*.

Rebecca se llevó las manos al vientre, bajo el que crecía su hijo. Y ese hijo tenía que ser lo más importante para los dos.

–Este embarazo inesperado dice lo contrario, Theo.

–Quizá –asintió él–. Pero yo he sugerido el paso más responsable: el matrimonio. No veo cuál es el problema. Está claro que somos más que compatibles.

–La gente no se casa solo porque sean compatibles en la cama.

–Estoy seguro de que algunos sí, igual que otros se casan por la existencia de un hijo. En ese caso, tenemos dos cosas a nuestro favor.

Ella negó con la cabeza, preguntándose si habría alguna forma de hacerle entender o si era tan testarudo que repetiría lo mismo una y

otra vez.

–Somos dos desconocidos.

–Podemos dejar de serlo.

–¿Y cómo vamos a hacer eso?

–Para eso estamos aquí. Quédate, Rebecca. Así nos conoceremos y hablaremos de cómo queremos que sea el futuro de nuestro hijo.

Ella tuvo que admitir que, en realidad, no era una petición poco razonable. Sí, la había llevado allí sin pedir su opinión, pero quizá si lo conociese un poco mejor entendería por qué. No podría saberlo a menos que le diese tiempo. A menos que le diese una oportunidad. Y tal vez…

Siempre había soñado con casarse con un hombre del que estuviese locamente enamorada. Sus padres se querían y, aunque ella deseaba algo más que una casita en la finca de otros, anhelaba ese amor aún más. Había querido a Patrick, podía imaginar su vida con él…

«Y mira cómo terminó eso».

Patrick había elegido un matrimonio de conveniencia en lugar de por amor y parecía feliz.

¿Debería ella hacer lo mismo? ¿Pensar en su hijo antes que en sí misma? Quedarse allí y… bueno, no sería difícil quedarse en la isla. Podría extrañar a sus padres y a sus caballos, pero el sitio era precioso, tranquilo. Podía imaginar a un niño allí.

«O tal vez estás dejando que el sexo te vuelva loca», se dijo a sí misma, con severidad.

Porque había un gran obstáculo.

No sabía nada sobre Theodorou Nikolaou aparte de lo que había leído en internet y de lo que podía hacerle cuando estaban desnudos. Entre esas dos cosas faltaba mucha información importante.

Pero solo podría conocerlo con el tiempo y la proximidad. Dos días no eran suficientes para conocer a alguien.

Podría darle una semana, tal vez dos. Sería buena idea y no tenía nada que perder.

–Podría quedarme más de dos días –dijo por fin–. Pero no voy a casarme contigo. Y no deberíamos volver a acostarnos juntos –

añadió con cierta altivez.

En la penumbra de la habitación, Theo sonrió.

–Ya veremos.

Theo pidió que preparasen el baño para Rebecca y, aunque estuvo tentado de compartirlo con ella, tenía asuntos que atender. Había decidido tomarse unos días libres, pero aún necesitaba hablar de eso con su padre.

Atlas estaría encantado de que se tomase unas vacaciones, pero necesitaba convencerlo de que no tomase ninguna decisión importante sin antes consultarla con él.

Los impulsos de su padre debían ser controlados. Al menos dos de las «empresas» a las que quería donar dinero resultaron ser organizaciones benéficas falsas. Estafas, básicamente.

Theo no entendía que un hombre que antaño había sido un gigante de la industria cayese en trampas tan ridículas, pero solo podía culpar a la única debilidad de su padre: las mujeres. En particular, a la mujer con la que estaba casado en ese momento.

Ni siquiera se había molestado en aprender su nombre. No era nadie para él. Y si quería exprimir a Atlas hasta dejarlo seco y él lo permitía, era asunto suyo.

Pero no permitiría que afectase a la Banca Titan.

De modo que entró en su despacho, se sentó en un mullido sillón y marcó el número privado de su padre, preparándose para el huracán Atlas.

–Ah, así que sabes que tu padre sigue vivito y coleando –dijo Atlas con una mezcla de burla y censura.

Theo se preguntaba a menudo si era la risa fácil y el carácter jovial de su padre lo que hacía imposible odiarlo.

–Hola, padre. ¿Cómo te sientes?

–Cada día es un regalo y una oportunidad de redención.

Theo hizo una mueca. La redención de su padre era tan caótica como todo lo que había hecho para necesitarla.

–¿Y la rehabilitación?

–Mis enfermeras no tienen ninguna queja.

–Seguro que son muy guapas.

Atlas soltó una carcajada.

–Soy un hombre casado, muchacho. Pero sí, son muy guapas. No las cambiaría por nada.

–Quería avisarte que estoy en la isla y probablemente me quedaré unas semanas. He dejado a Christopher a cargo de todo, pero si necesitas algo puedes llamarme.

–¿Todo bien? No es propio de ti hacer un viaje improvisado a la isla.

–Son unas pequeñas vacaciones, nada más. No tienes que preocuparte. Mi gente se encarga de la oficina y me lo comunicarán si hay cualquier problema.

–No me preocupa Titán. Me preocupa que mi hijo se porte de forma extraña.

–A mí sí me preocupa Titán –dijo Theo, evasivo–. Tienes que prometer que no intentarás obligar a nadie a participar en uno de tus *proyectos* mientras yo esté aquí. Si tienes alguna idea, envíamela por correo primero.

–No deberías trabajar durante tus vacaciones.

–Y tú tampoco deberías trabajar durante tu recuperación. ¿Qué tal si acordamos no hacer nada durante unos días?

Atlas soltó un bufido, Theo esperaba que de aceptación.

–He oído rumores –dijo Atlas, con picardía, después de un momento–. Una mujer, una irlandesa en tu oficina con noticias importantes. Supongo que eso no tendrá nada que ver con estas vacaciones repentinas.

Theo se quedó sin palabras. ¿Cómo se había enterado? Su asistente siempre era muy discreta y el personal de casa no tenía vínculos con su padre. ¿Quién le habría dado esa información?

–Lo de la irlandesa me pareció muy interesante. Sobre todo cuando recordé que fuiste a una boda en Irlanda. Hace tres o cuatro meses, ¿no?

Theo guardó silencio. ¿Lo sabía Atlas? Seguramente no. Nunca había prestado mucha atención a lo que no tuviese que ver con él mismo, a menos que…

–El doctor Gataki te ha llamado.

Ese era el punto débil. Había usado uno de los contactos de su padre y ahora Atlas lo sabía. No era una tragedia, solo una molestia tener que hablar de ello cuando las cosas estaban aún en el aire.

–El doctor Gataki estaba un poco preocupado.

La preocupación del médico pronto sería que Theo no volvería a consultarlo. Buscaría otro médico para Rebecca, uno que se quedase en la isla durante todo el embarazo. Uno que nunca cotillearía con su padre.

–¿Tú tienes alguna preocupación, padre?

–No, no es eso. Aunque yo también me sorprendí una vez en las oficinas de la Banca Titan con la feliz noticia de que iba a ser padre.

Theo hizo una mueca. Cómo detestaba la idea de haber repetido la historia. Salvo que no era así. Quizá hubiera parecidos desafortunados, pero Rebecca seguía allí y se quedaría allí. No dejaría que se fuera como había hecho su madre.

–Felicidades, Theodorou. Ser padre es una gran alegría y quizá te anime un poco. Espero con ansia conocer a la irlandesa que ha enamorado a mi adusto hijo. –Atlas rio con ganas–. Quizá Ariana y yo vayamos a la isla…

–No, ahora no es el momento –lo interrumpió Theo–. Rebecca todavía está lidiando con los aspectos físicos del embarazo. Os invitaré a… –¿cómo se llamaba?– Alicia y a ti a la boda.

–Ah, ¿entonces va a haber boda? Seguro que Ariana estaría encantada de ayudar a organizarla…

–No será necesario. –Theo volvió a interrumpirlo, tal vez con demasiada brusquedad–. Te avisaré cuando Rebecca se sienta lo bastante bien como para recibir visitas. Por ahora, necesito que te concentres en tu rehabilitación y en tu encantadora esposa, y te olvides de la Banca Titan. Y guárdate la buena noticia para ti.

–Quieres que te deje en paz, ¿no?

Theo se pellizcó el puente de la nariz. Antes del infarto, a su padre nunca le había importado lo que él pensara o quisiera. Lo había lamentado de joven, pero ahora que su padre mostraba interés lo lamentaba mucho más. Era más fácil cuando podía vivir a su antojo, sin tener que lidiar con el nuevo Atlas tratando de ser un hombre mejor.

–Yo he pasado por lo mismo que tú –dijo su padre entonces.

–No, a ti te dejaron con un hijo. Rebecca será la madre de «nuestro» hijo. No es lo mismo.

Claro que no era lo mismo. Se casarían, serían una familia estable. Pondrían a su hijo por encima de todo. No habría trastornos. En su vida habría estabilidad y estructura.

Rebecca había crecido en una familia así, de modo que debía entenderlo. Tal vez incluso lo daba por sentado. Y una vez que dejaran de ser extraños aceptaría la boda. Accedería a todo.

–Buenas noches, padre, te llamaré en un par de días.

–Buenas noches, Theo. Y relájate, disfruta de este momento porque, una vez que nazca el niño, todo cambiará.

Pero no lo haría. Él había sido responsable durante toda su vida, construyendo cimientos que su padre no se había molestado en construir. Aquello era solo una extensión de eso.

En unas pocas semanas, Rebecca accedería a casarse con él. Mientras tanto, disfrutarían el uno del otro. ¿Por qué no? Luego se casarían y serían buenos padres. Todo saldría como él quería.

Theo no aceptaría menos.

Capítulo 9

Cuando Rebecca despertó, no había ninguna bandeja de comida esperándola. Lo cual era una pena. La habitación estaba a oscuras y, a tientas, buscó su móvil en la mesilla de noche.

Las cuatro y media de la mañana.

No le importaba levantarse tan temprano. A pesar de todo el revuelo del día anterior, el baño caliente la había relajado y había dormido muchas horas.

«El baño y los orgasmos que lo precedieron».

Rebecca apartó de sí ese pensamiento. Necesitaba dejar de centrarse en su cuerpo y pensar con la cabeza. Necesitaban conocerse.

No creía que eso significara enamorarse y casarse, pero le gustaba pensar que, si se entendían, podrían mantener una relación amistosa por el bien de su hijo.

Sería difícil viviendo en países diferentes, pero él era multimillonario y podría resolverlo. Sí, eso de llevarla donde le daba la gana y sin avisar era inaceptable, pero no parecía mezquino. Era testarudo, pero tenía la impresión de que era así porque no se daba cuenta de que no debía serlo.

Como un caballo voluntarioso, Theo necesitaría que le enseñaran un par de cosas sobre cooperación. Así era como empezaría a abordarlo, como un caballo testarudo, pensó, esbozando una sonrisa.

Se vistió, usando la última muda que había llevado. Tendría que lavar su ropa en algún momento, pero antes necesitaba beber algo. Le encantaría el refresco de jengibre que había tomado el día anterior en el coche y tal vez unas insípidas tostadas. Su estómago no estaba tan revuelto esa mañana, pero eso no significaba nada.

Rebecca salió de la habitación para buscar la cocina. Como había pensado la noche anterior, aquello parecía un hogar. Aún echaba en falta toques personales como fotografías, pero había muchos colores, vibrantes o apagados según la parte de la casa en la que se encontrase. Ventanas de todo tipo, de todas las formas y tamaños, todas con vistas al mar. Y nichos salpicados de macetas, cuencos, jarrones y cosas por el estilo, todo con un aspecto antiguo e interesante. Los cuadros que colgaban en las paredes blancas solían ser paisajes marinos o espacios abiertos, con cielos que parecían no tener fin. Había una sensación de libertad en cada obra.

Interesante para un hombre que, en apariencia, era tan controlado.

Salvo en la cama.

Sinceramente, se desesperaba de sí misma y de su reacción ante Theo. Era incomprensible.

Por fin, le llegó el olor de algo horneándose y se dirigió hacia allí. Después de atravesar un amplio comedor, entró en una cocina espaciosa y bien iluminada en la que una mujer amasaba pasta sobre la encimera. Todo olía de maravilla.

La mujer levantó la vista, sobresaltada, pero se recuperó enseguida.

–*Kaliméra*, señorita Murphy. Se ha levantado temprano, pero el desayuno estará listo enseguida. ¿Quiere algo de beber? Quizá quiera sentarse en el comedor. El señor Nikolaou se reunirá con usted enseguida.

–¿Está despierto?

–Ah, sí. El señor Nikolaou es muy madrugador. Siempre baja al gimnasio antes de desayunar, pero usted puede establecer su propio horario.

La mirada de la mujer se posó en la barriguita de Rebecca.

–Supongo que no tendrá una bebida de jengibre.

La mujer asintió mientras echaba la masa en un cuenco que cubrió con un paño.

–Las bebidas con gas sientan bien cuando las cosas se ponen feas, ¿verdad? Pero necesitará algo para acompañarla. Pase al comedor, yo le llevaré todo lo que necesite.

–¿No puedo sentarme aquí?

–Sí, claro.

Rebecca se sentó en un taburete frente a la encimera y la mujer colocó la bebida frente a ella.

–Aquí tiene, señorita Murphy.

–Por favor, llámame Rebecca. ¿Y cómo debería llamarte yo?

–Acacia –respondió ella–. Me encargo principalmente de la cocina. Elias es mi hijo y mi ayudante –añadió señalando hacia la ventana. En el patio había un chico tomando café y mirando el mar–. Puede pedirnos lo que necesite.

–Ah, muy bien.

–Por el momento, el horario del desayuno es a las seis en el comedor y el almuerzo a las doce, en la terraza. Preparo algo de merienda sobre las cuatro y luego servimos la cena a las siete. Pero tú puedes pedir comida a la hora que quieras.

–Comeré con Theo.

–Avísame si cambias de opinión. Cultivar una vida es una tarea maravillosa, pero sé lo que puede hacerle a tu estómago.

«Cultivar una vida».

Rebecca se llevó una mano al vientre. A veces era tan fácil dejarse llevar por la situación, por Theo, que olvidaba que estaba gestando una nueva vida. Y quería que la vida de su hijo fuese la mejor posible.

Bebió el refresco de jengibre. Diferente al del día anterior. Más dulce, como si lo hubieran mezclado con miel, pero tranquilizó su estómago lo suficiente como para que pudiese comer un panecillo.

Acacia, por su parte, seguía con sus tareas en la cocina y Rebecca sintió una punzada de nostalgia. Debería llamar a sus padres en lugar de enviarles mensajes, pero seguía sin saber qué iba a decirles porque no tenía claro qué iba a hacer. Y debía tenerlo claro.

–¿Puedes decirme dónde está el gimnasio?

Acacia llamó a su hijo.

–Elias, acompaña a la señorita Murphy al gimnasio.

–*Naí*, por supuesto. Sígame, señorita.

Rebecca bajó del taburete y le dio las gracias a Acacia por el desayuno y la compañía antes de seguir al chico por una angosta

escalera que llevaba a un sótano amplio y bien iluminado.

Elias se detuvo en una puerta y miró a Rebecca.

–No le gusta que le molesten cuando está haciendo su rutina.

Ella sonrió. Mejor razón para molestarlo, entonces.

Tenían que hablar. No podía quedarse sentada todo el día disfrutando del hermoso paisaje. Tenía cosas que hacer y toda una vida que retomar una vez que lo hiciese.

Llamó a la puerta antes de abrir, pero Theo no la oyó porque tenía la música a todo volumen. Él estaba tumbado en un banco, empujando una barra que prácticamente se doblaba con el peso. El sudor le goteaba desde las sienes, mojando el cuello de la camiseta. Sus bíceps se tensaban contra el peso que levantaba y volvía a bajar una y otra vez.

Rebecca lo observaba atónita. Sabía que su fuerza debía provenir de alguna parte, pero no se había imaginado aquello. Ni lo que despertaría en ella.

Theo depositó la barra en el soporte con un fuerte chasquido metálico que la sobresaltó, y debió hacer algún ruido porque él se incorporó y la miró directamente.

La potencia de su oscura mirada, la forma en que esa conexión la atravesaba tan visceralmente como si la tocase en lo más hondo… no tenía ningún sentido para Rebecca, pero así era. Estaba casi jadeando.

Theo se levantó para quitarse la camiseta, dejando al descubierto los firmes pectorales cubiertos de una suave capa de vello oscuro. Era absolutamente perfecto, tan impresionante como una estatua.

No parecía real, pero lo era. Ya había conocido íntimamente su cuerpo varias veces.

Rebecca sabía que debía dejar de mirar ese torso, esos brazos. Necesitaba controlarse.

–Rebecca.

La forma en que pronunció su nombre fue como si encendiese una cerilla, pero ella estaba decidida a apagarla. Decidida a no abalanzarse sobre él.

–No quería interrumpir –consiguió decir con voz ronca–. Me dijeron que estabas despierto.

–Me gusta seguir un horario, pero tú puedes acompañarme. –Theo señaló algunos de los aparatos–. He leído que una mujer puede hacer ejercicio ligero durante el embarazo.

–Yo prefiero dar un paseo. Es lo que hago en casa.

Theo empezó a moverse. Hacia ella. Rebecca retrocedió un poco. No porque él le diese miedo, sino por miedo a su lamentable falta de control.

–Deberías ir conmigo –dijo a toda prisa, esperando que eso detuviera su avance–. Así empezaremos a conocernos.

Porque ese era el objetivo: dejar de ser dos desconocidos que parecían incapaces de resistirse el uno al otro.

Theo seguía acercándose. Había cierta desconfianza en su mirada, pero no entendía por qué. Era él quien había dicho que debían dejar de ser desconocidos, como si fuera tan fácil.

Se detuvo justo delante de ella. Su mirada era intensa, su rostro y su torso estaban cubiertos de sudor. Rebecca se sentía como clavada al suelo y eso no hizo nada para detener los frenéticos latidos de su corazón.

O, peor aún, el pulso insistente entre sus muslos.

–Muy bien, pero primero debes comer algo.

Rebecca se pasó la lengua por los labios, que de repente parecían resecos.

–No prometo que vaya a quedarse ahí, pero he comido algo en la cocina.

–Muy bien. –Theo la miró de arriba abajo y, tontamente, Rebecca deseó haberse arreglado un poco más–. ¿Qué tal has dormido?

–Estupendamente.

–¿Sin pesadillas?

Ella lo miró sin entender.

–Sí.

Theo alargó una mano para tocar su pelo. Su mirada era oscura y traviesa.

–¿Te gustaría saber qué he soñado yo, Rebecca? –preguntó en voz baja.

Sus labios eran una promesa sensual…

Sí, quería decir ella. «Dímelo. Enséñamelo».

Pero, maldita fuera, necesitaba algo de respeto por sí misma, algo de amor propio. De modo que se apartó de él, con un nudo en la garganta.

–No, no. Te veré… en el patio, cuando termines.

Se dio la vuelta y se alejó a toda prisa, anhelando algo a lo que debería resistirse.

La encontró en el patio, mirando la playa. El viento azotaba su pelo y jugaba con su vestido. Enmarcada entre el azul del cielo y el mar, Rebecca era lo más impresionante que había visto nunca.

La ducha fría no había hecho nada para calmar el ardor en su sangre. Había visto su interés, su deseo, su anhelo claramente expresado en esos cristalinos ojos azules. La realidad de ella en su casa, con el mismo deseo atravesándola, era un tormento que no había tenido en cuenta.

Aparecía en sus sueños. Desnuda y suya.

Había intentado exorcizar sus demonios mediante un entrenamiento duro. Funcionaba con casi todos los demás problemas en su vida.

Pero no con ella.

Incluso bajo la ducha fría su mente no tenía reparos en imaginarla tomándolo en su boca…

Solo con mirarla se sentía como un adolescente con las hormonas descontroladas.

«Como tu padre».

Pensar eso le hizo recuperar algo de control y se acercó a ella. Rebecca lo miró, esbozando una sonrisa.

–Sigo pensando que deberías haberme invitado a venir, pero debo admitir que es un sitio precioso.

Theo la tomó del brazo.

–No es fácil caminar sobre la arena. Debes tener cuidado.

Ella dejó que la tomase del brazo, pero mantuvo cierta distancia. Como dos desconocidos en una primera cita.

Poco después, Rebecca se detuvo para quitarse los zapatos y suspiró, feliz, cuando reanudaron el paseo.

–Háblame de ti, Theo. Tenemos que empezar a conocernos.

Como si fuera una entrevista de trabajo. Frustrado por su propio deseo desbordante, y porque ella de repente parecía indiferente a ese deseo, Theo respondió con brusquedad:

–Yo sé todo lo que necesito saber sobre ti.

–¿Ah, sí? –respondió ella con altiva indiferencia.

–Eres Rebecca Murphy. Naciste y creciste en Irlanda, en la finca Desmond. Tus padres se encargan de los caballos allí. Desde joven mostraste aptitud para la equitación y los Desmond ayudaron a financiar tu calendario de competiciones. Habrías participado en los Juegos Olímpicos, pero una desafortunada lesión y las cirugías posteriores lo hicieron imposible. De ahí las cicatrices en tu cadera.

Rebecca se quedó boquiabierta.

–Me has buscado en internet.

No sabía por qué se sorprendía tanto, ya que ella había hecho lo mismo. ¿Pensaba que no intentaría averiguar algo sobre la madre de su hijo?

–No eres un gran misterio, Rebecca Murphy. Salvo las cicatrices en la cadera, fue muy fácil descubrir todo lo demás.

–No te lo puse difícil para descubrir las cicatrices –murmuró ella con retintín.

Theo rio; un sonido y una sensación a las que no estaba acostumbrado. Pero incluso cuando lo ponía de los nervios, había algo divertido e interesante en Rebecca. Sabía quién era y no intentaba disimular. Estaba segura de sí misma a pesar de sus circunstancias. Y no conocía a mucha gente que se sintiera así, a menos que tuviese dinero y poder.

–No eres el único que sabe buscar en internet, por cierto.

Theo torció el gesto. No le hacía gracia que descubriera cosas sobre él que la prensa había publicado en su juventud.

–¿Y qué sabes de mí?

–Nadie sabe quién es tu madre. Tu padre, Atlas Nikolaou, te presentó como si fueras hijo suyo y nunca se supo de dónde venías, aunque hay muchos rumores. Durante tu infancia, tu padre se casó un par de veces y, dependiendo de la esposa, te enviaban a un internado o te quedabas en casa.

Theo se puso rígido. Sabía que los numerosos matrimonios de su padre eran públicos, fáciles de descubrir, pero no esperaba que ella relacionase su intermitente experiencia en el internado con la mujer que estuviera casada con su padre en ese momento.

–¿Qué más has descubierto?

–En la universidad mostraste aptitudes para muchas cosas, pero siempre has destacado en los negocios –siguió Rebecca–. Te has convertido rápidamente en el heredero de tu padre y parece que poca gente lo atribuye al hecho de que eres su único hijo. Al parecer, eres así de bueno en tu trabajo.

–Naturalmente.

–Como eras más responsable y dedicado que tu padre, rápidamente asumiste más responsabilidades en la Banca Titan mientras él actuaba como figura decorativa. Hasta que sufrió un infarto hace unos meses y dio un paso atrás para centrarse en su salud.

A Theo se le revolvió el estómago, aunque no tenía sentido. Todo el mundo sabía eso. Era fácil encontrar información sobre él en internet. Y, sin embargo, la forma en que recitaba datos sobre su vida, reduciéndola a un pequeño párrafo, le resultaba irritante.

Theo empezó a caminar de nuevo, sin mirarla.

–Una simple búsqueda en internet y ya nos conocemos. Podríamos estar casados para el final del día y todo estaría arreglado.

–No nos conocemos. Sabemos datos el uno del otro, nada más. Eso no es suficiente para casarse.

–Las cicatrices en tu cadera no son datos.

–Pero no sabes nada del accidente, ni de la cirugía o la recuperación. No sabes lo que sentí cuando… –Rebecca sacudió la cabeza–. Las cicatrices son una realidad que no podrías entender sin entenderme a mí.

Theo percibió el dolor en sus palabras y algo dentro de él se encogió. Quería saber todo eso. Quería encontrar la fuente de su dolor y solucionarlo.

Por otro lado, no quería tener nada que ver con algo tan complejo, tan irreparable. Porque no podía curar sus dolencias físicas. No podía

retroceder en el tiempo y cambiar las cosas para que pudiese competir en los Juegos Olímpicos.

De modo que se quedó sin palabras, algo que no solía ocurrirle. Por suerte, ella no le dio mucho tiempo para vivir con esa incomodidad.

–Cuéntame algo de ti que no sepa nadie –sugirió.

–Tú primero –replicó él.

Rebecca suspiró, pensativa.

–Supongo que poca gente lo sabe, pero… en fin, estaba más o menos comprometida con Patrick Desmond.

Theo se quedó paralizado. Patrick Desmond, el novio de la boda que había dado comienzo a todo aquello. El único adjetivo que se le ocurría para Patrick era «insulso». No había nada interesante en él o en su pareja, pero ahora recordaba a Rebecca observándolos. Le había preguntado si creía que eran felices.

La miró entonces. Miró su pelo alborotado por la brisa, las ligeras pecas en el puente de su nariz. Pensar en ella con Patrick Desmond, imaginar las manos de ese hombre sobre ella, o un anillo en su dedo, lo enfurecía por razones que ni podía ni quería analizar.

–¿Qué significa «más o menos comprometida»?

Ella suspiró, mirando el agua mientras caminaban.

–Se suponía que íbamos a comprometernos cuando volviese de los Juegos Olímpicos.

Theo vio rabia y frustración en sus ojos. Tal vez algo de melancolía. No vio angustia ni tristeza, pero recordó esa noche… lo rápidamente que había aceptado su invitación. ¿Era por eso? ¿Era porque Patrick se había casado con otra?

¿Importaba? Claro que no.

–En lugar de eso, tuve un accidente y pasé meses en el hospital –siguió diciendo ella–. Patrick no estuvo muy atento, la verdad. Yo no le di importancia, pero debería haberlo hecho. Nos enviábamos mensajes, pero nunca me dijo que iba a casarse con otra. Luego, cuando por fin pude volver a casa, fui a verlo y…

Theo no quería escuchar esa historia, pero se quedó allí, memorizando sus rasgos, viendo las emociones que los recorrían.

Las cejas fruncidas, la curva de sus labios. Rabia y desilusión más que tristeza.

¿O solo estaba imaginándolo?

–Bridget estaba allí, la mujer con la que se casó, y me di cuenta de que había sido una tonta. Patrick siempre iba a seguir los dictados de su padre, pero yo pensé…

–Que porque la familia había financiado tu candidatura olímpica, y porque esa comadreja había dicho que se casaría contigo, cumpliría su palabra.

Rebecca lo miró con gesto de sorpresa.

–Yo debería haber…

–Me parece que los «debería haber» recaen sobre los Desmond, no sobre ti. Ese Patrick era un cobarde. La gente cambia de opinión, *omorfiá mou*. La gente cede ante la presión, pero él debería haber sido lo suficientemente valiente como para admitirlo.

Ella pareció pensarlo mientras caminaban de nuevo sobre la arena.

–Pero ¿no debería haber visto yo que Patrick era un cobarde?

La pregunta quedó colgada en el aire y él se vio obligado a responderla, cuando lo que ansiaba era dejar atrás esta conversación.

–Quizá te cegaba el amor.

Theo saboreó su propia amargura ante esa palabra.

–Supongo que sí –asintió ella, encogiéndose de hombros–. Aunque no sé por qué el amor debería haberme cegado. No es que no supiera que Patrick tenía defectos, pero lo quería a pesar de ellos.

Los dos se quedaron en silencio. La idea de que ella hubiese amado a un tonto sin voluntad que luego se casó con una novia más adecuada le resultaba insoportable. No quería seguir hablando de eso, de modo que decidió cambiar de tema y contarle algo que, sin duda, ella desconocía.

–Sé quién es mi madre.

–¿En serio? ¿Está viva?

–Vivita y coleando.

Creía haberlo aceptado mucho tiempo atrás. Creía que su amargura se había aliviado, pero la existencia de su propio hijo había avivado esa amargura.

–¿Quién es? –preguntó Rebecca.

–No importa –respondió él–. Nunca hemos tenido contacto y nunca lo tendremos. Pero no es que nadie conozca su identidad. Yo sé quién es.

Su padre nunca le había mentido, nunca intentó ocultarle la verdad.

Su madre no los quería. Quería su corona y a su familia. Se había dignado a traerlo al mundo y luego se había desentendido por completo.

Theo suponía que por eso nunca pudo odiar a su padre. Al menos él no lo había abandonado.

Por eso él nunca abandonaría a su hijo y tampoco permitiría que Rebecca lo hiciese. Su hijo tendría todo lo que él no había tenido y nunca dudaría de cuál era su sitio.

–Supongo que somos los únicos que lo sabemos o en algún momento habría salido a la luz.

–¿Por qué dices «salir a la luz»? –preguntó Rebecca–. ¿Quién es ella? ¿Es famosa?

¿Había dado un paso en falso? ¿Había revelado un detalle que no debería? Theo estaba tan desconcertado por la posibilidad de haber cometido un error que no pudo encontrar palabras. En la playa, contemplando a la hermosa mujer que había trastocado su vida, no sabía qué decir.

«Eres Theodorou Nikolaou. Nadie puede trastocar tu vida».

–Creo que ya hemos paseado suficiente –dijo, sabiendo que ese tono cortante solo serviría para aumentar su curiosidad.

Y sabiendo que debería haber mantenido la boca cerrada en lugar de intentar distraerla de sus penas. Sabiendo que, si no se controlaba, cometería más errores.

Y eso era inaceptable.

Capítulo 10

Rebecca estaba satisfecha con esa conversación en la playa. Quizá no había sido muy sincero sobre su madre, pero sin duda era un tema delicado. Además, no lo había evitado del todo y le había contado algo que desconocía. Algo que nadie sabía salvo su padre y él.

Quizá no era tan importante, pero indicaba cierta confianza, ¿no? Le dio vueltas a eso durante el resto del día.

Después del paseo, Theo se disculpó, alegando que tenía asuntos que atender. La vería de nuevo en la cena y le dio carta blanca para explorar la casa y la isla.

Aunque ella no necesitaba que le diese carta blanca. Él la había llevado a una isla sin pedirle opinión y no necesitaba que le diera permiso para curiosear. Y eso fue exactamente lo que hizo. Revisó cada rincón de la casa, salvo su dormitorio porque estaba cerrado. Y su despacho porque él estaba dentro.

En una lujosa habitación que podría ser una sala de estar, o como fuera que los ricos llamaban a esa abundancia de habitaciones, encontró un gabinete de curiosidades lleno de artefactos. Le recordaba a un museo, aunque no era tan recargado. Las antigüedades estaban dispuestas como obras de arte: pequeños cuencos, esculturas, aparatos que no tenía ni idea de para qué servían. En la misma habitación había una estantería llena de libros de historia y arquitectura, la mayoría sobre Grecia o esa zona del Mediterráneo.

En otra habitación encontró una biblioteca llena de libros sobre una amplia variedad de temas. Allí, las paredes estaban adornadas por hermosos cuadros con representaciones de dioses y diosas griegos.

Todas las habitaciones estaban llenas de obras de arte, libros o antigüedades. Era la antítesis de su casa en Atenas y solo pudo concluir que aquel sitio era importante para él. Sin embargo, no entendía por qué. Theo no parecía un hombre preocupado por lo que los demás pensaran de él. Entonces, ¿por qué ocultar su verdadera personalidad en esa isla privada?

Allí había claves para conocer a ese hombre, pero aún tenía que encontrar las puertas ocultas que debía abrir para que todo cobrase sentido. Para poder pensar en algún tipo de relación entre ellos, ya fuera amistosa o de cualquier otra índole.

Tras quedar satisfecha con su examen de la planta principal, Rebecca bajó al sótano, en el que además del gimnasio había una sala que contenía una serie de colchonetas, esterillas y sacos de boxeo.

Por un momento, imaginó a Theo boxeando, su cuerpo cubierto de sudor…

Pero luego recordó lo que estaba haciendo: intentaba descifrar al hombre. Tenía datos y lo tenía a él. Su forma de hablar, de actuar y reaccionar. No podría decir que se conocían lo suficiente como para decidir cómo iban a seguir adelante, pero estaba haciéndose una idea de su personalidad.

¿Cuánto tiempo necesitaría? Su hijo nacería en unos meses. Eso todavía parecía estar a años luz de distancia, pero llegaría y ella no podía quedarse en una isla, por preciosa que fuera, sin trabajo, sin control sobre su propia vida.

Después de que Acacia le preparase un almuerzo rico y sustancioso, Rebecca dio otro paseo por la playa. Le encantaba el aire cálido y suave, el sonido de las olas, el canto de los pájaros, el imposible azul de todo.

Eran solo unas vacaciones, se decía a sí misma una y otra vez. Unas vacaciones con un propósito. Desde luego, no podía acostumbrarse porque pronto estaría de vuelta en Irlanda.

Ella adoraba Irlanda, a sus padres, a los caballos. Pero no podía imaginar su vida allí, con el fantasma de Patrick y Bridget rondando sobre ella. Ni en la habitación de su infancia ni en un trabajo que

solo servía para recordarle que todos sus sueños se habían esfumado tras un golpe de mala suerte.

Pero esa era su realidad y la isla era solo… un pequeño descanso mientras lidiaba con la idea de tener un hijo con un hombre al que apenas conocía. Y debía recordar que todas sus decisiones debían reflejar no solo lo que ella quería, sino lo que sería mejor para su hijo.

Se echó una siesta después de pasear y luego se dio un baño. Cuando fue a vestirse para la cena, abrió el armario y encontró un montón de ropa que no era suya.

¿De dónde había salido? ¿Era ropa nueva o Theo guardaba allí prendas femeninas para abastecer a las mujeres a las que secuestraba?

Rebecca frunció el ceño. Daba igual. No tenían una relación, de modo que las mujeres en la vida de Theo no eran asunto suyo.

Aunque hiciese tonterías como dejar que la tocase.

Rebecca se llevó una mano al vientre. Bueno, tendrían que mantener algún tipo de relación. Y no podía pedirle que se mantuviera alejado de las mujeres cuando se negaba a casarse con él.

Pero ¿no era justo pedirle que se abstuviera hasta que decidiesen cómo iban a criar a su hijo? ¿No era perfectamente razonable sugerir que se mantuviera alejado de cualquier otra mujer mientras ella estuviese allí?

«No lo es, y tú lo sabes».

Esa voz práctica y sensata en su cabeza se parecía mucho a la de su madre, quien casi siempre tenía razón. Por poco que a Rebecca le gustase.

Frustrada consigo misma, se puso unos informales pantalones de algodón y una camiseta holgada. No se molestó en ponerse zapatos, solo sus calcetines, que Acacia o alguien debía haber lavado en algún momento.

Tenía hambre, de modo que se dirigió al comedor, pero se detuvo en la puerta. La larga mesa estaba puesta como para una fiesta, repleta de bandejas y cuencos llenos de comida, con copas de cristal

y varios cubiertos a cada lado de los platos. Las velas titilaban tentadoramente y los aromas eran absolutamente deliciosos.

Pero le recordaba a las cenas que servían los Desmond. Solo la habían invitado a una, la víspera de su viaje a las eliminatorias olímpicas. Sus padres y ella se habían vestido elegantemente y habían cenado en casa de los Desmond como invitados en lugar de como empleados.

Patrick le había sonreído desde el otro lado de la mesa, feliz y orgulloso, y ella se había sentido como en casa.

Pero no era su casa.

–¿Debería haberme puesto un vestido de gala? –le preguntó a Theo.

–Puedes ponerte lo que quieras. Yo tengo costumbre de cenar así cuando estoy en la isla.

–¿Solo?

Su sonrisa provocó una oleada de deseo que partió de la boca del estómago y se extendió por todo su cuerpo.

–Eso depende –respondió él.

Rebecca no frunció el ceño, aunque quería hacerlo. Pero los celos eran una emoción tan estúpida como querer abalanzarse sobre él cada vez que sonreía.

Aunque la idea de que tuviese a otra mujer allí, tocándola como la tocaba a ella, le resultase insoportable. Daba igual que no tuvieran una relación.

–¿Vas a sentarte a comer? –preguntó él con cierta burla, como si pudiera leer sus pensamientos.

Mortificada, Rebecca levantó la barbilla, esperando fingir indiferencia mientras se sentaba al otro lado de la mesa.

Una mesa larguísima.

–Esto es ridículo –dijo levantándose–. No podremos mantener una conversación si tengo que gritarte por encima de una mesa.

Rebecca tomó su plato y su copa y se sentó a su lado.

–Así es como come la gente normal.

Él la miró como si fuera una extraterrestre.

–Quizá no quiera oírte masticar, *omorfiá mou*.

Ella puso los ojos en blanco.

–Supongo que, en cierto modo, me crie en un pajar, pero tengo modales en la mesa, por rústicos que sean.

Él esbozó una sonrisa. Y había algo en divertirlo de un modo genuino, no de una manera sexual, que le calentó el corazón.

Pero eso la hizo desear haberse quedado al otro lado de la mesa. Porque la atracción sexual estaba ahí, siempre, y ella estaba decidida a resistirse.

Al menos hasta que tomasen algunas decisiones.

«Deberías resistirte siempre».

Debería, sí. ¿Lo haría? Bueno, eso estaba por verse. Lo intentaría de todos modos.

–Quizá yo sea el problema entonces –dijo él, llevándose la copa a los labios.

Rebecca notó que su copa estaba llena de agua, no de vino ni de ninguna bebida alcohólica.

–¿Por qué lo dices?

–A mí no me educaron de forma normal.

Era el pie perfecto para iniciar una conversación.

–¿Y cómo te educaron? ¿Cómo fue tu infancia?

Él no respondió inmediatamente. Sin duda tenía una negativa en la punta de la lengua, pero pareció pensarlo mejor. Entendía que eso era lo que ella necesitaba e iba a intentar dárselo. Rebecca sonrió, a su pesar. Quizá era prepotente, pero lo intentaba.

–En realidad, tú lo resumiste muy bien en la playa. No hay mucho más que decir.

Claro que lo había, pero tal vez Theo no entendía a qué se refería. No solo los hechos, sino cómo se sintió cuando era niño, qué había significado para él crecer como lo hizo. Así que quizá tendría que mostrárselo.

–Mis padres tuvieron problemas de fertilidad. Nunca hablaron de ello, pero cuando me hice mayor descubrí que habían intentado tener otros hijos y no pudieron. Así que yo era su única preocupación. En muchos sentidos, tuve suerte. Son cariñosos y me apoyan en todo. Supongo que me malcriaron. No creo que les gustase que los Desmond financiasen mi formación, pero sabían que

me encantaba montar a caballo y querían que tuviese lo que me hacía feliz.

Él parecía algo incómodo, pero empezó a llenar su plato con cuidado, metódicamente.

De modo que Rebecca siguió hablando de cómo creció en los establos, de su amor por los caballos. Lo hizo reír con una anécdota de algo que le ocurrió a los ocho años, cuando se escabulló en mitad de la noche para montar a caballo… solo para caer de bruces sobre un montón de estiércol.

–Te toca a ti.

–Yo no tengo historias tan divertidas.

–Seguro que sí. Cuéntame una anécdota de tu infancia que demuestre qué te apasionaba y por qué estabas dispuesto a saltarte las reglas. Yo adoraba a los caballos y montarlos de noche era más importante para mí que no meterme en líos. Esas cosas, incluso de niño, dan una medida de tu personalidad.

–Yo no me salté las reglas.

–¿Nunca? ¿Ni siquiera por despecho o por ira?

–Los internados eran muy estrictos.

–¿Y cuando vivías con tu padre?

–Supongo que no había muchas reglas que saltarse. –Theo se encogió de hombros–. En realidad, era mucho más probable que yo las estableciese. Mi padre nunca me impuso nada.

A Becca no se le ocurría qué decir, pero le parecía increíblemente triste. Sus padres siempre habían sido exageradamente responsables, pero no imponer regla alguna a un niño… en fin, era absurdo.

–Mi padre era muy irresponsable. –Theo siguió hablando al ver que ella no decía nada–. En casa siempre había un desfile de mujeres que no tenían interés en ser madrastras y yo tampoco quería una. Cuando estaba en casa, yo solo buscaba algo de orden y estabilidad. Nuestro hijo tendrá todo eso.

Orden y estabilidad. Qué palabras tan severas, pensó Rebecca. Aunque seguramente lo que Theo había querido era seguridad, personas en las que pudiese confiar. Y como ella siempre lo había tenido, quería asegurarse de que su hijo también lo tuviese. Pero la

infancia era algo más que orden y estabilidad. Era calidez, diversión, afecto, aprender de los errores.

Theo debió percibir la compasión que sentía por él porque su expresión se endureció.

–Impondremos reglas a nuestro hijo.

–Sí, las reglas son importantes, pero debemos acordarlas desde el principio. Y tendrán que cambiar a medida que el niño crezca.

Ambos se quedaron en silencio. Rebecca pensaba no solo en su hijo, sino en los años y años que estaría conectada con ese hombre.

Para siempre.

Pero se dio cuenta de que estaba pensando en eso como un problema que debía resolver. Para siempre, sin embargo, significaba que no había solución. Theo era el padre de su hijo y quería involucrarse en su vida, de modo que tendría que lidiar con él para siempre. Intentar llegar a un acuerdo con él para que ambos acordasen la mejor forma de proceder.

Por su hijo.

–He contratado a una doctora que vendrá a vivir a la isla –anunció Theo entonces–. Llegará mañana.

Rebecca lo miró fijamente.

–¿Cómo dices?

–El médico que consultamos inicialmente tiene demasiados vínculos con mi padre y la doctora Doukas viene muy recomendada. Su formación es impecable.

–No hace falta contratar a un médico solo por unos días. Estoy perfectamente.

Theo no dijo nada de inmediato. Casi podía verlo sopesando las palabras mientras ella sentía algo parecido al pánico. Así sería para siempre: él tomando decisiones y dando órdenes.

Era inaceptable.

–Tengo cita con mi médico en dos semanas. Van a hacerme una ecografía y yo… los dos sabremos si vamos a tener un niño o una niña.

–Me he tomado la libertad de cancelar esa cita por ti. No tiene sentido que vuelvas a Irlanda. El niño tendrá un padre y una madre

y eso sería imposible si cada uno viviera en un país distinto. Tú misma llegarás a esta conclusión con el tiempo.

Estaba equivocado, pensó ella. Todo lo que hacía estaba mal, pero no lo hacía por egoísmo. O no del todo. Al fin y al cabo, no había sugerido mudarse a Irlanda, pero estaba haciendo lo que él creía mejor para su hijo.

Tenía que entrar en esa cabeza egocéntrica de multimillonario y hacerle entender que ella también tenía sentimientos, necesidades y derechos.

–Se supone que debes consultar con las personas por quienes decides –dijo Rebecca, apretando los dientes–. No puedes decidir por mí solo porque creas que es lo mejor.

–Pero es lo mejor…

–No importa lo que tú creas –lo interrumpió ella–. Yo también tengo voz y voto. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te dijese lo que tienes que hacer?

–Si fuera algo sensato, lo escucharía.

Rebecca dejó escapar un suspiro. Era como hablarle a una pared de ladrillos. Quería gritarle, tirarle el contenido de la mesa y luego correr de vuelta a Irlanda. A su médico, a sus planes. A su vida.

Pero eso no resolvería nada. Sin duda, Theo la seguiría fuese donde fuese. Por ridículo que lo encontrase, seguía siendo el padre de su hijo.

Theo no la entendía y ella no encontraba palabras para convencerlo.

Pero eso le dio una idea.

Así que dejó de discutir y empezó a conspirar.

Capítulo 11

Dormir no era fácil para Theo últimamente. No estaba acostumbrado a tener dificultades en su isla, en su santuario. Allí nunca dejaba que las preocupaciones lo afectasen.

Aunque suponía que no eran las preocupaciones lo que lo mantenía despierto. No era tan sencillo. Ni siquiera que, cuando lograba dormir, a menudo soñaba con Rebecca y despertaba duro y jadeante.

Eran los sueños que no terminaban en un deseo frustrado los que lo perturbaban, los que hacían que dormir fuese más horrible que quedarse tumbado mirando el techo. Eran los sueños de ella con un niño en brazos los que lo atormentaban. Su hijo. Con el pelo oscuro y los ojos azules.

Aunque ese sería su futuro y lo había aceptado.

Pero eran los sueños en los que ambos desaparecían como una nube de humo, de formas diversas e imposibles, por un acantilado o en el mar, los que hacían que dormir le pareciese cada vez menos seguro. Podría ahondar en lo que había detrás de esos sueños si quisiera, pero no quería.

De modo que se quedó en la cama, intentando no recordar los sueños. Ni esa maldita discusión durante la cena.

Había visto compasión en su rostro. Compasión. Como si él fuera digno de lástima después de haber superado todo lo que la vida le había deparado. No diría que su infancia fue feliz, pero tampoco fue traumática. No tuvo una madre, pero eso era algo que le pasaba a mucha gente. Su padre había sido descuidado, pero nunca fue cruel. No había tenido estabilidad y eso había sido un desafío en ocasiones, pero lo había convertido en un hombre capaz de afrontar cualquier reto.

Había alcanzado todos sus objetivos profesionales. Tenía todo lo que un hombre podría desear. Y le daría a su hijo lo que él no había tenido.

Era él quien debería compadecerla, pero no era eso lo que había sentido cuando hablaba de su infancia. El cariño con el que hablaba de sus padres se instaló en él como garras porque añadía algo más a una larga lista de exigencias para su futuro papel de padre.

En el futuro, quería que su hijo hablase de él y de Rebecca con el mismo cariño. Sería un buen padre, se dijo a sí mismo. Su hijo tendría lo mejor.

Pero le aterraba fracasar. Le daba miedo que, por mucho que lo intentase, no pudiera conseguirlo por pura fuerza de voluntad.

Salvo manteniéndola allí. Salvo casándose con ella. Quizá no pudiera darle a su hijo lo que los padres de Rebecca le habían dado a ella, pero podía intentarlo. Y el matrimonio era un paso imprescindible para lograrlo.

Porque él era un hombre que se fijaba metas y que las alcanzaba sin importar los desafíos.

Ese pensamiento lo tranquilizó lo suficiente como para que, por fin, se perdiera en un sueño que no tenía sentido. Perseguía a Rebecca por la isla, en Atenas. En la finca de los Desmond en Irlanda. Parecía estar a su alcance, pero luego desaparecía. Y cada vez que lo hacía, la desolación y la desesperación crecían en su pecho.

Pero hasta eso era mejor que el final, cuando por fin la alcanzaba y ella se derretía entre sus manos, pálida y sin vida.

Se despertó con un sobresalto, intentando respirar. Casi gritó al ver una figura al pie de la cama, pero logró contenerse a tiempo.

–Buenos días –canturreó Rebecca alegremente.

Tenía que ser un sueño. Solo otra parte de la serie de horribles pesadillas. Theo se sentó en la cama, respirando con dificultad, mientras ella lo miraba con una sonrisa radiante.

–¿Qué significa esto? –preguntó con tono seco.

Podría haber agradecido esa visita inesperada si llevase algo que sugiriera que iba a meterse en la cama con él. Cualquier cosa que le

hiciera creer que estaba allí para exorcizar el recuerdo de esa pesadilla.

Pero llevaba ropa deportiva, incluso zapatillas de tenis. El pelo recogido en una coleta y unos auriculares colgados del cuello.

–He decidido que lo mejor para ambos es correr temprano cada mañana –anunció, dejando una botella de agua sobre la mesilla–. Y deberías beber agua al despertar, no café. Es mejor para la salud.

Theo miró la botella. Luego a ella. Quizá seguía medio dormido porque no entendía de qué estaba hablando.

–¿Qué estás haciendo?

–Es lo que he decidido y, como es lo correcto, deberías levantarte y vestirte para correr.

Rebecca sonrió, pero su alegría era fingida. Había algo gélido en sus ojos. Y él no era un tonto, aunque su cerebro aún no funcionaba a pleno rendimiento. Dejando escapar un profundo suspiro, se recostó contra el cabecero.

–Ya veo lo que estás haciendo.

–Estoy haciendo lo correcto –dijo ella con falsa despreocupación. Una actuación excelente, en definitiva–. Los padres necesitan estar sanos y cuidarse. Un hábito que debemos consolidar antes de que el recién nacido nos complique la vida.

–Has dejado claro lo que quieres, Rebecca.

Aunque estaba irritado, Theo tuvo que disimular una sonrisa. Esa pequeña farsa para demostrar que tenía razón lo impresionó, podía admitirlo, pero no hizo que cambiase de opinión.

No necesitaba que ella comprendiera su forma de pensar. Sabía que tenía razón, pero no le costaría nada seguirle el juego. Y, de hecho, podría ser muy agradable.

–Y creo que tienes toda la razón –dijo luego, intentando imitar su tono alegre.

Ella lo miró con recelo.

–Lo sé.

Theo apartó las sábanas.

–Vamos.

Pero Rebecca no se movió. Se quedó allí, mirándolo fijamente mientras se levantaba de la cama… completamente desnudo.

Sus ojos estaban clavados en el sitio donde él ya estaba duro y listo, solo para ella.

Rebecca tuvo que aclararse la garganta.

–Tendrás que vestirte.

–¿De verdad?

Ella abrió la boca, pero no dijo nada, como si hubiera olvidado lo que quería decir.

Theo intentó mantener una expresión seria mientras daba un paso hacia ella.

–El ejercicio es importante, por supuesto. Incluso en tu estado, he leído que es importante moverse a diario. Pero creo que hay una manera mejor de ejercitar el sistema cardiovascular.

Rebecca lo miraba con los ojos muy abiertos. Se había ruborizado y su pecho subía y bajaba de forma agitada, como si no pudiese llevar oxígeno a sus pulmones.

No sabía qué decir. En realidad, no había nada que decir. Lo deseaba. Tan obsesiva y ridículamente como él la deseaba a ella.

–Y he llegado a una conclusión muy interesante.

Estaba a su lado, hablándole al oído, y Rebecca no retrocedió.

–¿Qué conclusión?

–Creo que quizá entraste aquí no para demostrar que tienes razón, sino porque… –Theo se inclinó hacia ella un poco más, para que pudiera sentir su aliento. Para que su calor los envolviese a los dos–. Creo que te gusta que te digan lo que debes hacer, Rebecca.

El gemido que escapó de su garganta fue como un puñetazo erótico. Una especie de suspiro mezclado con un jadeo de puro deseo sexual.

Ella no se apartó. Se quedó allí, inclinándose ligeramente hacia él. Y aun así intentó negar lo que era evidente.

–No, yo…

–Yo creo que sí. –Theo deslizó un dedo por uno de sus pezones, que ya se había endurecido–. Te gusta que te diga lo que quiero. Lo que exijo.

Rebecca dejó escapar un gemido.

–Theo…

–Sí –murmuró él, deslizando el dedo por la curva de su vientre hasta el triángulo de rizos entre sus muslos, que frotó suavemente–. Quieres que te digan lo que debes hacer, ¿verdad, Becca? Te gusta eso. Quieres eso. Me deseas. Aquí, ahora.

–Yo…

Lo deseaba. Claro que sí. Y el abismo de deseo lo atravesó con tanta fuerza que quiso que cortase más profundo, que los partiese a ambos en dos.

–Arrodíllate.

Sintió que ella se estremecía. Sí, la orden la excitó, pero no estaba seguro de que la aceptase. Hasta que lentamente, muy lentamente, comenzó a arrodillarse. Apoyó las manos en sus muslos y luego lo miró mientras apartaba una de ellas para agarrar su miembro.

Él la observaba, intentando contener su deseo. Tomó aire, pero respirar era un tormento. Sin decir nada, enredó la mano en su pelo y empujó su cabeza. Ella no se resistió, no dudó. Lo tomó en su boca lenta, perfectamente.

Su boca era un paraíso, especialmente cuando lo tomó profundamente. Todo lo demás dejó de existir salvo la fricción aterciopelada de su lengua y el deseo hirviente que se enroscaba en sus músculos.

Pensó en apartarse, en demostrar que él llevaba el control. Pero quería más que eso. La quería retorciéndose y suplicándole. Quería enterrarse en ella hasta el fondo.

Empujó su cabeza hacia atrás y sonrió cuando ella emitió un gemido de angustia.

–Túmbate en la cama.

Ella parpadeó, pero no dudó en obedecer la orden. Se tumbó en la cama y Theo se apresuró a desnudarla. Una vez desnuda, se tomó un momento para mirarla tendida sobre las sábanas. Una diosa pálida y perfecta.

–¿No vas a hacer nada? –murmuró ella, retorciéndose entre las sábanas.

Desnuda y lasciva. Todos sus sueños hechos realidad.

Y tenía la intención de disfrutarlo.

–Calla y quédate quieta, *omorfiá mou.*

Theo acarició sus pechos y su estómago, separó sus piernas, desnudándola ante él. El aroma de su excitación lo sacudió y se acomodó entre sus muslos para deleitarse en ella con la boca, la lengua y los dientes, estimulado por sus gemidos. Cuando por fin se dejó ir, Rebecca sollozó su nombre y Theo experimentó una oleada de satisfacción y un deseo tan intenso que se había convertido en dolor.

Pero se apartó para mirarla. El pelo se había desprendido de la cinta que lo sujetaba y parecía un halo alrededor de su rostro enrojecido.

Intentó tocarlo, pero él se apartó. Algo oscuro y peligroso lo tenía enredado. Parte de su control se había esfumado por completo.

Quería lo que había visto cuando le ordenó que se pusiera de rodillas y ella obedeció. Quería más de eso. Quería todo lo que ella pudiese darle.

–Suplícame.

Esa orden impactó a Rebecca como un rayo. Hasta entonces había sido un juego erótico, pero ahora…

–Theo…

Quería negarse. Debía hacerlo. Pero tenía dificultades para aferrarse a ese pensamiento cuando su cuerpo latía con un deseo incontrolado.

–Suplícame –repitió él, con tono implacable.

Y Rebecca quería hacerlo. No sabía qué decía eso de ella, no tenía la capacidad mental para determinar los porqués o para recordarse a sí misma que había ido allí para demostrar algo, pero él le había dado la vuelta a la situación.

En ese momento no le importaba nada de eso. Lo único que le importaba era sentir a Theo dentro de ella.

–Por favor, Theo…

–¿Por favor qué?

–Yo… yo… –Becca no encontraba las palabras–. Por favor. Te quiero dentro de mí…

La mirada de Theo era oscura, aguda y feroz. Seguía sin tocarla, sin moverse.

–¿Y qué quiero yo?

Era una orden y ella sabía la respuesta.

–Esto, a mí.

Porque aquello no era unilateral. Tal vez él deseaba tener más control, pero estaban juntos en eso.

–Me deseas, así que tómame.

–Eso suena más como una orden que una súplica, Becca.

Becca. Sí, ella quería volver a ser esa mujer. Despreocupada y en sintonía con su cuerpo, capaz de encontrar un placer inconmensurable. De modo que suplicó con vehemencia hasta que Theo la colocó sobre él y se deslizó hasta el fondo por fin.

Era increíblemente grande, increíblemente exigente. Cada embestida era como si tirase de un cable dentro de ella que nunca había sabido que existiera. Una escalada hacia algo desastroso y sin embargo… un placer tan increíble que no le importaban las consecuencias.

El crescendo del placer la derretía hasta los huesos, pero él no se detuvo. La empujó aún más, arrojándola por incontables precipicios hasta que no era más que una masa temblorosa. Solo entonces aceleró el ritmo hasta la desesperación, dejando escapar un rugido cuando se dejó ir en lo más profundo de ella.

Rebecca se desplomó sobre él, ambos sin aliento. No sabía cuánto tiempo permaneció así, felizmente satisfecha, con su mano en la espalda en un gesto de posesión.

Debería molestarle, pero no era así. ¿Alguna vez se había sentido poseída? ¿Alguna vez había sentido ese poder salvaje e irracional?

Pero tenía que pensar racionalmente. No había ido a su habitación para eso.

–Esto no ha solucionado nada –murmuró sobre su pecho.

–¿Cómo que no? Yo me he desahogado y creo que tú también.

Rebecca no pudo evitar una sonrisa ante ese tono tan presuntuoso. Podía notar los fuertes latidos de su corazón latiendo sobre el suyo…

Y entonces sintió algo más. Allí, tumbada sobre él, con sus brazos rodeándola. Algo cálido, algo tierno.

Algo que parecía… peligroso.

Se apartó de él para recuperar el aliento y, por un momento, se quedó mirando al techo, intentando comprender los inestables latidos de su corazón.

Intentando comprender cómo había irrumpido allí, convencida de que iba a demostrarle que tenía razón, y había terminado desnuda e insegura.

Era frustrante admitir que él tenía la sartén por el mango. Que podía darle la vuelta a sus intentos, perfectamente razonables, de hacerle ver que su actitud autoritaria no iba a funcionar con ella.

«Quizá te gusta que te digan lo que tienes que hacer».

Rebecca respiró hondo. Así que le gustaba que la dominaran sexualmente. Eso no significaba que Theo tuviera derecho a cancelar sus citas y pedir otras nuevas. No significaba que tuviera derecho a exigirle que se quedase si no quería hacerlo.

Su cuerpo palpitaba con placenteras descargas de placer. Quería vivir en bata y no salir nunca de la cama.

Pero no era su cama, era la de él.

–Llamaré para que te suban el desayuno, si crees que puedes con él.

Debería hacer las maletas. Theo era una debilidad. Lo que despertaba en ella era una debilidad. Pero en ese momento, cálida y saciada, quería ahondar en una debilidad.

Por una vez, solo por una vez, no quería tener que esforzarse tanto.

Siempre había tenido que esforzarse para todo, mostrarse fuerte, mantener la compostura. ¿Y qué había conseguido con eso? No mucho.

¿Por qué no podía disfrutar de un sexo increíble? ¿Por qué no dejar que alguien más tomase algunas decisiones? ¿Por qué no quedarse y dejar que Theo solucionase todos los problemas? No solo por ella, sino por su hijo.

Rebecca sostuvo su mirada. Y si eso la convertía en una persona débil, que así fuera.

–Sí, me gustaría.

Capítulo 12

Theo la mantuvo en su dormitorio. Hizo que llevaran todas sus cosas allí. No hablaron de ello. Habían terminado las discusiones.

Su decisión era la correcta, ella aceptaría y todo estaría bien.

Rebecca no volvió a mencionar Irlanda. Ni la idea de irse. No intentó volver a la habitación de invitados ni discutir con él. Theo vio esa noche como un punto de inflexión. Si no discutía era porque estaba de acuerdo. ¿Qué otra cosa podría ser?

Le había permitido hacer preguntas indiscretas sobre su infancia, su negocio, sus gustos y sus disgustos. Y él le contó historias sobre el internado y sus primeras hazañas empresariales.

No ahondó en los numerosos matrimonios de su padre, por mucho que ella lo insinuara. No habló de sus relaciones, o la falta de relaciones, con las mujeres que su padre había llevado a casa. Y no habló sobre su madre.

Pero escuchaba lo que ella le contaba sobre su infancia, sus padres, el entrenamiento para los Juegos Olímpicos. Archivó en su memoria todos los detalles, pero cada vez que mencionaba su lesión, el accidente que le impediría volver a competir, se retraía. No podía soportar su dolor, su desilusión. Revolvía algo dentro de él que no quería sentir, de modo que no le permitió ir más allá del momento en que se dio cuenta de que el caballo no iba a saltar.

Si eso molestó Rebecca, no dijo nada. De hecho, no parecía haber nada que la irritase últimamente y eso era extraño. Lo hacía sentir inseguro, como si estuviera haciendo algo mal.

Pero ella iba a su cama todas las noches. Comía con él, conversaba con él. No pasaba nada, de modo que no entendía por qué sentía como si estuviera caminando con pies de plomo.

La doctora Doukas había llegado a la isla, con el escáner para determinar el sexo del bebé, y respondió amablemente a todas sus preguntas mientras pasaba una pequeña varita sobre el cada día más amplio vientre de Rebecca. Theo estaba de pie junto a la cama, mirando el monitor que la doctora acababa de conectar, con un nudo en la garganta.

¿Qué vería cuando apareciese la imagen? ¿Cómo se manejaba ese futuro tan desconocido e incontrolable?

–Por lo que veo, todo marcha bien –dijo la doctora Doukas, señalando la pantalla–. Van a tener un niño y la fecha prevista para el parto es la correcta.

¿Un niño? Él solo veía una imagen granulada…

Rebecca tomó su mano y él la rodeó con los dedos.

Theo no había pensado en… realidades. Había estado tan concentrado en los detalles prácticos, en cómo organizar la vida de su hijo de la mejor manera posible, que no había considerado…

Un niño. Iba a ser padre de un niño.

Y, de repente, se sentía como al borde de un precipicio.

–Enviaré las imágenes por correo electrónico –dijo la doctora mientras empezaba a recoger su equipo–. Quiero verte de nuevo dentro de un mes, Rebecca, pero si tienes alguna pregunta o algún problema, no dudes en llamarme –añadió, girándose hacia Theo–. Enhorabuena, señor Nikolaou. Enhorabuena a los dos.

Theo se quedó a solas con Rebecca y con una inminente sensación de fatalidad.

–Ahora podemos pensar en nombres.

–Nombres…

–Ya tengo un segundo nombre elegido –dijo Rebecca, como si saber que esperaba un niño no cambiase nada–. James, por mi padre. Eso no es negociable, pero podemos ponernos de acuerdo sobre el nombre de pila.

Un nombre. Para su hijo.

–¿Has pensado en alguno? –preguntó ella, despreocupada y serena.

–¿Algún nombre?

–¿Qué te parece Theo James? Suena bastante bien y podríamos llamarlo TJ…

–No.

Su tono era áspero. Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en sus oídos y no era capaz de llevar oxígeno a sus pulmones. No entendía qué le pasaba. Solo sabía que… todo estaba mal.

Un niño. Su hijo.

Rebecca se acercó, mirándolo con preocupación. Tal vez se estaba ahogando en el océano que se reflejaba en sus ojos azules. Tal vez todo aquello era culpa suya. Lo que sea que le estuviera pasando.

–¿Estás bien?

–Por supuesto.

–Pareces… asustado.

Theo se aclaró la garganta mientras se apartaba un poco para poder respirar.

–No estoy asustado.

–Es normal, Theo. Yo siento miedo todo el tiempo. Ser padres es una tarea importante y es normal sentirse abrumado por todo lo que no sabemos.

–No estoy asustado ni abrumado –dijo él–. Sabemos todo lo que necesitamos saber, o lo sabremos con el tiempo.

Rebecca inclinó a un lado la cabeza, observándolo.

–Está bien no saber cosas. De hecho, es imposible saberlo todo. Mi madre dice que la preocupación por un hijo nunca desaparece del todo y eso me consuela un poco porque si ella…

–Nosotros sabremos qué es lo mejor para nuestro hijo. Siempre.

Eso era lo mínimo que se exigía a sí mismo. Que Rebecca sugiriese lo contrario era absurdo.

Ella siguió mirándolo durante unos segundos, pero no discutió. Sin duda, entendía que tenía razón.

La certeza ayudaba a superarlo todo. Determinar qué era lo correcto y ponerlo en marcha era la única manera de sobrevivir.

–Si estás abrumado, siempre puedo volver a Irlanda y darte un poco de espacio –dijo Rebecca entonces.

Algo se quebró en su interior. Pero no era pánico, sino una furia que tendría que desahogar abajo, con su equipo de boxeo.

–No vas a volver a Irlanda. Nunca.

La expresión de Rebecca se endureció.

–Deja de darme órdenes, Theo. He cedido más de lo que me gustaría. Te he dado todo lo que has pedido…

–Porque es lo correcto…

–No, porque… bueno, por muchas razones. Pero volveré a Irlanda si decido que quiero volver –lo interrumpió ella–. He intentado darte tiempo, entenderte, pero no estoy dispuesta a aceptar que tú decidas lo que voy a hacer con mi vida. Iré a Irlanda si me da la gana.

Ese arrebato de ira le hizo comprender que había perdido el control del momento y de sí mismo.

Había optado por llegar a un acuerdo. La había convencido para que se quedase en la isla, pero no la había presionado para casarse. Había sido tan feliz con una pequeña victoria que se había olvidado de la maldita guerra. No había insistido en lo que era necesario, en la seguridad de unir sus vidas y sentar las bases para su hijo.

¡Qué grave error!

Pero antes de que pudiese decirlo llamaron a la puerta. Su mayordomo estaba allí, con aspecto menos sereno de lo habitual.

–Disculpe, señor Nikolaou. Lo siento mucho…

–¿Qué ocurre?

–Su padre está aquí.

–¿Aquí?

La expresión de Theo se ensombreció.

–El señor y la señora Nikolaou han venido a pasar el fin de semana. Intenté explicarles, con tacto, que quizá no era el mejor momento, pero…

Sí, Theo sabía cuál sería el pero. La incapacidad de su padre para reconocer cuándo no era bienvenido.

Pero eso le dio algo en qué pensar aparte de los nombres para el niño, la idea de que Rebecca regresara a Irlanda y la boda en la que no había insistido.

No sabía si era el mejor o el peor momento para la aparición de su padre, pero no importaba porque estaba allí y tendría que afrontarlo.

Rebecca observó un millón de emociones cruzando el rostro de Theo, por lo general indescifrable.

Estaba asustado, quisiera admitirlo o no. Y su respuesta era redoblar esfuerzos para controlarlo todo. Había visto eso durante las últimas semanas. Le gustaba pensar que todo ese tiempo había sido una experiencia de aprendizaje. El objetivo de quedarse allí era entenderlo, conocerlo mejor, pero cada vez que creía estar a punto de predecir sus reacciones y estados de ánimo, Theo hacía algo inesperado. Porque si bien lo había visto apoyarse en el control como si fuera una muleta, nunca lo había visto tan enfadado, tan frustrado.

Evidentemente, la relación con su padre era difícil y se preguntaba si eso habría provocado su reacción ante la noticia de que iba a tener un hijo. ¿Se habría enfrentado de repente a la idea de su propia relación con su padre, al miedo a ser como él?

No lo sabía y, sin duda, él evitaría las preguntas. Pero estaba segura de que no quería a su padre allí.

–Prepara unas bebidas –ordenó Theo al mayordomo–. Dios sabe que vamos a necesitarlas. Y adelanta la cena a las cinco. Quizá pueda sacarlo de aquí antes del anochecer. Quédate aquí –añadió antes de salir de la habitación.

Rebecca tardó un minuto en darse cuenta de que la última orden había sido para ella, pero ya había acatado demasiadas órdenes en las últimas semanas y no tenía la menor intención de obedecer.

De modo que lo siguió. Salió de la habitación, bajó por la escalera y se dirigió al vestíbulo.

Había dos personas allí: Atlas Nikolaou, a quien había visto en fotos, y una mujer rubia. Las fotos no le hacían justicia. No era tan alto y corpulento como Theo, pero sus hombros eran igual de anchos y tenía el mismo pelo negro azabache peinado hacia atrás. Su sonrisa era amplia y muy blanca, y había algo deslumbrante en sus ojos oscuros. Era la versión madura de Theo, pero más alegre.

La rubia que estaba a su lado era alta y delgada. Llevaba el pelo recogido en un moño que lograba parecer elegante en lugar de severo, pendientes y anillos de oro. Apretaba el bolso con fuerza,

como si estuviese incómoda, pero su natural elegancia hizo que Rebecca se sintiera un poco ridícula por llevar chándal.

Theo no debió de darse cuenta de que estaba detrás de él porque se acercó a saludarlos sin mirarla y Rebecca observó el intercambio con una especie de sombría fascinación. Atlas saludó a su hijo de modo exuberante, pero no fue correspondido con el mismo entusiasmo. No, si acaso parecía un poco conmocionado.

–No recuerdo haberte invitado a venir, padre –dijo con tono de cansada resignación.

Atlas soltó una estruendosa carcajada.

–Claro que no. Nunca lo haces. Ah, y esta debe ser nuestra chica irlandesa.

Theo giró la cabeza para mirarla. Parecía molesto, pero a Rebecca le daba igual.

–Te presento a Rebecca Murphy.

Atlas estrechó su mano con entusiasmo, mirándola de arriba abajo.

–Atlas Nikolaou. Un placer conocer a la mujer que va a darme un nieto –dijo a modo de saludo, inclinándose para hablarle al oído–. Y que ha mantenido a mi hijo tan ocupado.

Luego soltó una carcajada estruendosa que pareció resonar por toda la casa, haciendo vibrar las lámparas de araña.

Seguro que en ciertas situaciones podría ser entretenido, pero en ese momento resultaba estridente y fuera de lugar. Aun así, se encontró sonriendo. Era estrepitoso, pero de una manera tan jovial que no quedaba otra opción que dejarse llevar por su encanto.

–Eh… bueno. –Rebecca no sabía qué decir–. Encantada de conocerte, Atlas.

Él se volvió hacia Theo.

–Preséntale a mi mujer, muchacho.

–Rebecca, te presento a…

No terminó la frase, pero la rubia le tendió la mano. Era alta y destilaba sofisticación. Rebecca no creía que tuviese más de veinticinco años.

–Ariana –se presentó ella misma–. Mucho gusto en conocerte.

Su tono no transmitía calidez, solo una especie de fría cortesía. Quizá porque era evidente que Theo ni siquiera sabía su nombre.

Era el momento más extraño que recordaba haber vivido.

–Solo nos quedaremos el fin de semana –dijo Atlas, mirando a Rebecca como si fueran cómplices–. Pero debes darnos algo de tiempo para conocernos.

–Muy bien, vamos a la terraza. Rebecca está cansada… –Theo la miró fijamente–. ¿Por qué no vas a descansar un rato?

Quizá debería. No necesitaba involucrarse en aquel drama familiar, pero no estaba dispuesta a acatar más órdenes. Además, él se negaba a hablar de su infancia, de la relación con sus madrastras o de su propia madre. Y siempre hablaba de Atlas de forma desapegada, como si en realidad no fuera su padre.

Él no lo sabía ni lo quería, pero sin duda necesitaba un aliado.

De modo que, en lugar de obedecer, esbozó una sonrisa.

–Me siento mucho mejor ahora. Además, estoy deseando conocer por fin a tu familia.

Porque quería ser su aliada, pero también quería llevar el control de su vida.

Capítulo 13

Theo observaba a Rebecca y Atlas riendo en el patio de la casa.

La de su padre era la misma risa estruendosa que recordaba de su infancia. A veces, en aquel entonces, le hacía reír también. Pero cuando lo envió a un internado, gracias a su segunda esposa, Theo había aprendido a ver más allá del encanto, la risa y la diversión.

Atlas podía entretener a la gente y era un placer estar con él. Podía hacerte creer que se preocupaba por ti y por tu felicidad.

Pero se negaba a lidiar con otras emociones. No importaba que uno estuviera triste, molesto, herido o furioso. Siempre encontraba la forma de darle un giro positivo a cualquier situación y si insistías en hablar en serio, se retiraba.

Theo sabía que era por eso por lo que sus mujeres lo dejaban. Aunque Ariana ya llevaba tiempo con él. ¿Cuatro años? ¿Cinco?

Se había quedado a pesar del infarto, a pesar de tener que cuidar de Atlas tras su roce con la muerte.

Theo la miró. Estaba en silencio, sin involucrarse en la conversación, con la mirada fija en el mar. Pensativa, se llevó una mano al vientre en un gesto que lo irritó, aunque no sabía por qué.

Supuso que tendría que recordar su nombre. Al fin y al cabo, estaba en su casa. Aunque Atlas solía visitarlo de vez en cuando, nunca había llevado a la isla a ninguna de sus mujeres. Pero Theo podía ver en la sonrisa educada de Ariana que la relación con Atlas le resultaba mucho menos entretenida que antes.

Todo volvería a estallar, ¿y quién recogería los pedazos? Él. Siempre sería él. Tendría que mantener a Atlas alejado del negocio y de sus propios vicios. Tendría que contratar a alguien que cuidase de él y para asegurarse de que siguiera las indicaciones del médico.

Durante la cena, Theo no dijo más de cinco palabras. Ariana tampoco. Atlas dominaba la conversación, como siempre, aunque involucraba a Rebecca porque era nueva, una chica guapa a la que prestar atención.

Rebecca sonreía, inflando el considerable ego de Atlas, pero Theo estaba cada vez más tenso. Tomaron el postre en la terraza, soportando el continuo espectáculo de Atlas Nikolaou, algo que no había tenido que hacer desde antes del infarto de su padre.

Por suerte, tenía una razón para insistir en acostarse temprano. Rebecca necesitaba dormir. Hizo que el mayordomo acompañase a Atlas y Ariana a su habitación, esperando encontrar la manera de despedirlos al día siguiente.

Temprano.

Rebecca lo tomó del brazo mientras subían por la escalera, en un gesto íntimo con el que no supo qué hacer. No tenía nada que ver con lo que pudiera pasar en el dormitorio esa noche. Era un gesto amistoso, cálido, que no tenía ningún sentido para él.

Como no tenía sentido el deseo de rodearla con sus brazos, de estrecharla contra su costado.

–Ahora te entiendo un poco mejor –dijo Rebecca.

No parecía consternada y eso debía ser algo bueno. Esa noche le había demostrado que había sido débil. Había dejado pasar las semanas sin presionar ni insistir en lo que debía hacerse.

Había querido pensar que su permanencia en la isla era una victoria, pero no lo era en realidad. Solo era un pequeño paso hacia delante. Avanzar era esencial. Afianzar los cimientos para su hijo era absolutamente necesario.

–Eso es bueno –dijo por fin, frustrado–. Porque me temo que no podemos esperar mucho más para casarnos. Hay asuntos legales que resolver antes de que nazca el niño.

Rebecca lo miró con una tristeza en los ojos que él no comprendió.

–¿Qué solucionará casarte conmigo, Theo?

Lo preguntaba en serio, con curiosidad. No era una acusación, sino una pregunta.

–No se trata de mí, Rebecca. Se trata de nuestro hijo. El matrimonio ofrece estabilidad. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

–Yo me beneficié de tener dos padres que se querían y me querían a mí también.

Rebecca dijo eso con suavidad, con cuidado. Como si fuera de puntillas.

Pero esas palabras fueron como una puñalada para Theo.

–El amor no importa, Rebecca…

–Theo…

Rebecca suspiró de nuevo antes de entrar en la habitación. La suya, de los dos. Y él la siguió.

–Yo he visto a mi padre enamorarse y desenamorarse no sé cuántas veces. –Theo desabrochó los primeros botones de su camisa, que de repente parecía ahogarlo–. No pudo retener a mi madre ni a ninguna de sus esposas. ¿Te has fijado en… Ariel?

Rebecca se sentó en el borde de la cama, observándolo mientras se movía de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

–¿Te refieres a Ariana?

–Como se llame, da igual. No importa porque es evidente que está en las últimas.

–¿A qué te refieres?

–Ya he pasado por esta rutina antes. Empiezan la relación adulándolo, riéndole todos los chistes. Están deslumbradas por él, por su dinero, pero el deslumbramiento no dura para siempre. Con el tiempo, las bromas de Atlas Nikolaou dejan de hacer gracia y se van. –Theo se quitó la camisa–. Siempre son ellas las que se van. Él le dice a la prensa que las cambia por una más joven, pero no es verdad. Son ellas las que se van.

Rebecca estaba muy callada y Theo sentía la necesidad de llenar el silencio, aunque sabía que no debía seguir hablando.

–Conozco las señales. Se va a ir.

–Creo que has malinterpretado su actitud –dijo Rebecca.

Theo, que seguía caminando de un lado a otro, se detuvo para mirarla.

–¿Qué he malinterpretado?

–Creo que está embarazada y se siente fatal.

Por un momento, Theo se quedó sin voz. No podía comprender del todo sus palabras. Claramente, estaba equivocada. Confundida por su propio embarazo.

–Mi padre tiene cincuenta y cinco años.

–Pero Ariana no –dijo Rebecca.

Embarazada. Su padre no había dejado embarazada a ninguna de sus esposas. No había cometido ese error. No podía ser.

–Estás equivocada.

Theo recordó a Ariana sentada en la terraza, pálida, con los labios apretados y una mano sobre el estómago…

Rebecca se encogió de hombros.

–Quizá sí, no lo sé con seguridad.

Atlas había llevado allí a Ariana cuando nunca había llevado a ninguna de sus otras mujeres. Y la trataba con una extraña delicadeza…

No. No. No.

–Incluso diría que espero que tengas razón. –Rebecca se levantó y puso una mano sobre su hombro, como para consolarlo–. Tu padre es encantador, pero también es muy egocéntrico. No parece una mala persona, pero es superficial. No creo que fuese un buen padre para ti, como tampoco fue un buen marido para las mujeres con las que se casó.

–No me abandonó –dijo Theo apartándose.

–¿Crees que eso significa que le debes algo? Criar a su propio hijo era lo mínimo que podía hacer. Y solo lo hacía cuando le convenía. A veces te mandaba a un internado…

–El internado no era un castigo –la interrumpió él–. Mucha gente de mi clase social va a un internado, es algo normal.

Ella soltó un bufido.

–Theo, por favor.

–Tú no lo entenderías. No creciste en una familia como la mía, con un legado empresarial que mantener…

–No, pero crecí en la finca de los Desmond y Patrick no fue a un internado.

–Patrick Desmond es un tonto y un don nadie –le espetó Theo, negándose a reconocer los celos que hervían en él–. El imperio

Nikolaou se extiende por todo el mundo.

Ella lo miraba como si leyese en él cosas que no debería leer.

–No te gusta tu padre. ¿Por qué lo defiendes?

–No lo estoy defendiendo, sino exponiendo los hechos. ¿Fue un mal padre? Sí. ¿Un mal marido? Solo puedo suponerlo. ¿Y qué?

–Eso te afectó…

–No, *omorfiá mou* –dijo Theo. No le había afectado, no era verdad–. Usé lo que mi padre me dio para convertirme en el hombre que soy.

Rebecca lo observaba deambular por la habitación. Fingía estar haciendo cosas: comprobar la rejilla de la calefacción, cargar el móvil. Pero era evidente que estaba frustrado.

Y lo entendía. Había algo en Atlas que la ponía nerviosa también a ella; una exigencia que parecía no armonizar con su buen carácter. Como si tuvieras que ceder o podrías ser castigado de alguna manera.

Theo era mucho más severo, mucho menos cordial, y aun así nunca la hacía temer dar un paso en falso. Podían estar en desacuerdo, podía enfadarse y discutir con él, pero tarde o temprano resolvían el problema, sin castigos.

Y ese contraste hacía que quisiera protegerlo. Quería abrazarlo y decirle que todo saldría bien. Él no lo permitiría jamás, no admitiría que las cosas no estaban bien, pero la necesidad de consolarlo estaba ahí.

¿Cómo se consolaba a alguien que se negaba a admitir que estaba preocupado?

–Celebraremos la boda aquí –anunció Theo de repente, como si ella ya hubiese aceptado–. Un evento discreto. Puedes invitar a tus padres, por supuesto.

Ni siquiera le sorprendió esa repentina insistencia en el matrimonio. Se daba cuenta de que lo veía como una especie de seguro para su hijo; un seguro que él no había tenido.

Porque su madre lo había abandonado. Y porque no creía en el amor.

Y como ahora lo entendía, no le enfadaba su insistencia. Solo sentía lástima por él. No iba a casarse con Theo por lástima, pero

discutir no los llevaría a ningún sitio. Tal vez debería buscar el momento adecuado para…

¿Para qué? ¿Para hacerle cambiar de opinión?

Theo no iba a cambiar de opinión, de modo que aceptaría su decisión de casarse como había aceptado quedarse en la isla. Y su ira, su miedo y su reticencia seguían… desvaneciéndose.

Tal vez era una locura. Tal vez se había enamorado de él y estaba repitiendo el error que cometió con Patrick. Si le ponían un hombre rico delante que le mostrase el más mínimo interés, se inventaba fantasías absurdas.

Pero se había adaptado a la vida allí y le gustaba. Podía imaginar una cuna en un rincón de la habitación, o paseando con el bebé por la playa, de la mano de Theo.

Era una fantasía romántica descabellada que no iba a hacerse realidad. La obstinación de Theo por tener siempre la razón la arruinaría. Aquello no era amor. Le gustaba mucho y la atracción sexual no se había apagado, pero era evidente que seguía siendo la misma ingenua que se había enamorado de Patrick.

Y aunque quisiera convencerse a sí misma de que aquello era diferente, no lo era. Theo no creía en el amor. Le parecía algo tan voluble como su padre.

De todas formas, no le estaba proponiendo un matrimonio por amor. En esencia, le estaba proponiendo una fusión empresarial y la empresa sería su hijo.

Pues le esperaba una sorpresa cuando naciese su hijo porque ella sabía que los niños tenían personalidades propias. No sería algo que pudiesen controlar con el entorno adecuado o con un contrato de matrimonio.

Pero Theo jamás aceptaría que estaba equivocado. Intentar demostrárselo solo había hecho que acabase en su cama. Siempre acababa haciendo lo que él quería.

Si fuera solo por ella habría accedido patéticamente, pero tenía un hijo en el que pensar, al que querer y proteger.

De modo que necesitaba una nueva táctica. Necesitaba aprender la maldita lección. Fue entonces cuando por fin se dio cuenta de que no podía hacerlo sola como había hecho con Patrick.

Necesitaba ayuda.

–Antes de casarme contigo necesitaría la aprobación de mis padres y eso significa que tendrás que ir a Irlanda.

Esperaba excusas. Esperaba que se resistiera. Pero Theo se giró hacia ella y asintió bruscamente.

–Hecho.

Capítulo 14

Aterrizaron en Irlanda una semana después. Como Atlas no había anunciado ningún embarazo antes de irse, Theo se había olvidado de él. Tenía cosas más importantes que hacer, por ejemplo conquistar a los padres de Rebecca y ganarse su apoyo. Estaba seguro de que podría lograrlo en veinticuatro horas. Cuarenta y ocho si eran tan testarudos como su hija.

La finca Desmond estaba tal como la recordaba cuando el conductor atravesó las puertas de hierro forjado. Fértil tierra irlandesa, salpicada de majestuosos árboles y antiguos edificios, pero, en lugar de tomar el camino principal hacia la casa, el conductor giró a la izquierda y siguió adelante, bordeando una valla hasta llegar a la zona de los establos. Había caballos triscando alegremente y, medio escondida entre un bosquecillo, una casita de piedra. Parecía muy antigua, pero meticulosamente conservada.

Al acercarse, la puerta de color verde se abrió y apareció una mujer de pelo negro con algunas mechas grises. En casi todo lo demás, salvo unas pocas arrugas alrededor de los ojos, su rostro era idéntico al de Rebecca. Un hombre alto y delgado salió a continuación, con una gorra calada hasta las cejas.

Por un instante, Theo solo pudo mirarlos como si fueran criaturas de cuento de hadas que hubiesen cobrado vida. Pero solo eran dos personas de pie frente a su casa. Desde luego, nada intimidante.

El coche apenas se había detenido cuando Rebecca abrió la puerta y bajó de un salto para echarse en los brazos de su madre, hablando al unísono y riendo alegremente. La mujer puso las manos sobre el vientre de su hija y esbozó una sonrisa radiante.

James Murphy se acercó a Theo con la mano extendida.

–Señor Nikolaou –lo saludó con su marcado acento irlandés–. Bienvenido a nuestra casa.

–Por favor, llámeme Theo, señor Murphy –dijo él estrechando su mano como si fueran a firmar un trato.

Porque, en definitiva, eso era. Convencer a los padres. Seguir adelante con la boda. Consolidar el futuro de su hijo.

No podía ser tan difícil.

–Ah, claro. Y tú me llamarás James –dijo el padre de Rebecca, señalando a su mujer–. Te presento a Sharon.

–Me alegro de conocerte por fin –dijo ella.

Su tono era suave, su expresión algo más fría. El «por fin» contenía cierto retintín, pero estaba sonriendo y no parecía mostrar hostilidad.

–Entrad, vamos a tomar el té.

Madre e hija entraron en la casa del brazo y el padre las siguió. Theo sabía que también debía hacerlo, pero, por un momento, no pudo mover un músculo. Los vio entrar en la casa charlando, riendo alegremente, y supo que aquel nunca sería su sitio.

Pero daba igual. Estaba allí para hacer lo que debía hacer. Se preocuparía por crear ese tipo de familia para su hijo una vez que Rebecca se casara con él.

De modo que entró en la casa y se encontró en un salón cálido, cómodo y encantador. Él no tenía experiencia en sitios así y sentía como si aquello fuese una prueba de fuego. Salvo que no tenía ni idea de qué tipo de golpes le esperaban.

Todas las habitaciones eran pequeñas y él se sentía como un ogro enorme. Y, aun así, le impactó lo especial que era todo aquello. No tenía palabras para describirlo. En muchos sentidos, no era tan diferente a su propia casa; había cuadros en las paredes y objetos que reflejaban claramente el interés de los dueños. Caballos, principalmente.

Pero había una gran diferencia, porque el violín que colgaba de un gancho en la pared no era una pieza de coleccionista comprada en una subasta, sino una reliquia familiar. El bordado que colgaba en el comedor sin duda lo habría hecho algún pariente de Rebecca.

Las cosas que había en su casa no eran reliquias familiares ni objetos con historias propias, sino cosas que le interesaban, que admiraba. Suponía que también eso era algo personal, pero no lo sentía así. Quizá un reflejo de lo que le gustaba, pero no de quién era.

Intentó apartar de sí ese pensamiento mientras miraba una hilera de fotografías enmarcadas que colgaban en la pared. Rebecca a lo largo de los años: desde que era bebé hasta la edad escolar, con trenzas de color castaño rojizo y una sonrisa radiante a la que le faltaban dos dientes. Hasta la última fotografía de una joven vestida con un traje de amazona frente a un caballo.

No pudo apartar la mirada del retablo de Rebecca hasta que la señora Murphy señaló una silla frente a una robusta mesa de comedor donde todos los demás ya se habían acomodado.

Rígido, sintiendo que todo aquello era como un sueño, Theo se sentó junto a Rebecca. Ella lo miraba, pero él no quería hacerlo. Hasta que pudiera controlar esas extrañas sensaciones no iba a dejar que viese lo incómodo que se sentía.

–Nos alegra mucho que hayáis venido de visita. Echamos de menos a nuestra Becky –dijo James.

Tenía un aire alegre que debería recordarle a su padre, pero no era así. Porque no hacía bromas para llamar la atención sobre sí mismo. Era algo completamente distinto. Simpatía natural, calidez.

La señora Murphy sirvió el té en elegantes tazas de porcelana que, sin duda, reservaba para los invitados.

–Has estado tomando el sol –le dijo a su hija.

–Theo y yo paseamos por la playa casi todos los días. Es muy relajante.

–Relajarse es bueno –comentó James.

–El embarazo es un momento muy importante en la vida –asintió Sharon–. Debes asegurarte de que se cuide, Theo. A nuestra Rebecca siempre le han gustado los retos, pero ahora debe tomárselo con calma.

Él tuvo que aclararse la garganta para encontrar su voz.

–Lo intento.

Mantuvieron una agradable conversación mientras tomaban el té, aunque todo parecía llevar a Rebecca y a su padre de vuelta al tema de los caballos. Theo sabía algo sobre esos animales, pero no lo suficiente como para seguir la conversación. Cuando terminaron el té, Rebecca lo tomó del brazo.

–Voy a enseñarle las cuadras a Theo. Volveremos dentro de un rato.

–Pensé que el objetivo de esta visita era obtener la aprobación de tus padres para la boda, no pasar el rato con tus caballos –dijo él cuando estuvieron solos.

Ella ladeó la cabeza, observándolo atentamente.

–¿Te dan miedo los caballos?

–No digas tonterías.

–Algunas personas les tienen miedo.

–Yo no le tengo miedo a muchas cosas, *omorfiá mou*.

Ella soltó una carcajada, un sonido alegre y brillante bajo el sol de la tarde. Theo se quedó hipnotizado por los destellos de fuego de su pelo, su paso ligero, la emoción que había en sus ojos mientras lo llevaba a las cuadras y le presentaba a cada caballo como si fueran personas.

A lo largo del día, y del día siguiente, Theo llegó a una conclusión sorprendente.

Rebecca era diferente allí, con sus padres. En su casa, con sus caballos, algo en ella… florecía. Hablaba más, sonreía más. Su risa, profunda y ronca, se parecía a la de su padre.

Y él no podía dejar de mirarla, de admirarla. Aquel era su sitio, era evidente. Pero tenía que seguir adelante con la boda porque su hijo tendría un padre y una madre. Se casarían y le darían una infancia feliz.

Su sitio estaba con él y con su hijo. Eso era lo único importante.

Era tan agradable estar de vuelta en casa. Rebecca se sorprendió de lo feliz que la hacía y lo divertido que era mostrarle a Theo el sitio en el que había vivido durante toda su vida.

Y, a pesar de eso, no pensaba en quedarse y criar a su hijo allí. De hecho, no podía imaginarlo, lo cual era sorprendente.

Sin embargo, sí podía imaginar la vida con Theo y el niño en la isla griega, lo que hacía que aquella visita le pareciese… un recuerdo nostálgico, encantador. Algo que querría que su hijo conociese, pero no que lo viviera.

Rebecca no quería vivir en su habitación al final del pasillo. No quería despertar cada mañana y preparar el desayuno en la estrecha cocina, con su padre refunfuñando mientras tomaba un café antes de ir a los establos.

Ni siquiera quería encontrar una casa en el pueblo. Por mucho que quisiera estar cerca de sus padres, aquel ya no era su sitio. Se había convertido en un lugar de visita y eso era extrañamente doloroso, aunque también liberador.

El segundo día, bajó de puntillas por la escalera a primera hora de la mañana y se detuvo en la puerta de la habitación donde su madre había instalado a Theo. Los solteros no podían compartir cama en esa casa, ni siquiera si una estaba embarazada del otro.

Podría entrar y verlo durmiendo en un viejo colchón, rodeado de los materiales de artesanía de su madre y las revistas y libros de caballos de su padre.

Él había querido quedarse en la ciudad, pero sus padres se habrían ofendido y, aunque no necesitaba su aprobación para casarse, tampoco quería que Theo causara una mala impresión.

Él no se había quejado, pero parecía… apagado. No sabía qué significaba eso, de modo que entró en la cocina y se sorprendió al ver que su madre se le había adelantado.

–Deberías descansar más –dijo Sharon.

Esta era otra razón por la que agradecía el tiempo que había pasado en Grecia. Rebecca entendía la preocupación de su madre, porque sabía que había sufrido varios abortos espontáneos, pero prefería no tener que estar dando explicaciones todo el tiempo.

–Puedo sentir que se mueve de vez en cuando. –Rebecca tomó las manos de su madre para ponerlas sobre su vientre–. Lo está pasando genial ahí dentro.

–Tienes buen aspecto, pero debes desayunar bien –dijo Sharon–. Los dos.

«Los dos».

No sabía qué pensaban sus padres de Theo y estaba un poco nerviosa. Aunque, en realidad, no importaba. Si se casaba con él, sería solo porque… bueno, porque no quería tener que preocuparse por acuerdos de custodia.

–Es muy educado –comentó su madre mientras empezaba a cascar huevos.

–Eso es lo más insulso que podrías haber dicho –dijo Rebecca riendo.

–Porque es verdad. Parece una buena persona, pero esa bondad está escondida bajo una capa de buenos modales.

En realidad, era un alivio que su madre lo viera. Theo había sido educado, incluso había tenido destellos de encanto, pero era muy callado. Se mantenía al margen en casi todas las conversaciones. A menudo estaba simplemente observando, como un visitante en un zoo. Intrigado, pero como si no fuese parte de ello. Ligeramente desconcertado, pero no lo suficiente como para descubrir por qué.

–Se cree más bien un macho alfa que siempre hace lo correcto en el momento oportuno y que tiene todas las respuestas.

Su madre rio.

–Bueno, en ese caso entiendo por qué sois tan compatibles.

–¿Ah, sí?

–Tú no eres tan diferente a lo que acabas de describir. Siempre decidida a hacer lo que creías correcto para lograr el resultado que deseabas. Siempre tenías metas y te esforzabas para conseguirlas, sin ningún miedo. Por eso eras tan buena en los eventos de salto.

Rebecca se dio cuenta de que su madre había dicho todo eso en pasado, pero no le dolió como le habría dolido un par de meses atrás.

Todo había cambiado y estaba aprendiendo a aceptarlo porque su vida había dado un giro interesante. Daba igual lo frustrante que fuese Theo.

–Quiere casarse por el bien del niño, para darle estabilidad, pero no sé si es lo mejor. ¿Un matrimonio sin amor es una base estable?

Su madre dejó de hacer lo que estaba haciendo y se quedó mirándola durante unos segundos.

–¿Qué? –preguntó Rebecca.

–Se nota que estás enamorada de él –dijo Sharon entonces.

Ella quería discutir, pero no lo hizo porque a veces se preguntaba si era verdad.

–Parece demasiado conveniente, ¿no? Querer a Patrick y luego enamorarme de Theo en un abrir y cerrar de ojos.

Su madre sacó un paquete de salchichas de la nevera.

–Tú no estabas enamorada de Patrick.

Lo decía como si fuera una obviedad.

–Claro que sí. Yo… iba a casarme con él, mamá.

–Patrick te deslumbró porque su vida era diferente a la tuya. Y tú le intrigabas. Pero… yo os vi crecer, Rebecca. Si no hubieras sido tan cariñosa con él cuando su madre murió, ese chico no te habría mirado dos veces. No era más que un flechazo, un sueño adolescente. –Sharon suspiró–. Sin ánimo de ofender, Patrick Desmond es un imbécil sin carácter. Nunca fue el hombre para ti, cariño. Te gustaba la vida que él te ofrecía, no él.

Le dolió escuchar eso y no le dolería si no fuera cierto. Patrick era un cobarde. No era una mala persona, pero siempre hacía lo que le decían. Y a Rebecca le había gustado eso porque ella estaba al mando.

Hasta que su padre decidió con quién se casaría. Y, sin duda, Patrick ni siquiera opuso resistencia. La idea no debería deprimirla, ya que su madre tenía razón. Casarse con Patrick no le habría dado lo que quería, pero…

–Theo es rico. Quizá también me deslumbra ese sueño fácil, tener a nuestro hijo y vivir felices para siempre.

–No lo conozco tan bien como tú, pero nada en tu Theo me parece fácil –replicó su madre riendo–. Desde luego, no es un cobarde. Quizá te deslumbra su dinero, pero no es eso a lo que me refería con Patrick.

–¿Ah, no?

–Te gustaba la idea de dirigirlo todo aquí. –Sharon hizo un gesto, como abarcando la finca Desmond–. Te gustaba cómo podría ser tu

futuro más que el hombre en sí.

Rebecca no podía discrepar, pero tal vez estaba haciendo lo mismo con Theo. Al fin y al cabo, acababan de conocerse. Sabía que tenía cicatrices de la infancia y quería ayudarle a encontrar una forma de curarlas. Disfrutaba de su humor irónico y de la relación física, pero ¿lo conocía? ¿Podría vivir con un hombre tan decidido a hacer las cosas a su manera? ¿Podría amar a un hombre que no se creía capaz de amarla?

Entonces oyeron un crujido en la escalera y las voces de su padre y Theo, enfrascados en una conversación.

–Tiene viejas penas en la mirada –dijo su madre en voz baja–. Pero se suavizan cuando te mira.

–Créeme, Theo no me quiere. ¿Le gusto? Claro. Pero él no cree en el amor.

–No es necesario creer en el amor para que exista.

Rebecca miró hacia el salón. Theo asentía a lo que fuera que su padre estaba diciendo, sobre caballos sin duda, pero sus miradas se encontraron.

–A veces, cuando alguien no se ha sentido querido, piensa que el amor no puede existir, pero se equivocan –dijo Sharon–. Tu padre me convenció de eso hace muchos años.

Rebecca miró a su madre. No solía hablar de su infancia, pero ella sabía que su abuelo había sido abusivo con su mujer y sus hijos, y que su abuela se había quedado con él porque la alternativa era la pobreza. Nunca se lo habían contado, pero había escuchado fragmentos de conversaciones cuando alguno de sus tíos iba allí de visita.

Sharon Murphy no hablaba nunca de esas penas, de modo que era sorprendente que lo hiciese en ese momento.

–Y me lo ha demostrado todos los días desde entonces –siguió diciendo su madre–. Siempre había esperado que conocieses a alguien que te lo demostrase, tan bien como espero que lo hayamos hecho nosotros, pero quizá por eso tú puedas ser la persona que se lo demuestre a Theo.

Después de decir eso, alargó una mano para acariciar su pelo como solía hacer cuando era niña. Rebecca nunca había dudado del

amor y la devoción de su madre por ella. O del de su padre. Eso la había hecho ser fuerte y decidida, perseguir sus metas con ahínco. Pero lo hacía por ella misma, no por otra persona.

–Quizá –murmuró, apoyándose en la mano de su madre por un momento.

Rebecca miró a Theo.

«Quizá».

Capítulo 15

El cuarto día, Theo decidió que sería el último. Había dormido en una cama incómoda en una diminuta habitación abarrotada de libros. Había comido en la mesa de los Murphy, había ido todos los días a los establos. Demonios, ya conocía a algunos caballos por su nombre.

Era suficiente. Tenía que ser suficiente.

Sharon lo trataba como si fuera una madre. Chasqueaba la lengua cuando no comía todo lo que ella quería o cuando parecía no haber dormido bien. Le preguntaba por sus negocios, por su vida, y eso era lo que él intentaba evitar como la peste.

Tenía trabajo, tenía un hijo en camino y una mujer con la que casarse. No había vida aparte de eso.

Y no se había dado cuenta hasta ese momento.

Tenía que volver a su vida real, donde él mandaba, donde no estaba a merced de nadie ni bajo el cuidado de nadie. Los Murphy eran acogedores, cálidos, de un modo que a él le resultaba desconocido.

Pero no importaba. Había cumplido su propósito. Conseguiría la bendición de James ese mismo día y regresarían a Grecia por la noche.

Por la mañana, cuando le pidió a James hablar un momento a solas, él asintió con gesto serio. Pero no quería hablar dentro de la casa y lo condujo a los establos. Entre los olores a caballo y heno, lo llevó a una pequeña habitación al final de la larga hilera de cajones que, al parecer, era su oficina.

Era una habitación diminuta, poco más que un armario, con un escritorio encajado en una esquina y una silla con el respaldo

partido. Aunque los caballos de la finca eran los mejores de la zona, parecía que James se conformaba con las sobras.

El hombre apartó la silla y se sentó en ella. No había ninguna más, de modo que Theo se quedó de pie. Tenía que ser a propósito, pensó. Aunque no hubiera esperado semejante artimaña por parte del señor Murphy.

James se cruzó de brazos. No sonreía, no hizo ninguna broma ni intentó aliviar la tensión. No dijo nada mientras lo miraba con los fríos ojos azules de Rebecca. Theo se sentía incómodo, pero se concentró en lo que debía hacer.

–Me gustaría tener tu bendición para casarme con tu hija.

Theo sonrió, convencido de que recibiría su bendición sin el menor problema. Los Murphy claramente lo apreciaban y…

–Veo que no me pides permiso –dijo James, con un tono inusualmente seco.

Theo tuvo que tragar saliva. El hombre que hablaba de los caballos como si fueran dioses, que adoraba a su esposa y a su hija, tenía el aspecto de un astuto y despiadado hombre de negocios.

–Mi hijo tendrá un padre y una madre, casados y con una base sólida y estable en su vida. Así que no es permiso lo que te pido. Pero tu hija desea tu bendición y yo estoy más que dispuesto a pedírtela.

James asintió pensativo. Tras un largo silencio, algo poco común en esa visita a los Murphy, finalmente habló:

–Rebecca es lo más preciado del mundo para su madre y para mí. Será una buena madre porque tuvo a la mejor, pero tú… ¿tú serás un buen padre?

La pregunta lo llenó de pánico. Pero claro que sería un buen padre. Ese era el objetivo: matrimonio, cimientos, seguridad. Un padre le daba todo eso a sus hijos. James se lo había dado a su propia hija y debería entenderlo.

–Yo no he tenido buenos ejemplos, pero quiero pensar que eso en sí mismo es un ejemplo. Mi padre no fue cruel, pero sí descuidado. Yo no lo seré. Mi hijo lo tendrá todo… y no me refiero al dinero, sino a una vida feliz, estable. Me aseguraré de que tenga todo lo necesario para su correcto desarrollo.

Theo no podía descifrar la expresión de James o entender los acelerados latidos de su corazón. No sabía por qué estaba tan nervioso.

–¿Y serás un buen marido para mi hija? –preguntó James tras otro largo silencio.

Marido. Qué palabra tan extraña. No le había parecido que ese papel tuviera importancia porque había visto a muchos hombres tratar ese título con indiferencia o abierta hostilidad. Hasta que llegó a Irlanda y vio a James Murphy con su mujer.

Había ternura entre ellos, y complicidad. Incluso cuando discutían por una cosa u otra. Habían construido una casa llena de amor y todo lo que hacían parecía reflejarlo.

Nunca se había planteado si sería un buen marido, pero desde luego sería mejor que los ejemplos que había visto hasta esa semana.

Theo tuvo que carraspear antes de decir:

–Rebecca tendrá todo lo que necesite para ser una buena madre. Le daremos a nuestro hijo todo lo que podamos. Yo… quiero que nuestro hijo hable de nosotros como tu hija habla de ti y de tu esposa.

Las palabras salieron roncas y Theo no entendía por qué las había dicho. Se sentía como un niño indefenso. Era la primera vez que recordaba haberse sentido así desde que era un crío, sin entender por qué la nueva mujer de su padre lo miraba con tal desagrado. La intensidad de ese horrible recuerdo lo dejó paralizado.

–Una bendición es algo serio, Theo –dijo James con un tono algo más suave–. Pero Rebecca puede tomar sus propias decisiones. Nosotros siempre la apoyaremos. Es duro ver a un hijo tomar las decisiones equivocadas, pero a veces hay que dejarlo. A veces, tienen que aprender de los fracasos.

Sonaba como una acusación y, sin embargo, lo había dicho con una calidez que Theo no pudo comprender del todo.

–No habrá decisiones equivocadas, señor Murphy –replicó.

Pero no con su habitual seguridad. No parecía capaz de ser él mismo y echó la culpa a Irlanda. Al té, a los caballos y a las fotos de Rebecca de niña que lo perseguirían para siempre.

James sonrió con una mezcla de tristeza y sabiduría que lo incomodó aún más.

–La vida está llena de decisiones equivocadas. Para eso está el amor, para suavizar el golpe de esas malas decisiones.

Theo no iba a intentar explicarle que el amor no tenía nada que ver con aquello. El amor era frívolo, desconsiderado y más egoísta que altruista. Ese era el único tipo de amor que él conocía.

Aunque ya no era cierto. Durante los últimos días había visto un amor desconocido, cálido y generoso. Un amor… estable.

Quizá fruto de años tomando las decisiones correctas. Sí, debía ser eso.

Porque James Murphy no podía tener razón. No era inevitable tomar decisiones equivocadas.

En cualquier caso, se casaría con Rebecca tras la extraña bendición de su padre.

Rebecca lloró al despedirse de sus padres, pero culpó a las hormonas. Lo había pasado de maravilla, pero estaba lista para irse. Y, sin embargo, la despedida le resultó agridulce.

Intentó recomponerse durante el viaje al aeropuerto, sintiendo la mirada de Theo clavada en ella.

–Habrá más visitas –dijo él, como intentando consolarla.

Ella se sonó la nariz, intentando disimular, porque era evidente que le incomodaban sus lágrimas.

–Sí, lo sé. No me entristece volver a Grecia. De hecho, me siento un poco aliviada, pero voy a echarlos de menos.

–¿E Irlanda?

–Algunas veces, supongo. Pero he extrañado Grecia mientras estábamos aquí.

–¿En serio?

Theo parecía genuinamente sorprendido, y tal vez también ella lo estaba. Pero no sabía cómo explicar por qué, ni qué significaba, de modo que eligió el camino más sencillo.

–Me gusta tu isla, Theo.

Él apartó la mirada, sin decir nada más. Poco después llegaron al aeropuerto y, unos minutos más tarde, estaban en el aire. Parte de su tristeza se había desvanecido, dando paso a la emoción de volver a la isla que empezaba a parecerle su verdadero hogar.

Rebecca suspiró. Theo también le parecía su hogar, pero sabía que tenía mucho trabajo por delante. Peor aún, no estaba segura de que él fuese capaz de aceptar sus sentimientos. O los suyos propios, fueran los que fuesen.

Todavía estaba lidiando con lo que su madre había dicho en la cocina esa mañana, y con sus propias dudas sobre la razón por la que se sentía tan atraída por él.

Rebecca se echó una siesta en el avión y despertó hambrienta y desorientada.

–¿Ya estamos en casa?

Theo frunció el ceño, como si hubiera preguntado algo extraño, pero su expresión se suavizó un segundo después.

–Hemos aterrizado, sí. Deberías comer algo –respondió ofreciéndole una bolsa de frutos secos y una botellita de la bebida de jengibre que tanto le gustaba.

Pensaba en todo. Y si solo fueran cosas pequeñas como aquella, podría creer que su amor estaba mal dirigido, que a él solo le importaba su hijo.

Pero había pasado cuatro días en Irlanda, durmiendo en una habitación diminuta, sin expresar una sola queja. Y se había ganado la aprobación de sus padres. No tenía por qué hacerlo si solo le importaba el hijo que esperaban. Y tampoco le habrían preocupado sus lágrimas.

Se preguntó si alguna vez se había preocupado por alguien aparte de su padre, o si había sido distante incluso con él. Un niño pequeño abandonado por su madre, con un padre desatento y una lista de madrastras que no se preocupaban por sus necesidades emocionales…

Era comprensible que no quisiera arriesgarse y eso significaba que tenía años y capas de protección que superar. Una tarea abrumadora. Pero lucharía por él. Por el niño que había sido y por el

hombre en el que se había convertido. Para que su hijo pudiese tenerlo todo.

No solo la estabilidad que Theo creía que el matrimonio aportaría mágicamente, sino una familia unida por el amor. Dos personas unidas para guiar a un niño durante sus primeros dieciocho años de vida, con afecto, compromiso, compasión y alegría.

No hablaron mientras tomaban el *ferry* que los llevaría a la isla. Rebecca aún intentaba descifrar cómo llegar al corazón roto de aquel hombre de coraza dura cuando entraron en la casa…

Rebecca se detuvo bruscamente al sentir una punzada en el vientre. No era dolor, sino un movimiento más brusco de lo habitual, y se agarró a Theo.

No porque necesitase recuperar el equilibrio, sino porque necesitaba aferrarse a algo.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, mirándola con preocupación.

–El bebé ha dado una patada y creo que podrías… –Rebecca tomó la mano de Theo y la presionó firmemente contra su vientre–. ¿Lo notas?

Él frunció el ceño.

–No…

–Espera, ten paciencia.

Se quedaron inmóviles durante unos segundos, con la mano de ella presionando la de él contra su vientre. Estaba a punto de rendirse cuando sintió otra patadita y notó que Theo contenía el aliento.

–Lo… lo he sentido –dijo con voz ronca.

Rebecca observó su gesto de asombro, el mismo que sentía ella. Estaban unidos en eso y sabía que sería un buen padre. Cometería errores y tendría que afrontarlos. Theo no tenía el carácter tranquilo de su padre, eso seguro. Pero deseaba para su hijo todo lo que él no había tenido. Cuántas cosas deseaba para su hijo. Y para ella, quisiera admitirlo o no.

Tal vez se engañaba a sí misma. Tal vez la cuidaba solo porque llevaba a su hijo en el vientre, pero no lo creía. Desde la primera vez que hablaron, algo surgió entre ellos. Como dos almas… reconociéndose.

Su madre, la mujer más práctica que había conocido nunca, creía en cosas así. ¿Por qué no iba a creerlo ella?

Estaba enamorada de Theo. Sentía ese amor en cada momento de tranquilidad, en los cuatro días que habían pasado con sus padres, en sus veladas apasionadas y sus tranquilas cenas.

No tenía nada que ver con Patrick, ni con el dinero, ni siquiera con el hijo que esperaban. El bebé le había permitido ver más allá de la pesada armadura que Theo cargaba sobre sí mismo, siempre intentando moldear el mundo que lo rodeaba para que no abriese viejas heridas.

Quería consolarlo, amarlo, encontrar maneras de curarlo mientras criaban juntos a su hijo. Lo quería… a él, una vida con él.

Quería la estabilidad que Theo deseaba darle a su hijo, pero con la red de seguridad del amor que sentía por él.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Theo apartó la mano y dio un paso atrás.

–He leído que el movimiento es bueno.

–Las pataditas son más fuertes cada día.

Theo asintió con la cabeza.

–Deberías tumbarte un rato –murmuró, tomándola del brazo para llevarla hacia la escalera.

Ella decidió no protestar porque sabía que sentir que llevaba el control lo tranquilizaba.

Theo la llevó al dormitorio y la sentó en el borde de la cama. Se miraron en silencio un momento y luego él sacó el móvil del bolsillo.

–¿Te dijo tu padre que me ha dado su bendición? –preguntó.

Tenía la mirada fija en el móvil, sin duda revisando correos de trabajo y cosas así, pero en realidad parecía estar preparándose para un ataque.

–Sí, claro.

–Entonces, nos casaremos pronto.

Lo había dicho como un desafío.

–¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Porque entonces estarás atrapado conmigo.

–No voy a cambiar de opinión. Ese es el camino correcto.

Rebecca lo miró entonces y supo lo que debía hacer. No podía tener miedo. No podía vadear entre un millón de interrogantes e inseguridades. Tenía que ser valiente y dejar claro cuáles eran sus deseos y sus necesidades.

No iba a seguirle la corriente y tampoco iba a luchar contra él. Simplemente, se mantendría firme, sin dejar que Theo lo controlase todo. Sobre todo, sus propios sentimientos.

–El camino correcto –repitió, como si estuviera reflexionando–. Tal vez lo sea, pero hay algo muy importante que no sabes y que deberías saber antes de empezar a hacer planes.

–Nada me hará cambiar de opinión, Rebecca.

–¿Seguro? Porque debes saber que estoy enamorada de ti.

Capítulo 16

Theo no entendía lo que había dicho. Durante unos segundos le pareció como si hubiese hablado en un idioma extranjero.

Fue el brillo desafiante en sus ojos lo que finalmente lo sacó de la conmoción.

Había sentido a su hijo moverse bajo su mano.

Rebecca lo amaba.

El terreno del que estaba tan seguro, los cimientos sobre los que había construido su vida, parecía inclinarse peligrosamente, recordándole demasiado a cuando era niño, sin saber nunca cuáles eran sus cimientos.

No podía ser. Ella solo creía que lo amaba. Porque, por supuesto, era ridículo. La química sexual no debía confundirse con el amor. El amor lo volvía todo peligroso, inestable.

–Te equivocas.

Por un momento, ella no reaccionó en absoluto. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¿Por qué iba a equivocarme sobre mis propios sentimientos?

–Simplemente confundes el sexo…

–No soy una virgen inocente –lo interrumpió ella–. Soy una mujer adulta. Sé lo que es el amor porque una vez creí estar enamorada y no lo estaba.

Theo no quería hablar de Patrick. La sola idea de que hubiera estado con otro hombre…

Pero no importaba. Rebecca estaba equivocada y debía demostrárselo.

–¿Qué crees amar de mí?

Rebecca se levantó para acercarse y él odió la compasión que veía en sus ojos azules. Quería alejarse, pero no iba a permitir que

ganase. No iba a dejarse manipular.

Porque solo podía ser una manipulación, una treta. El amor se usaba para conseguir lo que uno quería. Todas las esposas de su padre habían usado el amor que sentía por ellas para conseguir lo que deseaban: casas más grandes, joyas más brillantes, enviar a Theo lo más lejos posible.

Rebecca quería tener algún tipo de poder sobre él y pensaba que así lo lograría, que eso le daría cierta ventaja.

Pero no iba a entrar en su juego.

–¿Crees que nadie podría quererte? –preguntó ella, con tanta dulzura que Theo tardó un instante en entender lo que decía.

Y por qué le dolía tanto.

Quiso reír como ella, pero descubrió que no le salía la risa. En cambio, le costaba respirar.

Rebecca puso las manos sobre su torso, como si supiera que estaba herido y que su tacto lo aliviaría, pero sus palabras no tenían nada de reconfortante.

–Lo admito, necesitas mejorar –dijo esbozando una sonrisa–. Eres demasiado mandón y esa obsesión por hacer siempre lo correcto resulta aburrida. Sobre todo cuando has sufrido suficientes golpes como para saber que no importa que hagas las cosas bien, todos cometemos errores.

Theo recordó, incómodo, lo que ahora le parecía una advertencia de su padre.

«La vida está llena de decisiones equivocadas».

Pero eso no era verdad. Él había estado tomando las decisiones correctas desde el momento que tuvo el control de su vida. Tal vez no había tenido intención de pasar una noche con una guapa irlandesa y, desde luego, siempre había usado protección, pero el embarazo y la llegada de Rebecca a su vida no eran el resultado de una mala decisión.

La mala decisión habría sido darle la espalda. O peor aún, aceptar que podrían tener vidas separadas, con un hijo que iba de una casa a otra. Esas hubieran sido decisiones equivocadas.

Él había tomado las decisiones correctas.

Eso era lo único que importaba. Ni sus defectos ni que Rebecca pensara que estaba enamorada de él.

¿Qué importaba que lo creyese? No tendría ese poder sobre él. No lo permitiría.

«Siempre se van, Theo. Nunca es suficiente».

El viejo recuerdo de su padre llorando una noche que volvió del internado era algo en lo que no había pensado en años. Creía haber olvidado ese recuerdo tan desagradable.

Cómo cambiaba todo cada vez que una nueva mujer llegaba a la casa, cada vez que su padre se creía enamorado. Pero nunca había tenido suficiente amor por él como para que le importase de verdad.

Solo eran recuerdos, se dijo a sí mismo, lecciones que aprender si eras lo bastante inteligente. Theo sabía que el «suficiente» de su padre no era más que lo que él quería. Se refería a sus propios defectos, no a las mujeres que había elegido.

Theo no era como Atlas. Él no tomaba decisiones basándose en lo que quería, sino en lo que creía que debía hacer, en lo que era correcto.

De modo que el amor de Rebecca no importaba. Era irrelevante.

Y se lo diría cuando recuperase la voz. Cuando Rebecca dejase de tocarlo como si fuera algo preciado para ella.

–Pero hay una bondad innata bajo esa capa de control –dijo ella entonces, tocando su mejilla–. Hay un deseo de consolar y de cuidar. Un deseo de mejorar las cosas para los demás porque no fueron buenas para ti, y yo creo que eso es admirable. Serás un padre excelente, Theo. No perfecto, pero bueno. Nadie es perfecto. Nadie tiene siempre la razón. Para eso está el amor.

Su padre había dicho algo parecido. ¿En qué mundo de ensueño vivían los Murphy? No en uno real, no en uno sustancial. Podían esconderse en su casita, con sus caballos, y fingir que el mundo no era terrible, que la gente no era cruel. Que el amor importaba.

Pero se equivocaban.

Rebecca había adorado a sus caballos, su entrenamiento, ¿y dónde la había llevado eso? A ninguna parte.

El amor era irrelevante. Inútil.

–¿Aun así te casarás conmigo? –le preguntó ella entonces, con esa dulzura que le era ajena.

No recordaba que nadie lo hubiera tratado así. No le gustaba ni lo deseaba. Por supuesto que no.

–Rebecca…

–¿Sabiendo lo que siento? –preguntó ella–. Porque te advierto que intentaré que admitas que tú también me quieres.

Theo sentía una opresión en el pecho. Lo que decía no tenía sentido, así que la única respuesta era centrarse en el hecho más simple.

Se casarían. Era la decisión correcta para su hijo. Principio y fin de la historia.

–Puedes amarme o no, Rebecca –dijo, preguntándose si de verdad era su voz la que sonaba tan tensa–. En realidad no importa. El amor no es el objetivo.

–Si el amor es tan inútil, ¿por qué te da tanto miedo?

–¿Miedo? –repitió él, burlón, retrocediendo un paso para apartarse de su mano, de su precioso rostro. No tenía miedo. Se había apartado de ella porque… porque… porque intentaba presionarlo y él no se dejaba presionar–. Nos casaremos, Rebecca. No me importa lo que sientas o de lo que intentes convencerme. Nuestros sentimientos no importan. Todo lo que hagamos será por nuestro hijo…

–Porque Dios no permita que busquemos la felicidad –lo interrumpió ella en voz baja. Su tono era acusador, pero sin ironía, sin crueldad. Con tanta maldita dulzura–. Pero para eso tendrías que creer que puedes encontrarla. Tendrías que creer que te la mereces. –Rebecca suspiró, sin dejar de mirarlo a los ojos–. Muy bien, Theo. Entonces tendré que demostrártelo…

–Tengo trabajo –murmuró él apartándose.

No porque estuviera equivocado ni porque ella tuviese razón. No porque estuviese aterrorizado, sino porque aquello era inútil.

Y ella no le demostraría absolutamente nada.

Theo planeó la boda rápidamente, como si su declaración de amor, que Rebecca repetía cada noche antes de acostarse, fuera un incendio que se acercaba cada vez más y la única forma de escapar fuese dar el «sí, quiero».

Seguramente por eso le permitió tomar todas las decisiones. Hasta que admitiese que la quería, esa boda no era real. Sí, iría al altar con un vestido blanco y daría el «sí, quiero» delante de sus padres. Y sí, lo hacía principalmente porque lo quería y pensaba que él también tenía que quererla. De alguna manera.

Pero no se trataba de amor. Aún no. Primero tenía que encontrar la manera de convencerlo.

Estaba resultando más difícil de lo que había previsto, y podía admitir que era culpa suya. Había pensado que el amor triunfaría, pero no había tenido en cuenta todos los traumas del pasado que tendría que superar para lograr que él admitiese que creía en el amor.

No sabía por dónde empezar, de modo que se lo demostraba cada día. Cada noche. A veces, ponía la mano de Theo sobre su vientre y observaba su expresión de asombro y emoción… que intentaba disimular inmediatamente.

Quería a su hijo. Él lo llamaría de otra manera. Sentido del deber, probablemente. Pero era capaz de amar. Estaba en él. Solo tenía que encontrar la forma de que Theo reconociese que lo que se reflejaba en su rostro, por su hijo, por ella, era amor.

Y el amor no era inútil, ni algo a lo que temer. Theo estaba nervioso, más gruñón que antes, brusco con casi todos los que los rodeaban.

Rebecca sabía que esa frustración era debida al miedo, aunque él no fuese capaz de admitirlo. Solo hablaban de la boda, de los planes para su hijo… y de cosas deliciosamente obscenas en la cama porque no podían controlar la atracción que ardía entre ellos. Ni siquiera cuando ella decía que lo amaba, ni siquiera cuando él se negaba a corresponderle.

Si intentaba hablar de cualquier otra cosa, incluso de algo tan trivial como el tiempo, Theo cambiaba de tema.

Las semanas pasaban y ella lo dejó estar. Tenía que darle tiempo. Podría dejarlo, pero eso sería un error. Ya le habían dejado demasiadas veces; su propia madre, las mujeres que entraban y salían de la vida de su padre. Y, en cierto modo, Atlas también lo había dejado para que tuviera que valerse por sí mismo.

Marchándose no conseguiría nada, pero el día de la boda se acercaba y seguía sin saber cómo convencerlo.

Llegaron sus padres. Llegaron Atlas y Ariana. Eran completamente diferentes, pero se llevaban bien. Rebecca los observaba con cierta diversión, Theo no hacía más que fruncir el ceño.

Rebecca despertó sola el día de su boda. No se había acostado sola, pero no había tiempo para darle vueltas. La casa estaba llena de gente corriendo de un lado a otro para preparar la ceremonia, que tendría lugar por la tarde.

Una vez peinada, maquillada y vestida, Rebecca se miró en el espejo de cuerpo entero, con su madre sentada a su lado. El vestido blanco era precioso y disimulaba el embarazo. Sabía que estaba guapa, pero no estaba emocionada. Quería disfrutar del día. Quería creer que podría encontrar la forma de llegar a Theo, y que para eso tenía que casarse con él.

Aun así, estaba más resignada que nerviosa o feliz.

Sharon se levantó para quitar una pelusa inexistente de la manga de seda.

–¿Estás segura? –le preguntó.

Rebecca se encontró con la mirada de su madre en el espejo y levantó la barbilla. Porque quizá no estaba emocionada, ni nerviosa, ni siquiera feliz, pero estaba decidida. Aquello era lo correcto y lo llevaría a cabo.

–Sí –respondió–. Theo necesita que nos casemos. No podré convencerlo de nada hasta que me case con él.

–¿Y después?

–Tendrá que lidiar con el amor.

Sharon puso una mano en su hombro.

–¿Y si no lo hace?

–No voy a rendirme, mamá.

Pero no quería que su madre se preocupase. El fracaso de sus sueños olímpicos le había enseñado algo: podía estar destrozada y seguir adelante. Podía estar desolada y encontrar algo nuevo y maravilloso entre los escombros.

No veía otra salida que intentar que aquello funcionase. No quería discutir eternamente. Al menos casándose tendría la oportunidad de llegar a él.

Rebecca se llevó una mano al vientre, donde acababa de sentir una patadita, y decidió tomarla como un gesto de aprobación de su hijo. ¿Por qué no?

Se casaron en una vieja capilla que había estado abandonada antes de que Theo comprase la isla, pero que él había restaurado meticulosamente. Había decidido que se casarían allí, que su hijo sería bautizado allí, y a Rebecca le gustó que crease un lugar sagrado, un sitio lleno de buenos recuerdos solo para su familia.

Porque eso era lo que serían una vez que él aceptase el amor.

Y lo haría.

Caminó hacia el altar del brazo de su padre. Sabía que sus padres no aprobaban del todo esa boda, como tampoco habían aprobado su fallida boda con Patrick. Pero entonces, como ahora, si todo salía mal estarían allí para apoyarla sin recriminaciones.

Pero no saldría mal. Ella no lo permitiría.

Se encontró con Theo frente al altar y esbozó una sonrisa. Su expresión era cautelosa, quizá incluso había algo de tensión en su boca, pero la tomó del brazo mientras se giraban para mirar al oficiante.

El hombre habló de amor y de deber, del matrimonio como algo sagrado. Después de intercambiar los anillos les dio su bendición y, una vez comprometidos como marido y mujer, extendió la invitación a besar a la novia.

Rebecca se volvió hacia Theo. Era tan guapo, incluso con esa expresión severa y distante. Pero esa expresión era una señal. Sabía que escondía algo.

Aun así, bajó la cabeza para besar obedientemente a su esposa.

–Te quiero –murmuró Rebecca.

Porque cuando recordase ese día, no podría fingir que estaba allí por otra razón que no fuese el amor.

Después de la ceremonia hubo una cena en la terraza. Atlas y James se mostraron joviales, Ariana y Sharon un poco más reservadas. La mujer de Atlas llevaba un vestido holgado y eso la convenció de que estaba embarazada, pero no creía que fuese el momento de comentárselo a Theo, que estaba extrañamente callado.

Cuando todos se retiraron, los padres un poquito borrachos, Rebecca centró su atención en su noche de bodas.

Cuando entraron en el dormitorio esperaba que él se acercase, que la besara. Que le quitase el vestido de novia y la llevase a la cama. No creía que esas expectativas fueran descabelladas. Obviamente, no esperaba declaraciones de amor. Eso llegaría después.

Pero Theo ni siquiera la miró.

En cambio, se dirigió al armario y sacó una maleta.

–No pensé que iríamos de luna de miel –dijo Rebecca, sorprendida.

–No habrá luna de miel. Ahora que estamos casados volveré a Atenas.

Ella no quería ir a Atenas, pero…

–¿Qué has dicho?

–Atenderé mis asuntos allí hasta que nazca el niño. Tú puedes quedarte aquí o en mi finca a las afueras de la ciudad. Si quieres ir a Irlanda, tendré que insistir en que lleves a la doctora Doukas contigo y vuelvas antes de que nazca el niño. Mi hijo nacerá aquí.

Rebecca no podía encontrar su voz mientras él guardaba sus cosas en una maleta. Para irse, para dejarla. Justo después de su boda.

No tenía ningún sentido y, tal vez por eso, al fin dijo algo que debería haberse guardado para sí misma si tuviese algo de amor propio.

–¿Y si quisiera ir contigo?

–Eso no es posible.

–¿Por qué no?

–No es necesario que estemos juntos antes de que nuestro hijo llegue al mundo y yo tengo mucho trabajo.

Rebecca tragó saliva. El dolor se enroscaba en su interior, haciendo que le resultase difícil respirar.

Theo estaba huyendo.

–Te seguiré queriendo –dijo, intentando desesperadamente contener las lágrimas–. Mi amor por ti seguirá ahí cuando vuelvas. Puedes huir de ello ahora, pero eso no cambiará nada.

Theo ni siquiera la miró.

–Cree en el amor si quieres, Rebecca, pero eso es irrelevante para mí. Es irrelevante para las decisiones que debemos tomar sobre nuestro hijo.

–Pero…

–Alguien me llamará cuando te pongas de parto.

Rebecca no pudo contener las lágrimas. Parecía tan frío, tan seguro de sí mismo. Quizá lo había malinterpretado todo. Quizá no lo entendía en absoluto.

–No voy a vivir así.

Podía oír el pánico y la desesperación en su propia voz, pero no estaba dispuesta a aceptar la situación. Eso no era lo que esperaba. Necesitaba tiempo para hacerle cambiar de opinión, para que le abriese su corazón, de modo que arremetió con la única arma que poseía.

–Si te vas, no seguiré casada contigo.

Theo ni siquiera miró atrás mientras salía por la puerta.

–Sí, lo harás.

Capítulo 17

Theo se sentía frustrado. Llevaba un mes de vuelta en Atenas, pero no se atrevía a trabajar en nada importante, de modo que se arrastraba por las oficinas como un ogro gruñón y exigente.

Y por mucho que supiera que estaba mal, no podía detenerse. Porque la única solución era volver a la isla, enfrentarse a Rebecca y oírla decir «te quiero» cada día. Y no sabía si podría soportarlo.

Parecía un ángel de blanco en la capilla. Por un instante incluso creyó que se había salvado.

Entonces lo recordó. No había salvación. Solo existía la decisión correcta. Incluir el amor en ese matrimonio, aunque solo fuera una ilusión de Rebecca, hacía que todo fuese precario cuando él quería que fuera sólido y estable.

Por el bien de su hijo, no podía estar cerca de Rebecca hasta que pudiera controlarse. El amor había sido la fuerza desestabilizadora de toda su vida. No permitiría que ella lo amase y lo arruinase todo. No se permitiría amarla y poner en peligro la estabilidad y la seguridad de su hijo.

Porque eso era lo que hacía el amor. Estaba seguro de ello, lo había vivido. Lo único importante era a quién quería y a quién perdía su padre. Nada más importaba. El amor lo convertía todo en arenas movedizas.

Pero el espectro de los Murphy, su vida acogedora y cálida, lo acechaba, desbaratando toda su experiencia vital.

¿Podría hacer que el amor fuese menos amenazante? ¿Podría ser bueno con Rebecca?

La extrañaba profundamente. Despertaba buscándola a ciegas. Más de una vez se había llevado el teléfono a la oreja para pedirle a

su ayudante que preparase el avión… solo para colgar justo a tiempo.

Podía volver a la isla. Podía exigirle que dejase de decir que lo amaba. Podía exigírselo. Podía…

La puerta de su despacho se abrió en ese momento, sin llamar, y la única persona capaz de hacerlo era su padre.

–Padre –lo saludó sorprendido.

Y tal vez un poco aliviado de que su repentina aparición le hubiera impedido cometer un error.

Atlas se acomodó en una silla y lo miró con una expresión severa que Theo no reconoció.

–Ha habido quejas, hijo.

«Hijo».

Theo hizo una mueca.

–¿No deberías estar en casa descansando? –le preguntó, en lugar de responder a tan extraño comentario.

–Los médicos me han dado el visto bueno para que vuelva al trabajo y creo que a Ariana le gustaría que me preocupase de otra cosa durante un rato.

–¿Preocuparte?

Atlas suspiró.

–No queríamos decir nada del embarazo durante tu boda, pero…

Theo tragó saliva. De modo que Rebecca tenía razón: Ariana estaba embarazada.

Su padre estaba más serio que nunca. Nada de bromas, nada de su jovialidad habitual.

–Supongo que esto te parecerá algo absurdo. Tener un hijo a mis años…

Su padre y él tendrían un hijo de la misma edad. ¿A quién no le inquietaría eso?

–Es asunto tuyo, padre.

–Si te molesta, te pido disculpas. De verdad, Theo. Te pido disculpas por todo lo que he hecho mal. Me he esforzado por corregir mis errores después del infarto, pero tú eres el error que nunca he sabido rectificar. Podría aliviar mi conciencia sobre la avaricia, pero las personas a las que he hecho daño…

–No me hiciste ningún daño, padre. No hay necesidad de dramatizar.

–No me entiendes, hijo. Crees que este cambio es algo temporal, basado en el miedo, pero no es así. Estaba tumbado en el suelo antes de que Ariana me encontrase y llamase a la ambulancia, pensando que me iba a morir, sabiendo que a nadie le importaría. Ariana estaba a punto de dejarme. Y tú… puede que te doliese un poco, pero no he sido tan buen padre como para que te doliese de verdad. Y era aterrador morir sabiendo que a nadie le importaría.

Theo se sentía incómodo. No quería oír eso. No quería explicaciones o conversaciones a corazón abierto. Daba igual. No quería profundizar en las complejidades de lo que sentía por su padre. Todo eso era confuso e inútil.

Inútil e irrelevante, como el amor.

–Cuando me dijeron que sobreviviría, con un cambio de dieta, ejercicio y demás, le dije a Ariana que sabía que iba a dejarme y que debía hacerlo.

Nunca había visto a Atlas tan vulnerable y Theo solo quería salir corriendo, pero su padre seguía hablando…

–Pero ella me dijo que debería dejar de esforzarme tanto por evitar el golpe antes de que llegase. Porque no tenía intención de dejarme.

Atlas miró a Theo y él tragó saliva.

Esas palabras fueron como una puñalada en el pecho, llevando una terrible comprensión. Cada paso que daba, cada decisión que tomaba no era más que eso: intentar detener el golpe antes de que llegase.

Theo intentó apartar de sí ese pensamiento, pero Atlas siguió hablando.

–Recuerdo lo descuidado que fui contigo, el muro que mantuve entre nosotros. No me daba cuenta entonces. Creo que es algo que solo puedes ver cuando miras atrás, cuando por fin te ves obligado a aceptar la muerte. Sabía que tú culparías a tu madre por marcharse porque yo me culpaba a mí mismo por no ser lo que ella necesitaba. Ahora, más viejo y más sabio, me doy cuenta de que por eso levanté ese muro, por miedo a no ser suficiente. Pero marcharse fue su

decisión. Eligió un título por encima del amor. Tenía muy poco que ver contigo o conmigo.

Theo nunca creyó que su madre ocupara un lugar especial en el corazón de Atlas. Se había casado tantas veces desde entonces. ¿Qué podría haberle importado ella?

Pero tal vez siendo más viejo y más sabio, y tras pensarlo detenidamente, se daba cuenta de que había levantado muros para escapar del dolor.

–Su decisión de dejarnos me cambió y no para bien. Aunque tampoco fue enteramente culpa suya… algo que estoy aprendiendo con ayuda. Estoy haciendo terapia, ¿sabes? Ahora me doy cuenta de que le pongo las cosas difíciles a las personas que me rodean, a cualquiera que pueda quererme o depender de mí. Es decir, a ti.

Theo no podía sostener la mirada de su padre. Que Atlas hablase de él con un terapeuta lo hacía sentir inquieto y vulnerable.

–La terapia fue idea de Ariana, claro –continuó Atlas–. Pero no la acepté hasta que me dijo que estaba embarazada porque no soporto la idea de volver a cometer los mismos errores. Sobre todo, con la edad que tengo. No me queda una vida entera para intentar compensarte a ti o a mi futuro hijo…

–No hay nada por lo que debas compensarme. Estamos bien.

–Bien –repitió Atlas, esbozando una sonrisa triste–. Agradezco que digas eso, Theo. Pero me gustaría estar más que bien. Estoy orgulloso del hombre en el que te has convertido. A pesar de mí, a pesar de tu madre y de algunas de las mujeres con las que me casé. Es evidente cuánto quieres a Rebecca y sé que eso te ayudará a ser mejor padre de lo que yo fui.

Atlas se levantó y rodeó el escritorio tras el que se encontraba Theo. Rompiendo la barrera tras la que se protegía para darle un abrazo.

–Deja de castigar a los que te rodean. Vuelve a la isla, vuelve con ella. No seas como yo, Theo. No pierdas años por miedo, alejándote del amor y aferrándote a sentimientos fugaces que parecen más seguros porque terminan. –Su padre lo apretó con fuerza antes de dar un paso atrás–. Hablaremos de nuevo cuando vuelvas de la isla.

Pero Theo no iba a hacerlo. No iba a hacerlo.

¡Ah, a quién quería engañar!

Los padres de Rebecca habían vuelto a Irlanda después de la boda, pero su madre regresó dos semanas después, cuando descubrió que Rebecca estaba teniendo contracciones falsas.

Había sido muy agradable tener a su madre allí, cuidándola, hablando sobre el bebé. Eligieron una habitación para el niño y empezaron a decorarla.

Si estuviera sola quizá no lo habría hecho. Quizá habría pensado que debía esperar a Theo. Quizá se habría hundido, como las dos primeras semanas. Pero no lloraría delante de su madre.

No podía controlar a Theo. No podía hacerle sentir como ella quería y eso le resultaba familiar. No había podido curar su cadera mágicamente. Había tenido que aceptar sus propias limitaciones y tendría que aceptar también las de Theo.

Y podía hacerlo sin endurecer su corazón, centrándose en prepararse para el nacimiento de su hijo. Y quizá una vez que fuesen una familia…

Quizá.

Así que no habló de Theo con su madre y Sharon no lo mencionó. Se limitaron a hablar del niño.

Hasta su última cita con la ginecóloga, cuando estaba de treinta y dos semanas. Rebecca no le dijo a su madre que había tenido dolor durante toda la mañana porque no quería preocuparla, pero la doctora le tomó las constantes vitales y la miró con gesto serio.

–Espera un momento –murmuró, consultando algo en su ordenador.

–Estás muy pálida –dijo su madre en voz baja.

–Mamá.

–Sé que te cuidas, cariño, pero eso no garantiza que todo salga bien. Necesitas a alguien que se preocupe por ti.

–Tengo a mi médico.

–Necesitas amor.

No pudieron seguir hablando porque la doctora la miraba con un gesto tan serio que se le encogió el corazón.

–¿Qué ocurre?

–Entre las contracciones falsas, la presión arterial y la hinchazón, creo que es mejor que vayamos a Atenas.

–¿Qué?

–No son contracciones falsas, es real. Tienes que ir al hospital, Rebecca. Es mejor no esperar. Mejor ir ahora que no es una emergencia.

–Muy bien, de acuerdo –dijo Rebecca.

–Llamaré al hospital para que preparen una habitación.

–Deberías llamar a Theo –murmuró Sharon apretando su mano.

Pero Rebecca no quería que fuese allí hasta que naciese el niño. No quería que estuviese rondando por el hospital sin nada que hacer.

–Prefiero no llamarlo.

Su madre torció el gesto.

–Rebecca…

Ella negó con la cabeza, decidida.

–No quiero visitas de compasión. Si nace el bebé, lo llamaremos. Si no, puede esperar.

Sharon suspiró.

–Muy bien, como quieras.

Capítulo 18

Theo le daba vueltas a las palabras de su padre. A la disculpa de su padre. No podía dejar de pensar en ello. Y, peor aún, en lo que lo había atormentado mientras la posibilidad de la muerte pasaba ante sus ojos.

Si él moría, ¿a alguien le importaría?

A Rebecca sí le importaría.

¿O el mes que llevaban separados la habría curado de su amor por él? ¿Lo habría destruido? ¿Había levantado un muro como su padre para evitar el dolor, arruinando cualquier posibilidad de encontrar la felicidad?

No quería ni pensarlo.

Pero él no se rendía nunca. Si lo había estropeado todo, lo arreglaría. Tomaría las medidas oportunas y ella…

Dios, Rebecca tenía razón. Todo lo que había dicho era verdad. Era la madre de su hijo, una mujer que decía amarlo, y mantener las distancias era una cobardía.

Pero, por su hijo, no podía ser cobarde. Por Rebecca. Tal vez incluso por sí mismo. El chico que había aprendido a ser cauteloso a la sombra de la desatención de su padre.

Iba a llamar a su ayudante para pedir que preparasen el avión cuando el sonido del móvil lo sobresaltó.

–Rebecca.

Tenías tantas cosas que decirle, pero solo pudo pronunciar su nombre.

–Theo, soy Sharon.

Sharon. Llamando desde el móvil de Rebecca. Se le encogió el corazón.

–¿Qué ha pasado?

–Estamos en el hospital. Rebecca ha tenido un parto prematuro. Han llevado a tu hijo a la UCIN, pero está bien…

«Tu hijo. UCIN». Theo había leído algo sobre bebés prematuros y…

–¿Está en Atenas?

–Si vienes al hospital, puede que te dejen verlo.

–¿Y Rebecca? ¿Está bien? Quiero verla. –Theo no sabía bien lo que decía–. No importa. Voy ahora mismo.

Tiró el teléfono a un lado, fuera de sí, y llamó a gritos a su ayudante. Cuando ella le preguntó qué hospital, Theo se dio cuenta de que no lo sabía.

Por suerte, Dmitra debió darse cuenta de lo asustado que estaba y se encargó de todo. Lo metió en un coche, con un conductor que parecía saber dónde iba, y poco después llegaban al hospital. Theo no oyó ni vio nada, no pensaba en nada salvo en encontrarla.

Entró en tromba en el hospital y se dirigió al primer mostrador.

–Dígame dónde está Rebecca Murphy.

La empleada lo miró enarcando una ceja.

–¿Disculpe?

–Rebecca Murphy. ¿Dónde está? ¿En qué habitación? No me haga destrozar este hospital para encontrarla.

Suspirando, con gesto aburrido, la empleada tecleó algo en su ordenador y luego negó con la cabeza.

–No tenemos a ninguna Rebecca Murphy. ¿Está seguro…?

Aunque Theo no estaba seguro de nada, necesitaba que estuviera allí. La necesitaba.

–No me mienta…

–Theo…

Él se dio la vuelta al escuchar esa voz con acento irlandés, casi creyendo que sería Rebecca. Pero era Sharon y se acercó a ella de una zancada.

–¿Dónde está?

La señora Murphy levantó la barbilla, en un gesto tan parecido al de su hija que casi le fallaron las rodillas.

–Te verá, pero debes tranquilizarte o no te llevaré a la habitación.

–Estoy tranquilo…

–Hijo, ni siquiera respiras.

Era ese «hijo», el acento. Rebecca tan cerca y tan lejos de él. Su hijo recién nacido. Todo chocando a la vez.

–Toma aire –dijo Sharon, poniéndole una mano en el hombro–. Luego exhala…

Theo siguió las instrucciones porque no sabía qué hacer. Todo se arremolinaba en su interior. Iba a perderlo todo. Todo. Porque ¿quién era él para tenerlo todo?

–Ambos están bien –dijo Sharon con su calma habitual mientras lo guiaba por un pasillo–. El niño tendrá que quedarse un tiempo en el hospital, pero el pronóstico es bueno.

Pronóstico. Un pronóstico significaba que había un problema que resolver.

Sharon se detuvo frente a una puerta.

–Rebecca no lo ha pasado bien. Tranquilízate o te sacaré yo misma a empujones.

–Sí, señora –dijo Theo con voz ronca, sintiéndose como un crío.

Rebecca estaba sentada en la cama, pálida. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Agotada, evidentemente. Pero lo miró a los ojos con gesto de desafío.

–El niño está en la UCIN. Tendrás que hablar con la enfermera antes de poder verlo.

Él niño. Su hijo. Ella. Ella.

–Rebecca.

Theo se acercó a la cama. No tenía palabras. No tenía nada. Rebecca había hecho aquello sin él.

Y se lo merecía.

–Rebecca –repitió–. Yo… deberías haberme llamado.

–No, Theo. Tú deberías haber estado en la isla, conmigo.

Sí. Debería haber estado allí. Nunca debería haberla dejado. Pero ¿cómo podía afrontar tanto amor, tanta necesidad? Todo lo que Rebecca despertaba en él era algo en lo que había aprendido a no confiar.

Salvo que confiaba en ella.

–Rebecca, por favor…

Ella negó con la cabeza, interrumpiéndolo. Afortunadamente, porque no sabía qué había estado a punto de decir.

–No necesito que cambies de opinión. No me quieres, Theo. Solo tienes miedo a perder la imagen de familia perfecta que crees que te protegerá del dolor. No lo hará…

En muchos sentidos, eso era lo mismo que había dicho su padre. ¿Sería tan receptivo si Atlas no hubiera estado en su despacho esa mañana?

¿O debería tomarlo como una señal de que era hora de curar y crecer, como estaba haciendo su padre?

Porque, por supuesto, la quería. Le daba pánico reconocer cuánto. Lo fácil que sería perderla, lo voluble que era todo. Cómo el amor había trastocado su vida más de lo que la había estabilizado.

Salvo cuando se trataba de ella.

Rebecca había irrumpido en su vida y la había trastocado, pero para mejorarla. Se sentía infeliz sin ella. La quería, la deseaba.

La amaba, pero ella creía que no era capaz de hacerlo, de modo que tendría que encontrar las palabras. De alguna manera. Tal vez dejándose llevar por el miedo a perderla.

–Me encanta verte por las mañanas, antes de que abras los ojos. Me encanta cómo tomas mi mano para ponerla sobre tu vientre y me miras a los ojos. Me encanta tu amor por los caballos y admiro el coraje que te llevó a seguir adelante después de que un accidente te arrebatara todos tus sueños.

Rebecca se quedó muy quieta, mirándolo con los ojos como platos. Pero él no podía detener el torrente de palabras.

–El valor que tuviste para ir a esa boda cuando te habían roto el corazón. Tu amor propio no es como el mío, no te aísla. Te ayuda a superar las dificultades.

–No, Theo, el amor me ha ayudado a superar las dificultades. El amor propio solo servía para… –Rebecca negó con la cabeza. Su rostro estaba nublado de dolor y Theo se daba cuenta de que no podía hacer nada para solucionarlo–. Supongo que me ayudaba a poner un pie delante del otro.

–También me encanta eso de ti. Lo he pasado mal, Rebecca. Quererte y no atreverme a… –Theo tragó saliva–. Te necesito,

Rebecca. No para tener una vida perfecta o una vida estable para nuestro hijo, sino por mí mismo. Aprendí desde muy joven a no necesitar a nadie. Es horrible necesitar a alguien y no tenerlo. Pero te quiero y te necesito. Por favor, Rebecca. No te alejes de mí. Yo no sé amar. No sé hacer otra cosa que lo correcto, pero eso es menos de lo que tú mereces. Menos de lo que merece nuestro hijo.

–Lo es, Theo.

Rebecca lo tocó por fin, solo un roce en la mejilla. Pero fue suficiente.

–Entonces, ¿por qué no intentar ser lo que merecemos?

La UCIN fue un recordatorio sorprendente de lo afortunada que era. Lo afortunados que eran los tres. Theo James necesitó muy poca intervención. Una maquinita para facilitarle la respiración y un tubo que le proporcionaba comida y vitaminas hasta que engordase un kilo más.

Había muchos otros recién nacidos conectados a máquinas, más pequeños incluso que TJ.

Se detuvieron a un lado de la pequeña cuna en la que dormía su hijo.

–Es demasiado pequeño –dijo Theo.

–Crecerá –replicó Rebecca, tanto para sí misma como para él.

Lo vio mirar la plaquita con su nombre en el exterior de la cuna.

Theodorou James Nikolaou.

–Rebecca…

Ella sonrió.

–Es lo correcto. No puedes enfadarte conmigo por hacer lo correcto.

Theo la miró fijamente. Tantas emociones se entremezclaban en su mirada…

–¿Cómo sabes que es lo correcto?

–Míralo, Theo. Mira ese mechón de pelo oscuro. Aunque sus ojos son azulados, como los de todos los recién nacidos, son de un azul muy profundo. Creo que pronto se volverán marrones. Es hijo tuyo.

–Nuestro.

–Sí, nuestro. Y lleva el nombre de dos hombres muy buenos. Ven, siéntate. Puedes sacarlo de la cuna, yo ya lo he hecho.

Como aún temblaba después del parto, y estaba conectada a una vía, la enfermera sacó a TJ de la cuna y se lo entregó a Theo. El niño pesaba poco menos de dos kilos, pero parecía aún más pequeño recostado sobre el ancho torso de su padre.

Theo cerró los ojos. La tensión de todo aquello se reflejaba en su rostro, pero ella lo observó mientras permanecía sentado, absorbiendo el ritmo constante de la respiración de su hijo contra la suya. Viendo cómo abarcaba el cuerpecillo de TJ con sus grandes manos, con una ternura que denotaba un amor profundo y duradero.

La clase de amor que ella entendía gracias a TJ. La clase de amor que le permitía perdonar. Porque ese podría ser su futuro. Padres. Amor. Familia.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Tendría ese momento para siempre. Ese recuerdo. Padre e hijo, los dos hombres a los que quería tanto.

Theo abrió los ojos para mirar a su hijo y luego a ella.

–No sé lo que es el amor –dijo con voz ronca–, pero sé que eso es lo que siento dentro de mí. Esta abrumadora pérdida de control, y la calidez y la alegría que llenan ese vacío. Es aterrador y maravilloso… y os quiero a los dos. Siempre, siempre os querré.

Rebecca dejó que las lágrimas rodaron por su rostro mientras se inclinaba para besarlo en la mejilla.

–Siempre nos querremos.

Epílogo

Theo había mantenido en secreto el regalo de cumpleaños de TJ, incluso para Rebecca, ya que también era un regalo para ella.

Envió un mensaje a James diciéndole que estaban listos mientras observaba la pequeña fiesta en la playa. TJ y su tío, Atlas Juno, también conocido como AJ, gateaban sobre una manta mientras Rebecca y Ariana los vigilaban. Atlas y Sharon estaban a un lado, hablando de sus cosas.

Por un extraño giro del destino, Theo y Atlas estaban aprendiendo a ser buenos padres juntos y, al hacerlo, a reparar parte de lo que seguía roto entre ellos.

Theo decidió creer en esa esperanza, día tras día. Especialmente cuando Ariana le preguntó si podían mudarse a la isla. De ese modo, TJ siempre tendría a su tío como compañero de juegos y la familia impregnaría todo lo que hacían.

Los Murphy los visitaban a menudo y ellos habían llevado a TJ a Irlanda el mes anterior. Theo estaba seguro de que irían allí con más frecuencia cuando el niño fuese un poco mayor.

Fue James quien eligió el caballo y se encargó de transportarlo a la isla y mantenerlo oculto hasta la hora de la fiesta.

Cuando su suegro apareció, tirando de las riendas, Theo tomó a su hijo en brazos para que pudiese ver al caballo.

–Mira, aquí viene tu regalo.

Rebecca dejó escapar una exclamación de alegría.

–¡Theo!

–Es un regalo para los dos. Venga, lleva a nuestro hijo a dar un paseo a caballo.

Rebecca se apoyó en la rodilla de su padre para subir a la silla y luego Theo le entregó a TJ para que lo acomodase entre sus

piernas. El niño gritó de alegría cuando animó al poni a trotar.

Después de un corto paseo por la playa, sustituyó a TJ por AJ, que también parecía encantado. Los niños se llevaban de maravilla y Rebecca sabía que estaba justo donde debía estar.

Atlas charlaba con James mientras Ariana y Sharon jugaban con TJ sobre la arena y Rebecca sonreía, radiante, a lomos de su caballo.

Porque eran una familia. No eran perfectos. No eran correctos.

Y, de alguna manera, eran absolutamente perfectos. Absolutamente correctos.

Porque si había amor, todo era como debía ser.